

Alain Corbin

El perfume o el miasma

El olfato y lo imaginario social
Siglos XVIII y XIX

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

EL PERFUME O EL MIASMA

Traducción de
Carlota Vallée Lazo

EL PERFUME O EL MIASMA

El olfato y lo imaginario social
Siglos XVIII *y* XIX



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Título original:
Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social. XVIIIe-XIXe siècles

ISBN 2-7007-0293-X

  

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-2754-7

Impreso en México

"¡No, no será impunemente el que una persona delicada, impresionable e influible, perciba la molesta revoltura de cien cosas viciadas, viciosas, que la calle exhala y que al subir hasta ella la insuflan del espíritu inmundo que lleva la mezcolanza de humos, las emanaciones malvadas y los malos sueños que se ciernen sobre nuestras sombrías ciudades!"

JULES MICHELET, *La femme*, 1859.

PREÁMBULO

LA DESODORIZACIÓN Y LA HISTORIA DE LA PERCEPCIÓN

La idea de consagrar un libro a la historia de la percepción olfativa me fue sugerida por la lectura de las *Memorias* de Jean-Noël Hallé, miembro de la Sociedad Real de Medicina, bajo el Antiguo Régimen, y primer titular de la cátedra de higiene pública, creada en París en 1794.

Infatigable oteador de los miasmas nauseabundos, Jean-Noël Hallé dirige la batalla de la desodorización. El 14 de febrero de 1790, delegado por sus colegas, recorre los ribazos del Sena para inquirir acerca de sus pestilencias y proceder a una verdadera agrimensura olfativa de las dos márgenes del río.[1] Otra vez, en compañía de los más renombrados personajes de la ciencia francesa de aquel tiempo, vigila la limpia de una fosa, particularmente considerada mortífera, y ensaya procedimientos susceptibles de vencer las emanaciones.[2] Éstos no son sino ejemplos de su práctica cotidiana.

En el hospital, el profesor Hallé analiza y define con precisión el olor de cada una de las especies mórbidas; sabe distinguir el ambiente olfativo de las salas donde se amontonan hombres, mujeres o niños. En Bicêtre, anota de paso "el olor insípido de la gente pobre".[3]

Tal comportamiento no es un caso aislado; una lectura atenta de los textos de esa época conduce, como lo veremos, a descubrir en ese terreno una hiperestesia colectiva. A la alegría de dejar que vague la mirada sobre el paisaje de los jardines ingleses o sobre los diagramas de la ciudad ideal[4] responde, en el siglo XVIII, el horror de respirar los miasmas de la ciudad. En cuanto a este propósito, el anacronismo acecha. Desde la averiguación atormentada de Jean-Noël Hallé, algo ha cambiado en la manera de percibir y analizar los olores; todo ello es el objeto de este libro.

¿Qué significa dicha acentuación de la sensibilidad? ¿Cómo se operó aquella misteriosa e inquietante desodorización, que hace de nosotros seres intolerantes acerca de lo que viene a romper el silencio olfativo de nuestro entorno? ¿Cuáles fueron las etapas de esa profunda modificación de naturaleza antropológica?

[1] J.-N. Hallé, "Procès-verbal de la visite faite le long des deux rives de la rivière Seine, depuis le Pont-Neuf jusqu'à la Rappée et la Garre, le 14 février 1790", *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1789, p. LXXXVI.

[2] J.-N. Hallé, *Recherches sur la nature et les effets du méphitisme des fosses d'aisances*, 1785, pp. 57-58.

[3] *Encyclopédie méthodique. Médecine*, t. I, 1787, artículo "Air". "Air des hôpitaux de terre et de mer", p. 571.

[4] A propósito de la felicidad de la visión en el siglo XVIII, *cf.* Mona Ozouf, "L'image de la ville chez Claude-Nicolas Ledoux", *Annales* ESC, noviembre-diciembre de 1966, p. 1276.

¿Qué apuestas sociales se esconden tras esa mutación de los esquemas de apreciación y los sistemas simbólicos?

Sabemos que el problema no escapó a Lucien Febvre: la historia de la percepción olfativa figura entre las numerosas pistas que siguió.[5] Desde entonces, la de la mirada y la del gusto concentraron la atención; la primera, estimulada por el descubrimiento del gran sueño panóptico y fuerte por su alianza con la estética; la segunda, abrigada tras el deseo de analizar la sociabilidad y el rito de la vida cotidiana. En este terreno, también el olfato padeció a causa de la descalificación de que fue víctima cuando comenzaba la ofensiva contra la intensidad olfativa del espacio público.[6]

Una vez más, el silencio se hizo presente. El uso de los sentidos, su jerarquía vivida tiene una historia; en esta materia nada camina por sí, nada justifica el negligente desdén de los especialistas. Repeler los olores no sólo resulta del progreso de las técnicas. No nace con el vaporizador y el desodorante corporal; éstos no hacen sino traducir una obsesión antigua y actualizar una vieja tendencia.

Ha llegado la hora de volver a considerar esta histórica batalla de la percepción y de descubrir la coherencia de los sistemas de imágenes que presidieron su desencadenamiento. Pero al mismo tiempo se impone confrontar las estructuras sociales y la diversidad de los comportamientos perceptivos. Es inútil pretender el estudio de tensiones y enfrentamientos, y sofocar los diversos modos de la sensibilidad, tan fuertemente implicados en tales conflictos. El horror tiene su poder; el detritus nauseabundo amenaza el orden social; la victoria tranquilizadora de la higiene y de la suavidad acentúa la estabilidad.

El análisis del discurso científico y normativo acerca de la percepción olfativa, la sociología del comportamiento decretada por los sabios, la interpretación subjetiva que proporcionan; las actitudes, tal como se bosquejan en su complejidad

[5] Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*, 1942.

[6] En su *Introduction à la France moderne. Essai de psychocologie historique. 1500-1640*, París, 1961, Robert Mandrou, inspirándose en Lucien Febvre, consagra un importante capítulo a la historia de la percepción en el alba de los tiempos modernos; lo que constituye, según mi entender, el único ensayo de síntesis sobre el tema.

Desde la aparición de las obras de Pierre Francastel, el análisis histórico de la mirada suscitó abundantes trabajos; los más recientes son los de Michael Baxandall. El número 40 de las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (1981) está totalmente dedicado a este aspecto de la sociología de la percepción. Agreguemos que Max Milner (*La fantasmagorie*, París, PUF, 1982), en el libro magistral que acaba de consagrar al estudio de la imagen especular y a la transfiguración del universo perceptivo en la literatura fantástica, analiza los lazos que se tejen, después de Kant, entre la historia sensorial y la interrogación sobre la identidad.

Desde 1967, en su *Essai sur la sensibilité alimentaire à Paris au XIXe siècle*, Jean-Paul Aron inauguraba una larga serie de trabajos consagrados a la historia del sabor. Periódicamente, el Institut français du goût se esfuerza en reunir, en Tours, a la totalidad del abanico de investigadores en ciencias humanas, a los que atañe la psicosociología y la historia del comportamiento alimentario. Conviene, sin embargo, reconocer que, entre esos estudios, muy pocos conciernen a la gustación, cuya pobreza conocemos; en efecto, es el olfato el que depara el refinamiento de los sabores.

En lo tocante a la historia de este sentido, hay que citar la obra interesante de Ruth Winter, periodista de *Los Angeles Times*, traducida al francés en 1978 bajo el título *Le Livre des odeurs* (París, Le Seuil, 170 pp.); se encontrará en ella abundante bibliografía de los trabajos recientes de fisiología y

social, a través de la historia vivida de la intolerancia, del placer o de la complacencia; las estrategias que aplican las autoridades, instituyen un campo de estudio fragmentado en cuyo interior lo real y lo imaginario se entreveran, a tal punto que sería suy simplista querer a toda costa y en todo instante operar la partición.

Frente a tal extensión, el buen sentido obliga a los objetivos limitados; en espera de que la multiplicidad de los trabajos consagrados a la historia de la percepción autorice un estudio global de los comportamientos, me propongo proporcionar algunos materiales, cuidadosamente etiquetados, a todos los investigadores cuyos útiles de análisis permitan elaborar después una verdadera psicohistoria.

LA INCERTIDUMBRE INQUIETA DEL DISCURSO SABIO

A primera vista, hay una gran coherencia entre el comportamiento de Jean-Noël Hallé y las convicciones filosóficas de su tiempo. Su fina atención a los datos sensoriales refleja el dominio del sensualismo sobre la gestión científica. Esta teoría, heredera del pensamiento de Locke y ya bosquejada en 1709 por Maubec en sus *Principes physiques de la raison et des passions des hommes* [Principios físicos de la razón y de las pasiones de los hombres],[7] precisada por Hartley, traducido al francés en 1755, se constituye en sistema lógico cuando Condillac publica sus dos obras mayores: *Essai sur l'origine des connaissances humaines* [Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos] (1746) y el *Traité des sensations* [Tratado de las sensaciones] (1754). El entendimiento, que Locke presenta todavía como principio "autónomo y dotado de una actividad propia",[8] lo define Condillac como "la colección o la combinación de las operaciones del alma". Juicio, reflexión,

de psicología experimental y, principalmente, las referencias a los trabajos de J. Le Magnen y de A. Holley, especialistas franceses de esos aspectos de la osmología. La estética del olfato es objeto del notable libro de Edmond Roudnitska, *L'Esthétique en question*, París, PUF, 1977; allí se encuentra un interesante estudio de la descalificación kantiana del olfato.

En fin, conviene evocar el conjunto de los trabajos de Peter Reinhart Gleichmann. Desde hace años éste estudia, en la prolongación de las investigaciones de Norbert Elias, las relaciones que se anudan entre la mutación de los afectos, la transformación de las imágenes del cuerpo y las técnicas de control social que revelan los proyectos de sistemas de saneamiento. Los desarrollos que consagra a la integración de las funciones fisiológicas en la esfera doméstica y la extensión de las cadenas de interacción engendradas por dicha domesticación, nos conciernen directamente (*cf.* su artículo: "Des villes propres et sans odeur", *Urbi*, abril de 1982). Lo esencial de su reflexión se refiere no obstante a la Europa central entre 1866 y 1930, lo cual lo conduce a callar las mitologías prepasteurianas y a menospreciar la importancia del período estudiado.

En el mismo terreno, *véase también* Dominique Laporte, *Histoire de la merde*, París, 1979. En lo que concierne el empleo de la palabra mierda, ni qué decir que ya no es hora de buscar púdicamente algunos sinónimos, y menos aún recurrir a los puntos suspensivos, puesto que estos procedimientos se han vuelto objeto de estudio para los lingüistas (*cf.* a propósito del lenguaje obsceno: *Aimer en France*, 1979, t. II, p. 414). Además, sería inútil intentar una historia de los olores sin considerar desde cierta distancia esta depuración del lenguaje olfativo que constituye, en sí misma, uno de los aspectos mayores de la desodorización.

[7] A este propósito, *cf.* Jean Ehrard, *L'Idée de nature en France dans la première moitié du XVIIIe Siècle*, 1963, p. 676.

[8] *Ibid.*, p. 685.

deseos, pasiones, no son sino la sensación misma que se transforma de modo diferente, y cada quien guarda en su memoria la imagen de la estatua que cobra existencia al aspirar el perfume de la rosa, con el cual comienza por confundirse.

Todos los sabios, todos los filósofos se encuentran en lo sucesivo confrontados al sensualismo; resienten su predominio, sean cuales fueren sus reticencias. Pero todo esto no son sino episodios de la historia de la filosofía de las Luces, que no es asunto para estudiar aquí.[9] Para nosotros importa solamente acentuar la vigilancia. Los sentidos "se vuelven más y más analistas; refinan acerca de los grados de beneplácito o de importunidad del medio físico".[10] El olfato de Jean-Noël Hallé, constantemente despierto, acecha la amenaza morbosa, mientras el del optimista abate Pluche invita a gozar del espectáculo de la naturaleza.[11]

Sin embargo, los filósofos prestan poca atención al olfato. La negligencia de los sabios fortalece el punto de vista de Lucien Febvre, para quien dicho sentido declina desde el alba de los tiempos modernos.[12] Además, el discurso científico titubea cuando aborda el tema, enredado como está en sus contradicciones. Un continuo vaivén entre la promoción y la descalificación de los datos olfativos certifica la incertidumbre inquieta del pensamiento sabio.

La desconcertante pobreza del lenguaje,[13] la incomprensión de la naturaleza de los olores y el rechazo de algunos de abandonar la teoría del *esprit recteur*, contribuyen a explicar las vacilaciones del pensamiento y la sinuosidad del discurso.[14]

[9] Claire Salomon-Bayet (*L'institution de la science et l'experience du vivant*, Flammarion, 1978, pp. 204 ss.) analizó bien de qué modo los sabios utilizan las observaciones del *homo ferus*, el fingimiento filosófico (la estatura de Condillac), los fingimientos experimentales (el ciego curado de Maupertuis) o los accidentes imprevistos (la caída de Rousseau, cuando su segundo paseo), para intentar resolver los problemas planteados por el conocimiento empírico.

[10] Jacques Guillerme, "Le malsain et l'economie de la nature", *XVIIIe siècle* núm. 9, 1977, p. 61.

[11] "Toda la diversidad de sabores, olores, sonidos, colores, en una palabra, todas nuestras sensaciones, no son sino la acción de Dios sobre nosotros, diversificada según nuestras necesidades", escribe (T. IV, p. 162) en su *Spectacle de la nature*.

[12] Lucien Febvre, *op. cit.*, pp. 461-472.

[13] Destacada por Locke (*Essai philosophique concernant l'entendement humain*, 1755, p. 78).

[14] Boyle había observado que el almizcle, a pesar de los fuertes olores que despide, no pierde nada, o casi nada, de su sustancia. Haller (*Éléments de Physiologie*, t. IV, p. 157) conserva, por más de cuarenta años, papeles perfumados con un solo grano de ámbar sin que éstos pierdan su fuerte aroma. Otras tantas observaciones que fortalecen la teoría del espíritu rector, estructurada por Boerhaave. Según éste, lejos de ser una emanación de corpúsculos desprendidos del cuerpo oloroso, el olor es un fluido sutil, un "ser muy volátil, muy fugaz, muy expandible, privado de gravedad, completamente invisible, impalpable si no es por la membrana olfativa" (Hippolyte Cloquet, *Osphrésiologie ou Traité des odeurs*, 1821, pp. 39-40). Para la mayoría de los sabios, este espíritu rector, al que se llama aroma a finales del siglo XVIII, sería de naturaleza oleosa. Sin embargo, parece evidente que no reviste por doquier la misma forma, y Macquer, uno de los más eminentes químicos de aquel tiempo, se esfuerza por hacer un repertorio de sus diversas manifestaciones.

Es precisamente dicha variedad la que va a lanzar el descrédito sobre la teoría de Boerhaave. Puesto que el aroma se revela siempre diferente de sí mismo, su existencia, como principio, no puede seguir sosteniéndose. Esto es, por lo menos, lo que piensa ya Nicolas Le Cat (*Traité des sensations et des passions en général et des sens en particulier*, 1767, t. II, p. 234) así como el caballero de Jaucourt, redactor del artículo "Odorat" de la *Encyclopédie* en 1765. Aunque la teoría corpuscular, ya formulada por Teofrasto y admitida por los cartesianos, permanece en estado de hipótesis, hasta que

Algunos estereotipos bastante sencillos dibujan las paradojas del olfato. Sentido del deseo, del apetito, del instinto, éste lleva el sello de la animalidad.[15] El olfateo se asimila a la bestia. La impotencia del lenguaje para traducir las sensaciones olfatorias haría del hombre, si este sentido predominara, un ser determinado por el mundo exterior.[16] Víctima de su fugacidad, la sensación olfativa no podría provocar de modo duradero el pensamiento. La acuidad del olfato se desarrolla en razón inversa de la inteligencia.

Contrariamente al oído y la vista, cuya afinación se funda sobre un prejuicio platónico reafirmado sin cesar, el descalificado sentido del olfato es de poca utilidad en el medio social. "El olfato le era menos necesario al hombre, hecho para caminar derecho, para descubrir desde lejos lo que le parecía servir de alimento; la vida social y la palabra lo podían instruir de las cualidades de los cuerpos que lo tentaban para nutrirse", afirma el barón de Haller.[17] Como prueba: el salvaje disfruta de una más grande acuidad olfativa que el hombre civilizado. El padre du Tertre,[18] el padre Lafitau, Humboldt, Cook y los primeros antropólogos[19] están de acuerdo sobre este punto. Y si ciertas anécdotas que se difunden a ese respecto parecen excesivas, la observación de los niños salvajes no confirma menos la superioridad olfativa del ser que ha crecido fuera de un medio social.[20]

Esas convicciones científicas cubren con una capa de entredichos los usos del olfato. Olisquear, husmear, dar pruebas de agudeza olfativa, preferir los densos olores animales, reconocer el papel erótico de los olores del sexo, engendra sospecha; tales maneras de conducirse, emparentadas a las del salvaje, atestiguan proximidad a la bestia, carencia de refinamiento, ignorancia del código de los usos; en resumen, el fiasco de los aprendizajes que definen el estado social. El olfato figura en lo más bajo de la jerarquía de los sentidos, en compañía del tacto, y Kant se ocupa de su descalificación estética.

El comportamiento sensorial de Jean-Noël Hallé viene a inscribirse en falso contra estos asertos; discernimos aquí la primera de las paradojas del olfato: sentido de la animalidad; pero también, por ese mismo hecho, el de la conservación. Mas he aquí que la misión del olfato-centinela reviste una importancia nueva. Vanguardia del gusto, la nariz delata el veneno;[21] pero ya no está aquí lo

Fourcroy y Berthollet probarán lo bien fundada, numerosos contemporáneos de Hallé consideran que los cuerpos emiten partículas olorosas que forman parte de su sustancia.

[15] Principalmente por Buffon.

[16] *Cf.* el papel del lenguaje según Condillac, Jean Ehrard, tesis citada, p. 686.

[17] Artículo "Odorat", suplemento. Lo que hace pensar en el desarrollo de Freud, citado en la p. 291.

[18] Padre Du Tertre, *Histoire naturelle et morale des îles Antilles*, ., 1658. Padre Lafitau, *Moeurs des sauvages américains*. ., 1724; A. Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 1811.

[19] Principalmente Soemmerring y Blumenbach.

[20] "Se ha visto —escribe aún Haller en 1777— a un niño criado en un desierto olisquear las hierbas, como lo haría una oveja, y escoger mediante el olfato la que deseaba para nutrirse; devuelto a la sociedad y acostumbrado a diferentes alimentos, perdió ese privilegio."

[21] *Cf.* Le Cat, *op. cit.*, t. II, p. 230, y Kant, *Conjeturas*, p. 113.

esencial; el olfato detecta los peligros que oculta la atmósfera. Es el mejor analista de las cualidades del aire. La creciente importancia otorgada a ese fluido por la química y por la medicina epidemiológica frena por un tiempo el descenso de la facultad olfativa, percibido por Lucien Febvre. El olfato advierte la amenaza; discierne a distancia la podredumbre nociva y la presencia del miasma. Asume la repulsión respecto a todo lo que es perecedero. La promoción del aire asegura la del sentido privilegiado de la vigilancia inquieta. Éste ordena el nuevo recorte del espacio impuesto por la emergencia de la química moderna.

Otro par de datos contradictorios se agrega a la confusión. La fugacidad, y más aún la discontinuidad de las impresiones olfativas, estorba la memorización y la comparación de las sensaciones.

Intentar la educación del olfato es correr hacia la decepción; así pues, no se le otorga ninguna atención al componer un jardín inglés, sitio privilegiado de los aprendizajes y de la felicidad sensoriales.

Sin embargo, desde la Antigüedad, los médicos no cesan de repetir que, de todos los órganos de los sentidos, la nariz es la más próxima al cerebro, y en consecuencia al "origen del sentimiento".[22]

Además, "todos los filamentos de sus nervios, de sus protuberancias, son sueltos, llenos de espíritu; mientras que los que se alejan de dicha fuente se convierten por ley común en nervios más sólidos".[23] De ahí la extremada delicadeza de las sensaciones olfativas; ésta, contrariamente a la acuidad propiamente dicha, crece con la inteligencia del individuo. El aroma exquisito de las flores "parece estar hecho sólo para el hombre".[24]

Sentido de los afectos y su misterio —Rousseau dirá de la imaginación y del deseo—[25] el olfato sacude el psiquismo más profundamente que el oído o la vista; parece hundirse hasta las raíces de la vida.[26] Pronto aparecerá como el sentido privilegiado de la reminiscencia, el revelador de la coexistencia del yo y del mundo, el sentido de la intimidad. El aumento del narcisismo,[27] así como la obsesión por el aire y los progresos del anticontagio, juegan en favor del más desacreditado de todos los sentidos.

El discurso teórico que se consagra al olfato teje pues una red de fascinantes entredichos y misteriosos atractivos. La necesaria vigilancia impuesta por el miasma pútrido, el goce delicado de los aromas florales, los perfumes de Narciso, vienen a compensar el rechazo de las voluptuosidades instintivas de los ani-

[22] Es, de nuevo, la opinión de Haller. *Éléments de physiologie*. 1769, t. II, p. 33.

[23] Caballero de Jaucourt, artículo citado.

[24] Haller, artículo citado.

[25] *Emilio*, ed. Garnier, 1966, pp. 200-201. Principalmente: los olores "no afectán tanto por lo que dan, sino por lo que hacen esperar".

[26] Jaucourt, artículo citado: "Hay una relación desconocida entre el principio vital y los cuerpos olorosos."

[27] "Comenzaba a ver sin emoción y a entender sin trastorno, cuando un aire ligero, cuya frescura sentí, me trajo perfumes que me causaron un despliegue íntimo y me dieron un sentimiento de amor hacia mí mismo", declara el primer hombre en el relato de Buffon (*De l'homme*, ed. Maspero, 1971, página 215).

males. Y habría sido precipitarse demasiado el relegar el olfato fuera del campo de la historia sensorial, infatuada por el prestigio de la vista y el oído.

Mi propósito es el de detectar los comportamientos que se injertan en esas teorías. Para ello, volvamos sobre la pista abierta por Jean Noël Hallé.

Primera Parte

LA REVOLUCIÓN PERCEPTIVA
O EL OLOR SOSPECHOSO

I. EL AIRE Y LA AMENAZA PÚTRIDA

UN CALDO ESPANTOSO

HACIA 1750, antes que se operaran los progresos decisivos de la química llamada neumática, el aire pasa a ser considerado como un fluido elemental y no como resultado de una mezcla o de una combinación química.[1] Desde la publicación de los trabajos de Hales, los sabios han adquirido, no obstante, la convicción de que entra en la textura misma de los organismos vivientes. Todos los elementos que componen el cuerpo, tanto los fluidos como los sólidos, dejan escapar aire cuando cede su cohesión. Este descubrimiento ensancha el campo de acción supuesto de dicha sustancia elemental. En lo sucesivo, se considera que el aire actúa de múltiples maneras sobre el cuerpo vivo: por simple contacto con la piel o la membrana pulmonar, por intercambio a través de los poros, por ingestión directa o indirecta, puesto que los alimentos también contienen una proporción de aire de que el quilo, y después la sangre, podrán impregnarse.

Por sus cualidades físicas, que varían según las regiones y las estaciones, el aire regulariza la expansión de los fluidos y la tensión de las fibras. Desde que su gravedad se volvió verdad científica, se admite que opera una presión sobre los organismos. Ésta haría la vida imposible si un equilibrio no se instaurara entre el aire externo y el interno, equilibrio precario restablecido sin cesar por los eructos, los ventoseos, los mecanismos de ingestión y de inhalación.[2]

Fácil de comprimirse, el aire a la vez se encuentra animado como por un resorte. Esta elasticidad iguala, en fuerza, a su gravedad. La más pequeña burbuja de aire equilibra la masa de la atmósfera. Esta fuerza permite la respiración, mantiene los movimientos intestinales, asegura la dilatación que compensa la constricción que ejerce por gravedad el fluido. El aire no pierde jamás, por sí mismo, su elasticidad; pero cuando le ocurre que se priva de ella, ya no la recobra. Solamente el movimiento, la agitación, permiten entonces la restauración de la atmósfera, y por ende la supervivencia de los organismos. La muerte interviene, en efecto, cuando el fluido ya no tiene fuerza para entrar al pulmón.

La temperatura y la humedad del aire ejercen una influencia mediata sobre los cuerpos. El juego sutil de encogimiento y expansión contribuye a descompo-

[1] Así, Boissier de Sauvages, primer premio del concurso propuesto sobre este tema por la Academie de Dijon en 1753, permanece fiel al concepto mecanicista del aire, el cual, según él, está compuesto de pequeñas esferas o moléculas separadas por intersticios en cuyos huecos se deslizan otras materias. En el siglo precedente Boerhaave consideraba el aire como simple instrumento, intermediario no constreñido por los intercambios químicos. (Boissier de Sauvages, *Dissertation où l'on recherche comment l'air, suivant ses différentes qualités, agit sur le corps humain*, Burdeos, 1754.)

[2] "Por eso —escribe Malouin en 1755— se digieren de manera diferente los mismos alimentos, según la diferencia del aire que se respira." Ello hace que se digiera mejor en el campo que en la ciudad (M. Malouin, *Chimie médicinale*, 1755, t. I, p. 54).

ner o a restaurar el difícil equilibrio entre el medio interno y la atmósfera. El calor tiende a enrarecer el aire; determina por ese hecho que las fibras se relajen y se alarguen. Las partes exteriores del cuerpo, principalmente las extremidades, se hinchan. El organismo entero resiente debilidad y tal vez abatimiento. El aire frío, por el contrario, contrae los sólidos, aprieta las fibras,[3] condensa los fluidos. Aumenta la fuerza y la actividad del individuo. Bastante paradójicamente,[4] subsiste la convicción de que es el aire el que refresca la sangre y que, por ese hecho, regulariza la transpiración sensible tanto como la insensible, fenómeno puesto en evidencia en el siglo XVII por Sanctorius. El aire fresco se revela, pues, particularmente benéfico;[5] en cambio, el aire demasiado frío arriesga estorbar la evaporación de las *excretas* y puede determinar el escorbuto.

Una fuerte humedad, el rocío matinal o vesperal, la lluvia persistente, relajan los sólidos y alargan las fibras porque éstas ayudan al fluido a insinuarse por los poros, a la vez que debilitan la elasticidad del aire interno. Acumulando esas acciones nocivas, el aire caliente y húmedo corre el riesgo de comprometer gravemente el equilibrio precario que asegura la supervivencia.

Sustancia elemental, el aire juega el papel de soporte inerte.[6] Transporta un cúmulo de partículas que le son extrañas. La congestión de ese fluido heterogéneo, así como sus cualidades físicas, varía con el tiempo y el lugar.

Intentar hacer el inventario de todo lo que, según los autores, compone la carga del aire, tiene mucho de apuesta. La mayoría de los sabios está de acuerdo en considerarlo como el sitio de expansión del flogisto de Stahl y, por tanto, por esa única razón, como indispensable a la vida. En él se ve también el vector del calórico. Según Boissier de Sauvages, el aire asegura la transmisión del fluido eléctrico, mediante el cual se mantiene su elasticidad.[7] Un prolijo discurso[8] atribuye al aire la transmisión de partículas magnéticas y también de inciertas influencias astrales.

En cambio, no es cuestión de duda para nadie que el aire mantenga en suspensión las sustancias que se desprenden de los cuerpos. La atmósfera-cisterna se carga de emanaciones telúricas, de transpiraciones vegetales y animales. El aire de un lugar es un caldo espantoso donde se mezclan humaredas, azufres; vapores acuosos, volátiles, oleosos y salinos que se exhalan de la tierra y, si es necesario,

[3] Sobre la importancia que reviste en el siglo XVIII la noción de fibra, *cf.* Jean-Marie Alliaume, "Anatomie des discours de réforme", en *Politiques de l'habitat (1800-1850)*, París, Corda, 1977, p. 150.

[4] Jean Ehrard (*L'Idée de nature en France dans la première moitié du XVIIIe siècle*, París, 1963, pp. 697-703), consagrado a desarrollos muy esclarecedores de estos aspectos del tema.

[5] La gente de letras, anota De Sèze, sabe muy bien que el de la mañana "da una disposición singular al estudio" (*Recherches physiologiques et philosophiques sur la sensibilité ou la vie animale*, París, Prault, 1786, p. 241.)

[6] A este respecto, *cf.* el hermoso artículo de Owen y Caroline Hannaway, "La fermeture du cimetière des Innocents", *XVIIIe siècle*, núm. 9, 1977, pp. 181-191.

[7] A sus ojos, el fluido eléctrico constituye la naturaleza misma del fluido nervioso; lo que viene a relegar a la sombra la teoría de los espíritus animales.

[8] Al respecto, *cf.* J. Ehrard, *op. cit.*, pp. 701 *ss.*

las materias fulminantes que vomita, las mofetas, aires mefíticos que se desprenden de los pantanos, de minúsculos insectos y sus huevos, de animálculos espermáticos; y lo que es peor, los miasmas contagiosos que surgen de los cuerpos en descomposición.

Mezcla insondable que Boyle, sin gran éxito, se había ocupado de desenmarañar con ayuda de medios rudimentarios de análisis.[9] Mezcla hirviente, corregida sin cesar por la agitación; teatro de extrañas fermentaciones y transmutaciones en los relámpagos y el trueno, modificado por las tempestades donde se anulan las partículas sulfurosas superabundantes. Mezcla mortífera en tiempos de gran calma, cuando se perfila el temible estancamiento que transforma los puertos abrigados, las bahías profundas, en cementerios de marinos.

Así como las cualidades físicas del aire actúan por su totalidad y sus diferencias, la composición de su cargamento regulariza la salud de los organismos. Azufres, aires mefíticos, vapores fétidos comprometen su elasticidad y constituyen otras tantas amenazas de asfixia; las sales ácidas metálicas coagulan la sangre de los vasos capilares; las emanaciones, los miasmas, infectan el aire e incuban epidemias. Conjunto de convicciones dentro del cual se enraíza esta vigilancia atmósferica a que subtiende la medicina neohipocrática, suscitará la epidemiología del Antiguo Régimen que va terminando, e inspirará el proyecto de mesa "neumato-patológica"[10] elaborado por la Société Royale de Médecine. Hipócrates y sus discípulos de la escuela de Cos,[11] en los siglos V y IV a.C., habían subrayado ya la influencia del aire y de los lugares sobre el desarrollo del feto, la elaboración del temperamento, la génesis de las pasiones, las formas del lenguaje y el genio de las naciones.

"Cada animal está normalmente condicionado para el aire puro, natural y libre", leemos en el libro de Arbuthnot, traducido al francés desde el año 1742;[12] los animales jóvenes ignoran la tolerancia, nacida del hábito, que permi-

[9] Robert Boyle, *The general history of the air*, Londres, 1692. Sobre el particular, *véase también* John Arbuthnot, *Essai des effets de l'air sur le corps humain*, París, 1742, principalmente pp. 92 *ss.*

[10] *Cf.* Thouvenel, *Mémoire chimique et médicinal sur la nature, les usages et les effets de l'air, des aliments et des médicaments, relativement à l'économie animale*, París, 1780.

[11] Acerca de la obra de Hipócrates y de su significado, *cf* Robert Joly, *Hippocrate, médecine grecque*, Gallimard, 1964; principalmente "Des airs, des eaux, des lieux", pp. 75 *ss.*

La influencia que, según las escuelas, los médicos griegos atribuyen al aire es de complejidad extrema; *cf.* Jeanne Ducatillon, *Polémiques dans la collection hippocratique*; tesis, París IV, 1977, pp. 105 *ss.* Los tratados de la colección hipocrática, subordinando la medicina al conocimiento del cuerpo humano, se apartan de una "medicina antigua", inspirada por los filósofos. Ésta pretendía explicar las enfermedades mediante una sola y misma causa y, adoptando un punto de vista cosmológico, otorgaba un lugar más grande a los vientos que a los médicos de la escuela de Cos. *Cf.* a este respecto el análisis del tratado "Des Vents", a la cual se entregan Robert Joly (pp. 23-33) y Jeanne Ducatillon.

Observemos además que, muy recientemente, Antoine Thivel (*Cnide et Cos? Essai sur les doctrines médicales dans la collection hippocratique*, París, 1981) se interroga acerca de la legitimidad de dicha distinción entre las dos escuelas. Sobre la medicina de las constituciones, *véase* Jean-Paul Desaive, Jean-Pierre Goubert, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jean Meyer. .., *Médecines, climat et épidémies à la fin du XVIIIe siècle*, París, Mouton, 1972.

[12] J. Arbuthnot, *op. cit.*, p. 268.

te al citadino soportar un "aire artificial". Aún antes de que un Priestley o un Lavoisier se esforzaran en analizar "el aire común", emerge pues la reivindicación del derecho natural a respirar un aire no obstruido con una carga nociva; no fue sino más tarde cuando la noción de pureza se cargara de referencias a la alteración de su composición. Por el momento, lo que importa es el justo equilibrio entre "contaminación" y "purificación",[13] tarea imposible que ordena una higiene privada que desconfía de las variaciones, los deshielos súbitos, los tiempos lluviosos, o de la irrupción de la lluvia después de una gran sequía. Discurso higienista que valoriza simbólicamente la blancura de la tez y la transparencia de la piel, señales manifiestas de la calidad de los intercambios en la variedad de aires, de que se nutre el ser viviente.[14]

En función del pensamiento aerista se bosquejan las definiciones de lo sano y lo malsano, y se ordenan las normas de lo salubre y lo insalubre. Se formula ya la exigencia del movimiento y se presiente el himno a la tempestad.

Antes que Lavoisier identificara la respiración con la combustión, los descubrimientos operados a tientas entre 1760 y 1780 van a modificar profundamente la química neumática. Durante esos veinte años, más o menos, se opera a la vez una evolución determinante para nuestro propósito. Hasta entonces, el olfato no estaba estrechamente implicado en la apreciación del aire; estaba lejos de asumir totalmente la ansiedad que se liga a los progresos del "aerismo". Medir las cualidades físicas de la atmósfera había concernido al tacto, o a los instrumentos científicos. El aspecto teórico del discurso sobre los miasmas y los virus, la vaguedad acerca de las emanaciones, la ausencia de análisis correctos a los cuales referirse, lo impreciso de un vocabulario que apenas se esboza, contribuyen a descalificar al olfato. La escasez de las ocurrencias olfativas durante el debate, que entonces opone a partidarios y adversarios del contagio, es significativa a ese respecto.[15]

Destruir esa imprecisión, analizar la amenaza:[16] tales son precisamente las tareas a las que en lo sucesivo se entregan los químicos. Éstos formulan un doble proyecto: *1*) proceder al inventario, y por ende, a la denominación de los mixtos, a la vez que esforzarse en crear un lenguaje olfativo que permita definirlos; *2*) localizar las etapas, los ritmos de la corrupción, y situarlos en una escala esencialmente olfativa, puesto que el del olfato se afirma como el sentido privilegiado de la observación de los fenómenos de la fermentación y de la putrefacción. La emergencia de una eudiometría todavía balbuciente aún no estorba en nada el

[13] Thouvenel, *op. cit.*, p. 27: "Es necesario que el aire —escribirá el autor tardíamente, pero siempre dentro de dicha perspectiva— no sea ni demasiado virgen, ni demasiado espirituoso, ni demasiado fuerte, ni demasiado pesado, ni muy mate, ni muy concentrado, ni muy disolvente, ni muy extendido, ni muy soso, ni demasiado excitante, ni demasiado alimenticio, ni muy séptico, ni demasiado antiséptico, ni muy resecante, ni muy humectante, ni muy relajante, etc." (*op. cit.*, p. 24).

[14] Arbuthnot, *op. cit.*, p. 275.

[15] *Cf.* Jean Ehrard, "Opinions médicales en France au XIIIe siècle: La peste et l'idée de contagion." *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, enero - marzo de 1957, pp. 46-59.

[16] Jacques Guillerme, "Le malsain et l'économie de la nature", *XVIIIe siècle*, *op. cit.*, pp. 61-72.

arranque del papel científico del olfato, instrumento de análisis impreciso pero infinitamente más sensible que los aparatos puestos a punto por Volta o por el abate Fontana.

A partir de entonces, químicos y médicos enriquecen el vocabulario que debe permitirles transcribir las observaciones acerca del olfato. La traducción de la vigilancia olfativa al lenguaje científico suscita el impresionante ascenso de las ocurrencias, registradas por todos los especialistas del siglo XVIII y que ya declinan. Vigilancia que en lo sucesivo tiene por múltiples objetos detectar los gases y sobre todo los "aires" irrespirables; de discernir y describir virus, miasmas y venenos hasta entonces inasibles; proyecto imposible puesto que se apoya en un error; roca de Sísifo sobre la cual se empeñarán los médicos hasta el triunfo de las teorías pasteurianas. A falta de localizar, mediante el olfato, a esos seres terríficos, durante largo tiempo permanecerá la esperanza de poder detectar, de esa manera, sus efectos sobre los cuerpos vivientes. Mientras la medicina clínica que se bosqueja pone en perspectiva lo mórbido y las lesiones que se observan al interior del cadáver, el sincretismo médico entonces dominante, y en el cual el neo-hipocratismo se junta con la herencia mecanicista, remite los olores de lo patológico a la gama definida por la observación de la descomposición pútrida.

Entre 1770 y 1780, los sabios despliegan apasionada actividad en recoger, trasegar, encerrar, conservar los "aires" —a los que también denominan gases—; en localizar los efectos de cada uno de ellos sobre el organismo animal. En algunos años (y el trabajo de Scheele[17] resume bien esa labor fascinante), se forma un cuadro que incluye los "aires" respirables y los mefíticos. Clasificación confusa, enredada, con terminología aún flexible, en el seno de la cual se distinguen algunas *vedettes* (en primera línea): el aire fijo, el ácido sulfuroso, el aire inflamable, el álcali volátil y el hígado de azufre. En el curso de esas experiencias múltiples cada quien aprende a reconocer, es decir, a localizar a través del olfato los miembros de esa prolífica familia.

Mientras se debaten y mueren ratas, perros y conejos, encerrados bajo sus campanas, se revelan poco a poco los intercambios y las transmutaciones ligadas al mecanismo vital. El pastor Priestley[18] mide la degradación del "aire común", utilizado por la respiración y la producción del "aire flogístico" (ázoe) y del "aire fijo" (gas ácido de carbono) a costa de "aire vital" deflogistificado (oxígeno). En lo sucesivo, éste se conocerá como el aire respirable por excelencia. La fidelidad del sabio británico a lo flogístico le impide, sin embargo, terminar un análisis correcto del fluido. Priestley esboza también la teoría de los intercambios gaseosos en el reino vegetal, pero deja a Ingenhousz el mérito de describir con exactitud la fotosíntesis. El descubrimiento del poder oxigenante de las plantas bajo el efecto de la luz, engendra en estos dos buscadores la optimista visión de una re-

[17] Y más aún el *Supplément au traité chimique de l'air et du feu de M. Scheele* y el *Tableau abrégé des nouvelles découverts sur les diverses espèces d'air*, por Jean-Godefroi Léonhardy, París. 1785.

[18] Priestley, *Expériences et observations sur différentes espèces d'air*, París, 1777-1780, 5 vols., trad. de trabajos publicados entre 1774 y 1777.

gularización providencial que lleva a corregir, por los vegetales, el aire viciado por los animales.[19]

Otros tantos descubrimientos que conducen a considerar el aire ya no como elemento o combinación, sino como mezcla de gases cuyas proporciones respectivas determinan sus cualidades.

Por otra parte, Priestley demostró que era posible calcular la tasa de "respirabilidad" de un aire. A partir de entonces, provisto de su eudiómetro, el abate Fontana recorre Europa, siendo esperado como un adivino. Pretende ser capaz de anunciar la vitalidad de la atmósfera. Decepción; he aquí que el aire de los barrios con mercados no parece estar privado de menos cualidades que el de las montañas, y habrá necesidad de abandonar muy rápidamente las esperanzas puestas en su aparato. En última instancia, es un atributo del olfato, del que hay que esperar los oráculos.

Los olores de la corrupción

Acabar con la confusión de las emanaciones, con las "vaguedades acerca de lo pútrido"[20] a fin de acceder, por fin, a la comprensión de los mecanismos de la infección, constituye, sin embargo, el proyecto fundamental de esa química de los gases tan fuertemente implicada en la observación de los fenómenos orgánicos. Estudiar los "aires" es, entonces, estudiar los mecanismos de la vida; es lo que suscita la moda de la experiencia "neumática". En los medios esclarecidos, ésta se extiende como una pasión incontrolable. Tras un rodeo que nos parece curioso, es, bien la angustia de la muerte, bien la desintegración de las partes del cuerpo viviente, lo que crea esa fascinación. No se estudia tanto el aire como el sitio de la generación[21] o del florecimiento de la vitalidad, sino como el laboratorio de la descomposición. Observar con atención mórbida la marcha de la disolución de la substancia orgánica, localizar el escape del "cemento" de los cuerpos,[22] de ese "aire fijo" promovido al rango de actor principal del drama que se representa; sentir —en sentido propio— que cede la cohesión de los mixtos, ejerce un atractivo inquietante. Se trata de seguir los pasos de la muerte en la materia viva, a fin de discernir en qué forma se establece el misterioso equilibrio vital.

El olfato se encuentra tan profundamente comprometido en esta averigüación, que nos parece necesario bosquejar una prehistoria de las investigaciones acerca de la putrefacción. Bacon[23] podría figurar aquí como el padre fundador. A principios del siglo XVII proclamaba ya que todos los desarreglos de

[19] *Cf.* Jacques Guillerme, artículo citado, p. 63.

[20] *Ibid.*, p. 61.

[21] A este respecto, Pierre Darmon, *Le mythe de la procréation à l'âge baroque*, París, J.-J. Pauwert, 1977.

[22] Thouvenel, *op. cit.*, p. 13.

[23] En su *Histoire naturelle*, a propósito de la historia de las investigaciones sobre la putrefacción. J.-J. Gardane, *Essais sur la putréfaction des humeurs animales*, París, 1769.

nuestra máquina la conducen más o menos hacia la disolución pútrida,[24] la cual "destruye en su totalidad el arreglo de las partes" para permitir una nueva combinación. Prueba de ello, según él, las transmutaciones olfativas; así pues, "ya había observado, después de la putrefacción, el olor del ámbar, del almizcle, de la algalia, que son con frecuencia los productos".[25]

De hecho, conviene reconocer al alemán Becher la verdadera paternidad de la teoría de la putrefacción. A sus ojos, ésta constituye un movimiento interno permanente, en perpetua lucha con el principio de la cohesión natural e ígnea de las partes, del fuego elemental que se perpetúa gracias al espíritu balsámico[26] de la sangre. En una perspectiva mecanicista, ese movimiento interno resulta de la movilidad de las moléculas, liberadas de las trabas que las fijaban; de allí el olor fétido y penetrante de los cuerpos que se pudren; éste no podría ser, pues, considerado como un simple signo de putrefacción; forma parte integrante del proceso. Fetidez y humedad definen la corrupción. Las partes acuosas de la materia orgánica se liberan bajo forma de sanies y de pus; las partes pútridas, ahora volátiles, se escapan bajo la forma de moléculas nauseabundas. Queda la tierra..

Si el combate permanente que se desarrolla en lo viviente se torna ventajoso para la putrefacción; si, por casualidad, los miasmas pútridos, emanados de los cuerpos enfermos o en estado de descomposición, son inhalados por el organismo y vienen a romper el equilibrio de las fuerzas internas; si se produce una interrupción de la circulación del espíritu balsámico de la sangre, por obstrucción de los vasos, viscosidad de los humores o herida, esto puede provocar el triunfo de la gangrena, la viruela, el escorbuto, las fiebres pestilentes o pútridas.

El antiséptico, o sea la substancia capaz de detener el exceso de putrefacción, debe buscarse entre los cuerpos volátiles, calientes, aceitosos, aromáticos, aptos a despejar las vías por las cuales debe circular el espíritu balsámico. La preferencia terapéutica de una substancia aromática, fundada sobre su volatilidad y su poder de penetración, fortalece una antigua tradición, la que impulsaba a Hipócrates a detener la peste mediante olores.[27]

La física del sabio alemán conduce a una doble valoración de los olores; la fetidez refleja la desorganización; el aroma abre la vía al principio vital. Tanto los síntomas como el remedio pertenecen al sentido del olfato.

Volviendo a tomar por su cuenta la afirmación de Boyle, según la cual la corrupción de la materia orgánica produce aire, Hales se había empeñado en estudiar y medir ese escape. Una pulgada cúbica de sangre de puerco produce 33 pulgadas cúbicas de un "aire" que Black habría de bautizar como "aire fijo". A partir de entonces, los estudios acerca de la disolución pútrida se encuentran

[24] *Ibid*, p. v.
[25] *Ibid*.
[26] Es decir, aceitoso.
[27] En la antigüedad griega, lo aromático, solar, imputrescible, de lo cual la mirra es el arquetipo, constituye la antítesis del vegetal húmedo, putrescible, simbolizado por la lechuga. *Cf.* Marcel Détienne. *Les Jardins d'Adonis, La mythologie des aromates en Grèce*, París, Gallimard, 1972.

orientados de nuevo; la putrefacción es realmente una lisis, resulta de un movimiento interior, así pues el escorbuto, que en lo sucesivo aparece como la enfermedad pútrida por excelencia, no es sino una desintegración que empieza en el cuerpo vivo; pero lo que asegura la cohesión, lo que queda después de la desunión de las partes, no es tierra, es aire. El cemento de los cuerpos es de naturaleza volátil. Los componentes terrestres, salinos, oleosos, acuosos entran después de su huida en otras combinaciones.

Tales son las intuiciones mayores que inspiran, en el año 1750, los trabajos de Pringle y, algunos años más tarde, los de Mac Bride,[28] el químico de Dublín. El antiséptico debe, según este último, responder a una cuádruple función: detener, se entiende, la liberación del "aire fijo" que podría resultar de la disolución de la sangre o de un relajamiento demasiado grande de las fibras; asegurar la fluidez necesaria a todo movimiento interno; facilitar la expulsión de lo pútrido, en tránsito dentro del cuerpo y, si fuere necesario, restablecer las substancias podridas a su estado natural. De modo que serán promovidos a la dignidad de antisépticos, por Pringle o por Mac Bride, los astringentes que aprietan las fibras: las sustancias aromáticas, las sales, la quinina, y, en última instancia, el aire mismo.

Estos descubrimientos británicos se difunden rápidamente en Francia. En 1763, la Académie de Dijon somete a concurso el estudio de los antisépticos, lo que permite a Boissieu[29] obtener un primer premio. Proporcionó una brillante síntesis en la que subraya al mismo tiempo el carácter indispensable del movimiento putrefactivo interno a todo organismo viviente y la precariedad de un equilibrio que conviene vigilar en permanencia. El autor cerca los peligros, enumera los principios que guiarán la acción de los higienistas; define con gran precisión la estrategia futura. Ante todo, importa contener el escape del "aire fijo", puesto que la tendencia de éste es la de huir, cuando nada se opone a ello, con el fin de entrar en el ciclo de los intercambios aeriformes que regulan la vida y la muerte. A ese fin, hay que evitar ciertos escollos: *1*) el calor, que tiende a rarificar las partículas que componen los cuerpos, y por tanto a hacer más frágil el sistema de protección; *2*) la humedad, que relaja la cohesión de las partes; *3*) la inmersión de un aire que ha perdido algo de su elasticidad y que, por ese hecho, se opone con menos eficacia al escape del "aire fijo". Sobre todo, conviene huir del aire infectado por esas exhalaciones pútridas que comunican a los licores "el movimiento interno que los agita" y, por ende, activan el adelanto de la putrefacción.

Por el contrario, el médico acabará con todo lo que estorba la fuga del gas; deberá, a la vez, asegurar el movimiento de los fluidos, porque éstos retienen el aire en estado de fijeza; velará la buena marcha de la excrecencia que expulsa los humores putrescibles, facilitará la absorción del aire por los pulmones, los po-

[28] John Pringle, *Mémoire sur les substances septiques et antiseptiques*, leído el 28 de junio de 1750; David Mac Bride, *Essais d'expériences*, París, 1766.

[29] Las memorias de Barthélemy-Camille Boissieu, Toussaint Bordenave y Guillaume-Lambert Godart, del cual se hace mención aquí, están publicados bajo el título colectivo de *Disertation sur les antiseptiques...*, Dijon, 1769.

ros, los vasos inhalantes del estómago y los intestinos; mejorará los intercambios gaseosos mediante el quilo; esto, seleccionando los alimentos, empleando antisépticos balsámicos, exponiendo a los vapores que se escapan sustancias aromáticas calentadas o de algunas materias en fermentación. De ese modo, se encuentra definida una política higienista que sobrepasa con mucho la teoría neohipocrática en la cual, muy a menudo, se incurre en el error de confinarla, y que se funda sobre el análisis del aire, la lucha contra los miasmas pútridos y la valoración de las sustancias aromáticas.

La difusión de tales teorías conduce a multiplicar las experiencias y los análisis olfativos de la putrefacción. Sería fastidioso citar tan sólo las principales obras que los relatan. Becher mismo se había esforzado en describir el olor de los diferentes estados de la descomposición pútrida. En una tesis sostenida en 1760 en Montpellier, Féou afina su análisis. En los primeros instantes del fallecimiento aparece un "olor dulzón",[30] que algunos consideran como de "fermentación vinosa" Después se desarrolla un olor ácido más fuerte "a menudo semejante al del queso que se pudre"; Gardane lo califica de "acidocaseoso" "En fin, el olor de la podredumbre se manifiesta: al principio es insípido, sin acritud, pero ese desabrimiento asquea [. . .] insensiblemente el olor se vuelve penetrante, entonces es acre, abominable. Al olor pútrido siguen uno herbáceo y el de ámbar. El autor concluye: "Esto debe llevar a los médicos a determinar con más exactitud los olores en las enfermedades."

La presidenta Thiroux d'Arconville constituye un buen ejemplo de esos sabios al acecho olfativo de la putrefacción. Robert Mauzi[31] destaca la importancia de dicha aristócrata apasionada de la física; condenada a la virtud por causa de su estigma por la viruela, parece haber encontrado en la ciencia alegrías compensadoras. La presidenta asegura haberse entregado a experimentos sobre más de trescientas substancias a fin de estudiar la manera de detener, en lo posible, la putrefacción de cada una de ellas. Eso nos vale un grueso volumen de seiscientas páginas, sin contar los cuadros.[32] La joven mujer tuvo cuidado de multiplicar sus experimentos en función de las estaciones, de la temperatura, del grado de humedad, de los vientos, de la exposición. Trabajó en la ciudad y en el campo. Llevó un diario de toda esa actividad científica. La señora Thiroux d'Arconville es incomparable observadora de los olores. Ambiciona localizar aquellas fases que delimitan los estadios de la putrefacción en cada una de las sustancias estudiadas. Atenta durante meses enteros a ese incesante vals, se sintió presa de vértigo ante esas variaciones olfativas que dan testimonio de prodigiosos misterios. La naturaleza ofrece aquí un discurso fascinador, más estimulante para la imaginación que el cambio de color de las substancias en vías de podrirse, o que los silbidos de los hervores de la fermentación.

[30] Así como las citas siguientes, Gardane, *op. cit.* p. 121.
[31] Robert Mauzi, *L'idée du bonheur au XVIIIe siècle*, pp. 273 *ss.*
[32] Mme. Thiroux d'Arconville, *Essai pour servir à l'histoire de la putréfaction*, París, 1766.

El caso no es aislado. Godart,[33] autor de una memoria presentada en el concurso de Dijon, se muestra abiertamente alucinado por los ritmos olfativos discontinuos de la putrefacción y por lo que él llama "deflagraciones" de los olores en sus frascos. Otro ejemplo es el del doctor Raymond,[34] que relata, en su libro sobre la elefantiasis, cómo se empeñó en seguir, por la nariz, la marcha de la putrefacción sobre el ser viviente.

El olfato se ha aprovechado del movimiento que, bajo la influencia de los discípulos de Locke y después de Condillac, refina progresivamente la atención en los fenómenos sensibles y la capacidad analítica de cada uno de los sentidos. Al contrario de lo que comúnmente se acepta,[35] sin duda el olfato se ha beneficiado más que la vista, el oído o el tacto. Estaba, en efecto, más estrechamente implicado en la definición de lo sano y lo malsano que desde entonces se bosqueja y contribuye a ordenar la conducta de los higienistas hasta los descubrimientos pasteurianos. Mientras la clínica reciente concede privilegios a la vista, el oído y el tacto, al olfato corresponde revelar la fisiología subterránea, controlar la modificación de los humores y atestiguar "el orden de la putrefacción".[36]

La complicación del vocabulario traduce las exigencias nuevas; mediante todo un sistema de jalones olfativos, el médico tiene que saber desenredar la complejidad de los signos. Gracias a un aprendizaje sutil, sabe entonces manejar una doble serie de datos olfativos: la que permite reconocer los gases y, por ende, detectar la amenaza del mefitismo y la que se refiere a los análisis de la fermentación y de la putrefacción, gracias a la cual es posible presentir el miasma y localizar sus efectos en el organismo. ¿Cómo asombrarse entonces de esas innumerables referencias al olor que sobrecargan el discurso médico y que asedian lo cotidiano vivido del profesor Hallé?

¿Pero podemos, legítimamente, privilegiar la influencia de médicos e higienistas hasta el punto de atribuirles totalmente la prehistoria de esta revolución perceptiva? Seguramente que no. Aunque jugaron un papel multiplicador considerable, todo nos hace pensar que no hicieron más que interpretar la sensibilidad particularmente viva de sus contemporáneos. El olfato se beneficia, temporalmente, de una evidente promoción porque asume, mejor que los otros sentidos, esas "nuevas inquietudes"[37] que van a engendrar las mitologías prepasteurianas. Sabe revelar la precariedad de la vida orgánica, y es esto lo esencial. La atención olfativa de la putrefacción abre perspectivas abismales acerca de la psicología de las *élites* en las postrimerías del Antiguo Régimen. La atención permanente al deambular de la muerte intraviviente, que dedica atentos análisis a los eructos, los borborigmos, los ventoseos y los cólicos, las diarreas fétidas, introduce

[33] *Op. cit.*, pp. 253-258.
[34] Citado por Gardane, *op. cit.*, p. 220.
[35] Que se funda sobre la jerarquía sensorial establecida por los filósofos y que constituye, repitámoslo, una herencia platónica.
[36] Gardane, *op. cit.*, p. 124.
[37] Jacques Guillerme, *op. cit.*, p. 61.

nuevas ansiedades. El cálculo de los grados de podredumbre interna, fundado sobre el olor de las deyecciones, induce esa asombrosa vigilancia excrementicia que habremos de estudiar.

La relación que el hombre mantiene con su entorno también oscila. Lo esencial no será tanto la calidad del espacio, la altitud, la exposición o la naturaleza de los vientos, sino el análisis de las cualidades de los lugares estrechos, apretados, de la vida cotidiana; de la envoltura aérea, de la atmósfera de los cuerpos. Los peligros, en lo sucesivo, serán "el aire degenerado", el mefitismo, la cercanía de lo nauseabundo, la molécula podrida producto de la corrupción, el "miasma aéreo" que ha perdido sus ganzúas,[38] pero cuyo poder desintegrador de la materia viva se ha acrecentado; el miasma cuyo poder corruptor se extiende a los vegetales, a la carne en la carnicería; a los metales en las vitrinas de comedor.

La atención olfativa a lo pútrido traduce la angustia del ser que no puede *fijar* —y ésta es la palabra maestra—, retener los elementos que lo componen; discernir qué tiene de otros gérmenes precedentes y que le permitirán combinarse con seres nuevos. La putrefacción es el reloj y los estudios que le están consagrados se vuelven historias. Por tanto, la vigilancia olfativa no tiene por objeto solamente detectar la amenaza, el riesgo de una infección. El olfato-centinela se revela aquí como un concepto demasiado estrecho. Esta vigilancia es la atención permanente a la desintegración de los seres y de sí mismo. Para el Dorian Gray de Oscar Wilde —como para nosotros—, el punto de localización de la destrucción es visual; para los contemporáneos del profesor Hallé es también de orden olfatorio. Nos es difícil comprender tal actitud, y la hilaridad, señal de incomprensión, nos asalta ante el enloquecimiento que provoca el miasma nauseabundo.

Jacques Guillerme[39] advierte que lo pútrido, en Schlegel por ejemplo, se asimila con frecuencia a lo demoniaco, lo cual fortalece la correlación obsesiva entre pestilencia y profundidad del infierno, acentuada por los autores que, de Milton a Cowper Powys,[40] se empeñaron en describir la gehena. Dentro de una óptica histórica más limitada, todos los que se esfuerzan en comprender o pensar la revolución, tendrían sin duda interés en poner en perspectiva lo fascinador de la putrefacción con el deleite del cadáver.[41] De todas maneras, un hecho histórico de primera importancia permanece: lo pútrido iba a "dibujar la figura de una naturaleza típica de la socialidad".[42]

[38] Jean Ehrard, artículo citado. El autor estudia la génesis y evolución de la teoría de los miasmas, y sus ligas, en su origen, con las teorías corpusculares nacidas de los trabajos de Boyle. Jean Ehrard opera la división entre dicha teoría de los miasmas, la de las levaduras y la de los gusanos u otros insectos.

[39] Artículo citado, p. 63.

[40] John Cowper Powys, *Morwyn*. Robert Favre, *op. cit.*, p. 403, recuerda, después de Chamfort, la definición del infierno según Santa Teresa de Avila: "Es el lugar donde apesta y donde no se ama.

[41] *Cf.* la convicción obsesiva de los románticos, de que la muerte es necesaria para que nazca un mundo nuevo. Así pues, la muerte de Gauvin y de Cimourdin en *Quatre-vingt-treize* Mucho tiempo antes, Novalis: *Les songes de Heinrich Hofterdingen*.

[42] Jacques Guillerme, artículo citado, p. 62.

II. LOS POLOS DE LA VIGILANCIA OLFATIVA

La Tierra y la arqueología del miasma

Jean Ehrard ha subrayado en qué forma la antigua creencia en los peligros de las emanaciones telúricas asediaba todavía el discurso científico durante la primera parte del siglo XVIII. Al respecto, cita las ideas significativas del abate Du Bos: "Sometida a la acción del fuego central, ella (la Tierra) experimenta fermentaciones continuas; de ahí las emanaciones cuya naturaleza varía con la del subsuelo; pero como nada hay más inestable que una fermentación, su diversidad no es menos grande en el tiempo que en el espacio."[1] En 1754, Boissier de Sauvages precisa: "de toda la superficie de la tierra se eleva, por acción del calor subterráneo —10° Réaumur—, un vapor más o menos abundante, más denso que el aire que se expande cuando nada lo detiene, y que vuelve a caer por la tarde. . ."[2] Según Muschembroeck, cada año se depositan cuatro litros seis onzas de esta "transpiración de la tierra"[3] sobre cada pie cuadrado de suelo.

Las entrañas del globo son, además, el laboratorio de una *physica subterranea*[4] que, mediante misteriosas mezclas, intenta de modo permanente compensar los soplos envenenados con las virtudes de las emanaciones balsámicas.[5] La experiencia de los mineros basta para probar la fulminante nocividad de algunos de esos vapores telúricos.[6]

Por su parte, Ramazzini denuncia las fechorías del olor característico de los pozos,[7] cuyo solo nombre recuerda la malolencia que engendran. Las canteras esconden también terribles amenazas, principalmente el " 'vapor metálico' que exhalan el mármol, las cretas micacéas y otras rocas, y que atacan manifiestamente nariz y cerebro";[8] es más peligroso aún el "olor desagradable" que se levanta de la piedra de toque. Cerca del monte Zibinius, Ramazzini pudo discernir a más de una milla de distancia las emanaciones fétidas del petróleo (aceite de roca) que infecta a los obreros.[9]

Tales observaciones delatan los peligros de la agricultura. Así se enraiza el discurso futuro sobre la insalubridad del campo.[10] En 1786, en una memoria pre-

[1] Jean Ehrard, *L'Idée de nature. . .*, p. 710.
[2] Boissier de Sauvages, *op. cit.*, p. 51.
[3] *Ibid.*
[4] Es el título de la obra de Becher publicada en Francfort en 1669.
[5] Dicha noción de la compensación, de la corrección del mefitismo, sustancia el discurso de Arbuthnot, *op. cit.*, *passim.*
[6] *Cf.* Robert Boyle, *op. cit.*
[7] Ramazzini, *Essai sur les maladies des artisans*, traducción de Fourcroy, 1777, p. 533 (de la obra publicada en Padua en 1713).
[8] *Ibid*, p. 327.
[9] *Ibid*, p. 534.
[10] *Cf. infra*, pp. 171 *ss*.

sentada a la Société Royale de Médecine, Chamseru expone los peligros en que incurre el campesino que al agacharse acerca su rostro demasiado a la tierra que remueve.[11] Baumes pide que se impida a los obreros agrícolas dormir con la nariz pegada a los terrones.[12] Deplora que las aldeas estén sometidas permanentemente a los "vapores morbíficos" que se liberan por el trabajo de la tierra. El peligro aumenta cuando un desmonte intempestivo pone de pronto un suelo inculto desde siempre. "¡Cuántas colonias, en el Nuevo Mundo, fueron víctimas desdichadas de fiebres terribles producidas por los vapores mortíferos de una tierra virgen y fangosa!"[13]

Son peores todavía los estragos de las emanaciones de una tierra lodosa. En efecto, hay terrenos peligrosos porque la fermentación prosigue allí su labor incesante. En las Maremmes, en las cercanías de Volterra, el suelo está siempre trabajado por "las rocas eruptivas", "por las emanaciones subterráneas"[14] y por una sustancia "oleobituminosa"; las tierras salinas exhalan gases impropios a la respiración y miasmas deletéreos, a los cuales Savi atribuirá, medio siglo más tarde (1841), las fiebres intermitentes.

Otras tantas convicciones generan, a través de alguna fisura o intersticio, las junturas imperfectas. De todo terreno peligroso importa ante todo vigilar los bordos, pues son las líneas de contacto por donde se filtran los soplos mefíticos.

Es evidente que las más terribles de esas hendiduras son aquellas que dibujan los terremotos. Según Tourtelle, las epidemias que asolaron a Lisboa y Mesina al día siguiente de los desastres no tienen ningún otro origen.[15] Evocar el peligro de la fisura abierta en un lodazal putrefacto de los pantanos resulta un *leitmotiv*. Por allí se exhala la peor de las pestilencias, la del subsuelo de los estanques. El miedo a los escapes hace temer de toda mala ensambladura en fosas sépticas agrietadas, pisos desunidos, losas mal puestas, cubas y bóvedas mal obturadas.

La tierra no solamente vomita soplos; se empapa, almacena los productos de la fermentación y la putrefacción. Se vuelve conservadora de sanies. Un día se decidirá restituir los vapores morbíficos. La obsesión del subsuelo impregnado, empapado, digamos licuado, por la acumulación de heces, por la putrefacción de cadáveres y por la multiplicación de las aberturas es, de seguro, una de las más evidentes de ese tiempo. Un suelo contaminado que se ha vuelto nauseabundo es un suelo perdido. El hombre del futuro no encontrará ya lugar donde asentarse. La historia excrementicia de la tierra pesa sobre el destino de ciertos lugares. Los escombros y los desechos de las generaciones pasadas, en las excava-

[11] M. de Chamseru, "Recherches sur la nyctalopie", *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1786, pp. 167 *ss*.

[12] J.-B. Théodore Baumes, *Mémoire [ ] sur la question: peut-on déterminer par l'observation quelles sont les maladies qui résultent des émanations des eaux stagnantes*. 1789, p. 234.

[13] *Ibid.*, p. 165. En 1815, Étienne Tourtelle hace eco todavía de dicha queja (*Éléments d'hygiène*, París, 1815, t. I, p. 277).

[14] Paul Savi, "Considérations sur l'insalubrité de l'air dans les Maremmes", *Annales de chimie et de physique*, 1841, p. 347

[15] *Op. cit.*, p. 278.

ciones que atestiguan su presencia, generan indiscutibles pestilencias que pudren los organismos vivientes y destruyen el equilibrio vital. Otras tantas obsesiones se hallan fortalecidas por el mantenimiento, más o menos consciente, de creencias colectivas acerca de la sensibilidad de la tierra.[16]

Hay lugares donde la impregnación es extrema, la pestilencia insostenible, la amenaza inminente. Cerca de los muladares de Montfaucon, el peligro existe ya de verse "formar bajo tierra corrientes bastante considerables y continuas para infectar los pozos del vecindario y de los suburbios, y degradar las capas de las tierras o los cimientos de las habitaciones"; la penetración del suelo por "la materia fétida de las válvulas" corre el riesgo de infectar "los lugares de construcción" de los edificios del futuro.[17] En 1780, Lavoisier informa de los trabajos de una comisión de la Académie Royale Des Sciencies que recibió el encargo de inspeccionar las prisiones de Saint-Martin y de Fort l'Évêque. Todo el "terreno que sirve de base" a esos establecimientos está "completamente penetrado de materias infectas y pútridas [. . .] Se alza, necesariamente, de semejante masa de corrupción una *emanación mefítica continua*".[18] La prisión nauseabunda debe abandonarse por el solo hecho de su insalubridad pasada. La cárcel subterránea es sitio privilegiado del recuerdo. El encierro, las inscripciones grabadas, demuestran la atención fija en el correr del tiempo y la sucesión de los seres. Es normal que el calabozo y la mazmorra cristalicen[19] la ansiedad que suscita la putridez acumulada en la memoria del suelo.

La diatriba en contra de las emanaciones cadavéricas, sobre la cual debemos insistir, no concierne solamente a los desechos orgánicos: se refiere con insistencia a la impregnación de la tierra por los licores infectos.[20] En vísperas de la Revolución, la capital entera es la que parece minada, abierta a las influencias morbíficas de un subsuelo alveolar, incierto. Según Bruno Fortier,[21] hacia 1740 esta convicción inauguró la cadena de ansiedades que guiaron a los higienistas. El fantasma se amplía al final del Antiguo Régimen. Una sorda fermentación amenaza de hundimiento a la ciudad. Las casas "se encuentran sobre abismos",[22] clama Louis-Sébastien Mercier. Las fosas sépticas agrietadas arriesgan provocar funestos resbalones; los accidentes se multiplican. Con motivo de

[16] Tema oscuro, tocado antaño por Jean Roger en *Les sciences de la vie dans la pensée française du XVIIIe siècle*, París, 1963, pp. 642-647. Jean-Baptiste Robinet (*De la Nature*) se hizo propagandista de la teoría de la vitalidad universal.

[17] M. Thouret, "Rapport sur la voirie de Montfaucon", leído el 11 de noviembre de 1788 en la Société Royale de Médecine, p. 13.

[18] "Rapport fait à l'Académie Royale des Sciences le 17 de mars 1780 par MM. Duhamel, De Montigny, Le Roy, Tenon, Tillet et Lavoisier, rapporteur", *Mémoires de l'Académie des Sciences*, 1780. Lavoisier, *Obras*, t. III, p. 493.

[19] *Cf.* el valor simbólico del "culo-de-baja-fosa", y su papel de conservador de los mensajes del pasado, en Victor Hugo, principalmente en *Quatre-vingt-treize* y en *L'homme qui rit*.

[20] *Cf.* Boissier de Sauvages, *op cit.*, p. 54.

[21] En *La Politique de l'espace parisien à la fin de l'Ancien Régime*, París, Corda, 1975. Bruno Fortier, "La politique de l'espace parisien", p. 32.

[22] Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, Amsterdam, 1782 1788, t. I, p. 21.

la inundación de 1740, un movimiento pro análisis del suelo parisiense había sido ya bosquejado;[23] más tarde se apuntalan el barrio Saint-Jacques y una parte del suburbio de Saint-Germain.[24] Son numerosos los particulares que denuncian la presencia de fosas y mazmorras. Los contemporáneos se sienten víctimas de la fatalidad del desecho; el hombre está inerme contra la putrefacción de la historia.

Se comprende, desde luego, que ahora la vigilancia olfativa acecha la impregnación. El lodo, y mejor dicho los vapores que se alzan de los lodazales, se convierten en objeto de un discurso inquieto. La multiplicidad de las descripciones, la minucia de los análisis aparecen asombrosos; algo como para encantar a Gaston Bachelard.[25] El lodo de París[26] forma una mixtura compleja de arena infiltrada entre las losas, inmundicias nauseabundas, agua corrompida y estiércol; las ruedas de los vehículos la baten, la difunden, las inmundicias salpican las bases de los muros y las personas que pasan.

El interés que se fija sobre el lodo no está próximo a agotarse. Parent-Duchâtelet coloca el olor del agua de la cocina que se seca sobre el piso, en la cima de la escala de pestilencias que se esfuerza por establecer. Es más significativa la larga arqueología del miasma, emprendida a mediados del siglo XIX por el gran químico Chevreul, infatigable coleccionador y analista de los lodos parisienses. Para él, la salubridad de las ciudades está en función de la impregnación pasada; las materias orgánicas, "tarde o temprano, producen efectos de infección de distintas clases".[27] Así pues, emprende el análisis, mediante su olfato, de "la materia negra ferruginosa que se encuentra bajo los adoquines de París".[28] Procede a organizar numerosos muestrarios en frascos de vidrio, que cierra con tapones esmerilados; recoge de ese modo el lodo "recogido de *entre* y *debajo* de las baldosas de la calle Mouffetard, cerca del puente de las Tripes".[29] Pone a

[23] Bruno Fortier, artículo citado pp. 116-125.

[24] Robert Favre, *La Mort dans la littérature et la pensée française au siècle des Lumières*, PUL, 1978, p. 398.

[25] Para Gaston Bachelard (*La terre et les rêveries de la volonté*, París, 1948, pp. 129 *ss*), la atención prestada a las materias fangosas esconde una ambivalencia; traduce el deseo implícito de revolcarse en ellas, y los psicoanalistas han tratado prolijamente sobre esa regresión hacia las materias sucias. A este respecto, el utilitarismo del desecho (*cf. infra*, pp. 129 *ss*) no sería sino una pantalla que permite al sabio expresar sus pulsiones. La clase de vida de Parent-Duchâtelet, los análisis de Chevreul, los llamados de Chaptal en favor del uso del lodo, traducirían esos deseos inconscientes. Pero al mismo tiempo el estudio de los lodos es una mirada al porvenir, asediado por las germinaciones posibles. Además, nos parece que atestigua la obsesión de la pérdida y una hosca voluntad por impedirla.

[26] *Cf.* Pierre Chauvet, *Essai sur la propreté de Paris*, 1797, p. 24, y sobre todo L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. I, p. 213, y J.-H. Ronesse, *Vues sur la propreté des rues de Paris*, 1782, p. 14. La precisión con que los dos últimos autores analizan el lodo y el "molange" [palabra del argot, intraducible. T.] de las calles de París, revela la importancia que dan a la cuestión. Los textos citados por Pierre Pierrard dan testimonio, a propósito de los lodazales lilenses, de esa precisión en el análisis (*La Vie ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, Bloud y Gay, 1965).

[27] E. Chevreul, "Mémoire sur plusieurs réactions chimiques qui intéressent l'Hygiène des cités populeuses" (leída los días 9 y 16 de noviembre de 1846), *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, 1853, p. 15.

[28] *Ibid.*, p. 36.

[29] *Ibid.*, p. 38.

macerar durante largo tiempo esos productos y se reserva el husmearlos. El 20 de diciembre de 1852, destapa y huele las mezclas lodosas tomadas el 20 de diciembre de 1846.

Eco lejano de viejos terrores, Chevreul denuncia también la "capilaridad del mortero". La pared, que se supone separación, apoyo, es al mismo tiempo conducto, itinerario de complejos remontamientos y conservatorio, tal como el suelo, de putrideces pasadas. Combina impregnación y aspiración de los mefitismos. De ahí la multiplicidad de las amenazas que contiene. Las emanaciones de los muros nuevos, ese olor de yeso y de humedad que Piorry[30] considera específico, aunque recuerdan el del azufre, también se revelan funestas. En París[31] se abandonan los locales públicos recientemente construidos para las mujeres. Se llama a eso "limpiar los yesos" Los gases emanados de la pared nueva acarrean neuralgias agudas, afecciones articulares o musculares. El problema será objeto de un debate médico en el siglo XIX.

Los muros conservan los olores. En el hospital de la Marina de San Petersburgo, anota Howard con satisfacción, se cambia de habitación a los enfermos durante el verano para frenar la impregnación miasmática de los muros.[32] Según Felipe Passot, antiguos presos reconocen los olores carcelarios que impregnan todavía el torreón de Vincennes, años después de haber cesado de ser prisión del Estado.[33] Este extraño poder conservador se revela temible: "Un médico cuidaba a una persona atacada de una afección gangrenosa de la que sucumbió. Dos años después, habiendo regresado a esa misma pieza para visitar a otro enfermo, volvió a encontrar el mismo olor gangrenoso, que es *sui generis*."[34] Los muros habían transmitido la desorganización de los tejidos. El mefitismo de las murallas y de los techos reviste a veces una intensidad asombrosa. Al día siguiente de una epidemia de fiebre puerperal que había hecho dieciocho víctimas en el hospital de Lyon, los obreros desinfectaban la sala mortífera; lo que implicaba desprender viejas capas de mortero. "A medida que arrancaban el aplanado de los muros y de los techos, era un olor de los más fétidos el que se esparcía." La Polinière —un experto— declaró que "la infección era tan grande que sobrepasaba casi a la que se produce en un anfiteatro de disecciones".[35]

Sobre las paredes, el nitro genera la formación de una pelusa porosa, gruesa, húmeda, que se transforma en costra. Entonces los muros exhalan esas emanaciones continuas,[36] de las cuales nuestros antepasados —escribe Géraud— sa-

[30] P.-A. Piorry, *Des habitations et de l'influence de leurs dispositions sur l'homme en santé et en maladie*, París, 1838, p. 49.

[31] L.-S. Mercier, *op. cit.* t. IV p. 218.

[32] J. Howard, *État des prissons, des hôpitaux et des maisons de force*, París, 1788 (traducción de la edición de 1784), t. I, p. 240.

[33] Philippe Passot, *Des logements insalubres, de leur influence et de leur assainissement*, 1851; el autor cita a este respecto (p. 24) la obra del leonés Francis Devay, *L'hygiène des familles*.

[34] Ph. Passot, *op. cit.*, p. 25.

[35] *Ibid.*, p. 25.

[36] Mathieu Géraud, *Essai sur la supression des fosses d'aisances et de toute espèce de voirie, sur la manière de convertir en combustibles les substances qu'on y renferme*, Amsterdam, 1786, p. 34.

bían precaverse mediante gruesas tapicerías de lana con las que se ha cometido el error de reemplazar por simples capas de papel o de tela. El terror que inspiran las costras y aun las películas, pantallas protectoras, al abrigo de las cuales proliferan las levaduras y se engendran y hierven los virus, merecería un examen especial; se transparenta en numerosos escritos consagrados a los pantanos, a los excrementos, a la construcción. La película prolígera de Poucher, de alcance simbólico, reflejará esa fascinación.

Las maderas suscitan el mismo tipo de ansiedad. Tanto Lind[37] como Duhamel du Monceau[38] denuncian los estragos que provoca el olor del maderamen fresco que priva en los barcos nuevos. Howard se maravilla de la capacidad de impregnación de la madera. Emanaciones pútridas pueden penetrar hasta el corazón de un tronco de encino.[39] Los pisos de la cárcel de Worcester "se pudrieron debido [. . .] al aliento de los prisioneros";[40] que los mostradores de carnicerías y pescaderías queden impregnados de los olores fétidos de la mercancía, resulta "lugar común" reconocerlo. Vuelve a encontrar la misma queja a propósito de todas las descripciones de las plazas y mercados.[41]

LA MARISMA DE LAS SANIES

Hay olores menos confusos que todas esas emanaciones más o menos elaboradas por la compleja fermentación de la tierra. Hay miasmas menos antiguos que los que se restituyen después de impregnaciones lentas. Estas amenazas claras, que solicitan la vigilancia de los higienistas, son los olores de excrementos, cadáveres y carroñas. Desde luego, una certificación: la intensidad olfativa del entorno excrementoso; la espantosa pestilencia, sin cesar denunciada, del espacio público. Los efluvios nauseabundos del suburbio Saint Marcel, asaltan al joven Rousseau al momento de entrar en la capital. En el Palacio de Justicia, en el Louvre, en las Tullerías, en el Museo y hasta en la Ópera "estamos perseguidos por el mal olor y la infección de los retretes".[42] En los jardines del Palais-Royal "no se sabe, en verano, dónde descansar sin respirar el olor de orina estancada"; los muelles sublevan el olfato; el excremento se exhibe por doquier: en las calzadas, al pie de las mojoneras, en los coches de alquiler.[43]

Los que limpian letrinas apestan la calle;[44] para evitarse ir hasta los mulada-

[37] Lind, *Essai sur les moyens le plus propres à conserver la santé des gens de mer*, Londres, 1758, p. 17.

[38] Duhamel du Monceau, *Moyens de conserver la santé aux équipages des vaisseaux; avec la manière de purifier l'air des salles des hôpitaux*, París, 1759, p. 131.

[39] J. Howard, *État des prisons. . .*, *op. cit.*, p. 14.

[40] J. Howard, *Histoire des principaux lazarets de l'Europe*, París, año VII, t. II, p. 144.

[41] Es lo mismo en cuanto a la capacidad de impregnación de las lanas, pero aquí se trata de otro asunto.

[42] Pierre Chauvet, *op. cit.*, p. 17.

[43] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VII, p. 226.

[44] Largo desarrollo a este respecto en la obra de Alfred Franklin, *La vie privée d'autrefois*, t. VII, *L'hygiène*, París, Plon, 1900, pp. 153 *ss*.

res, vuelcan sus toneles al arroyo. Las múltiples ordenanzas de policía consagradas a esa plaga, quedan sin aplicarse.[45] Los talleres de bataneros y peleteros contribuyen a esparcir los olores del excremento.[46] Los muros de las casas parisienses están degradados por la orina. Louis-Sébastien Mercier se muestra apocalíptico cuando evoca ese "anfiteatro de letrinas, trepadas unas sobre otras, contiguas a las escaleras, al lado de las puertas, muy cerca de las cocinas y exhalando por todas partes el olor más fétido";[47] o también, además, la frecuencia de las tuberías obstruidas que revientan, inundan la casa y soplan su pestilencia por las infectadas atarjeas de modo tal que los niños, aterrados, los perciben como si salieran de los orificios del infierno. En resumen, París, "centro de las ciencias, las artes, las modas y el buen gusto", se impone también como "el centro de la hediondez" [48]

La capital no figura como una excepción. En Versalles, la cloaca está contigua al palacio.

> El parque, los jardines, el propio castillo causan náuseas por sus malos olores. Los pasillos, los patios, las construcciones de sus alas, los corredores, están impregnados de orina y materias fecales; al pie mismo del ala de los ministros, un carnicero desangra y asa sus puercos todas las mañanas; la avenida Saint-Cloud está cubierta de gatos muertos y aguas estancadas. [49]

Las bestias expelen sus boñigas en la gran galería; la infección sube hasta la puerta de la cámara del rey. En vísperas de la Revolución, Arthur Young dibuja el mapa de las pestilencias urbanas; las de Ruan, Burdeos, Pamiers, y sobre todo las de Clermont-Ferrand, lo sofocan. En la capital de Auvernia "hay muchas calles que, por su negrura, suciedad y malolencias, no pueden compararse sino a estrechos canales abiertos en un sombrío estercolero".[50] Lo esencial en ese terreno sigue siendo sin duda la emergencia de una sensibilidad nueva; habrá que volver sobre ello.

A propósito de excrementos, las certidumbres vacilan; su valor terapéutico se bate en ruinas en los medios científicos. Aunque el mismo Pringle haya pedido que se tenga cuidado en no confundir el olor fecal[51] con la amenaza pútrida, un prolijo discurso se despliega para denunciar el peligro de las emanaciones excremenciales.

En vísperas de la Revolución se multiplican las tentativas de análisis de los ga-

[45] De manera más general, acerca de la ineficacia del aparato policiaco parisiense, *cf.* Arlette Farge, "*Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe siècle*, Gallimard, 1979, pp. 193 *ss.* y principalmente p. 209.

[46] En efecto, estos artesanos utilizan la orina estancada. *Cf.* Ramazzini, *op. cit.*, p. 149.

[47] *Op. cit.*, t. XI, p. 54.

[48] Pierre Chauvet, *op cit.*, p. 18.

[49] La morandière (1764), citado por el doctor Cabanès: *Moeurs intimes du Passé*, París, 1908, p. 382.

[50] Arthur Young, *Voyages en France*, París, Colin, 1976, p. 382.

[51] John Pringle, *Observations sur les maladies des armées dans les camps et dans les garnisons*, 1793 (1ª edición, 1755), p. 300. Pringle se apoya en las experiencias realizadas desde 1711 por Homberg.

ses irrespirables que escapan de las fosas, principalmente con motivo de las limpiezas. Se trata de salvar a los obreros de la asfixia. De hecho, esa labor científica sigue enredada en la creencia del poder putrefactivo de los olores fecales. Allí reside para los contemporáneos el peligro mayor. "El vapor de los retretes —escribe Géraud— corrompe toda clase de carnes y sus jugos [. . .] dicha corrupción se opera por la absorción que las exhalaciones pútridas de las letrinas hacen del aire, principio de la carne."[52] Así pues, la limpieza de las fosas es temible para su entorno, "el aire se encuentra viciado, las casas infectadas, los habitantes incómodos, los enfermos en peligro".[53] Las flores se marchitan, la tez de las jóvenes se aja.[54]

El peligro tiene sus grados. En su cima: el estancamiento excremencial. Lo que hay que evitar ante todo es retener y por ende concentrar las materias. Esa es precisamente la solución que ha sido destinada a la capital desde el edicto de Villers-Cotterêts (1539). Las fosas sépticas suscitan desde entonces una viva ansiedad. Esta constipación social corre el riesgo de acarrear la desorganización pútrida de la ciudad. Las heces son mucho más peligrosas en la ciudad que en el campo; Louis-Sébastien Mercier envidia a los campesinos que se van a los campos a defecar, mientras los citadinos arriesgan atrapar una fiebre pútrida al sentarse sobre las funestas "lunetas" [asientos de las fosas].[55] Thouret observa que la exposición al aire y a los rayos solares asegura la inocuidad de las materias expuestas en los depósitos de Montfaucon.[56] Como prueba, las transmutaciones olfativas. Si las heces del pasado se revelan a tal punto peligrosas, es que mediante un juego de "descomposiciones" y de "recomposiciones" se han vuelto "heterogéneas a nuestro individuo, a nuestros alimentos y a nuestros muebles".[57] Han perdido el olor del cuerpo. Se han podrido. Conservar el sistema actual de retención sería arriesgar el hacer pagar muy caro esta imprudencia a las "razas futuras".[58]

Se comprende pues que el tema haya suscitado una moda que, a primera vista, podría parecer asombrosa, puesto que contraviene las nuevas prescripciones de la urbanidad lasalliana que se enseña en las escuelas; pero podemos pensar que las exigencias de silencio impuestas a los niños dan también testimonio de la atención inquieta de los adultos. El excremento se convierte en tema de conversación en la corte de Luis XVI.[59] Voltaire observa que el hombre no ha sido creado a imagen de Dios, porque Dios no sabría calmar tales necesidades.[60] Mercier

[52] *Op. cit.*, p. 38.
[53] Laborie, Cadet le jeune, Parmentier, *Observations sur les foses d'aisances et moyens de prévenir les inconvénients de leur vidange*, París, 1778, p. 106.
[54] Pierre Chauvet, *op. cit.*, p. 38.
[55] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. XI, p. 55.
[56] *Op. cit.*, p. 15.
[57] Géraud, *op. cit.*, p. 66.
[58] *Ibid.*, p. 96.
[59] Parent-Duchâtelet lo pretende, *Rapport sur les améliorations à introduire dans les fosses d'aisances. Hygiène Publique*, t. II, p. 350.
[60] *Dictionnaire philosophique*, artículo "déjection".

anota la costumbre de "mirar al fondo de las compuertas".[61] Las *Parades* de Beaumarchais atestiguan los alcances de tal fascinación. Nougaret y Marchand también llevan a escena al limpiador de fosas y letrinas.[62] Los sabios multiplican los análisis olfativos. Se esfuerzan en dibujar el itinerario nauseabundo del excremento, así como Becher y sus epígonos se habían atareado en jalonar el de la carne muerta. Una referencia bastará. Hallé enumera con paciencia las "exhalaciones y vapores [. . .] que se desprenden" de las fosas,[63] poniendo cuidado en distinguir los gases de los "efluvios odoríferos" y no inscritos en el repertorio de la química neumática. La pirámide olfativa que traza está hecha de un encajonamiento espacial de olores —el olor a excremento fresco, el del retrete, el que despiden las coladeras, el de la limpieza de las fosas— que corresponde a un envejecimiento y a una corrupción creciente de las materias.

El tema escatológico se revela entonces rico en implicaciones. El fantasma del pantano excrementicio, el horror de los accidentes que ocurren a los limpiadores y a los particulares que se ahogaron en sus fosas, la aventura horrenda de los viajeros perdidos, hundidos[64] en Montfaucon, fortalecen la ansiedad suscitada por el subsuelo de la capital. La pestilencia y la corrupción debidas a los excrementos acumulados comprometen la existencia misma de la ciudad. Desde otro punto de vista, Louis-Sébastien Mercier tiene empeño en destacar el mensaje igualitario del excremento expuesto a la vista de todos y cuyo hedor sumerge en su totalidad a la capital; llamado permanente de la identidad de la condición humana en el acto de la defecación.[65]

La historia de la muerte se vuelve obsesión en los especialistas del siglo XVIII,[66] lo que me exime de prolijos desarrollos sobre el particular. Sin embargo, el problema demanda desde luego la vigilancia olfativa. Desde que, a los ojos de los químicos, "el aire fijo" figura como cemento de los cuerpos, la muerte flota en la atmósfera con el olor de los cadáveres. La putrefacción intestina y el principio vital cohabitan en el interior de los organismos; la primera mantiene en él la presencia permanente de la muerte; los gases y las emanaciones pútridas que se levantan de los cadáveres hacen que ésta se insinúe dentro de la textura misma de

61 *Op. cit*, t. X, p. 250.

62 Nougaret y Marchand, *Le vidangeur sensible*, 1777. El desarrollo sobre las náuseas que provoca la idea de representar dicha pieza —cuya finalidad es combatir las "payasadas" del asco (p. xiv)—, atestigua la fascinación ejercida por el excremento y acerca de la nueva sensibilidad.

63 J.-N. Hallé, *Recherches sur la nature et les effets du méphitisme des fosses d'aisances*, Paris, 1785, pp. 77-81. También podrían encontrarse análisis preciosos en las obras citadas de Laborie y de Thouret.

64 Thouret, *op. cit.*, p. 21.

65 L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VII, p. 229. "Les excrements du peuple avec leurs diverses configurations, sont incessamment sous les yeux des duchesses, des marquises et des princesses." Será en el siglo XIX cuando se intente reservar al pobre el olor del excremento, al cual, por otra parte, se esforzará por identificar (*cf.*, *infra*).

66 *Cf.* principalmente: Philippe Ariès, *L'homme devant la mort*, 1978; P. Chaunu, *La Mort à Paris, XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles*, 1978; Pascal Hintermeyer, *Politiques de la mort*, 1981, sin olvidar la tesis de François Lebrun, "Les hommes et la mort en Anjou aux XVIIe et XVIIIe siècles", 1975.

la atmósfera. La infección genealógica no es nada más subterránea. "El aire fijo", ávido de nuevas combinaciones, rodea a los vivientes, corre el riego de descomponer el equilibrio vital y vuelve irrisoria la barrera tradicional de la tumba.

Desde 1741, fecha de cuando Hales se preocupa de ello, el olor de los restos aeriformes de los difuntos incita a la vigilancia olfativa de los sabios. En 1745, el abate Porée denuncia el hedor de las tumbas instaladas en las iglesias pero sólo se conforma con señalar las desagradables molestias sensoriales.[67] Un año antes, Haguenot atribuía los accidentes sobrevenidos al abrir las sepulturas, a la pérdida de la elasticidad del aire a la vez que a la exhalación de los miasmas pútridos.[68] A finales del siglo, abandonando el estudio de las cualidades físicas del fluido desprendido, Vicq d'Azyr recurre a una doble gestión que ahora nos resulta familiar; esboza un análisis químico de los gases que se filtran de las bóvedas, aparta "el aire flogístico" de Priestley y "el aire inflamable" de Volta, se inclina hacia el "aire fijo" de Black. Atribuye a ese gas irrespirable las asfixias observadas, pero continúa pensando, como la mayoría de sus contemporáneos, que el principal peligro reside en un "vapor odorífero". Mientras los gases "matan de inmediato, el segundo actúa de una manera más lenta sobre el sistema nervioso, así como sobre los fluidos de los animales, que altera manifiestamente".[69] El peligro es tanto mayor, encarece De Horne en 1788, en tanto esos trastornos son muy a menudo diferidos, y se revela muy difícil discernir la causa.[70] Los alvéolos naturales cavados en el suelo, los subterráneos, embodegan esos vapores odoríferos. Así se explican los accidentes que ocurren en las bodegas de las tiendas que rodean el cementerio de los Inocentes.[71]

La vieja costumbre que tienen los médicos de manejar y disecar los cadáveres, no los preserva de la ansiedad. La demostración anatómica del hígado de un cadáver pútrido, impuesta a Chambon por el decano de la Facultad de París con motivo de un examen, da un testimonio claro. El primero de los cuatro candidatos,

> golpeado por las emanaciones pútridas que se escaparon tan pronto como fue abierto, cayó de un síncope; llevado a su domicilio, murió setenta horas después. Otro —el célebre Fourcroy— fue afectado de una erupción exantematosa de las más agudas y completas; los dos últimos, Laguerenne y Dufresnoy, permanecieron postrados durante largo tiempo y el último no pudo restablecerse jamás.
>
> En cuanto a Chambon, presa de indignación por la terquedad del decano, permaneció inquebrantable en su lugar y terminó la lección en medio de los comisarios que empapaban sus pañuelos con aguas aromáticas, y sin duda se salvó por esa exaltación cerebral que le procuró durante la noche, después de algunos accesos de fiebre, una abundante exhalación de sudor.[72]

[67] Abate Porée, *Lettres sur la sépulture dans les églises*, Caen, 1745.

[68] Haguenot, *Mémoire sur les dangers des inhumations*, 1744.

[69] Vicq d'Azyr, *Essai sur les lieux et les dangers des sépultures*, 1778, p. cxxxi.

[70] De Horne, *Mémoire sur quelques objets qui intéressent plus particulièrement la salubrité de la ville de Paris*, 1778, p. 4.

[71] *Cf.* Cadet de Vaux, *Mémoire historique et physique sur le cimetière des Innocents*, 1781.

[72] Charles Londe, *Nouveaux éléments d'hygiène*, Paris 1838, t. II p. 348.

Después de Becher, los médicos consideran las primeras emanaciones cadavéricas como las más peligrosas. La vecindad de los campos de batalla se revela, por esa única razón, de las más peligrosas.

Faltan por determinar los umbrales de la nocividad. Fodéré se ocupó de ello unos veinte años más tarde.[73] Postula que el radio de acción de los miasmas pútridos coincide con el de las emanaciones odoríferas; se entrega desde entonces a una serie de medidas olfativas que lo autorizan a establecer una escala espacial de las amenazas de la infección. Toda esa labor científica (es necesario precisarlo) subtiende los análisis inquietos del olor de los cementerios urbanos y de sus osarios.[74]

La carroña mantiene también la vigilancia. A ello se agrega la indignación. La matanza urbana de animales amalgama el hedor. En los estrechos pasillos de las carnicerías, los olores a estiércol, a inmundicias frescas y desechos orgánicos, se combinan con los gases nauseabundos que se escapan de los intestinos de los animales. Sobre todo, la sangre fluye a roza abierta, va por las calles, embarra los adoquines de un barniz parduzco, se descompone en los intersticios. Pero es ella la que transmite el "aire fijo"; es pues, de todos los desechos animales, la más eminentemente putrescible. Los vapores malolientes que impregnan la calle y los mostradores de los comerciantes son de lo más funestos y sublevantes; "preparan todos los cuerpos a la podredumbre".[75] Con frecuencia los olores sofocantes de los sebos que se derriten traen el último toque a esta "olla podrida" de efluvios nauseabundos. Así pues, la presencia de los mataderos en el interior de las ciudades ha sido violentamente denunciada.[76]

En París, el foco de la pestilencia sigue siendo Montfaucon. Durante la segunda mitad del siglo, se estructura al noreste de la capital ese complejo nauseabundo que yuxtapone los depósitos de basura y el coto de los descuartizamientos. De ese modo se precisa la terrible amenaza que pesará sobre la ciudad durante cerca de un siglo. Montfaucon constituye la primera malla del cinturón pútrido y fétido, en parte imaginario, que poco a poco ceñirá la capital, prohibiendo la esperanza de una huida hacia suelos menos impregnados. Las olas subterráneas de las compuertas que se sospechan y el hedor arrastrado por los vientos de noroeste diseñan poco a poco el fantasma de una marea pútrida que embate ya a las puertas de la capital. Cuando se trata de describir este arquetipo del hedor, Thouret maneja el ditirambo: "Hay que haber recorrido esos lugares de infección para saber lo que son esos residuos o productos, que podemos llamar los excrementos de una gran ciudad, y para conocer cuál es, en lo físico, el incon-

[73] F.-E. Fodéré, *Traité de médecine légale et d'hygiène publique ou de police de santé*. ., 1813, t. V p. 302.

[74] A este respecto, conviene citar la teoría elaborada por Pierre-Toussaint Navier, según la cual los cadáveres exhalan rayos mefíticos (*Sur les dangers des exhumations précipitées et sur les abus des inhumations dans les églises*, 1775).

[75] De Horne, *op. cit.*, p. 11.

[76] *Cf.* Daubenton, Bailly, Lavoisier. ., *Repport des mémoires et projets pour éloigner les tueries*

mensurable aumento de suciedad, pestilencia y corrupción que resulta del acercamiento de los hombres."[77]

Los olores a carroña y excremento inauguran ese ciclo de la impregnación y de la transpiración del suelo, ese diálogo entre la tierra y el aire que en lo sucesivo plantea como esencial la historia de los residuos orgánicos. El punto de llegada podría ser muy bien el infierno, la mutación de la ciudad en marisma de sanies.[78] Sin embargo, la recensión de los análisis olfativos del suelo y de sus emanaciones pútridas, que dibuja la urgencia edilicia de este tiempo, no debe hacer olvidar la preñez, sobre lo imaginario, de los hedores del fango.

Aun fuera de toda referencia olfativa, el agua inspira desconfianza. Es importante recordarlo para hacer comprender muy bien las vías de la desodorización. La humedad en sí misma contiene muchos peligros; relaja las fibras, acarrea la colicuación de los humores y, según Pringle, predispone a la putrefacción.[79] Además, el vapor del agua que arrastra toda clase de desechos, que cae con las neblinas. El rocío nocturno es nocivo.[80] Lavar con demasiada abundancia de agua comporta peligros, principalmente en los barcos, lugares de intensa putridez. Los vapores salinos del mar suscitan una desconfianza particular.

Toda agua estancada implica una amenaza. Es el movimiento el que purifica. La corriente echa fuera, machaca, disuelve los desechos orgánicos que se esconden en los intersticios de las partículas acuáticas; para demostrarlo, Hales multiplicó las experiencias acerca del hedor de las aguas del Támesis. De un tonel cerrado durante demasiado tiempo, de una cisterna demasiado hermética, saltan venenos fulminantes.

> Un marinero cayó muerto al destapar una pipa de agua de mar en el desarme —en el puerto de Rochefort— del barco de guerra del rey *Le Chameau*, seis de sus camaradas cayeron de espaldas, agitados de violentas convulsiones, y perdieron el conocimiento; el cirujano de la nave, que había llegado precipitadamente para socorrerlos, sufrió los mismos accidentes; el muerto arrojaba sangre por la boca, la nariz y las orejas; su cadáver, negro e hinchado, se corrompió tan rápidamente que no hubo manera de autopsiarlo.[81]

También el agua dulce puede revelarse terrible. El jardinero del hospital de Béziers cayó fulminado por el "gas mefítico [. . .] del agua destinada al riego del jardín". Ésta permanecía estancada y estaba negra, espesa, viscosa, "cubier-

de l'intérieur de Paris. A lo largo de la calle de Saint Martin y de la de Au Maire, hasta la de Montmorency, funcionan dieciséis rastros a la luz del día, sin contar con otros seis, instalados en calles adyacentes.

[77] Thouret, *op. cit.*, p. 28. El hedor es elemento fundamental de la patología urbana; a ese respecto, Emmanuel Le Roy Ladurie, "La ville moderne", T. 3 de la *Histoire urbaine*, París, Le Seuil, 1981, pp. 292 *ss.*

[78] *Cf.* L.-S. Mercier, citado *infra*, p. 66.

[79] *Cf.* principalmente M. F.-B. Ramel, *De l'influence des marais et des étangs sur la santé de l'homme*, Marsella, año X (redactado hacia 1784 para el *Journal de Médecine*).

[80] Malouin, *op. cit.*, p. 62.

[81] Duhamel du Monceau, *op. cit.*, p. 40.

ta siempre de una costra musgosa y heterogénea" El "vapor asesino tuvo tanta eficacia que lesionó de muerte al desdichado jardinero, aunque el escurrimiento se hizo al aire libre desde hacía media hora y a distancia de unas cuantas toesas del depósito [. . .]; a la mañana siguiente, aquella agua tuvo todavía fuerza bastante para hacer caer asfixiada a una joven monja lega, que valerosamente se había ofrecido" para volver a cerrar la compuerta "fatal".[82] El abate Bertholon, que consigna el hecho, observa que se trata del más formidable de los venenos, más rápido que una bala, más veloz que una flecha.

Se comprende pues la ansiedad que suscitan esos ríos apestosos de los que la Bièvre parisiense, confluencia de desechos orgánicos, permanecerá por mucho tiempo como símbolo. El vecindario acuático multiplica las fechorías de la fermentación y la putrefacción, cuando las desecaciones al aire libre atenúan el peligro. El sol crea el movimiento ascensional salvador, la humedad obliga a los miasmas entorpecidos a subir. Lo más terrible no es pues lo que, dentro de la óptica pasteuriana, consideramos como una polución.[83] Fourcroy y Hallé se pondrán luego de acuerdo para declarar que los excrementos y las inmundicias arrojados y disueltos al Sena no alteran su pureza. El verdadero peligro reside en la putrefacción de las carroñas al filo del agua, en su descomposición a lo largo de las orillas lisas y fangosas, en la exposición de los desechos depositados sin cesar y arrastrados por la corriente.

El lugar de estancamiento y de acumulación por excelencia es el pantano. Noción extensiva que los sabios, desde Lancisi, se esfuerzan en definir. El charco más pequeño es ya amenazante; es la razón para desaconsejar los lavados intempestivos. Los huecos que se hacen en el intersticio de los adoquines separados constituyen otras tantas pequeñas marismas. Los daños debidos al agua estancada de los fosos urbanos o de los charcos y lagunas que se forman más o menos espontáneamente en el campo, alientan una queja inagotable. En la escala de los peligros, las aguas más nauseabundas se sitúan en la cima; lo peor son esos tanques o depósitos donde se macera el cáñamo.

El pantano fascina; a este propósito se bosqueja una cosmología. En el fango nauseabundo se mezclan los desechos vegetales en fermentación, los desechos orgánicos pútridos y los cadáveres de todos los seres inmundos que genera la desintegración de los cuerpos. Sin cesar se operan intercambios de vapores entre el subsuelo, la turba fétida que lo cubre y la masa acuática. Los ciclos de una vida infernal se desarrollan oscuramente al abrigo de la costra o de la película que vela la superficie del líquido. El análisis revela un aspecto insospechable para la vista, pero que traiciona por su fetidez. "Cuando se procedió a evaporar, a fuego suave, aguas de estanques o de pantanos, quedaron sedimentados varios gusanos e insectos y otros animales, junto con mucha materia terrosa amarillenta." Esas aguas están "sobrecargadas de sustancias que les son extrañas, de emanaciones,

[82] Abate Bertholon, *De la salubrité de l'air des villes et en particulier des moyens de la procurer*, Montpellier, 1786, pp. 6 y 7.

[83] La palabra, además, no tiene entonces el sentido que le damos.

de vapores, de exhalaciones de la tierra, de los miasmas, del fango, de las plantas, de peces, de insectos podridos y de otras materias cuyo aire está siempre más o menos infectado".[84]

Los pantanos más funestos son aquellos que, como los *gats* [especie de salinas] dispersos por el litoral de la Charente, mezclan el agua dulce con la salada,[85] "ya sea porque el mar lleva y deja allí un mayor número de insectos y peces que mueren y se descomponen en el lugar, sea porque esa mezcla de aguas salada y dulce es muy apropiada [. . .] para activar la putrefacción de las moléculas orgánicas vegetales y animales que el agua misma de las lluvias contiene casi siempre".[86]

El peligro se vuelve aterrador cuando se devela ese hervidero de las cloacas acuáticas. Poner al desnudo el suelo es siempre peligroso; cortar, descubrir los vapores húmedos encerrados por la vegetación, suscita un desprendimiento de efluvios.[87] Limpiar un foso urbano, proceder a un desecamiento desconsiderado, es correr hacia la epidemia. Arar un suelo recientemente desaguado es acercarse al suicidio. Se desconfía particularmente de los terrenos abandonados por el río después de una inundación, sobre todo cuando esos terrenos son fangosos y donde el retiro de las aguas se efectúa en verano. Por ello, hay que desecar las la-

Por ello, hay que desecar las lagunas y sanear los rincones de los ríos tan pronto como el olor señale los peligros.

Durante cerca de medio siglo los químicos se regocijan de lleno. Los ribazos pantanosos son, desde luego, las regiones más apropiadas para observar los gases;[88] pero éste no es nuestro propósito. Desde que Chirac, el médico de Luis XIV, denunció las fechorías de los pantanos y de los olores que desprenden, se solicitó el olfato de los sabios. Tanto más que aquí las exhalaciones tejen una "sedosa red"[89] por encima de las aguas y las agitan con hervideros siniestros. A la orilla de las lagunas, los efluvios son indudables. La mirada y el oído fortalecen al olfato. Un olor "fétido y algunas veces insoportable, anuncia cuál es la virulencia de las exhalaciones que se siguen sin cesar [. . .] Los que han aprendido a juzgar la naturaleza de ese olor, la refieren y comparan con el de la 'atanasia'

[84] Joseph Raulin (1766), citado por Ramel, *op. cit.*, p. 63.

[85] A este respecto, véase Jean-Baptiste Monfalcon, *Histoire des marais,* 1824, p. 32. Se encontrará también en dicha obra (pp. 69-78) una exposición sintética, muy documentada, sobre la historia de las teorías consagradas a la "naturaleza de las emanaciones pantanosas"

Los "gases" de la Charente alimentarán una importante literatura a principios del siglo XIX. *Cf.* A. Corbin, "Progrès de l'économie maraîchine", en *Histoire du Poitou, du Limousin et de pays charentais,* Tolosa, Privat, 1976, pp. 391 *ss.*, y bibliografía, pp. 413-414.

[86] Fodéré, *op. cit.*, t. V, p. 168.

[87] Baumes, *op. cit.*, p. 99.

[88] Ingenhousz considera, por su parte, que a la vez están flogisticados, sépticos y pútridos. Lo que confirma que la idea que tenían los sabios de aquel tiempo es que las emanaciones pantanosas son la suma de todas las amenazas. *Expériences sur les végétaux, spécialement sur la propriété qu'ils possèdent à un haute degré soit de améliorer l'air quand ils sont au soleil, soit de le corrompre la nuit ou lorsqu'ils sont à l'ombre,* París, 1787 (publicado por primera vez en Inglaterra en 1779), p. 167.

[89] Baumes, *op. cit.*, p. 7.

[una hierba] o el de la pólvora; algunos la motejan de cadaverosa".[90] Fodéré, que vivió en Valençay, pudo estudiar a sus anchas "el olor infecto" de la Brenne.[91]

En las orillas de los ríos las exhalaciones son más peligrosas por la tarde, cuando se estancan o vuelven a caer, que cuando el sol las aspira; sin embargo, es a pleno día cuando se revelan más insoportables. La observación de los ritmos olfativos en el curso del día condujo a Baumes[92] a guardarse de asimilar demasiado rápidamente lo nauseabundo o lo malsano. Esta precaución vale también para los efluvios de los cuerpos. Todo conspira a desorientar la vigilancia olfativa.

[90] *Ibid.*, p. 7.
[91] *Op. cit.*, t. V. pp. 164 *ss*.
[92] *Op. cit.*, p. 196.

III. LAS EMANACIONES SOCIALES

El olor de los cuerpos

Cada especie animal, cada individuo, aseguró Withof en 1756, posee su olor propio; afirmación que se repite con frecuencia y que será extensamente comentada por Teófilo de Bordeu, especialista de los sistemas glandulares, de los cuales se sabe el papel que Diderot les asigna en *Le rêve de d'Alambert* [El sueño de Alamberto]. Una creencia heredada de la ciencia antigua es así asumida por la medicina sabia de finales del siglo XVIII.

Tres convicciones mayores ordenan al respecto el pensamiento de los vitalistas.[1] Bordeu las define claramente: "cada parte orgánica del cuerpo vivo tiene su manera de ser, actuar, sentir y moverse; cada una tiene su sabor, su estructura, su forma interior y externa; su olor, su peso y su modo de crecer".[2] También, y éste es el segundo punto, cada órgano "no deja de derramar a su derredor, en su *atmósfera*, en su entorno, ciertas exhalaciones, un olor, emanaciones que han tomado su tono y sus maneras; que son, en fin, verdaderas partes de sí mismo [. . .]. El hígado tiñe con su bilis todo lo que lo rodea";[3] los músculos contiguos al riñón exhalan un olor vinoso. En fin, los humores, verdaderos laboratorios, transportan permanentemente un "vapor excrementoso"[4] de olor fuerte, que atestigua la purificación, la reparación incesante del organismo. Esta purga termina por eliminar todas las excrecencias; efluvios pútridos, productos de la menstruación, sudores, orinas y materias fecales. El organismo tiene "sus emuntorios siempre humeantes".[5]

De tales certidumbres va a inspirarse la ciencia médica durante más de un siglo. Extensamente desarrolladas por Brieude, Virey y Landré-Beauvais,[6] alimentan las obras que marcan la edad de oro de la "osfresiología" y principalmente el *Traité des odeurs, du sens et des organes de l'olfaction* [Tratado de los olores, del sentido y de los órganos de la olfacción] publicado por el doctor Hipólito Cloquet en 1821. Veinticuatro años más tarde, Falize los actualiza;[7]

[1] De Sèze (*op. cit.*, p. 85) considera desde 1786 que Bordeu y Lorry (*cf. infra*, p. 127), junto con Barthez, aseguraron la derrota del mecanismo y sus resortes, de sus bombas y palancas.

[2] Téophile de Bordeu, *Recherches sur les maladies chroniques*, t. I, p. 378.

[3] *Ibid.*, p. 379.

[4] *Ibid.*, p. 383.

[5] *Ibid.*

[6] Brieude, "Mémoire sur les odeurs que nous exhalons, considérées comme signes de la santé et des maladies", *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, t. X, 1789; J.-J. Virey, "Des odeurs que répandent les animaux vivants", *Recueil periódique de la Société de Médecine de Paris*, t. VIII, año VIII, pp. 161 *ss.* y 241 *ss.*; A.-J. Landré-Beauvais, *Séméiotique ou traité des signes des maladies*, 2ª ed., París, 1815; "Des Signes Tirés des odeurs", pp. 419-432.

[7] Isis, Edmond, Charles Falize, *Questions sur diverses branches des sciences médicales*. I "Quelle est la valeur des signes fournis par l'odeur de la bouche?", tesis, París, 12 de abril de 1839.

todavía en 1885 el doctor Monin consagrará un grueso volumen, muy documentado, a los olores del cuerpo humano.[8]

La interpretación olfativa de los humores se revela particularmente nítida. Barruel distinguía entre el olor de la sangre del hombre y el de la mujer.[9] Si el producto de las reglas despide un olor específico que permite a las madres vigilar la fisiología de sus hijas, es que, afirma Bordeu, "hay algo escondido; hay una gran cantidad de emanaciones invisibles en la excreción mensual".[10] Esto no podría reducirse a una simple plétora sanguínea, como lo pretenden los hidráulicos; participa de la depuración de los humores. Tal teoría vuelve a lanzar la creencia en el poder putrescible de los menstruos, capaces de echar a perder las salsas o las viandas en el saladero. Yvonne Verdier demostró la persistencia de tal modo de pensar en la aldea de Minot.[11]

La bilis también, por su acción pútrida, engendra, fetideces; la leche impregna de su olor la atmósfera individual de la mujer. Según Bordeu, un movimiento de flujo y reflujo anima sin cesar ese licor. "Nuestras mujeres transpiran leche, orinan leche, mastican y se suenan leche, y arrojan leche al defecar."[12] Resulta que la leche inunda la matriz.

Lo esencial es que no queda por menos el papel determinante de esperma, licor "tipo" en función del cual se modelan todos los demás humores.[13] El semen constituye, por definición, la esencia de la vida. Ejerce su acción sobre la totalidad del organismo; su olor afirma la animalidad del individuo. Según Withof, el humor seminal "nutre" los órganos masculinos y estimula todas las fibras, produce "ese olor fétido que se exhala de los machos vigorosos"[14] y que los eunucos han perdido. En el hombre, esa *aura seminalis*[15] asegura el lazo, constituye el intermedio entre el cuerpo y el alma. El olor "insuave" del macho peludo, debido al derrame, al reflujo del semen en la sangre y en los órganos, no debe repugnar. Brieude subraya por otra parte que, contrariamente al de otros humores, éste no varía jamás.[16] La teoría de la impregnación olorosa de los tejidos, a la cual Haller aporta el apoyo de su autoridad,[17] será larga y minuciosamente revisada en el siglo XIX.[18] El olor seminal del sacerdote continente o del celador, soltero que se abstiene, será *leitmotiv* en la literatura romántica; Julio Vallès lo denuncia todavía en 1879.

[8] Doctor E. Monin, *Les odeurs du corps humain*, París, Doin, 1885. En esa época la osfresiología vuelve a fascinar.

[9] *Cf. infra*, p. 204.

[10] *Op. cit.*, p. 435.

[11] Yvonne Verdier, *Facons de dire, façons de faire*, Gallimard, 1979, principalmente pp. 20-77.

[12] *Op. cit.*, p. 411.

[13] *Ibid.*, p. 414.

[14] *Ibid.*, p. 412.

[15] *Ibid.*, p. 413.

[16] Brieude, *op. cit.*, p. li.

[17] A. de Haller, *Éléments de physiologie*, París, 1769, t. II, p. 253.

[18] Es base del citado libro del doctor Monin.

El olor de los órganos y el de los humores, más o menos cargados de los productos de la purificación, se exhala a través de los emuntorios.[19] Según Bordeu, éstos son siete, todos ellos notables por su fuerte olor: "la parte peluda de la cabeza, los sobacos, los intestinos, la vejiga, las vías espermáticas, las ingles, los intersticios entre los dedos de los pies".[20] La intensidad de los efluvios es señal de intensa animalización, atestigua el vigor del individuo y de la raza.[21] De tal modo se encuentran fundados científicamente algunos comportamientos terapéuticos muy antiguos. Era de tradición buscar en los establos donde abundaban bestias jóvenes el remedio a todos los males que ocurren de una animalización insuficiente. Al envejecer, David se había sentido revigorizado por la presencia de muchachas desnudas en su lecho. Del mismo modo, Capivaccius había asegurado su alivio a un joven aristócrata que languidecía, y Boerhaave trató en forma semejante a un príncipe alemán víctima de decaimiento.

Algunos de los antiguos maestros se declaran persuadidos del efecto benéfico del aire que exhala el cuerpo de los niños.[22]

Tales convicciones conducen a mucha reticencia respecto a la higiene individual. Los etnólogos, como los historiadores, han insistido muchas veces en el rechazo de las aldeanas para lavar la mugre de la cabeza de sus hijos,[23] sin haber podido discernir que el crédito de tales prácticas provenía de un saber médico en mucho posterior a los preceptos salernitanos. Los médicos de Motpellier denuncian los estragos del uso desmedido del agua. Las abluciones demasiado frecuentes, y con mayor razón los baños, debilitan la animalización y por ende el deseo sexual. Bordeu conoció a individuos vigorosos "odoríferos" destruidos por la higiene y la desodorización. "La piel se había limpiado, las emanaciones y la transpiración fuertes se habían destruido, pero todo lo que caracteriza el sexo se había apagado."[24] Además, el *aura seminalis*, la fuerza de seducción, "se conserva mejor en los individuos mal cuidados y que no pierden su tiempo y su savia a fuerza de limpiarse".[25] Bordeu alerta a los citadinos contra "el lujo de la limpieza", particularmente nefasto en las mujeres en parto y los enfermos "sudorosos"

Otros tantos preceptos reasumidos por Brieude; éste aporta así su caución a un comportamiento tradicional que ciertos teóricos, es cierto, se esfuerzan entonces en modificar en nombre de la delicadeza de los sentidos[26] o de la necesaria desodorización del espacio público.

[19] Según opina Aristóteles, si no está sometida a una cocción suficiente y si los productos que resultan no son evacuados, el humor se convierte en causa de podredumbre.

[20] *Op. cit.*, p. 469.

[21] En las notas que consagra en 1844 a la edición de la obra de Cabanis, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, L. Peisse escribirá, principalmente a propósito de olores corporales específicos: "Entre las razas o en los individuos débiles, este olor es menos marcado; es más fuerte en las especies muy animalizadas y en los cuerpos muy vigorosos."

[22] Ingenhousz, *op. cit.*, p. 151

[23] *Cf. infra*, p. 254.

[24] *Op. cit.*, p. xlvii.

[25] *Ibid.*, p. 428.

[26] Por ejemplo, abate Jacquin, *De la santé, ouvrage útile à tout le monde*, París, 1762, p. 283.

Todos los vapores, todas las emanaciones que expelen los emuntorios, tienen por resultado dicha atmósfera individual de la cual los médicos hablarán, mostrando los ejemplos más aberrantes, durante dos siglos. Las jóvenes recién casadas, señalaba ya Sócrates, no tienen necesidad de utilizar perfumes, puesto que los más suaves aromas emanan de su persona. El cuerpo de Alejandro olía a violeta, decía Montaigne[27] después de Plutarco; Haller exhalaba almizcle; M. de la Peyronnie, leemos en la Enciclopedia, "conocía a un hombre de abolengo cuyo sobaco izquierdo derramaba durante los calores del verano un sorprendente olor de almizcle".[28]

La atmósfera individual varía en función de una serie de factores que se refieren a una antropología, ahora bien conocida,[29] pero de las que quisiera subrayar, a ese respecto, su enraizamiento en la teoría médica. Las variaciones olfativas de los seres vivos resultan de la composición de los humores, del funcionamiento de los órganos y de la intensidad de la depuración. Todo lo que puede ejercer acción sobre alguno de esos elementos genera una modificación del olor que se desprende del individuo.

> El clima donde habita, las estaciones que soporta, los alimentos que lo nutren, las pasiones a que se entrega, la clase de trabajo en que se ocupa, las artes que ejerce, la tierra por donde camina, el aire que respira, modifican diferentemente los humores que asimila y los que exhala; de lo cual resultan por necesidad olores distintos.[30]

Así funciona una antropología que no postula la inferioridad radical de ciertas razas, sino a lo más su "degeneración";[31] bastaría, en efecto, modificar algunas de las variantes enumeradas para hacer evolucionar el olor del cuerpo.

De la infancia a la vejez, el ser humano sigue un itinerario olfativo que lo lleva del agrio lechoso del crío al agrio menos ácido, más dulzón, de la senilidad; olor que Haller no podía soportar.[32] Entre estos dos extremos queda la suavidad de la adolescencia, particularmente marcada en la joven. La pubertad, que transforma de manera radical el olor del macho y le confiere el *aura seminalis* del adulto, no modifica tan netamente el olor permanente de las mujeres. "Su fibra suelta y poco ejercitada disminuye entonces solamente lo agrio de su infancia y da a su transpiración un olor insípido y dulzón. ."[33] Sin embargo, las reglas y el comercio sexual, ya lo veremos, modifican temporalmente su sello olfativo.

Bastante curiosamente, la especificidad de los olores, ligados al temperamento como al color de la tez y del cabello, en nada interesa al discurso médico. Se

[27] Jenofonte, *El banquete*; Montaigne, *Ensayos*, "De los aromas", ed. La Pléiade, p. 351.
[28] Chevalier de Jaucourt, artículo "Almizcle"
[29] *Cf.* Michèle Duchet, *Anthropologie et histoire au Siècle des Lumières*, París, Flammarion, 1977. A decir verdad, el autor demuestra que entonces no hay que hablar de una antropología, sino de varias (p. 409); lo que sigue se inscribe en la misma línea de la propuesta por Buffon.
[30] Brieude, *op. cit.*, p. xlvii.
[31] M. Duchet, *op. cit.*, p. 203.
[32] *Cf.* Brieude, *op. cit.*, p. lv, y doctor Monin, *op. cit.*, p. 51.
[33] Brieude, *op. cit.*, p. xlix.

señala ciertamente el olor particular de los biliosos y la fetidez de los rojizos,[34] pero como si ello fuese de por sí, y sin insistir. Las pasiones ejercen acción sobre los humores; así pues, afectan también el olor del individuo. Algunas operan con lentitud, pero en profundidad; frenan los movimientos orgánicos, interceptan las secreciones. Así podemos ver a las gentes tristes perder su olor. Otras, golpean por exceso, por sacudidas; exacerban las pestilencias. La putrefacción acelerada de la bilis confiere un aliento fuerte a las personas enojadas. El terror vuelve nauseabunda la transpiración de los sobacos y suscita ventoseos y defecaciones de olor insoportable. La fetidez del glotón, lo agrio vinoso del borracho, fortalecen la hediondez tradicional del pecador que permitía a San Felipe Neri reconocer las almas destinadas al infierno. De ese modo se encuentra apuntalada, *a contrario*, la crencia en la suavidad del olor de los santos.[35]

Los *ingesta*, es decir el aire, las bebidas y los alimentos, regularizan los *excreta* y por ende el olor individual. "El negro y el samoyedo, lo mismo que el sucio hotentote, *tienen* que apestar más o menos fuerte."[36] Representan al mundo en bruto, fuertemente animalizado. "Bajo la zona tórrida, el sudor de los negros tiene siempre un olor tan infecto, que apenas si se puede estar unos instantes cerca de ellos. Los fineses y los esquimales que habitan cerca de los polos expelen a su derredor una pestilencia insoportable."[37] Lo mismo ocurre con los cosacos.[38] Virey precisa: "Los negros de ciertas regiones africanas occidentales, como los jolofs, exhalan, cuando están acalorados, una fetidez de poro."[39] En los trópicos, cuando negros y blancos se bañan juntos, los primeros, a causa del olor que desprenden, están más expuestos a la avidez de los tiburones.[40]

Lo importante en todas estas observaciones es la referencia al clima,[41] a las cualidades del aire, al grado de putridez de los alimentos; en resumen, al mecanismo de la depurgación. Los samoyedos son tan fétidos como los negros; el clima del país que habitan no acelera la putrefacción de los humores, pero estos salvajes tienen afición por los alimentos pútridos.

[34] *Cf.* Virey, artículo citado, p. 249.

[35] Jean-Noël Vuarnet (*Extases feminines*, París, 1980, pp. 38-45) pone a punto la cuestión. Encontramos, además, en su libro una bibliografía acerca del "olor de santidad", a menudo asociado a lo maravilloso y la incorruptibilidad. Sobre esto agrega el doctor Monin, *op. cit.*, p. 61, que en vida Santa Treveria olía a rosas, azucenas e incienso; Santa Rosa, a rosas; San Cayetano, a naranja; Santa Catalina, a violetas; Santa Teresa de Ávila, a jazmín y lirio; Santa Ludivina (*cf.* Huysmans) a canela. Después de su muerte, Magdalena de Bazzi, San Esteban de Muret, San Felipe Neri, San Paternio, San Homero, San Francisco Olimpo, exhalaban aromas suaves. En el siglo XIX, este fenómeno fue considerado por los alienistas como "expresión de una neurosis" (*cf.* doctor Monin, *op. cit.*, p. 61)

[36] Brieude, *op. cit.*, p. xlviii.

[37] Landré-Beauvais, *op. cit.*, p. 423.

[38] H. Cloquet, *op. cit.*, p. 66.

[39] Artículo citado, p. 248. Se encuentran en dicho artículo referencias precisas de numerosas observaciones de viajeros que se refieren a la hediondez de los salvajes.

[40] H. Cloquet, *op. cit.*, p. 15.

[41] En el amplio sentido que a ese término dan Buffon y Helvetius, por clima se designa aquí no tan sólo la latitud y los caracteres meteorológicos del lugar, sino también la naturaleza del suelo y el género de vida de los habitantes; es decir, a la vez los datos del medio natural y el resultado del proceso de adaptación del hombre (*cf.* M. Duchet, *op. cit.*, p. 322).

Semejante análisis difiere totalmente del discurso que sostendrá la antropología de fines del siglo XIX. Prueba de ello: fuera de toda referencia al origen racial, al estado de miseria o a la mala calidad de la higiene, nos entregamos a observaciones idénticas en el interior del espacio francés. Si podemos discernir, horas después de su paso, el olor que emana un grupo de cosacos, es lo mismo, nos dice Cloquet, en cuanto a los efluvios que despide una cuadrilla de "vaqueros de nuestras montañas".[42] El olor de los campesinos difiere del de los citadinos; los humores de los primeros están menos viciados, se "acercan más a los de la naturaleza vegetal".[43] El más maloliente es el que prefiere la alimentación de carne; por ende, se trata del citadino.

Los pobladores de las distintas regiones exhalan su olor particular; de nuevo, éste resulta de su clase de alimentación. "Cuando por la estación de las cosechas se reúnen en nuestros cantones, podemos distinguir fácilmente a los de Quercy de los de Rouer, debido al olor fétido del ajo y de la cebolla que derraman a su derredor, mientras que el olor de los de Auvernia se acerca al suero agrio en vías de putrefacción."[44] De una manera general, los olores son más pronunciados en las campiñas meridionales.

El ejercicio de las profesiones, que requiere determinado género de vida y el manejo de ciertas sustancias, suscita una gama de olores individuales. Podríamos reconocer a nuestros campesinos por alguna pista, anota Brieude, y por otra parte cada quien conoce, nos lo asegura, el olor dulzón de las celdas de las religiosas, que es señal de una "asimilación débil o incompleta" [45] E interroga:

> ¿quién no distinguiría, mediante el olfato únicamente, a un limpiador de letrinas, a un curtidor, a un fabricante de velas, a un carnicero, etc.? [. . .] Una cierta cantidad de las partículas volátiles que penetran en los obreros son expelidas de sus cuerpos casi intactas, junto con sus humores, a los cuales es muy posible que se combinen en parte [. . .] El olor que resulta es la señal propia de la salud de esos obreros.[46]

Brieude presintió la enfermedad en varios curtidores por el solo hecho de que habían perdido el olor de su profesión. Por consiguiente, a ninguna repugnancia social se expone el sabio. El resultado de la observación olfativa se integra simplemente al retrato de las diferentes profesiones que, desde Ramazzini, los higienistas se esfuerzan en concretar.

El olor de los cuerpos entra también en la semiología médica. Hipócrates la colocaba ya entre la clase de los signos.[47] La invasión del mal puede traducirse al mismo tiempo por la pérdida de un olor de salud y por la aparición de un

[42] *Op. cit.*, p. 66.
[43] Brieude, *op. cit.*, p. lx.
[44] *Ibid.*, p. l.
[45] *Ibid.*, p. ll.
[46] *Ibid.*, pp. li-lii. Los personajes de Nougaret y Marchand (*Le vidangeur sensible*) comparan en la escena los olores del citado limpiador de letrinas con las del matancero de rastro.
[47] La cuestión queda también tratada en la colección aristotélica de *Problèmes*.

olor morbífico. El itinerario que lleva a la enfermedad y después a la muerte, conduce de lo agrio a la alcalinización de lo pútrido.[48] Aunque deplorando "la penuria de palabras" que estorba la definición de los olores percibidos, Bordeu comprueba que la medicina de su tiempo "juzga la esencia de las partes y de su estado, sano o enfermo, a través del olfato".[49]

El médico no se conforma, pues, con ser experto en mefitismo; a la cabecera de su cliente necesita además aprender a "sentir con reflexión".[50] Opera desde luego un difícil cálculo olfativo que tiene por objeto establecer lo que el paciente *debe* sentir, teniendo en cuenta su edad, su sexo, su temperamento; el color de sus cabellos, su profesión, y de ser posible su olor individual, registrado cuando se encontraba en buena salud. El médico se refiere en seguida al itinerario olfativo que caracteriza cada una de las especies morbíficas. El olor del enfermo le permite entonces establecer su diagnóstico y su pronóstico. El análisis olfativo privilegia, evidentemente, los "puntos de llegada", y en particular el aliento, las deyecciones y sobre todo el pus, cuya interpretación se revela asombrosa.

> Se observa cada día, en la curación de las llagas y aun de todas las supuraciones cutáneas, que si un enfermo se ha entregado a pasiones violentas, si ha hecho ejercicios demasiado fuertes, o que hayan durado demasiado tiempo; si sigue un mal régimen, si abusa sobre todo de licores fuertes, si vive de alimentos acres, salados o ahumados, si habita en un ambiente infectado o pantanoso, la materia de la supuración cambia en sus cualidades.[51]

Hace ya mucho tiempo que el pueblo acecha los signos olfativos de la enfermedad. Las matronas, los domésticos, principalmente en el campo, informan espontáneamente al médico los cambios en el olor de los sudores, de las defecaciones, de las orinas, de los esputos, de las úlceras o de las ropas que han estado en contacto con el cuerpo de los enfermos.

Sería fastidioso citar a los autores que, bajo la forma de interminables catálogos, tratan de la semiología olfativa. Todos denuncian como la peor de las pestilencias la del escorbuto. "Los médicos con experiencia distinguen bien el olor de las úlceras complicadas con gangrena; cada olor particular de los tísicos, de las personas atacadas de disentería, de fiebres pútridas, malignas, y ese olor a ratones que pertenece a las fiebres de los hospitales y cárceles."[52]

Si el olor agrio y lácteo de la parturienta se vuelve fétido, puede pronosticarse una fiebre de leche.

Un análisis del contenido, o un simple recuento lexicológico, permitiría sin duda cercar mejor el campo de las comparaciones olfativas y medir la extensión

[48] Volvemos a encontrar aquí la terrible ruptura del equilibrio que hace que la putrefacción gane terreno en el organismo vivo.

[49] Bordeu, *op. cit.*, p. 470.

[50] Brieude, *op. cit.*, p. lv.

[51] Brieude, *op. cit.*, p. lxii, y Landré-Beauvais, *op. cit.*, p. 431.

[52] H. A. P. A. Kirwan, *De l'odorat et de l'influence des odeurs sur l'économie animale*, París, 1808, p. 26.

de un vocabulario osfresiológico cuya frecuencia máxima parece situarse bajo la Restauración.

Desde los trabajos de Pringle, la coherencia es evidente entre la práctica de un gran número de médicos, el estudio teórico de la putrefacción, el discurso antropológico aplicado a la osfresiología y una cierta terapéutica popular y espontánea. La medicina humoral, la teoría de las fiebres pútridas, el vitalismo montpellieriano, el organicismo de Bordeu, ciertamente están lejos de constituir unanimidad en el seno del medio médico, pero traducen de una manera particularmente nítida la convicción, profundamente enraizada, de la importancia del olor individual. Pero ahora los químicos, a su vez, van a esforzarse en analizar esa fascinante *aura*.

Antes de que Lavoisier y Seguin impusieran los resultados de su análisis de los intercambios respiratorios que se efectúan a través de la piel, numerosas tentativas, a menudo confusas y casi siempre hilarantes, jalonan esta página olvidada de la historia de las ciencias. Los problemas planteados son múltiples; Sanctorius, dos siglos antes, había probado la existencia de la transpiración insensible, mediante el cálculo del desperdicio de su peso. ¿Es posible acaso ponerla en evidencia midiendo y analizando los gases expelidos a través de la piel? ¿Podemos, del mismo modo, presentar la prueba de la inhalación de los vapores olorosos? Tales descubrimientos aportarían, se piensa equivocadamente, esclarecimientos sobre los mecanismos de la infección y del contagio.

Algunos químicos, y no de los menos importantes, deciden pues sumir el cuerpo ceñido de frascos en el agua tibia de su bañera, para recoger los gases de brazos, axilas e intestinos. En 1777, el conde de Milly presenta a la Academia de Berlín el resultado del análisis de los gases expelidos por su piel; según él, se trata de "aire fijo". Cruickshank y Priestley deciden imitarlo; éste, sin gran confianza en ese tipo de manipulaciones. En 1780, en París y después en Baden, Ingenhousz recoge a su vez el gas que se filtra a través de la piel de sus brazos; cree reconocer en ello el "aire flogistificado" de Priestley. Sumerge en el baño a una joven de diecinueve años y comprueba que el aire que emana de ella no es menos dañino que el que recogió del hueco de sus axilas.[53] La virtud terapéutica del "aire joven" forma parte del prejuicio. Jurine opta por afinar el análisis.[54] Procede a experiencias repetidas en niños de diez a diecinueve años, en hombres de treinta y seis a sesenta y seis años, y en una mujer de cuarenta. En todos los casos recoge un gas que bautiza como ácido aéreo cuya función sería, según él, liberar el cuerpo de su flogisto.

Se efectúan otras tentativas equivocadas, desprovistas de interés científico, pero que aportan testimonio sobre la averiguación apasionada que llevan a cabo los sabios y acerca de las convicciones que se tratan de fundar científicamente.

[53] Relato de esas experiencias en la obra citada de Ingenhousz, pp. 151 *ss*.

[54] En una extensa memoria describirá minuciosamente el método de las tomas de muestras realizadas (Jurine, "Mémoire sur les avantages que la médecine peut retirer des eudiomètres", *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1789 [leída el 28 de agosto de 1787], pp. 19-100).

En Italia, el canónigo Gattoni, discípulo de Volta, emprende la medición de las alteraciones del aire provocadas por los cuerpos enfermos y malsanos.

—Reuní varios muchachos mendigos y mediante más o menos algún dinero pude inducirlos a dejarse encerrar, hasta los riñones, dentro de gruesos sacos de cuero, especie de odres; entonces hice ceñir los sacos alrededor de sus cuerpos, lo más estrechamente posible. Para interceptar mejor la comunicación del aire interior con el exterior, mandé coser las aberturas de los sacos y las obturé con lienzos mojados, y dejé en esa postura incómoda a los muchachos, presos durante todo el tiempo que pudieren soportar, después de lo cual los metí en un baño tibio en una cuba, hasta el estómago, bajo un gran embudo preparado para recibir el aire confinado en los sacos, que recogíamos en grandes vasos de vidrio, transvasando metódicamente ese aire así elaborado, para analizarlo con el eudiómetro.[55]

Jurine y Gattoni se ocupan, de manera casi idéntica, en recoger sus gases intestinales. El primero recoge y después estudia, en forma igualmente metódica, los que existen en las tripas de los cadáveres. Se trata de mostrar, mediante análisis, la nocividad de los malos olores intestinales.[56] Ciertamente se efectúa la prueba de los intercambios respiratorios cutáneos, lo que de momento no puede sino reforzar la creencia en la inhalación de los miasmas, pero los químicos no logran rendir cuentas, con el eudiómetro, de las variaciones individuales de los olores. Bordeu triunfa;[57] se burla del estudio de las ventosidades que se ha puesto de moda. La nariz del médico gana sobre el aparato del sabio.

Un resultado, no obstante, parece cierto: las hediondeces pueden ser inhaladas por el organismo y afectar el olor del individuo. Problema irrisorio, digamos incongruente, a nuestros ojos, pero que entonces reviste una intensa carga afectiva. Bichat mismo atestigua:

He observado que a continuación de la estancia en los anfiteatros, mis ventosidades adquirían con frecuencia un olor exactamente análogo al que exhalan los cadáveres en putrefacción. Pero veamos cómo me aseguré de que es la piel, así como el pulmón, los que absorben entonces las moléculas olorosas. Tapé mi nariz y adapté a mi boca un tubo bastante largo, que atravesando la ventana me servía para respirar el aire exterior. Pues bien, mis ventosidades, después de una hora de estancia en una pequeña sala de disección al lado de dos cadáveres muy fétidos, presentaron un olor más o menos semejante a la de ellos.[58]

Asombrosa vigilancia olfativa respecto a las propias emanaciones, que no cesan de atestiguar la misteriosa penetración del cuerpo por los efluvios pútridos. A partir de entonces, se presiente la ansiedad que generan los olores del prójimo.

[55] Jules-César Gattoni, *ibid.*, p. 132.
[56] El análisis de los gases intestinales llevado a cabo por Jurine no hace sino confirmar las convicciones de Berthollet, para quien los vientos provienen de la descomposición pútrida de las carnes ingeridas.
[57] *Op. cit.*, p. 523.
[58] Citado por el doctor Monin, *op. cit.*, p. 239. Esta observación adquiere todo su sentido si se piensa en la definición de muerte dada por Bichat.

LA GESTIÓN DEL DESEO Y DE LA REPULSIÓN

La influencia de la atmósfera de los cuerpos sobre la vida de relación se sitúa en dos aspectos muy diferentes: el de la simpatía o la antipatía, y el del contagio o la infección. En 1733, Philippe Hecquet, decano de la Facultad de Medicina de París, ya imputaba las convulsiones de Saint-Médard al estímulo erótico debido al choque de corpúsculos emanados de los convulsionarios, y en 1744 Hartley atribuía el deseo sexual a vibraciones que actúan sobre las fibrillas nerviosas. En vísperas de la Revolución, la creencia en el atractivo y en la repulsión, suscitados por el olor de los demás, constituye un tem literario. Como prueba, la teoría de los "simpatistas".[59] Tiphaigne de la Roche asegura que

> alderredor de hombres y mujeres se esparcen parcelas de una materia invisible llamada materia simpática; que esas parcelas actúan sobre nuestros sentidos y que esta acción produce la inclinación o la aversión, la simpatía o la antipatía, de suerte que cuando la materia simpática que se esparce alderredor de una mujer, por ejemplo, causa una impresión agradable en los sentidos de un hombre; a partir de ello esa mujer será deseada por ese hombre.[60]

Según Tiphaigne, dicha materia simpática no es otra que "la materia transpirante" de los médicos.[61] Cada individuo se encuentra así religado a los demás por una infinidad de hilos que "cosquillean" o "rompen" sus fibras.[62]

Volvemos a encontrar, en forma de fábula, una teoría con la misma inspiración en el primer capítulo de la *Erotika Biblion*, de Mirabeau. Shackerley dice que cada habitante de los anillos de Saturno exhala efluvios que le son propios y que están directamente ligados a "los penachos nerviosos del sentimiento".[63] Estas emanaciones pueden enlazarse en los efluvios del prójimo, "cohesión viva" de dos seres mediante innumerables moléculas semejantes. En los anillos de Saturno, los sentimientos, pero también los conocimientos, se transmiten por el aire.

Que el olor rija la seducción, constituye un estereotipo. Casanova confiesa su fascinación.[64] El olfato se vuelve el sentido de la anticipación amorosa, el deseo vago, que puede revelarse engañador cuando la vista aporta su precisión; son ejemplo a este respecto las desdichas de Don Juan, extraviado por el *odor di femmina* de Elvira.[65] En 1802, Cabanis llamará al olfato el sentido de la simpatía; a

[59] Concierne a Hecquet, *cf.* Jean Ehrard, artículo citado, p. 55; Hartley, *Explication physique des sens, des idées et des mouvements tant volontaires qu'involontaires*, 1755, t. I, pp. 449-451; en lo que concierne a los simpatistas, *cf.* Robert Mauzi, *op. cit.* pp. 313-314.

[60] Tiphaigne de la Roche, *L'amour dévoilé ou le système des sympathistes*, 1749, p. 45.

[61] *Ibid.*, p. 48.

[62] *Ibid.*, p. 113.

[63] Mirabeau, *Erotika Biblion*, 1783, p. 19.

[64] Introducción a las *Mémoires*.

[65] Episodio bien estudiado por G. Wajeman ("Odor di femmina" *Ornicar*, núm. 7, pp. 108-110).

fines del siglo XIX, Monin y el doctor Galopin[66] lo siguen considerado el sentido de las afininades.[67]

Una vez más, los sabios aportaron su caución a antiguos estereotipos. El *aura seminalis* del macho atiza el deseo femenino, así como el de la mujer mantiene el apetito del hombre. Es mediante el "perfume mezclado de incienso y rosa" de la "sangre fresca del crecimiento" como Fausto enloquece a las mujeres de palacio, golosas de su aliento.[68] El estatuto del deseo masculino aparece, a decir verdad, más complejo. El modelo del celo animal obsesiona; los médicos no pueden desprenderse de él, permanecen convencidos de que la seducción debe mucho a los olores de la regla. Se sabe la ambigüedad de la menstruación. Sus productos participan de la depurgación y ejercen pues una acción pútrida; pero a la vez están impregnados de sutiles vapores transmitidos por la esencia de vida.[69] Dentro de la óptica montpellieriana, en ese momento del ciclo la mujer traduce la vitalidad de su naturaleza; vierte los productos de una fuerte animalización, lanza un llamado a la fecundación, dispersa los efluvios de la seducción. Lo cual resumirá perfectamente Cadet de Vaux, algunos decenios más tarde cuando exalte, en términos ya pasados de moda, la atmósfera de la mujer, es decir, "el espíritu rector que deja exhalar la esencia de vida que contienen sus receptáculos".[70] De tales convicciones se deriva también el estatuto particular de las mujeres desprovistas de su balanza olfativa: rojizas, siempre olorosas, a la vez pútridas y fascinantes, como si un ciclo descompuesto las hiciera evacuar reglas perpetuas, mujeres embarazadas temporalmente, desprovistas de efluvios menstruales.[71]

Y todavía desde esta perspectiva se situará Michelet, apasionado por la aparición y el escurrimiento de las reglas de su joven esposa. Sin embargo, en el intervalo se operó un trastorno que quisiera evocar ahora, para no volver a tocar el punto. La ovulación espontánea, presentida desde 1828 y puesta en evidencia por Puchet en 1847, eliminó el temor inspirado por la hechicera, cuyos efluvios menstruales opacan los metales y echan a perder las carnes en el saladero. De maléfica, la mujer se volvió también creadora. La sangre de las reglas se carga, desde entonces, de un significado nuevo, que atiza el deseo masculino. El esposo, como el ginecólogo, se convierte en el historiador de un ciclo sangriento y una vida misteriosa de la cual el hombre estaba excluido hasta entonces y que en lo sucesivo debe controlarse. De tanto magnificar sus reglas y sus olores en el discurso sabio, la mujer ganó una inocencia nueva, pero perdió sus poderes ocultos.[72]

[66] Doctor Augustin Galopin. *Le parfum de la femme et le sens olfactif dans l'amour. Étude psycho-physiologique*, París, E. Dentu, 1886.

[67] A este respecto, *cf. infra*, p. 155.

[68] Goethe, *Le sécond Faust*, trad. de Gérard de Nerval.

[69] Yvonne Verdier deduce por ello que la mujer participa entonces de un soplo cósmico.

[70] Cadet de Vaux, "De l'atmosphère de la femme et de sa puissance" *Revue encyclopédique*, 1821, pp. 427-445 (p. 445).

[71] *Cf.* Yvonne Verdier, *op. cit.*, pp. 52 *ss.*

[72] *Cf.* Jean Borie, "Une gynécologie passionnée" *Misérable et glorieuse la femme du XIXe siècle*, París, Fayard, 1980, pp. 152-189. Sobre este asunto, *véanse también* las obras de Thérèse Moreau.

Fuera del tiempo de las reglas, los vapores vitales que impregnan la sangre de los menstruos perfuman los otros emuntorios; esos efluvios ordenan el discurso de los poetas. La cabellera olorosa encanta a Parny y Bernis,[73] en espera de Baudelaire y de los "husmeadores" de los grandes almacenes. El poder seductor del sudor de las axilas y de la camisa que impregna, suscita multiples anécdotas. Enrique III, se repetía, permanecerá toda su vida enamorado de María de Clèves por haber respirado, en la alcoba donde ella acababa de cambiarse, el olor de su ropa íntima; el mensaje olfativo confiere así, de "flechazo", la indispensable y súbita ocurrencia del cortinaje rasgado; el príncipe se enamora del perfume de la carne como Werther del cuadro de Carlota en el marco de la puerta.[74] Tal sultán oriental escogía a sus favoritas según el perfume de su túnica empapada de sudor,[75] Goethe confiesa haber hurtado a la señora Von Stein una de sus blusas para poder olfatearla a su gusto.[76] La hechizada de Barbey d'Aurevilly tratará de seducir a su terrible abad, enviándole una de sus camisas. Huysman (*Le gousset* [El bolsillo]) clamará su fascinación por el olor de las axilas femeninas.[77]

Es más sutil la seducción del ramo que ha ostentado la amante sobre su seno y del cual, tanto Rousseau[78] como Parny, cantan los estragos. ¡Y qué decir del papel del aliento o del olor del zapato que hacían las delicias de Restif,[79] mucho antes que los especialistas inventaran el fetichismo del cuero! Silencio curioso, quizás una prohibición: nunca se alude en este discurso erótico al poder seductor de los olores vaginales, fuera de cualquier otra referencia a la menstruación.[80]

La pubertad no constituye la etapa decisiva del itinerario olfativo que diseña la vida de una mujer. Yvonne Verdier, una vez más, lo presiente con razón. Los menstruos atizan la seducción de la joven púber, recuerdan su misión genésica, pero no le confieren sino un olor discontinuo; lo que procura a la mujer un verdadero sello olfativo, es el esperma masculino, lo que la práctica del coito impregna de un olor particular la carne de las hembras de numerosos animales.[81] Es el comercio sexual el que, en todos los terrenos, completa la femineidad.[82]

[73] Parny, "Le cabinet de toilette"; M. de Bernis (*Les saisons et les jours. Poèmes*, 1764), canta de las ninfas el perfume de sus trenzas rubias ["*L'été*"].

[74] *Cf.* Roland Barthes, *Fragments d'un discours amoureux*, 1977, p. 227.

[75] Citado principalmente por J.-J. Menuret, *Essai sur l'action de l'air dans les maladies contagieuses*, 1781, p. 41.

[76] Havelock Ellis, *La sélection sexuelle chez l'homme*, p. 126.

[77] Es verdad que a fines del siglo XIX el tema reviste una amplitud nueva. El psicólogo Féré estima que dicho olor ejerce acción dinamógena. Podría ser utilizada en la industria. Las planchadoras fatigadas vuelven a tomar impulso al oler los efluvios de su corsé.

[78] *Émile*, edición Garnier, 1966, p. 201.

[79] Tal como lo confía en *L'Anti-Justine*.

[80] Que sepamos, habrá que esperar el *Trópico de Capricornio*, de Henry Miller, para que el tema sea evocado públicamente e integrado a la gama de los olores que podemos evocar. El autor considera la iniciación en esos olores como rito de tipo olfativo.

[81] Jean-Baptiste Silva ("Dissertation où l'on examine la manière dont l'esprit séminal est porté à l'ovaire" *Dissertations et consultations médicinales de MM. Chirac et Silva*, 1744) desarrolla extensamente el tema, t. I, pp. 188 *ss*.

[82] *Cf.* al respecto el conjunto de las obras de Yvonne Knibiehler.

Son reveladoras a este respecto unas cuantas anécdotas, reiteradas sin cesar que ponen en escena el excepcional discernimiento olfativo de ciertos individuos. No conciernen a la presencia de las reglas —¿quizá se revelaría demasiado evidente?— pero la actividad sexual, la impregnación espermática de los órganos y de los humores de la mujer, y también la excreción de vapores seminales. La risa de Demócrito sancionaba la falta de las jóvenes abderitanas. Desde que el *Journal des savants* [Diario de los sabios] la informó en 1684, todas las obras médicas consagradas al tema machacan el ejemplo de aquel religioso de Praga capaz de localizar el olor de las mujeres adúlteras.

Una práctica excesiva del coito provoca un verdadero derrame espermático en los humores de la mujer, pudre los licores y engendra un hedor insoportable. Es así como las prostituidas se convierten en rameras.[83] Juvenal ya lo pretendía así; a principios del siglo XVIII, J. B. Silva se había esforzado por justificar científicamente esa convicción,[84] que por sí sola lleva a considerar como mujeres peligrosas a las prostitutas.

El cuerpo enfermo, el que se pudre en vida desprende, en efecto, emanaciones nocivas, olores morbíficos. Sobre este particular, los animales se revelan temibles. Cuando cunde la epizootia, el hombre también se encuentra en peligro. Lejos de ser benéfico, el aire de los establos se torna insalubre.[85] La teoría de las fiebres pútridas toma aquí, a contrapelo, las convicciones vitalistas.

Más terrible todavía es la vecindad del hombre enfermo. Se forma en derredor de éste una atmósfera "más o menos extensa, que se adhiere a sus vestidos, a sus muebles, a las paredes de su habitación; que es pesada, espesa, menos móvil y elástica que el aire ordinario, que permanece por muchísimo tiempo en los rincones de los apartamentos".[86] La hediondez basta para señalar el peligro. Durante la epidemia de fiebre de los campamentos, que asoló al ejército francés acantonado en Niza en 1799, los "desdichados soldados exhalaban un olor semejante al del gas fosfórico en combustión, que se percibía desde muy lejos y que persistía en las calles y casas donde había más enfermos".[87] Los convalecientes mismos propagaban la enfermedad, asegura Fodéré, mientras no quedaban "despojados de su atmósfera".

[83] Restif opta por dicha etimología, a menudo propuesta, que tiende a hacer de la palabra puta un derivado del latín *putida* (hedionda).

[84] *Op. cit.*, p. 189. A la inversa, los antiguos (*cf.* Marcel Détienne, *op. cit.*, p. 173) imaginaban que la continencia causaba en las mujeres un hedor repulsivo. La interrupción de las relaciones conyugales, desunión entre el cielo y la tierra, engendraba la diosmia de las lemnianas y el mal olor, menos acentuado, de las mujeres de Tesmoforias. Según sabemos, este aspecto de la cuestión ya no se evocaba en el siglo XVIII.

[85] *Cf.* Boissier de Sauvages, *Journal des savants*, febrero de 1746, p. 356, citado por Fodéré, *op. cit.*, t. VI, p. 292. El autor escribe, a propósito de una epizootia que asuela el Vivarais: cuando los hombres "respiran muy de cerca el soplo hediondo que exhala el estómago de esos bueyes, aun estando vivos, se ven atacados de cólicos seguidos de vómitos y aun de diarreas, lo que provoca que el vientre se infle de manera asombrosa"

[86] *Ibid.*, t. V, p. 298.

[87] *Ibid.*

Es el aliento el que, más que todo, comunica miasmas y fetideces.[88] Hay que desconfiar del soplo hediondo de la "bestia afectada"; así lo pide Boissier de Sauvages. El aliento de un limpiador de letrinas, moribundo, fulminó a un colega de Jean Noël Hallé.[89] El soplo manifiesta la presencia de la vida y de sus seducciones, es testimonio de la justa respiración que asegura el aflujo de "aire vital"; pero también se convierte en emuntorio de las putrideces acumuladas por los humores, el exutorio del "aire flogistificado" que vicia el entorno. En ese tiempo de obsesión aerista, asediado por el mefitismo y el miasma, la atención hacia el prójimo da preferencia al efluvio, el aliento, el olor del cuerpo.

El vértigo lleva hasta tomar conciencia de la masa de los vapores acumulados donde se amontonan los vivientes. La percepción del peligro de "las emanaciones sociales"[90] conduce a desconfiar de las apreturas pútridas de pueblo y animales revueltos. Genera cálculos afanosos que relevan el acto de pesar los vapores que escapan de la tierra. Ya en 1742, Arbuthnot trata de medir las exhalaciones citadinas:

> La transpiración de menos de tres mil personas, colocadas en un arpente (51 áreas) de tierra, formaría allí, en un lapso de treinta y cuatro días, una atmósfera con altura de setenta y un pies. Quizás esta materia es en densidad, respecto al aire, como de ochocientos a uno; de aquí que si dispersamos esas tres mil personas sobre cien arpentes de tierra, quedarán ocho pulgadas de esa misma materia, de la cual la mayor parte, no habiéndose disipado sino esparcido con la infinita tenuidad de las emanaciones odoríferas, infectará todo el aire de una ciudad en la misma extensión.[91]

Nueve años más tarde, Boissier de Sauvages volvió a hacer el cálculo: "reducidos a vapores"[92] los excrementos producidos por las cinco libras de alimentos ingeridos cotidianamente por un citadino, formarían alderredor de sus quince pies de piel una columna de cuatro pies siete pulgadas de altura, cuyo peso es de cinco libras. En las ciudades, esta columna duplicaría su densidad; en efecto, la superficie puesta a disposición de cada uno de los habitantes no sobrepasa la mitad de la de su epidermis.

La sola presencia de los cuerpos, aun cuando estén sanos, vicia el aire de la ciudad e infecta el del valle. Por fortuna, los vientos, el trasiego aéreo debido al movimiento de los vehículos y a la combustión de los focos, corrigen parcialmente la masa de la atmósfera. No es lo mismo dentro de los espacios cerrados en que se acumulan multitudes. En barcos, hospitales, cárceles, cuarteles, iglesias y salas de espectáculos, se gestan las epidemias que irán a devastar la ciudad. Esta

[88] "El aliento del hombre es mortal para el hombre" afirma Rousseau; a este respecto, François Dagognet, "La cure d'air; essai sur l'histoire d'une idée en thérapeutique médicale" *Thalès*, 1959, p. 87.

[89] Yvonne Verdier vuelve a encontrar esa convicción en Minot: "ella ha contraído la epidemia de su hermana a causa de su aliento" (*op. cit.*, p. 46) cuenta una mujer vieja a propósito de una amiga.

[90] Senancour, *Oberman*, ed. "Les Introuvables" t. II, p. 48.

[91] *Op. cit.*, pp. 241 y 242.

[92] *Op. cit.*, p. 56.

obsesión de los amontonamientos de cuerpos, de la que hemos visto ya sus fundamentos teóricos, va a ordenar al mismo tiempo las representaciones sociales en el seno de la ciudad y la estrategia de los higienistas del espacio público, de una manera por el momento desordenada, en espera de que la química lavoisieriana autorice la definición de las normas precisas.

La sentina y los olores de la ciudad enferma

A este respecto, se impone previamente la simbólica sentina, que asedia las representaciones sociales de la putridez. "La primera impresión provocada por el aire de los buques se dirige al olfato; su olor complejo resulta de las emanaciones de la cala, del aroma de la brea (alquitrán), de la fetidez que engendran tantos hombres hacinados en un pequeño espacio."[93] Así pues, el buque solicitó primero el inquietante análisis de los higienistas. "Allí el aire es mucho más malo que en las cárceles", declara Hales en 1744.[94] Algunos años más tarde, el vizconde de Morogues trata de desenmarañar la madeja de los olores complejos que, a sus ojos, bastan para explicar la putridez fulminante del escorbuto.

El navío es un "pantano flotante".[95] Las aguas del mar que se filtran por las costuras de los revestimientos, el agua dulce que se estanca en charcos después de la lluvia o de lavados desconsiderados, la que empapa los cordajes, disuelve la madera, oxida el fierro de las balas de cañón y del lastre, forman un lodo negruzco y mortífero. Si no, los líquidos infectos se concentran en la sentina, síntesis de todas las hediondeces. Esta mezcla de aguas dulce y salada, cuyo olor fétido se exacerba cuando se pone a trabajar la bomba, iguala en nocividad las marismas de las salinas abandonadas. La brea marina, la neblina de las playas, las exhalaciones de los anclajes perniciosos contribuyen a identificar el barco con el pantano.

Es también una alta esfera de la fermentación. Los vapores emanan del maderamen de la estructura y del cáñamo de los cordajes, sobre todo si éstos son nuevos. En la cala de los víveres "se siente siempre un vapor cálido y maloliente, capaz de causar vahído a una persona delicada".[96] Error de sensación: el aire parece allí más cálido. El estancamiento agrava la infección. El fondo de la cala hace que sobre la vida del barco pese una amenaza permanente; ejerce una extraña fascinación. El embarque de Arthur Gordon Pym, la travesía de Drácula, el cargamento pútrido de *Ligne d'ombre* [Línea de sombra],[97] reflejan

[93] C. Forget, *Médecine navale ou nouveaux éléments d'hygiène, de pathologie et de thérapeutique médico-chirurgicales*, París, 1832, t. I, p. 332. Notemos que ese texto es más tardío que los demás testimonios evocados en este capítulo.

[94] M.-E. Hales, *Description du ventilateur par le moyen duquel on peut renouveler facilement l'air des mines, des prisons, des hôpitaux ou des maisons de force et des vaisseaux*, 1744, p. 61.

[95] La expresión es de C. Forget, *op. cit.*, p. 184. Los párrafos que siguen son síntesis de las múltiples descripciones de aquel tiempo, principalmente de las de Duhamel du Monceau, *op. cit.*

[96] *Ibid.*, p. 29.

[97] Joseph Conrad, *Línea de sombra*.

tardíamente el horror de esa profundidad infecta. En el nivel superior, las "emanaciones que producen los licores y los víveres olorosos o fermentados"[98] escapan también de la despensa.

El estiércol y las transpiraciones de las bestias embarcadas, la suciedad de las gallinas, las provisiones de bacalao, la putrefacción de los cadáveres de ratas e insectos; las inmundicias debajo de los cofres, amontonadas en los reductos oscuros,[99] engendran un haz de olores pestilentes que pudren a marineros y pasajeros. En tiempos calurosos, las emanaciones de los beques, bacines y retretes se vuelven intolerables. Un hecho histórico: en 1821, al *Arthur,* navío para transportar abonos hechos de materias fecales secas y pulverizadas (*poudrette*) con destino a la isla de Guadalupe, se le diezmó su tripulación a causa de su cargamento nauseabundo. Llegó a las costas de Pointe-à-Pitre en estado de barco fantasma.[100]

Los amontonamientos de cuerpos y los vapores de las combustiones completan esta "olla podrida". Por la noche, en el falso puente, los marineros se apretujan; pernoctan dentro de un aire estancado, con sus vestidos impregnados de humedad y sudor.[101] El olor es tal que el pasajero llega a sofocarse cuando pasa delante de una escotilla. A la insalubridad de la estructura se agrega el hedor propio de los sitios que infectan la ciudad. Como el barco cuenta con su enfermería, se transforma a veces en hospital flotante. En sus calabozos se enmohecen los marineros, como los grillos de fierro. Cuando el cargamento se compone de negros de Guinea, subraya Hales, "el aire se infecta hasta el punto de provocar náuseas y no poderlo soportar".[102]

En los barcos, los sabios se entregan a las afanosas operaciones de pesar los vapores exhalados.[103] Se esfuerzan por definir los complejos olores que resultan de esa potente amalgama y por medir los peligros. En 1784, una comisión de la Société Royale de Médecine se ocupará del problema.[104] Sus conclusiones condujeron a quemar las estructuras infectadas, aun a punto de hacerse a la mar. Así desapareció la fragata *Melpomène*.

En tierra, el peor de los escándalos olfativos es la cárcel. La hediondez significa la putrefacción viviente y colectiva de los detenidos. El pudridero humano acumula la infección genealógica y la putridez presente. Según Louis-Sébastien Mercier, Bicêtre huele a cuatrocientas toesas de distancia.[105] Un cómplice de

[98] C. Forget, *op. cit.*, p. 186.

[99] *Ibid. Véase también* Fodéré, *op cit.*, t. VI, pp. 476 *ss.*

[100] Parent-Duchâtelet, *Recherches pour découvrir la cause et la nature d'accidents très graves développés en mer, à bord d'un bâtiment chargé de poudrette*, 1821. Muere la mitad de la tripulación; enferman los demás.

[101] "El torbellino de su propia transpiración" no puede "perderse en el aire", escribe Duhamel de Monceau, *op. cit.*, p. 30.

[102] Hales, *op. cit.*, p. 53.

[103] El vizconde de Morogues calcula así el peso de los vapores transpirados o expirados en una fragata de treinta cañones y concluye que el volumen de las malas exhalaciones es más o menos igual al de cinco pies cúbicos de agua (Duhamel du Monceau, *op. cit.*, p. 44).

[104] Macquer, Lavoisier, Fourcroy y Vicq d'Azyr, principalmente, formaban parte de ella.

[105] *Op. cit.*, t. VIII, p. 1.

Cartouche se hizo el muerto con el fin de ser evacuado y poder respirar algunos instantes al aire libre. Cuando sacaron de su calabozo al conde de Struensee para ser decapitado, exclamó: "¡Oh! ¡Qué felicidad respirar el aire fresco!"[106] Las diferencias, que bajo los efectos de los gases deletéreos de las letrinas de Venecia opone Casanova a su carcelero, los deciden a apostar sobre la eliminación de la hediondez a causa del baldeo de las letrinas, por los gases que se despiden.[107]

El acceso de los presos al aire puro obsesionará a principios del siglo XIX. Oberman lo compara con la sensación del que al abandonar el fango de las mazmorras después de diez años, vuelve a ver la serenidad del cielo.[108] Los prisioneros de Pizarro cantan de alegría cuando salen al aire y a la luz,[109] y Michelet no se equivocará cuando mientras redacta, deja en diversas ocasiones un lugar a la historia de los olores carcelarios.

> Los viejos conventos, húmedos y sombríos, que en la actualidad y casi por doquier sirven a ese uso, hágase lo que se haga conservan un fondo indestructible de suciedad histórica, un olor indefinible que desde al entrar revuelve el estómago. Los desdichados que conocieron las prisiones de Luis XIV decían que su mayor suplicio era el aire viciado.[110]

En 1784, Howard se subleva: "Se ha encontrado la manera de privar a los presos de ese cordial natural de la vida, como lo llama el doctor Hales",[111] y hace constar: "El aire de las cárceles infecta los trajes de quienes las visitan [. . .] El vinagre mismo del cual nos servimos para escapar a la infección, adquiere de pronto un olor insoportable." Así pues, la vigilancia olfativa de la mayoría de los observadores de cárceles se mantiene constantemente alerta.

A decir verdad, el escándalo que suscita la hediondez carcelaria tiene ya una larga historia cuando escribe Howard. Bacon considera las exhalaciones o "el olor de la cárcel" como la infección más peligrosa después de la peste.[112] La larga lista de catástrofes lo prueba en abundancia. Desde luego, en 1577, "las audiencias negras" de Oxford. Cuando Rolando Jenkins era juzgado allí por sedición se alzó desde la sala de audiencias "un vapor tan pernicioso, que sofocaba a casi todo el mundo. Muy pocos escaparon. Murieron entonces en Oxford trescientas personas y más de doscientas enfermaron y fueron a morir a otros lugares".[113] En marzo de 1730, las audiencias de Taunton se revelaron igualmente mortíferas. Presos traídos de Ivelchester infectaron el tribunal, y "el jefe de justi-

[106] J. Howard, *État des prisons. . ., op. cit.*, p 214.
[107] Casanova, *Mémoires*, Ed. Garnier, pp. 547 y 588.
[108] Senancour, *Oberman*, t. I, p. 83.
[109] Libreto de *Fidelio*, de Beethoven, traducido y adaptado por J.-N. Bouilly; los presos tienen permiso de Rocco para tomar el aire por un instante.
[110] Michelet, *Histoire de France*, t. XIII, pp. 317-318.
[111] J. Howard, *État des prisons. . ., op. cit.*, p. 13.
[112] *Histoire Naturelle*, p. 914, citada por Pringle, *Observations sur les maladies des armées dans les camps et dans le garnisons*, París, 1793 (nueva edición), p. 293.
[113] *Ibid.*, p. 293 (según la crónica de Stowe).

cia, el abogado, el comisario y algunos centenares de hombres fallecieron entonces de fiebre pestilencial".[114]

Entre las más terribles audiencias figuran todavía aquellas que tuvieron lugar en Old-Bailey, el 11 de mayo de 1750. Antes de una de ellas se había hacinado sin consideración a los presos —fueron doscientos, unos tras otros— en dos cámaras que daban a la sala de los jueces, así como en una especie de reducto (el *bail dock*) que se comunicaba con el tribunal por una puerta y que tenía una abertura en la parte alta del tabique. Esas tres piezas "no habían sido aseadas desde hacía años. La podredumbre se había acumulado aún más por el aire caliente y confinado de la sala y por la transpiración del gran número de personas [. . .] Dos o tres abogados perecieron allí, así como uno de los subcomisarios";[115] en total, más de cuarenta personas, sin "tomar en cuenta a los de rango inferior de lo que se ignoró su muerte".[116] En 1812 todavía,[117] las audiencias de Lons-le-Saulnier se tornaron tragedia. Para Pringle, como para Lind, es de la cárcel donde surgen las infecciones que asuelan las flotas y los ejércitos de Su Majestad.

Antes de los descubrimientos de Priestley, se opera mal la distinción entre dicha terrible "fiebre de las cárceles", germinada en las hediondeces, y la asfixia pura y simple debida a los amontonamientos excesivos de individuos. Los investigadores confunden el destino trágico de los ciento cuarenta y siete presos ingleses asfixiados en Bengala, dentro del "agujero negro", donde se les había encerrado,[118] y los males que abruman a las víctimas de aquellas funestas audiencias.

Los olores de la cárcel y la fiebre que generan son tanto más temibles cuanto que resultan parte de una impregnación previa. No hay, en tales condiciones, otra solución que la de abandonar los sitios y derrumbar los edificios. Tal es la conclusión del informe redactado por Lavoisier, destinado a la Académie Royale de Sciences, al día siguiente de su visita a Saint-Martin y For-l'Évêque.[119]

Medio siglo más tarde, el discurso sobre la putricidad y el hedor de las celdas de los presos inspirará la descripción de la habitación del obrero citadino y de la casa descuidada del campesino. La mazmorra constituye el modelo a propósito del cual se elabora, desde el siglo XVIII, la interminable y justa diatriba en contra de la habitación insalubre.

Según los observadores de aquel tiempo, lo que caracteriza el ambiente olfativo del hospital es la complejidad de los olores pútridos.[120] La respiración acelerada y el sudor infecto de los enfermos, sus esputos purulentos, la variedad de sanies

[114] J. Howard, *État des prisons*. *op. cit.*, p. 22.

[115] J. Pringle, *Observations*. *op. cit.*, p. 295.

[116] *Ibid.*

[117] Fodéré, *op. cit.*, t. V, p. 311.

[118] El incidente vuelve a ser machacado. *Véase también* doctor Banau y Turben, *Mémoire sur les épidémies du Languedoc*, 1786, p. 12.

[119] *Cf. supra*, p. 32.

[120] Resulta anacrónico distinguir aquí entre cárcel y hospital; a finales del siglo XVIII, sin embargo, la división comienza a no ser ya totalmente injustificada.

que escurren de las llagas, la carga de las bacinicas y las letrinas, la fragancia de los medicamentos y los efluvios de los emplastos, se amalgaman y dan origen a una fetidez que el médico se esfuerza en desenredar, para descubrir lo más rápidamente posible el riesgo de una epidemia. El sexo, la edad, la profesión y el temperamento del enfermo modulan tal fetidez global, de donde emergen los efluvios del mal dominante. Lo peor es "la podredumbre de hospital" y el olor a cadáver que preceden y anuncian la muerte, que se alza de los miembros gangrenados y de las camas impregnadas de sudor que se reservan a los agonizantes.[121]

La visita y descripción del hospital adquieren forma de pruebas iniciáticas para todos aquellos que se preocupan por la higiene pública; el olor sofocante se convierte en *vedette* del relato. El infatigable Howard, insensible a los ruidos y poco preocupado por el alumbrado, multiplica sus análisis olfativos; son reveladoras al respecto las descripciones de los hospitales de Lyon y de Malta.[122] La señora Necker no teme visitar la parte de Bicêtre reservada a los enfermos y principalmente la sala llamada de San Francisco, verdadera "sentina de la especie parisiense", cuyo aire fétido "hacía caer desvanecido y sofocaba al más caritativo e intrépido visitante".[123] Todos los hospitales, agrega Louis-Sébastien Mercier, son nauseabundos. Testimonio confirmado por las encuestas publicadas en el año VII, a iniciativa de Francisco de Neufchâteau.

La más precisa de las descripciones es la que Tenon nos dejó del Hôtel-Dieu [Hospital general].[124] En espera de realizar el programa que lo transforme en "máquina de aliviar",[125] el hospital se dibuja como una fétida máquina de infectar. Tenon no perdona al lector: describe la penetración de los pisos por el contenido de las letrinas, la degradación de los muros a causa de los esputos, la impregnación de los colchones de pluma y de las camas de los moribundos. Tal como en las cárceles, las letrinas proporcionan la infección. Para 583 enfermos repartidos en tres salas, cinco retretes solamente. Allí se vacían las bacinicas. "Se suben en los asientos de los retretes, por lo que la inmundicia se amasa; el siguiente se coloca cerca del otro, y así acaba progresivamente por extenderse por el piso y llegar hasta la puerta, que no está separada de la sala de los pacientes sino por el espesor del muro."[126]

Los flujos de aire nauseabundo y los miasmas circulan, y son atraídos hacia las escaleras. Se vierten en las terrazas, refluyen y se estancan en los ángulos, en los rincones de las salas. La fetidez tiene su *akmé:* la hora de las curaciones; tiene

[121] Esta "mezcla horrible de infección estancada", es el cementerio de los pobres, escribe Genneté (*Purification de l'air croupissant dans les hôpitaux, les prisons et les vaisseaux de mer*, , 1767, p. 10): "los alientos están infectados allí; las llagas, podridas; los sudores huelen a cadáver"

[122] Las ocurrencias olfativas son menos numerosas cuando se trata de los establecimientos ingleses; el hecho es revelador.

[123] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VIII, pp. 7 y 8.

[124] Extracto de J.-R. Tenon, *Mémoires sur les hôpitaux de Paris*, 1788.

[125] Michel Foucault, *Les machines à guérir, aux origines de l'hôpital moderne*, París, Pierre Mardaga, 1979.

[126] Tenon, *op. cit.*, p. 208.

sus polos, conocidos de Europa entera: la sala de San Jerónimo y la enfermería de las parturientas. La primera, reservada a las operaciones, está instalada sobre el depósito de cadáveres; se encuentra expuesta a los "vapores fétidos que suben de allí".[127] "Del mismo lado [. . .] se encuentra una letrina de la que emana un pésimo olor; al lado de esa letrina, sobre las bóvedas de una terraza, caen los orines, la sangre y otras inmundicias de los entresuelos, y sobre todo de la sala donde tienen lugar los partos."[128] Allí reina una pesada hediondez. Cuando se entreabre la cama de alguna parturienta "salen, como de un abismo, vapores húmedos, calientes, que ascienden, se expanden y espesan el aire; le dan una densidad tan sensible, que durante las mañanas de invierno se lo ve entreabrirse a medida que se lo atraviesa, y esto se efectúa con un asco imposible de dominar".[129]

Otros sitios de amontonamiento son también causa de infección. Además de las salas de audiencias, prolongación de la cárcel, los cuarteles,[130] claro está, pero también las salas de espectáculos. Aquí son los palcos donde se concentran las quejas; se los acusa de envenenar a las mujeres de nervios delicados.[131] Oberman resiente la más viva repulsión por los de la Ópera, "donde el hálito de dos mil cuerpos, de limpieza y salud más o menos sospechosas, nos pone a sudar";[132] el mal olor obliga a veces al espectador ansioso a salir del teatro.[133] Desde el 17 de junio de 1789, el doctor Guillotin denunciará el aire "pesado y pestilente" de la sala Menus Plaisirs (por ironía, de las distracciones), donde se reúne la Asamblea Constituyente. El de la sala parisiense del Manège no les parecerá menos malsana a los diputados; en agosto de 1790, el joven Félix Faulion llega temprano a respirar el aire fresco de las Tullerías; sin esta precaución, le resultaría imposible permanecer en la sesión.[134]

Por el momento, se opera mal la división entre el olor de pobres y ricos, es la multitud la que es pútrida. La fetidez de los pobres amontonados en el hospital o en el recinto de la cárcel corre el riesgo de rebotar sobre los grandes; el olor cadavérico de los ricos que infecta a la turba de los fieles no se revela por menos peligroso. Desde el libro del abate Porée publicado, recordémoslo, en 1745, la fetidez de las iglesias repugna. Se acusa a los sepulcros mal tapados, a las bóvedas húmedas y permeables. Voltaire se subleva, en espera de Vicq d'Azyr. Ciertos claustros son infectos; el de la catedral de Agde, por ejemplo.[135]

[127] *Ibid.*, p. 223.
[128] *Ibid.*, p. 223.
[129] *Ibid.*, p. 238.
[130] Aun antes de la multiplicación de dichos cuarteles, las grandes epidemias que diezman al ejército francés en 1743 se atribuyen por el estado mayor a los hacinamientos y el estancamiento del aire (André Corvisier, *L'armée française du XVIIe siècle au ministère de Choiseul. Le soldat*, t. II, p. 672).
[131] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VII, p. 309. Por esta razón vitupera el baile.
[132] *Op. cit.*, t. II, p. 48.
[133] *Ibid.*, p. 191.
[134] Edna Hindie Lemay, "La vie parisienne des députés de 89", *L'Histoire*, núm. 44, 1982, p. 104.
[135] Robert Favre, *op. cit.*, p. 252 y, a propósito del ingreso a filas de Voltaire, p. 259.

Abrir las tumbas ocasiona dramas casi tan terribles como la celebración de audiencias. De las sepulturas, como de las mazmorras, cunden las epidemias. Philippe Ariès ha citado los numerosos relatos de tan aterradores accidentes.[136]

Falta el olor de los talleres, al cual somos más sensibles. Una evidencia: no lo focalizó, sino tardíamente, la vigilancia olfativa. Además, nunca antes del Imperio será incriminado con la misma virulencia que el olor de la cárcel, del hospital o del cementerio. Conviene pues guardarse de todo anacronismo. Lo que aterroriza es el olor de los cuerpos amontonados, no el de los cuerpos en el trabajo. El taller no es peligroso sino cuando expele malos olores. Aquí fetidez y nocividad coinciden casi exactamente. El ruido del ambiente industrial casi no se concilia sin hedor. No se denuncia el ruido, y muy poco el humo —por lo menos en Francia—, pero sí, sin cesar, los olores. En el libro de Ramazzini, del cual se conoce su largo alcance, el olfato juega el papel central; a tal punto que el autor acaricia el extraño proyecto de redactar un día una historia de los olores.[137]

Por este hecho, el análisis de las enfermedades profesionales permanece muy sumario. Solamente el trabajo, que obliga al obrero a llevarse bien con la fermentación, la putrefacción o los vapores telúricos, presenta graves peligros. Los canteros, los petroleros, los poceros, ya lo hemos visto, están en peligro, como los obreros obligados a manejar azufre, betunes o productos arsenicales. Los cordeleros pueden ser víctimas de la fermentación del cáñamo nauseabundo; "la lana impregnada de aceite fétido expande vapores muy desagradables en el taller de los tejedores; así pues, tienen olor infecto y aliento maloliente".[138]

El manejo de las grasas animales destruye la salud de los fabricantes de velas. "El aire fétido de los cueros amenaza a zapateros y curtidores." Las lavanderas están sometidas a los "vapores funestos" de la colada hirviente,[139] que frena la cantidad del lavado; los bañistas y los encargados de las estufas se arriesgan a la enfermedad. Quienes trabajan las crines escogieron una profesión malsana. Los bataneros utilizan excrementos; "estos obreros, continuamente en talleres muy calientes, rodeados de los olores infectos de la orina y el aceite podridos, y con frecuencia medio desnudos, se vuelven casi todos caquéxicos";[140] las moléculas pútridas echan a perder la masa de su sangre. Lo peor —ya— son los que comercian con residuos de animales.

Pero hay una mayoría de obreros sanos que trabajan en talleres inodoros, alejados de fermentaciones y putrefacción. En la clasificación de Ramazzini, completada por Fourcroy, reasumida por Patissier y parcialmente por Parent-

[136] Philippe Ariès, *L'homme devant la Mort*, pp. 474-475.

[137] (Ramazzini, *op. cit.*, p. 199) y principalmente de reunir "todo lo que está esparcido en los autores sobre este objetivo"

[138] *Ibid.*, p. 513.

[139] *Ibid.*, p. 336. El temor a las emanaciones de las lavanderías persistirá durante mucho tiempo bajo la Monarquía de Julio, cuando se difunden en París las nuevas exigencias de limpieza, los vapores de lejía suscitan numerosas quejas ante el Consejo de Salubridad.

[140] *Ibid.*, pp. 152-153.

Duchâtelet, lo esencial consiste en la naturaleza del producto que se maneja, en la calidad del ambiente, en la composición de los vapores que se inhalan. La salud depende de ello y de los alimentos, del clima o del temperamento de cada obrero. Jamás ha sido asociada con el estado de miseria ni con las condiciones específicas de la vivienda, ni al hecho de pertenecer a una categoría social y con mayor razón a una raza con destino biológico predeterminado.[141] La condición obrera no implica fetidez sistemática; le toca al propio trabajador, como a quienquiera, preservarse de una vecindad hedionda.

Ya a principios de siglo Le Sage, en *Gil Blas,* denunciaba los olores de Madrid; de hecho, los mismos de París; pero jamás la imagen olfativa de la ciudad aparecerá tan trágica como en la relación de Louis-Sébastien Mercier:

> Si se me pregunta cómo se puede estar en esa sucia guarida de todos los vicios y de todos los males, hacinados unos sobre otros, en medio de un aire envenenado con miles de vapores pútridos, entre carnicerías, cementerios, hospitales, atarjeas, riachuelos de orina y montones de excrementos; entre los almacenes de tintoreros, curtidores y adobadores; en medio de la humareda continua de esa increíble cantidad de madera y vapor de todo su carbón; en medio de las exhalaciones arsenicales, sulfurosas y bituminosas que sin parar se expelen de los talleres donde se trabajan el cobre y otros metales; si se me pregunta cómo se vive en ese abismo, cuyo aire pesado y fétido es tan espeso que se puede percibir, y cuya atmósfera se siente desde más de tres leguas a la redonda; con aire que ya no puede circular y que no hace más que revolverse en ese dédalo de casas; cómo, en fin, el hombre se pudre voluntariamente en esas cárceles, mientras en cambio, si soltara algunos de esos animales amaestrados a su gusto, los vería, guiados por su mero instinto, huir con precipitación y buscar en los campos el aire, el verdor; un suelo libre, embalsamado con el perfume de las flores, contestaría que el hábito familiariza a los parisienses con las neblinas húmedas, los vapores maléficos y el lodo infecto.[142]

Convendría aún agregar a esa página sintética las cárceles, las iglesias, las apestosas cloacas de los ribazos del Sena y del muelle de Gesvres, pero sobre todo los mercados, marquetería olfativa construida en lo profundo del corazón del París nauseabundo. A partir de 1750, la plaza de Les Halles, zona de mercados, se convierte en uno de los sitios privilegiados de la vigilancia nueva.[143] Sus depósitos subterráneos exhalan una gama de olores a vegetales podridos. En la superficie, en el sector de la "puerta merdosa", los efluvios del pescado asaltan al que pasa. La impregnación de sus mostradores aviva el fantasioso deseo de su destrucción.

Los observadores tratan de analizar la hediondez, hasta entonces opaca, del centro de la capital; es lo que nos vale tantos relatos de una precisión inesperada; nos presentan una ciudad de imagen lagunosa, discontinua, ordenada por el ol-

[141] Con excepción, sin embargo, de los judíos (*cf. infra*, p. 161) pero se sabe cómo tal convicción se enraíza en la historia religiosa de Occidente.

[142] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. I, pp. 137-138. Sobre el tema, pp. 126-130.

[143] Françoise Boudon, "La salubrité du grenier de l'abondance à la fin du siècle" *XVIIIe siècle*, 1977, pp. 171-180.

fato; un jalonamiento que nos priva de la implacable y armoniosa lógica de lo visual.[144] Detectar los flujos que constituyen la trama olfativa de la ciudad, es localizar las redes miasmáticas mediante las cuales se infiltra la epidemia. De esta nueva visión del espacio urbano nacerá, aunque sólo más tarde, una lectura renovada de la sociedad. Por el momento, el proyecto sociológico permanece muy flojo. La preñez de los peligros revelados por los olores de la tierra, el agua, los excrementos, los cadáveres y los cuerpos mezclados en confusión, estorba el análisis. La urgencia de la tarea de los higienistas, enloquecidos por el olor de las cosas y de la turba pútrida, no permite aún los recortes métodicos. Será el siglo XIX el que pondrá en orden esa lectura nueva. La estrategia que se aplica operará claramente la división entre el burgués desodorizado y el pueblo infecto.

En vísperas de la Revolución, los proyectos son otros: puesto que la suma de los miasmas decuplican el peligro, conviene destruir como mejor se pueda la confusión olfativa; lo urgente es clasificar por series las amenazas. El arquitecto Boffrand encara el construir tantos mercados como haya productos.[145] Los químicos emprenden el análisis del aire en los sitios de hacinamiento. Esperan poder probar así lo bien fundado de las teorías de Pringle. La gestión permanece por mucho tiempo mal hecha, infructuosa. Entre las manos de Priestley mismo el eudiómetro se acusa incapaz de medir la degradación del aire de los talleres o de la cala de los barcos. Volta y Gattoni, con algo más de suerte, logran definir la calidad del tufo de las habitaciones y de los enfermos; se fundan para ello en la rapidez de la combustión. Después de haber tratado laboriosamente de analizar el tufo de las camas, Jurine, mediante el mismo método, dibuja una escala de los sitios pútridos;[146] en la cima: la mazmorra, que en lo sucesivo será considerada, científicamente, como el más peligroso de todos. Pero los sabios han comprendido ya que todas esas medidas no sirven sino para determinar las cantidades respectivas de "aire vital", de "aire inflamable" y de "ácido gredoso". El miasma permanece inasible.

Al término de esta evocación rápida, dulcificada, que no podría por sí sola dar una buena idea de la multiplicidad de las ocurrencias que estorban el discurso, hay que guardarse de pretender que los olores más insistentes sean los que en el pasado denunciaban los súbditos de Luis XVI. Las únicas conclusiones sólidas pertenecen a la fenomenología de la percepción. A partir de mediados del siglo, poco más o menos, los olores comienzan a percibirse más vivamente. Todo ocurre como si un brutal descenso de los umbrales de la tolerancia se hubiera operado, y esto mucho antes de que las nocividades industriales se hubieran acumulado en el espacio urbano. Con toda evidencia la teoría científica jugó un papel decisivo. La hemos perdido de vista porque practicamos una historia de las

[144] Sobre esta cuestión, Bruno Fortier, *op. cit.*, *passim*.
[145] François Boudon, artículo citado, p. 176.
[146] Jurine, *op. cit.*, medida de las tomas de muestras del "aire de las camas" pp. 71 *ss*. Escala de la insalubridad del aire en los apartamientos habitados, pp. 90-91.

ciencias que privilegia la verdad y hace a un lado los incidentes históricos del error.

Falta borrar una incertidumbre. Todo lo que precede, no hace más que probar la viva percepción del ambiente olfativo dentro de un medio preciso: el que forman médicos, químicos y publicistas. Esta muestra no es equivocada, ciertamente; permite sospechar un proceso de más vasta amplitud. Conviene sin embargo medir con más exactitud la difusión de la ansiedad y la vigilancia.

IV. VOLVER A DEFINIR LO INSOPORTABLE

EL DESCENSO DE LOS UMBRALES DE TOLERANCIA

UN HECHO esencial debe, desde luego, retener la atención: la intensidad de los procedimientos de alarma puestos en obra por los especialistas, destinados a denunciar los riesgos de infección. El sueño de la pureza del aire sugiere la urgencia del peligro, aviva el fantasma de la asfixia urbana; mantiene el vigor del mensaje. "La necesidad es urgente —clama Tournon—; la capital no es ya sino una vasta cloaca, el aire allí es pútrido [. . .] En cuanto a los barrios, son éstos ya tan infectos que los habitantes apenas si respiran."[1]

El campo participa de esta medicina social, contemporánea del despegue de la química (1760-1769), de la cual Daniel Roche volvió a trazar minuciosamente la emergencia. Inspirados por una "mística de la utilidad"[2] —no se habla todavía de utilitarismo— los sabios de toda laya observan, coleccionan, llevan registros. Proceden a levantar un interminable inventario con miras a una gestión, pero la gestión de la salud pasa siempre por el repertorio de los olores nocivos.

Ciertamente conviene no sobrestimar la influencia de los clamores ansiosos lanzados por las *élites* esclarecidas; hay que guardarse de borrar la desfachatez olfativa de lo común y las resistencias populares a la desodorización, sobre las cuales tendremos que volver a hablar. La tolerancia de la hediondez, de la que los observadores comienzan a asombrarse y que atribuyen al hábito, prueba el desplazamiento de los comportamientos. "No hay en el mundo más que el parisiense para comer lo que subleva el olfato", exclama Louis-Sébastien Mercier,[3] escandalizado por las pescaderías de la capital. Ningún mal olor podría asquear al comerciante parisiense, anota Chauvet; tan acostumbrado está a la infección.[4] Perseguidas por las exhalaciones de los cadáveres apilados en el cementerio de los Inocentes, las jóvenes pasean y platican: "es en medio del olor fétido, cadavérico, que ofende al olfato, como las vemos comprar cosas de modas, listones. . ."[5] Las niñas de la parroquia de San Eustaquio escuchan el catecismo sin sentir asco por las emanaciones nauseabundas.[6] La memoria redactada por los curas de París, con el fin de oponerse al traslado de los muertos, lleva el sello

[1] Tournon, *Moyen de rendre parfaitement propres les rues de Paris*, 1789, p. 60.
[2] Daniel Roche, *Le siècle des lumières en province: Académies et académiciens provinciaux*, Mouton, 1978, t. I., p. 378.
[3] *Op. cit.*, t. I, p. 222.
[4] *Op. cit.*, p. 18.
[5] L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. I, p. 267.
[6] Robert Favre, *op. cit.*, p. 40.

de esa anestesia popular.[7] Lo esencial no es por menos el hecho de que la tolerancia de dicha "proximidad enloquecedora"[8] quede, en lo sucesivo, marcada con el sello de lo extraño.

Mejor aún que los textos que preceden, el relato de Arthur Young traduce el asombro, pero esta vez del británico, ante la tolerancia olfativa de la que dan prueba la mayoría de los continentales. "Vayan a Inglaterra [. . .] sus sentidos no estarán halagados, pero tampoco serán ofendidos."[9] En la posada de Pézenas, sigue escribiendo, "fuimos servidos por una hembra sin zapatos ni medias, exquisitamente fea y exhalando un olor que no era el de la rosa; sin embargo, estaban allí un Cruz de San Luis y dos o tres mercaderes, que hablaban familiarmente con ella".[10] Más extraña aún a sus ojos es la actitud de los clermonteses: "La acumulación de los olores nauseabundos de que el aire está impregnado, cuando la brisa vivificante de las montañas no ventila esas callecitas llenas de excrementos, me hacen envidiar los nervios de esas pobres gentes que, por lo que pude saber, parecen vivir allí felices."[11]

El asombro del viajero delicado no debe ocultar los signos precursores de un descenso del umbral de la tolerancia dentro de los mismos medios populares. Un lazo directo se ha anudado aquí entre los olores y la muerte. Los ya antiguos comportamientos que se manifiestan en los tiempos de peste,[12] lo prueban claramente. Entonces "la multitud se apresura —anota Menuret en 1781— para evitar el olor y el veneno de la enfermedad y de la muerte".[13] Entre la gama extensa de los hedores es el del cadáver el que, en primerísimo lugar, parece haber despertado más ampliamente la intolerancia. Atestigua no obstante, la desfachatez evocada por Mercier, la precocidad de las quejas formuladas por los vecinos de los cementerios. La correlación entre el olor cadavérico y el de la corrupción de viandas y metales, aviva la ansiedad, justifica la vehemencia de los acentos. Separar la mansión de los muertos de la residencia de los vivos se convierte en una exigencia reiterada sin cesar. Este episodio de la historia de la opinión pública queda ahora bien establecido. Madeleine Foisil[14] expone las quejas que en 1672 motivaron las exhalaciones del cementerio de la Trinidad. Philippe Ariès, Pierre Chaunu y todos los especialistas de antaño en la muerte subrayaron, principalmente a propósito de París, la intensidad de la campaña destinada a alejar los cadáveres. Las peticiones de los vecinos vienen a apuntalar las memorias de los sabios y los certificados de los administradores. Una serie de quejas populares

[7] A este respecto, Madeleine Foisil: "Les attitudes devant la mort au XVIIᵉ siècle; sépultures et suppressions de sépultures dans le cimetière parisien des Saints-Innocents" *Revue historique*, abril-junio de 1974, p. 322.

[8] Bruno Fortier, *op. cit.*, p. 34.

[9] Arthur Young, *op. cit.*, p. 142.

[10] *Ibid.*, p. 130.

[11] Ibid., p. 383.

[12] *Cf* Jean Delumeau, *La Peur en Occident*, París, Fayard, 1978, pp. 129 *ss.*

[13] *Op. cit.*, p. 51.

[14] Artículo citado, p. 311.

orquestadas por los comerciantes de la calle de la Lingerie[15] es la que provoca finalmente, en 1780, el cierre del cementerio de los Inocentes.

El descenso del umbral de la tolerancia olfativa lo constituye un hecho histórico muy bien percibido, muy bien descrito. Louis-Sébastien Mercier, no sin alguna contradicción, analiza con toda lucidez los mecanismos; atribuye la responsabilidad a los "químicos"

> Se bebía el agua hace ya veinte años sin prestarle gran atención; pero desde que la familia de los gases, la raza de los ácidos y de las sales aparecieron en el horizonte [. . .] por doquier se armaron en contra del mefitismo. Esta palabra nueva resonó como un formidable toque a rebato; se advirtieron por todas partes los gases malhechores, y los *nervios olfatorios* se volvieron de una sensibilidad sorprendente.[16]

Y añade, burlonamente: "La liviandad parisiense se divertirá mucho al ver a los químicos trasegar el aire como los jugadores con los cubiletes y llevar después sus nervios olfatorios hacia los retretes mefitizados."[17]

Los testimonios acerca de nueva sensibilidad son múltiples, principalmente a propósito de los olores excrementosos. En París, la limpieza de las atarjeas a la antigua, es decir, sin ventilación, que se efectúa con la ayuda de baldes y barriles mal ajustados, provoca escándalos. Las querellas se multiplican entre limpiadores y vecinos.[18] La limpieza de una fosa séptica se considera como un "horrible suplicio".[19] Cuando se juzga necesaria una reparación, "los habitantes de la casa, anota Géraud, llevan una vida inquieta"[20] durante todos los trabajos. Los que pasan por allí se quejan. La limpieza depende en lo sucesivo de la opinión pública. Lavoisier, Fougeroux y Milly, delegados por la Académie Royale des Sciences para probar los nuevos procedimientos, consultan al pueblo reunido acerca de las variaciones del olor. Los muladares de Montfaucon comienzan a causar indignación.[21] Los habitantes del suburbio de Saint-Martin y los de la calle Bondy protestan en 1781.[22]

Los lodazales agreden la nueva sensibilidad. Escribe Ronesse en 1782: "Al escuchar las quejas, que se multiplican todos los días, se diría que antes las calles estaban siempre limpias. Sin embargo, la verdad es que antaño no se pensaba siquiera en quejarse."[23] La moda nueva conmina a caminar, estimula la indignación. Aconsejadas por Tronchin,[24] las mismas mujeres de la aristocracia aban-

[15] Cadet de Vaux *(Mémoire historique . . .)* establece la cronología de esas quejas.
[16] *Op. cit.*, t. VIII, p. 340; las cursivas son nuestras.
[17] *Ibid.*, p. 341.
[18] La ordenanza de 1726 ya prohibía a los primeros injuriar a los segundos.
[19] Examen de la memoria citada de Laborie, Cadet le jeune y Parmentier, por Lavoisier, Fougeroux y Milly, p. 105.
[20] *Op. cit.*, p. 43.
[21] Es verdad que ésta durará más de medio siglo, sin ningún resultado.
[22] Thouret, *op. cit.*, p. 4.
[23] *Op. cit.*, p. 28.
[24] Edmond y Jules de Goncourt, *La femme au XVIIIe siècle*, 1862, p. 368.

donan sus carruajes mefitizados por el hacinamiento de cuerpos, para aspirar a plenos pulmones un aire del que exigen que en lo sucesivo sea puro.

Damours observa que el vecindario da pruebas de una intolerancia reciente respecto a los mataderos y a las fundiciones de sebo.[25] Fue solamente después de 1750, precisa Françoise Boudon, cuando el drama higiénico de los mercados afectó la conciencia pública.[26] Lo que confirma el testimonio de Tournon.

El mal olor ocasiona polémicas; la fetidez de las fosas —hace notar Géraud—, la de pozos, paredes mugrosas, atarjeas, suscitan enojo y cólera; "después de algunos años se ocupan, más que antaño, de advertir de los peligros que debemos temer de ciertos vapores" [. . .] "de allí nace una infinita cantidad de disputas, animosidades, de demandas".[27] Evidentemente, en función de un proceso de descenso, bien conocido en lo sucesivo,[28] la nueva sensibilidad se difunde de arriba abajo de la pirámide social. Los químicos, ya lo hemos visto, propusieron un sistema de imágenes[29] de lo sano y lo malsano, ordenado en gran parte por las posibilidades de análisis por el olfato. En ese terreno "lo que ya estaba, y no ha cambiado, se volvió súbitamente insoportable" [30] Por su parte, la medicina, la del discurso titubeante, polimorfo, amasado con ansiedades e incertidumbres, no propone sino imprecisas figuras etiológicas; tal hecho mantiene la confusión entre miasma y fetidez, nauseabundo y malsano, mefítico y asfixiante. Las vacilaciones del discurso médico cargan el olfato de sensaciones muy intensas. El caminar divagando de lo que nos parece pertenecer mucho más a lo fantástico que a la teoría científica, asedia lo imaginario colectivo.

Así se encontró acentuado ese gran miedo popular al hospital y a la cárcel, a cuyo tema Michel Foucault consagró páginas luminosas; tanto más vivamente cuanto que, para el pueblo, todo peligro se manifiesta mediante los sentidos.[31] Dominique Laporte propone, incidentemente, otra vía de explicación.[32] Según este autor, partidario del pensamiento lacaniano, la construcción lenta de un Estado fuerte, centralizado, habría inaugurado una experiencia nueva del olfato. En lo sucesivo "el aprendizaje del oler estará, todo entero, dirigido contra el *stercus*".[33] El olor de las heces se había vuelto poco a poco intolerable, mientras que la presencia de excrementos había disminuido, con la adopción de las fosas sépticas. Puesto que todo olor se refiere al del *stercus*, el edicto de Villers-Cotterêts,

[25] Damours, *Mémoire sur la nécessité et les moyens d'éloigner du milieu de Paris, les tueries des bestiaux et les fonderies de suif*, 1787, p. 9.

[26] Artículo citado, p. 172.

[27] *Op. cit.*, pp. 49 y 41.

[28] Destacado sobre todo por Maurice Agulhon en el terreno político.

[29] Jacques Guillerme, artículo citado, p. 65.

[30] Pierre Chaunu, citado por Madeleine Foisil, artículo citado, p. 323. Resulta que es precisamente imposible, en ese terreno, medir el cambio de manera objetiva, siendo el historiador tributario por completo de la subjetividad de los testigos.

[31] *Cf.* Bruno Fortier, *op. cit.*, p. 19. El autor se refiere a un artículo del *Journal de Paris* del 25 de julio de 1781.

[32] Dominique Laporte, *Histoire de la Merde*, París, Bourgois, 1979.

[33] *Op. cit.*, p. 60.

que conmina a todo particular a conservar sus excrementos en su propia casa, había inducido la desaparición de la tendencia a oler. El psicoanalista fortalece aquí las intuiciones, ya antiguas, de Lucien Febvre.

Esta prehistoria de la revolución olfativa, cuyo acto decisivo, según creo, se jugó a partir de mediados del siglo XVIII, concernió desde luego al lenguaje. El francés clásico quedó depurado, lavado de su vocabulario nauseabundo. Se esperaba volverlo así imputrescible. De ahí el decaimiento inicial de las ocurrencias relativas al oler, y sobre todo "el retorcimiento obsceno de la sintaxis"[34] cuando se trata de evocar el excremento.

Para terminar la desodorización, era forzoso perseguir, analizar y describir los olores. Sobre este punto preciso comparto totalmente el análisis de Dominique Laporte, aunque lamentando que no se haya entregado sino a un rápido esquema[35] y haya dado pruebas del más total desdén hacia la cronología, dejando probablemente a los historiadores el cuidado de localizar y datar el proceso lógico que presiente, tal como Leverrier había previsto mediante el cálculo la existencia del planeta Neptuno. A partir de una cierta fecha —según creo, entre 1760 y 1840, más o menos— el higienista será promovido al rango de héroe que "hace frente a la más tenaz de las repugnancias".[36] Prepara "la oda inmensa a la limpieza",[37] cantada por el siglo XIX.

La revolución olfativa pasaba, evidentemente, por la epopeya de lo nauseabundo y la gesta de la cloaca, por la marea discursiva consagrada al fango, en vista de abolirlo. El malestar nacido de la hiperestesia, que constituye el tema de este capítulo, no podía ser sino temporal puesto que implicaba la creación de un entorno desodorizado, el nuestro. Que la historia política, es decir, la creación de un Estado fuerte inaugurando una nueva gestión por el excremento, haya conducido el proceso, constituye una idea estimulante; dejemos a los especialistas el cuidado de probar la coherencia total del mismo.

Por el contrario, no haremos a un lado el ascenso de la noción de persona, señalada en otro tiempo por Marcel Mauss y de la cual, el hacer privados los desechos, podría no ser sino un aspecto.[38] Así como dicha nueva "especialidad de los cuerpos", subrayada por Bruno Fortier,[39] jugó con toda evidencia un papel importante en el aumento de las intolerancias, Menuret cita como comportamiento tradicional la repulsión, que se reaviva en los tiempos de peste, hacia "la atmósfera de las gentes".[40] Que los olores de cada uno hayan estado mejor definidos, más intensamente resentidos, no pudo menos que estimular la repulsión hacia

[34] *Ibid.*, p. 18.
[35] Es cierto que tal cosa no era el objeto principal de su libro.
[36] *Ibid.*, p. 97. He expuesto con amplitud ese tema en la presentación de libro de Parent-Duchâtelet, *La Prostitution*. ., Le Seuil, 1981.
[37] Dominique Laporte, *op. cit.*, p. 97.
[38] Marcel Mauss (*Sociologie et anthropologie*, PUF., 1980, p. 361) advierte al respecto el papel de Kant, y más aún el de Fichte.
[39] *Op. cit.*, p. 41.
[40] *Op. cit.*, p. 51.

los olores del prójimo, los de los cuerpos de los ricos que se pudren en las iglesias, el de la turba sudorosa en los lugares repletos del espacio público.[41]

La antigua coartada terapéutica

A mediados del siglo XVIII, la profusión de sustancias aromáticas contribuye siempre a la intensidad de la olfacción en el entorno. La función terapéutica de los "olores"[42] fortalece su valor estético o por lo menos hedonístico. Por otra parte, se opera mal la división. "Llevar un perfume de placer",[43] "quemar pastillas odoríferas en el pebetero", es detener la infección.

Aromas y perfumes, así como ciertos de los olores nauseabundos, que poseen también su valor terapéutico, ocupan un amplio lugar en las farmacopeas. Un testimonio de ello es el de Lémery, publicado en 1697 y que durante mucho tiempo será considerado como autoridad en la materia.[44] Un siglo más tarde, Virey consagrará todavía dos largas memorias a la osmoterapia.[45] El punto de mira terapéutico guiará la clasificación de los olores, establecida por Lorry hacia 1783.[46] Las raíces de la creencia en la virtud de los perfumes se hunden en la Antigüedad; los médicos del siglo XVIII citan a Hipócrates y a Galeno, claro está, pero más aún a Critón, de quien Aecio recuerda que toda su terapéutica se fundaba en el empleo de aromáticos.

La proximidad del cerebro explica la rapidez y el poder de acción de los olores inhalados. Lémery propone la receta de "bálsamos apopléticos" muy olorosos, "pues lo que es agradable a la nariz, estando compuesto de partes volátiles, sutiles y penetrantes, toca no solamente el nervio olfatorio, sino que se vierte por todo el cerebro y puede enrarecer la pituitaria y demás humores demasiado groseros,

[41] En 1835, Mme. Trollope (*Paris et les Parisiens en 1835*, 1836), sofocada a su vez por el hedor del continente, se esfuerza por comprender la revolución sensorial que se opera y cuyo ritmo le parece, sin duda con justa razón, más rápido en Inglaterra. Su análisis premonitorio conforta, en parte, las tesis formuladas anteriormente. "El aumento de la susceptibilidad", gradual, ha seguido al aumento de la riqueza (t. I, p. 300) "y el cuidado que se pone (en Inglaterra) para alejar de la vista lo que puede chocar con los sentidos. Cuando dejamos de ver, de oír y de sentir las cosas desagradables, es natural que ya no hablemos de ello (p. 301)" "Este alejamiento de todo lo que puede chocar a los sentidos, este hábito de acariciar en cierta forma el alma, mediante la ausencia de todo lo que puede causarle una sensación molesta, es quizá el último punto al que el espíritu inventivo del hombre puede llegar, en sus esfuerzos por embellecer la existencia" (p. 306). Pero puede ser que ese aumento de refinamiento vaya a arrojar a Inglaterra en el precipicio donde perecen las civilizaciones. La dama británica minimiza pues la mirada sanitaria, que todavía haría alusión a las obscenidades del cuerpo, en provecho del deseo de delicadeza suprema, pero peligrosa caricia del alma. Notemos que, según su opinión, la purificación del lenguaje no precede a la del espacio, sino que resulta de ello.

[42] La palabra "olores", entre comillas, designará los perfumes, así llamados en el siglo XVIII.

[43] P.-J. Buchoz, *Toilette de flore à l'usage des dames*, 1771, p. 192.

[44] Nicolas Lémery, *Pharmacopée universelle*, París, 1697.

[45] Además de la memoria citada, J.-J. Virey. "De l'osmologie, ou histoire naturelle des odeurs" *Bulletin de pharmacie*, mayo de 1812, pp. 193-228.

[46] "Observations sur les parties volatiles et odorantes des médicaments tirés des substances végétales et animales: extraites d'un mémoire du feu M. Lorry, par M. Hallé", *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1784-1785, pp. 306-318.

aumentando el movimiento de los espíritus animales".[47] Un siglo más tarde, Banau asegurará que, por la misma razón, es más peligroso inhalar una sustancia mefítica por la nariz, que aspirarla por la boca. La proximidad del cerebro aumenta el riesgo de muerte por "sideración".[48] Esa vecindad hace también que el olor pueda, según los casos, alegrar o ensombrecer el ánimo. Su acción sobre las disposiciones psíquicas justifica de ese modo dicha "medicina de los espíritus vegetales", cuya misión es corregir los desórdenes eventuales de la circulación de los espíritus animales.[49]

Para los mecanicistas del siglo XVII y para sus epígonos, los olores ejercen además una acción mecánica sobre el organismo. Inhalados por las vías olfativas o insuflados por la vagina, los efluvios aromáticos provocan o abaten los "vapores" de la matriz.

> Se pretende, precisa Lémery, que la civeta (algalia), el almizcle y el ámbar gris, estando aplicados al ombligo y a la matriz, atraigan por su buen olor la matriz caída y la vuelvan a colocar en su estado natural; cuando fue sacudida durante el tiempo de los vapores y las sofocaciones, del mismo modo que esos mismos olores la hacen moverse y levantarse cuando son recibidos por la nariz.[50]

El autor no hace aquí sino comentar una práctica de la medicina antigua.

Frente al riesgo del contagio y la infección, lo aromático posee una doble virtud: combate los vicios de la atmósfera; aumenta la resistencia del organismo. El olor puede desde luego reanimar la elasticidad del aire y destruir el veneno de la enfermedad.[51] Sobre el particular, el discurso médico se muestra flojo; muy seguido mantiene la confusión entre la pérdida de una cualidad física y la presencia de una eventual carga miasmática.

De que lo aromático pueda corregir el aire viciado, Blégny[52] y Lémery, así como la casi totalidad de los médicos de su tiempo, se declaran convencidos. Los "perfumes" —aquí en el sentido de productos en fumigación— son capaces de destruir el veneno de la peste, escondido en los cuerpos esponjosos, las telas, los vestidos, los fardos de mercancías. Así se justifican las técnicas de desinfección utilizadas en los lazaretos mediterráneos[53] hasta el corazón del siglo XIX, a pesar de la interminable querella que motivan entre contagionistas y anticontagionistas.[54]

Los médicos, en la búsqueda de antisépticos capaces de luchar con eficacia contra la acción de los miasmas pútridos que echan a perder la masa de los humo-

[47] *Op. cit.*, p. 892.
[48] *Op. cit.*, p. 90.
[49] *Cf.* Ramazzini, *op. cit.*, p. 198.
[50] *Op. cit.*, pp. 896 y 914.
[51] Se trata de una convicción muy vieja, *cf.* Jean Delumeau, *op. cit.*, p. 114.
[52] M. de Blégny, *Secrets concernant la beauté et la santé. recueillis par M. Daquin*, París, 1688, principalmente p. 696.
[53] *Cf.* Françoise Hildesheimer, "La protection sanitaire des côtes françaises au XVIIIe siècle", *Revue d'Hist. mod. et cont.*, julio-septiembre de 1980, pp. 443-467. En el Levante, los procedimientos sanitarios combinan la ventilación, el "perfume" y el aislamiento.
[54] *Cf.* E. H. Ackerknecht, "Anticontagionism between 1821 y 1867" *Bulletin of the History of Medicine*, 1948, pp. 562-593.

res, se verán obligados hacia 1750 a justificar científicamente la virtud terapéutica de ciertas sustancias aromáticas. La descalificación de la química neumática vendrá más tarde. Según Becher, ya lo hemos visto, las sustancias olorosas facilitan la circulación del espíritu balsámico de la sangre y retardan por ese hecho la marcha de la putrefacción. El descubrimiento de los intercambios aeriformes entre los organismos vivientes y su entorno da a pensar que, gracias a su volatilidad, lo aromático es dispensador natural de "aire fijo".

Si damos crédito a Pringle, la mirra, el alcanfor, la serpentaria, las flores de manzanilla y la quinina, todas ellas sustancias olorosas, se revelan como los más eficaces de los antisépticos.[55] Lind, por su parte, recomienda corregir el aire pútrido mediante el empleo de vinagre alcanforado o de resinas olorosas.[56] Los médicos franceses se hacen eco de los sabios británicos. "Se corregirán las exhalaciones pútridas, escribe Boissieu, hirviendo vinagre varias veces al día, quemando aromáticos. . ."[57] Gardane da los mismos consejos. Bordenave afina el análisis.[58] Según él, el campo de acción de los aromáticos se diversifica. Entre los antisépticos odoríferos, los hay estimulantes o fortificantes, que aumentan la resistencia a la infección pútrida; otros son astringentes, contribuyen a cerrar al veneno las vías de acceso del organismo; los balsámicos, en fin, corrigen la consistencia de los humores ya afectados por la putrefacción.[59]

Cualesquiera que sean la complejidad y fragilidad del cimiento teórico de la creencia en las virtudes del aromático, éste rige los comportamientos. "El hombre aromatizado" corrige su atmósfera mediante aromas fuertes; si es necesario, con las pesadas exhalaciones del almizcle, del ámbar o de la algalia. Perfumarse a ultranza es preservarse, purificar el ambiente. Entonces, ¿cómo asombrarse de la larga moda de los perfumes animales, de olor excrementoso, que únicamente la autoridad de Luis XIV parece haber sido capaz de detener durante un tiempo, cuando menos en Versalles?[60]

La tradición quiere que durante los períodos de epidemia trate de preservarse colmándose de aromáticos. En 1800, Papon resume esos viejos usos:

> Se llevará en la mano una esponja empapada de vinagre o un limón piqueteado con clavos de olor, o bien alguna bola olorosa que se olerá de vez en cuando. Además de las bolas de olor y los pebeteros, los autores que mejor escribieron sobre esta materia reco-

[55] J. Pringle, *Mémoire sur les substances. . . op. cit.*, pp. 317-318 y 367.

[56] *Op. cit.*, p. 69.

[57] *Op. cit.*, p. 67.

[58] Bordenave, "Mémoire sur les antiseptiques", concurso citado de la Académie de Dijon, pp. 190 ss.

[59] Debemos advertir sobre el particular que la correlación que se establece entre lo balsámico y lo salubre, lo nauseabundo y lo insalubre, siempre ha sido frágil. Las teorías científicas pierden coherencia en la práctica. Entran unas dentro de otras, se amalgaman; por lo menos se encajan como las tejas de un techo. Becher estaba persuadido de las virtudes benéficas del excremento nauseabundo, y mucho antes de que Ingenhousz se entregara a un análisis válido de la fotosíntesis, los médicos ya habían denunciado el efecto nocivo de ciertas plantas balsámicas.

[60] Edmond y Jules Goncourt (*op. cit.*, p. 395) recuerdan que bajo la Regencia se tenía por costumbre llamar "misa almizclada" a la celebrada antes de la comida, en la capilla del Espíritu Santo.

miendan, para las personas que no están en estado de hacer ese gasto, "almohadillas" compuestas de ruda, toronjil, mejorana, menta, salvia, romero, azahar, basilisco, orégano, tomillo, lavanda, hojas de laurel, y cáscaras de naranja, limón y membrillo; aconsejan tenerlas siempre en existencia en las habitaciones, en tiempos de peste.[61]

Buchoz recomienda oler claveles rojos y esparcir sobre los vestidos flores de angélica, pulverizadas.[62] Adornarse con un escudo olfativo, oler fuerte, olisquear aromas de su predilección, constituirá durante largo tiempo el mejor de los preservativos contra el veneno morbífico.

Conviene entonces tener una "caja de olor" en la bolsa, aseguraba Lémery.[63] Lind recomienda llevar alcanfor, como un amuleto, y aromar con él los vestidos.[64] Guyton de Morveau mismo imita a los oficiales de salubridad que lo rodean y se provee de un frasco de vinagre.[65] Baumes observa que muchos han tomado por costumbre empapar de alcanfor pequeñas esponjas y llevárselas "a cada instante a la boca o a la nariz";[66] recomienda proceder de ese modo a los trabajadores que se dedican a sanear los pantanos. Ramazzini aconseja a los sepultureros llevar encima un algodón impregnado de vinagre y "aspirar de vez en cuando ese olor para restablecer su olfato y sus espíritus".[67] Fourcroy da instrucciones a los trabajadores de la piedra: "No bajarán a sus canteras sin estar provistos de una almohadilla, colgada al cuello, en la que pongan dos dientes de ajo machacados con un poco de alcanfor. Se frotarán el rostro con aguardiente alcanforado o con vino aromático."[68] En pleno siglo XIX, mucho después del arranque de la química médica, continuará el ir armados de almohadillas dispensadoras de sanos olores protectores. Parent-Duchâtelet las impondrá, en 1826, a los obreros encargados de sanear la atarjea de Amelot.[69]

Mediante aspersiones o fumigaciones se piensa corregir el ambiente. El pueblo confía sobre todo en el vinagre caliente. El olor del ácido acético se considera para ello balsámico, lo que nos asombra.[70] Se quema también azufre, pólvora y

[61] J.-P. Papon, *De la Peste ou époques mémorables de ce fléau et les moyens de s'en préserver*, año VIII, t. II, p. 47.

[62] *Op. cit.*, p. 7.

[63] *Op. cit.*, p. 892. Aconsejaba principalmente proveerse, "a fin de poder olerlo seguido", de un bálsamo preparado con almizcle, ámbar gris, algalia y estoraque, que "resiste al aire malo por su olor fuerte".

[64] Según testimonio de Baumes, *op. cit.*, p. 224. El viajero que atraviesa una región pantanosa, llegado por la tarde a la hostería, deberá quemar azufre en su recámara, absorberá infusiones de hierbas olorosas, fumará tabaco "o cualquier otra sustancia aromática" y se esforzará por no tragar la saliva (*ibid.*, p. 226).

[65] L.-B. Guyton de Morveau, *Traité des moyens de désinfecter l'air*, París, 1801, p. 149. Según él, se trata sin embargo de una práctica de eficacia dudosa.

[66] *Op. cit.*, p. 224.

[67] *Op. cit.*, p. 209.

[68] Comentario a la obra de Ramazzini, *op. cit.*, p. 332.

[69] Parent-Duchâtelet, *Rapport sur le curage des égouts Amelot, de la Roquette, Saint-Martin et autres, Hygiène publique*, t. I, p. 364; es cierto que se trata esta vez de almohadillas y luego de frascos que desprenden olores de cloro.

[70] Duhamel du Monceau, *op. cit.*, pp. 132 *ss.*

lacre, y más aún, maderas aromáticas, romero y bayas de enebro; se procede a las aspersiones mediante frascos de aguas de olor.

Los procedimientos de fumigación son múltiples; el más común[71] consiste en verter vinagre en una pala enrojecida al fuego. Es más refinado el uso de pastillas o de trociscos de ciertas algas, colocados sobre cenizas calientes. El uso de pebeteros, los de plata sobre todo, pertenece a la *élite*. Los maestros perfumistas preparan también "cintas de Brujas", especialmente destinadas a la fumigación. Lujo supremo: el perfumero, "pequeño cofre de madera provisto de una rejilla que sostiene en el aire lo que se desea perfumar. En la parte baja de ese cofre hay una pequeña abertura por la que se introduce una estufita con brasas, donde se queman las pastillas".[72] De ese modo se "perfuma", en los lazaretos, el correo que proviene del Oriente contaminador.[73]

Antes que triunfe la fumigación sabia con productos químicos, la desinfección tiende a transformar el ambiente en un calidoscopio de aromas. Refuerza la intensidad olfativa de una habitación todavía mal ventilada. En las alcobas de los enfermos se utilizan los olores del enebro y del romero. Para desinfectar la casa entera basta con fumigar el entresuelo; el humo, al elevarse, invadirá los pisos superiores. Se vacían cofres y roperos, se cuelgan las vestimentas, con el fin de que se impregnen mejor de los olores salvadores.[74] Durante la gran peste de Marsella, en 1720, los equipos de desinfección aplican tres fumigaciones sucesivas, "la primera con hierbas aromáticas, la segunda con pólvora, la última con arsénico y varias otras drogas que desde tiempos inmemoriales se utilizan en el lazareto".[75] El perfume del padre Léon, "el vinagre de los cuatro ladrones", produce entonces maravillas.[76]

Una vez más, el barco y el hospital proponen modelos. Fue Lind padre, médico de Portsmouth, el primero que codifica la desinfección de los sitios que se han vuelto pútridos a causa de los hacinamientos de individuos.[77] Además de que se fumigaran los vestidos daba órdenes, informa Tenon, de que se quemara mucha pólvora en el entrepuente y en la cala de los barcos contaminados, y de que se les desparramara "una gran humareda" Sobre el continente, Morogues refina sus consejos destinados a la Marina: "Se podrían enviar desde el entrepuente vapores aromáticos, llevando de un lado para otro, paseando, una pala de hierro al rojo vivo donde se arrojaran poco a poco resina, betún, o semillas de enebro, o

[71] Según Delassone padre y Cornette, "Mémoire sur les altérations que l'air éprouve par les différentes substances que l'on emploie en fumigation. , *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1786, p. 324. Podrán encontrarse otros informes sobre esos procedimientos en Hales, *op. cit.*, p. 76, y en J.-N. Hallé, artículo "air" de la *Encyclopédie méthodique*, pp. 572-575.

[72] *Encyclopédie*, artículo "parfumoir"

[73] En 1796, Jackson y Moser propondrán a los londinenses su lámpara fumigadora, especialmente destinada a la combustión de productos químicos que componen la nueva gama de desinfectantes. Guyton de Morveau, *op. cit.*, p. 147.

[74] Procedimiento descrito por Ramel, *op. cit* , p. 301.

[75] Papon, *op. cit.*, t. I, p. 329.

[76] *Cf* principalmente Fodéré, *op. cit.*, t. VI, p. 159.

[77] Opinión de Tenon, memoria citada, p. 451. Pretende haber conocido bien a Lind padre.

poulevrin mojado con vinagre u otros aromáticos de poco valor."[78] Sabemos que tales prescripciones eran atendidas.

Todos los observadores atestiguan el empleo de las fumigaciones aromáticas en los hospitales; algunos destacarán dicha práctica, pero esta vez para deplorarla hasta pleno siglo XIX. Tanto aquí como en los departamentos reinan el enebro y el romero.[79] Ahumar con incienso y estoraque en las iglesias, interpretado como acto de veneración, tiende también a hacer olvidar la fetidez que exhalan los cadáveres enterrados; los sabios ven en ello un medio poderoso de desinfección y un eficaz preservativo contra la putrescibilidad de los fieles reunidos.

El vapor aromático se insinúa por doquier, aun en los establos, en períodos de epizootia. Vicq d'Azyr lo comprueba para criticarlo.[80] Siguendo el ejemplo de Hipócrates, que en Atenas hizo encender hogueras para combatir la peste, varios médicos acarician el proyecto asombroso de perfumar la ciudad. ¿No fue la ruda, acaso, un éxito cuando la gran peste de 1666, preservando todo un barrio de Londres?[81] Un siglo más tarde el humo espeso que se elevó en el mismo instante de ciento veinte hogueras de madera de enebro, prendidas en las calles de Bois-le-Roi, bastó para vencer la epidemia.[82]

Puesto aparte el del carbón de piedra, cuya naturaleza ctoniana asusta a veces, el humo no repugnará sino más tarde; por el momento, lo intolerable es el olor de la putrefacción o la fermentación, no el de la combustión. El fuego de la industria instalada en el corazón de la ciudad podría, al decir de algunos, corregir las emanaciones de la multitud hedionda, los vapores de las inmundicias y la infección genealógica del suelo.[83] El discurso sobre la insalubridad urbana no es unívoco; el sueño ecológico esconde asombrosos rodeos; guardémonos de anacronismos.

La fumigación con sustancias olorosas entra también en la panoplia terapéutica propiamente dicha. A decir verdad, la moda de tales procedimientos parece declinar, salvo por la histeria. La volatilidad de los "perfumes" y su fuerza de penetración, la misteriosa connivencia que se instaura entre la nariz y la matriz, mueven a los médicos a utilizar, pero con tacto, la virtud antiespasmódica de los

[78] Citado por Duhamel du Monceau, *op. cit.*, p. 138.

[79] Atestiguado por Chaptal en 1803, *Éléments de chimie*, t. III, p. 111.

[80] Vicq d'Azyr, *Instruction sur la manière de désinfecter une paroisse*, París, 1775, pp. 7-8.

[81] "El inmenso almacenaje de esta planta y de otras drogas fue un poderoso obstáculo para la invasión", J.-J. Menuret, *op. cit* p. 60.

[82] *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, t. III, p. 44 de las memorias, citado por Baumes, *op. cit.*, p. 164. Lo que justifica el himno al humo, "en parte a sus beneficios debemos la bondad —escribe el autor— del aire en las grandes ciudades" (p. 163).

[83] Baumes sigue escribiendo: "Sería importante que se construyeran en estos barrios malsanos, según los lugares y los acontecimientos, unos hornos de cal, vidrierías, jabonerías, fábricas de destilación de "aguas-de-vida" (aguardientes) o de aceite de vitriolo; establecimientos doblemente útiles, puesto que servirían para purificar el aire y proporcionar trabajo a los habitantes [. . .]" (p. 165). Más optimista que muchos de sus contemporáneos, agrega: "Por lo demás, la combustión del carbón de piedra en estufas de sencilla fabricación, agregaría la ventaja de evitar el consumo de madera [. . .], el de derramar con mucho humo emanaciones sulfurosas cuya virtud purificante no es equívoca."

"olores" Pretenden calmar así los ataques histéricos de sus clientes. La fumigación con papel de las chanclas viejas y otras cosas pestilentes, apacigua la subida de los vapores y cura la amenorrea. El humo de polvos cefálicos fortifica el cerebro. La fumigación con mezclas astringentes detiene los progresos del catarro. Los boticarios preparan almohadillas de olor para alegrar a los melancólicos; se perfuman los vestidos de los hipocondriacos con la ayuda de polvos aromáticos. La fumigación con cinabrio cura la viruela.[84]

La moda de los olores fuertes y la práctica de la fumigación aromática no desaparecerán súbitamente; su declinación no será lineal; además, el ritmo de su regresión varía, según los medios. Josefina y las "maravillosas" del Directorio reanudarán la moda del almizcle; el uso de los vapores balsámicos será a veces febril, atizado por las grandes epidemias del siglo XIX. Sin embargo, después de un siglo, el olor fuerte era denunciado, la desinfección mediante lo aromático quedó sometida a la crítica, descalificación teórica que importa analizar.

La denuncia del almizcle

Dentro de la perspectiva de Becher, el excremento, provisto aún de fuego vital, tenía un valor terapéutico; no parecía pues ninguna necedad utilizarlo en preparaciones aromáticas, principalmente en la composición del "agua de las mil flores", sobre todo cuando se trataba de las deyecciones de individuos sanos y vigorosos. Así se encontraban fortalecidas una vez más las antiguas prácticas. Desde mediados del siglo XVIII, sin embargo, nuevas fechorías atribuidas a la putrefacción revolucionan la actitud respecto a los productos de la defecación, y de una manera más general de todas las sustancias animales hasta entonces utilizadas en perfumería.

Si las experiencias de Pringle y de Mac Bride valorizan durante un tiempo lo aromático, conducen también a los médicos a considerar el almizcle, el ámbar y la algalia como sustancias pútridas, eminentemente sépticas. Para subrayar su nocividad se machaca, exagerándola, su naturaleza excremencial. Los sabios denuncian las peligrosas afinidades olfativas que se bosquejan entre sus aromas sofocantes y los de las heces.[85] Según Boyle,[86] el almizcle que ha perdido su olor "lo vuelve a tomar y se 'remienda', suspendiéndolo durante un tiempo encima de un piso húmedo y sobre todo cerca de un retrete, lo que demuestra que la naturaleza del almizcle es recrementicia"

Hay peroratas acerca de las similitudes: Boyle observaba aun[87] que los establos y los apriscos olían a almizcle; Virey asegura que los excrementos humanos madurados y fermentados al baño maría adquieren así un olor almizclado.[88]

[84] *Cf.* De Blégny, *op. cit.*, t. II, p. 167, "Perfume para el alivio de la viruela"
[85] A título de ejemplo, el caballero de Jaucourt en la *Encyclopédie*, artículo "musc", 1765.
[86] *Ibid.*
[87] Caballero de Jaucourt, artículo citado.
[88] J.-J. Virey, *Des odeurs.* *op. cit.*, p. 174, y Hartley, *op. cit.*, p. 331.

Federico Hoffman precisa que se lo deben a la bilis. Ruelle pretende que ocurre lo mismo con los excrementos de las ratas y acusa a los perfumistas por utilizarlos para falsificar sus productos. Hartley afirma que el estiércol huele a almizcle cuando uno se le aleja algunos pasos. La preparación del "agua de las mil flores" se convierte en el blanco de los químicos y de los higienistas. Se refiere que el olor de la bolsa del almizclero mata al cazador imprudente que olvida taparse la nariz cuando se acerca a su presa.

Otro argumento, ya puesto a la vista por Boerhaave: los olores fuertes agotan el psiquismo, engendran o avivan la inquietud, provocan a veces el estupor. Si el placer comienza la sensación, afirma Buffon, el dolor la acaba;[89] en el terreno de la olfacción, un umbral álgico separa el aroma suave del perfume demasiado fuerte. Las cefaleas no son sino un mínimo mal; los olores aromáticos mismos, de pronto tónicos y excitantes, pueden conducir a "la embriaguez" del olfato.[90]

La señora de Sevigné, durante un tiempo fascinada por los beneficios del "agua de la reina de Hungría", se vio obligada a poner en guardia a la señora de Grignan contra la inspiración abusiva de lo que se había vuelto para ella una verdadera droga.[91] Según Lorry, el almizcle (y seguimos con él) altera[92] los nervios femeninos y estraga los estómagos masculinos. Fourcroy, después de Bacon y Ramazzini,[93] observa que los boticarios y sus ayudantes son víctimas de terribles accidentes. Las comadronas, obligadas a protegerse[94] con pesados perfumes para preservarse de las emanaciones de las parturientas, serán acusadas de volver histéricas a sus clientes. El animal no escapa a la influencia nefasta de los perfumes violentos; sucede que las acémilas que transportan azafrán caen víctimas de síncope.[95]

Y hay algo más grave; numerosas anécdotas prueban que los aromas pesados pueden esconder el más apabullante de los venenos. Enrique VI pereció por haber olido unos guantes perfumados; el papa Clemente VII, por haberse acercado demasiado a una antorcha odorífera. Se recuerda, aunque sin darle mucho crédito, es verdad, que una reina de la India había lanzado a los brazos de Alejandro una espléndida joven cuyo aliento estaba, en sentido propio, envenenado por la costumbre que tenía de olisquear drogas perniciosas. A esto se agregan innume-

[89] A este respecto, De Sèze, *op. cit.*, p. 159. El autor no comparte la opinión de Buffon.

[90] J.-J. Virey, *Des odeurs*. .., p. 254.

[91] *Cf.* Paul Dorveaux, *Historique de l'Eau de la Reine de Hongrie*, 1921, p. 6. Blégny, *op. cit.*, p. 684, señala, a propósito del "agua de la reina de Hungría", que "muchas personas gustan del olor fuerte, y lo huelen constantemente" El autor enumera sus muchas virtudes.

[92] *Op. cit.*, p. 318.

[93] *Op. cit.*, p. 128.

[94] *Ibid.*, p. 221.

[95] J.-J. Virey, "De l'osmologie", p. 206. Los temperamentos ardientes deben guardarse especialmente de los aromas voluptuosos; es esta la razón, estima Virey, por la que exhalan olores fétidos. Henos aquí de regreso al *aura seminalis*. Es cierto que los olores nauseabundos, cuando son fuertes, pueden ejercer los mismos efectos nocivos. "He observado varias veces —relata Ramazzini (*op. cit.*, pp. 180-181)—, a mujeres que vivían cerca de esos comercios (de velas) quejarse de pasiones histéricas a causa del mal olor." Por dicha razón pone en guardia a los hombres de letras contra el abuso del trabajo nocturno. Platner, médico de Leipzig, se ocupa en hacer una lista de los riesgos en que se incurre por respirar olores inmundos (*De morbis ab immunditiis*).

rables relatos consagrados a los estragos del eléboro, el beleño, la cantárida, la magnolia o el manzanillo.[96] Medio siglo más tarde será necesaria toda la autoridad de un Orfila para que los olores se releguen al rango de veneno relativo. Lo que precede explica la guardia montada en derredor de las parturientas, a fin de preservarlas de importunos visitantes empapados de funestos aromas.[97]

Los progresos de la higiene corporal en el seno de la *élite* privilegiada estimulan la desconfianza respecto a los olores que ofuscan. Emanar un perfume fuerte es dejar suponer una dudosa limpieza; el almizcle genera esa sospecha. Y es lo mismo dentro del espacio público. Howard reprocha a las fumigaciones aromáticas velar las negligencias en el medio hospitalario.[98] En revancha, los progresos del aseo, de la limpieza, activan el advenimiento de la moda de los aromas sutiles y delicados. Para quien se lava o se baña desnudo, el uso de perfumes violentos sería peligroso. Importa pues escoger con cuidado esos olores de aseo que "penetran toda la economía animal por la vía del sistema absorbente".[99]

Después de 1750, el uso de los olores pertinaces sufrió aún más de esa moda de lo natural, que incita a dejar filtrar a través de los vestidos, que se han vuelto más vaporosos, el olor de la propia carne, simplemente realzada mediante suaves efluvios florales. En fin, el perfume provocativo se encuentra en compromiso con los olores balsámicos, es cierto, en el juicio llevado a cabo contra el lujo y el artificio.[100] Después de Pluquet, el buen abate Jacquin[101] no considera como "perfumes" salubres sino el vinagre, el azufre y la pólvora. Lanza anatemas contra los aromáticos, vitupera a los cortesanos que "llevan aromas". Su crítica se antoja más moral que científica: "Los olores —dice— pertenecen menos a la limpieza que a un cierto gusto depravado o a un cierto aire de moda."[102] Los perfumes contribuyen a esa confusión de impresiones sensoriales que, según Caraccioli, la condena más que todo el gusto aristocrático, "como si la nariz no debiera contentar-

[96] A título de ejemplo, Boissier de Sauvages, *op. cit.*, p. 56, y sobre todo Hippolyte Cloquet, *op. cit.*, pp. 80-98. Se funda principalmente en Thomas Cappelini, *Memoria sobre la influencia de los olores*, así como en las observaciones de Triller. El tabaco mismo, afirmará Cloquet (*ibid.*, p. 352), ocasiona funestos efectos. Los grandes fumadores pierden el olfato. La droga destruye lentamente sus nervios olfativos, tal como lo prueba la disección en la cabeza de los amantes del tabaco.

[97] *Cf.* L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VI, p. 47. "Un guardia se encuentra sentado cerca de la puerta y husmea a todos los que llegan. Y repite constantemente: '¿No tiene usted olores?' "

[98] J. Howard, *Historia de los principales lazaretos. , op. cit.*, t. I, p. 170.

[99] Virey, "De l'osmologie. ", artículo citado, p. 216.

[100] Antigua disputa, si la hubo. Platón, en *La República*, lanza su anatema contra los perfumes que alientan la molicie y los placeres. En la antigüedad griega, el uso de los aromas caracteriza a la cortesana, "seductora ilusión de una vida metida en perfumes". Cuanto más restringido es el papel del perfume en la unión sexual, aparece mayor su legitimidad (Prefacio de Jean-Pierre Vernant a la obra citada de Marcel Détienne, pp. xiii y xxxvi). Es cierto que en ese tiempo se ignoraban las sustancias animales de que hablamos; lejos de constituir una amenaza pútrida, el aroma antiguo, asociado a las nociones de calor y de sequía, formado en la proximidad del fuego celeste, simboliza, repitámoslo, lo imputrescible. Acerca de la denuncia del lujo, *cf.* abate Pluquet, *Traité philosophique et politique sur le luxe*, París, 1786, 2 vols.

[101] Abate Jacquin, *De la santé, ouvrage utile à tout le monde*, 1762, pp. 290 *ss.*

[102] *Ibid.*, p. 290.

se con oler, el ojo con mirar y la lengua con saborear".[103] El vino se aromatiza, el tabaco desprende efluvios de jazmín, el azúcar huele a ámbar, se perfuma todo aquello que se come. "Los cinco sentidos, confundidos de dicha manera, se han convertido en el alma de los voluptuosos y no quieren reconocer ninguna otra."[104] La crítica de los olores se integra a aquella otra, más amplia, que golpea el artificio, el amaneramiento, la moda afeminada; en resumen, todas las tendencias sospechosas de llevar a la "degeneración".[105]

Rozamos aquí un aspecto esencial de la revolución olfativa sobre la cual será necesario volver a hablar. Concierne a los lazos que se anudan entre la crítica de los "olores" y el ascenso y después la difusión de la mentalidad burguesa. El perfume, según la etimología, se disipa en humo. Lo que se desvanece se volatiliza, simboliza la dilapidación. Lo fugaz no puede acumularse. La pérdida es irremediable. Se puede soñar en recuperar, volver a utilizar el desecho, rentabilizar el excremento; la evaporación no da esperanzas. Hay algo intolerable para el burgués, y es el sentir que se esfumen de ese modo los productos atesorados de su labor. El perfume, al que se acusa de traducir la molicie, el desorden y el amor al placer, es antinómico del trabajo.

Apartando su eventual función terapéutica, no hay para él ninguna "utilidad secundaria";[106] doblemente inmoral, sería deseable, después de todo, que perdiera sus referencias animales; que desaparecieran con el almizcle sus provocadoras alusiones al instinto de la reproducción.

LA DESCALIFICACIÓN DE LO AROMÁTICO

Pero poco después de que médicos y moralistas hubieron señalado los peligros de los perfumes animales, los triunfos de la química neumática comenzaron a privar a los "olores" y a los "aromáticos" de su coartada terapéutica.

De manera bastante paradójica, volver a tratar científicamente su virtud preservadora parece provenir de Mac Bride. En Francia, desde 1767, Genneté exclama de modo perentorio: los perfumes no procuran flogisto; al contrario, lo destruyen.[107] En 1775, Vicq d'Azyr denuncia como totalmente ineficaces las fumigaciones aromáticas.[108] Las mezcolanzas y los perfumes voluptuosos son impropios, afirma el abate Jacquin, para reanimar la elasticidad del aire.[109] Pero es a Guyton de Morveau a quien pertenecerá teorizar esta descalificación. La fumigación con aromáticos es ineficaz porque no suscita ninguna transmutación. El verdadero desinfectante tiene que destruir ciertas sustancias preexisten-

[103] Caraccioli, *El goce de sí mismo*, 1759, p. 333.
[104] *Ibid.*
[105] *Cf.* Georges Vigarello, *Le corps redressé*, pp. 87 *ss.*
[106] *Cf.* Veblen, *Teoría de la clase de ocio*, Gallimard, ed. de 1978, p. 101 (1ª edición, 1899).
[107] *Op. cit.*, p. 11.
[108] *Instruction...*, op. cit., p. 8.
[109] *Op. cit.*, p. 82.

tes y generar la presencia, en el entorno, de nuevos cuerpos susceptibles de ser descubiertos mediante análisis químico.[110]

La mayoría de los sabios participan muy rápidamente de dicha convicción.[111] "Apresurémonos pues a procribir los perfumes", clama Parmentier; y Chaptal: "Las fumigaciones con incienso, etc., que se emplean comúnmente, no hacen sino enmascarar el mal olor."[112] Los progresos de la química médica, la que atestigua principalmente el tratado de Malouin, sancionan y acentúan la relegación terapéutica del aromático. Al mismo tiempo Ingenhousz demuestra que los intercambios respiratorios de los vegetales permanecen independientemente de la suavidad o la fetidez del olor exhalado.

A este respecto conviene, sin embargo, matizar. Los análisis de Priestley y de Ingenhousz no sabrían explicar la influencia innegable del olor de ciertas plantas; así como el análisis del aire no permite discernir los miasmas. En tales condiciones los perfumes, piensan algunos, incapaces de purificar un aire viciado, no dejan de ser totalmente inocuos. Aquí interviene la creciente creencia en el efecto de las flores primaverales, plenas de vida. Su perfume se impone como la antítesis de los olores pútridos, hasta excrementosos, de los que conviene preservarse. Fourcroy denuncia el almizcle, condena el aire de los apartamentos perfumados mediante artificio,[113] pero exalta la respiración del aire natural y balsámico de las praderas. La influencia de Rousseau aparece aquí evidente; aunque se necesitaría asegurarse de que, en ese terreno, el pintor del jardín de Julia no hace sino reflejar una orientación tomada de la medicina de su tiempo.

La farmacopea oficial publicada por Hallé en 1818 registra la ruptura, pero todavía traduce la ambigüedad, entre creencias y comportamientos.[114] Allí estalla el escepticismo de los sabios. Los autores hablan de la interinidad de la confianza en la eficacia de las fumigaciones aromáticas; niegan las virtudes terapéuticas de los olores; claman la victoria de los medicamentos químicos. Sin embargo, estiman carecer del poder de contradecir las prácticas, todavía muy profundamente enraizadas. Toleran los aromáticos más suaves, bajo la forma de alcoholatos compuestos, a menudo distribuidos bajo el nombre de elixires; propician la utilización de los perfumes en las preparaciones farmacéuticas. A fin de cuentas, tienden a relegar las sustancias olorosas sólo al papel de coadyuvantes, lo que contribuye a mantener oficialmente la confusión establecida entre la farmacia y la perfumería.

110 Guyton de Morveau, *op. cit.*, p. 93.

111 Las numerosas experiencias llevadas a cabo por Delassone padre (*Mémoire* citada) prueban a porfía que las fumigaciones con sustancias aromáticas no hacen más que mefitizar la campana. El químico ignora que ese fenómeno resulta de la combustión y que no bastaría para volver a tratar acerca del valor terapéutico de las substancias analizadas.

112 Parmentier y Chaptal, citados por Guyton de Morveau, *op. cit.*, pp. 138 y 139.

113 *Cf.* Fourcroy, *Encyclopédie métódique*, artículo "air", p. 577

114 Hallé, Leroux, Henry y Richard, *Codex des médicaments ou pharmacopée française*, 1818.

V. EL NUEVO CÁLCULO DEL PLACER OLFATIVO

EL PLACER Y EL AGUA DE ROSAS

EN EL seno de las *élites*, la evolución del gusto, la precariedad de la moda, sancionan el anatema lanzado por los sabios sobre los aromas pesados. El ambiente olfativo del espacio privado pierde su intensidad mientras se enriquece y adquiere color con delicados matices. Los comportamientos nuevos reflejan fascinación para el espacio oxigenado. Los efluvios balsámicos de las praderas primaverales obsesionan el olfato. Al espacio imaginario de los interiores aéreos de Tiépolo, corresponde la expresión balbuciente de una nueva sensibilidad olfativa de la que es fácil discernir los imperativos. El descenso de los umbrales de la percepción no hace más que provocar la intolerancia respecto a los olores excrementosos; conduce a subrayar, dentro del espíritu de la urbanidad que se codifica con más y más exigencia y precisión, la función social del aseo íntimo.[1] Debemos precavernos de los perfumes insistentes, así como de los olores corporales indiscretos, por temor a incomodar.

Platner, a quien nos referimos con más frecuencia acerca de esos finales del siglo XVIII, enumera los peligros teóricos de la suciedad corporal. La mugre obstruye los poros, retiene los humores excrementosos, favorece la fermentación y la putrefacción de la materia; y lo que es peor, facilita "la reabsorción de las inmundicias", de las que está cargada la piel.[2] Esta película nauseabunda, en la que con demasiada frecuencia se quiere ver un barniz protector contra los miasmas, estorba los intercambios aeriformes necesarios al equilibrio orgánico. Importa pues multiplicar las abluciones. Platner, como Jacquin, recomienda lavarse con frecuencia el rostro, las manos y los pies, y aun "de vez en cuando"[3] el cuerpo entero.

De ese modo se promueve una higiene corporal muy prudente, aunque incierta, limitada en su extensión mediante múltiples frenos. Vitalistas e iatromecanicistas hacen un llamado a la precaución. La pérdida de la vitalidad, subrayada por Bordeu, no es el único peligro del agua. El uso desconsiderado de los baños relaja las fibras, ablanda el organismo, conduce a la indolencia. Como en otros tiempos Boyle y Lancisi, Hallé subraya el efecto séptico del jabón, principalmente en épocas de peste.[4] Los moralistas temen la complacencia, las mira-

[1] Por ejemplo, abate Jacquin, *op. cit.*, p. 283: "La limpieza es una atención para evitar todo lo que puede sublevar la delicadeza de los sentidos; es una de las principales virtudes de la sociedad." Acerca de la evolución de la urbanidad lasalliana en las escuelas, *véase* Roger Chartier, Marie-Madeleine Compère y Dominique Julia, *L'éducation en France du XVIe au XVIIIe siècle*, 1976, pp. 143-144.

[2] Ideas de Platner expuestas por Baumes, *op. cit.*, p. 189. Expone una teoría semejante en Montyon (Moheau), *Recherches et considérations sur la population de la France*, 1778, libro II, p. 109.

[3] Baumes, *op. cit.*, p. 191.

[4] Hallé, *Recherches*. *op. cit.*, p. 111.

das sensuales y la tentación autoerótica del baño. En los gabinetes de aseo de aquel tiempo, la intimidad no se encuentra al abrigo de la seducción;[5] la desnudez comporta un riesgo.

De todas maneras, tales prácticas no pueden limitarse sino a una estrecha *élite*. El dominio insuficiente de los flujos no sabría autorizar una amplia difusión de la higiene corporal privada.[6] De momento, están a la ordel del día los usos colectivos del agua.[7] El baño, cuyo uso a decir verdad se extendió a fines del siglo, por lo menos en la capital,[8] constituye ante todo una práctica terapéutica. Por otra parte, anota Moheau, la ablución no es útil al hombre de trabajo sino cuando no lo ejecuta; el resto del tiempo el movimiento del sudor basta para limpiar los poros.[9]

Sin embargo, y ya volveremos sobre este punto, una pedagogía popular de la higiene privada empieza a bosquejarse; se elaboran algunas normas en el seno de medios limitados, aquellos mismos que despiertan la más viva inquietud; la escuela,[10] y más aún la celda del preso, el hospital, el cuartel y el barco de Cook, se convierten en laboratorios donde se experimentan oscuras estrategias.

El nuevo uso de los perfumes coincide, en el seno de las *élites* sociales, con los ritos innovadores del aseo: el individuo, repitámoslo, no debe traicionar su higiene deficiente con ninguna máscara olfativa. Conviene, al contrario, permitir que se perciba su atmósfera individual, que revela la unicidad de su yo. Solamente ciertos olores vegetales, escogidos con discernimiento pueden, mediante el anuncio de evidencias armónicas, acentuar la seducción de la persona. Con la práctica del *self looking glass* se desarrolla en la mujer la preocupación de respirar y controlar sus fragancias. La función psicológica y social de los aromas delicados justifica las modas nuevas. "Hay que hacer alguna cosa para gustarnos a nosotros mismos —escribe el perfumista Déjean, a propósito del empleo de los perfumes vegetales—; esto nos vuelve alegres en las asambleas y por ende que guste-

[5] *Cf.* Lion Murard y Patrick Zylberman, *Sanitas sanitatum, et omnia sanitas*, París, CERFI, 1980, pp. 275-280. Sobre el tema, *cf.* también Jean-Maurice Bizière, "Before and after: Essai de psicho-histoire", *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, abril-junio de 1980, pp. 177-207.

[6] A este respecto, el libro reciente de Daniel Roche, *Le peuple de Paris*, obliga a matizar un poco; los inventarios después del deceso revelan una cantidad nada despreciable de potes y cubetas en cuartos interiores populares, principalmente en el seno de las categorías en contacto con la aristocracia (p. 122).

[7] *Cf.* Bruno Fortier, "La maîtrise de l'eau", *XVIIIe siècle*, 1977, pp. 193-201.

[8] *Cf.* sobre todo Ronesse, *op. cit.*, p. 91, quien afirma en 1782: "El agua que viene de las casas es infinitamente más considerable que hace unos quince años; lo que se debe al uso muy frecuente de los baños que los médicos ordenan ahora en muchas más enfermedades, como no lo hacían antes, y al agrado que el público ha tomado hacia este uso; de manera que hay baños en todas las casas nuevas, y a que, cuando un particular *acomodado* quiere alquilar un departamento, considera el cuarto de baño como uno de los esenciales." Se ha tomado la costumbre de adaptar bombas en casi todos los pozos; por este hecho, los domésticos de las casas grandes han dejado de economizar el agua y la utilizan para lavar patios y cocinas, y también los vehículos.

[9] *Op. cit.*, p. 110.

[10] Acerca de la implantación de una disciplina en la escuela, *cf.* Dominique Julia, Roger Chartier, M.-M. Compère, *op. cit.*, principalmente p. 145.

mos a los demás; es lo que hace la sociedad. Si por desgracia nos disgustamos a nosotros mismos, ¿a quién podríamos agradar?"[11] Esta advertencia confirma una evolución de la más alta importancia, señalada ya por Roger Chartier a propósito de los manuales escolares: el progreso de un código de urbanidad destinado, sobre todo, a evitar la incomodidad ajena hacia un conjunto de preceptos higiénicos, y que también tiene por objeto la satisfacción narcisista.[12] La mujer quiere que se le aspire; afirma así su voluntad de autoexpresión. A través de esta alusión discreta a los ímpetus del cuerpo, mediante esa búsqueda del reflejo, crea un *aura* de ensueño y deseo. La transferencia se bosqueja del mosaico olfatorio a la frase olfativa.

La nueva moda, toda delicadeza y matices, traduce aún ese hecho histórico mayor, discernido por Robert Mauzi: el paso de la sensación provocada a la sensación acogida, del artificio a la naturaleza.[13] Es la solicitación imprecisa la que desencadena las conmociones voluptuosas. "Perfumamos —sigue escribiendo Déjean— [. . .] para satisfacer la sensualidad del olfato [. . .] no con olores fuertes y violentos, sino con aromas suaves que no se pueden distinguir ni definir."[14]

La aplicación de tales principios conduce al rechazo de los perfumes animales. Ámbar, algalia y almizcle cayeron de moda "desde que nuestros nervios se volvieron más delicados", leemos en la *Enciclopedia* en 1765.[15] Ya no se soportan los guantes almizclados a causa de su olor demasiado violento. A este respecto, los testimonios forman legión. El almizcle ya no está de moda, declara Le Cat.[16] Como si eso ocurriese de por sí, Déjean alude al descrédito que cae sobre ese perfume y se conforma con hablar en favor del ámbar.[17] Conviene, sin embargo, guardarnos de exagerar. Ciertos testimonios mencionan actitudes más conservadoras. Mientras se vituperan los perfumes animales, los "extractos de ámbar real" son objeto de una tardía afición. Dicha resistencia, negada pero indiscutible, que se perpetuará hasta nuestros días puesto que el almizcle continúa vendiéndose,[18] se explica por el juego subterráneo de la prohibición y del deseo. Incita a una atención particular.

Havelock Ellis analiza con razón ese descrédito del almizcle como un hecho destacado en la historia del sexo.[19] Hasta fines del siglo XVIII, piensa, las mujeres

[11] M. Déjean, *Traité des odeurs*, París, 1764, p. 147.

[12] Roger Chartier, *op. cit.*, p. 144.

[13] *Op. cit.*, p. 427.

[14] *Op. cit.*, p. 457.

[15] Artículo "Parfum". La misma opinión ha sido expresada por el caballero de Jaucourt, artículo "musc".

[16] Claude-Nicolas Le Cat, *Traité des sensations y des passions en général y des sens en particulier*, París, 1767, t. II, p. 256. El almizcle ocasiona bochornos y síncopes a todas las damas, y a parte de los hombres.

[17] *Op. cit.*, p. 91.

[18] Pero su función ha cambiado, puesto que hoy se tiende a reservarlo a los hombres. El perfume animal se ha convertido en símbolo de virilidad; perdió toda referencia al celo.

[19] Havelock Ellis, *Études de psychologie sexuelle*, t. IV: "La sélection sexuelle chez l'homme", París, 1912, p. 169. Cuando escribe, a principios del siglo XX, los especialistas habían insistido desde

utilizaron el perfume, no para disimular su propio olor, como se dijo entonces, sino para acentuarlo.[20] La función del almizcle era idéntica a la del corsé, que acentúa ciertas prominencias del cuerpo. Según Hagen,[21] maestro de la osfresiología sexual, las mujeres rebuscaron hasta entonces, con ese fin, los aromas más fuertes, los más animales.

Dentro de este criterio, la declinación de tales perfumes a finales del siglo XVIII no haría sino registrar el "valor primitivo" de los olores sexuales.[22] Havelock Ellis reanuda los análisis temerosos de Bordeu. El hombre y la mujer de Occidente se esforzarán en lo sucesivo por disfrazar, con más o menos habilidad, los olores corporales que se habían vuelto inoportunos; manera de negar el papel sexual del olfato, o por lo menos de desplazar el campo de la excitación y de la alusión olfativa, puesto que en lo sucesivo es a las exhalaciones delicadas de la transpiración insensible y no a los más potentes olores de las secreciones, a las que pertenezca presagiar la liga íntima. Jamás una revolución de tal importancia se había operado en la historia de la solicitación sexual. Excepto, escribirá Freud veintidós años más tarde, cuando el hombre se había enderezado, atenuando así por vez primera el papel del olfato en el desencadenamiento del deseo.[23]

No está prohibido pensar que el sensualismo haya contribuido a la victoria de ese entredicho que lesionó los perfumes animales. El olor excrementoso de los emuntorios colocados cerca de los órganos genitales —y es el caso del almizclero— explicaría los sentimientos de vergüenza que éstos suscitan y por tanto, en última instancia, el pudor. Hartley se declara convencido de ello: "Los desagrados del espíritu que acompañan la vergüenza, las ideas de indecencia, etc., provienen en grado considerable del olor desagradable de las materias fecales del cuerpo de los animales."[24] El filósofo inglés justifica de ese modo una cara idea de los Padres de la Iglesia; su teoría conduce implícitamente a condenar el empleo del almizcle, el ámbar y de la algalia.

La declinación proclamada de los perfumes animales, cuya justificación teórica hemos visto y que se presenta como fenómeno de una extraña complejidad, se acompaña de la boga inmensa de los "espíritus olorosos", de los "aceites esen-

hacía mucho tiempo sobre la incidencia de tal olor sobre el comportamiento sexual. Esquirol cita varios casos de mujeres que enloquecieron por haber olido almizcle durante el período de lactancia. Féré, cincuenta años más tarde, afirma que de todos los perfumes es el que mejor evoca las secreciones sexuales.

[20] *Ibid.*, p. 162.

[21] Iwan Block Hagen, *Osfresiología sexual*, 1901. Se encuentra en esa obra, así como en la de Havelock Ellis, una excelente bibliografía sobre este asunto.

[22] Havelock Ellis, *op. cit.*, p. 169.

[23] S. Freud (*Malaise dans la civilisation*, París, PUF, 1971, notas de las págs. 49 y 50) escribe: "El enderezamiento o la verticalización del hombre sería el comienzo del proceso ineludible de la civilización. A partir de esto, un encadenamiento se desarrolla que, de la depreciación de las percepciones olfativas y del aislamiento de las mujeres en el momento de sus menstruos, lleva a la preponderancia de las percepciones visuales, a la visibilidad de los órganos genitales y después a la continuidad de la excitación sexual y a la fundación de la familia, y de tal suerte al umbral de la civilización humana."

[24] Hartley, *op. cit.*, t. II, p. 332.

ciales" y de las "aguas de olor", sacados de las flores primaverales. La novedad reside aquí en la multiplicidad.[25] En la corte de Luis XV la etiqueta prescribe el uso de un perfume diferente cada día. Al gran éxito del agua de rosas[26] se agregan los de la violeta y el tomillo, y sobre todo de la lavanda y el romero. "El agua de lavanda —anota Malouin— se usa muchísimo en los gabinetes de aseo y en los guardarropas, para la limpieza. El olor de la lavanda es, de todos los aromas, aquel que acomoda mejor a todo el mundo en general."[27] Hacia 1760[28] fueron lanzadas las aguas llamadas de "la mariscala" y "la duquesa", cuya nueva sensibilidad sanciona la moda. Algunos años más tarde, los olores vegetales de las islas vienen a traer una nota de exotismo a la gama de las esencias florales.[29] Los hombres, como las mujeres, obedecen a las nuevas sugestiones y Casanova se burla del joven barón Bavois, cuya cámara se embalsamaba con el olor de las pomadas y aguas de olor con que se perfumaba.[30]

Los "olores" delicados entran a los ritos de la higiene corporal. Ciertamente varios médicos, y Platner el primero, aconsejan el empleo de agua pura y piden no usar las mezclas perfumadas.[31] Pero no se les hace caso. Al "agua de ángel", muy en boga en el siglo XVII, pero cuya costumbre se perdió, según nos dice Déjean, en 1764, siguieron las aguas con olor a frutas, los jabones y las pastas con perfume floral, las bolas olorosas con las que se frota en el baño. Los maestros perfumistas preparan pastillas de olor y polvos para embalsamar la mano, objeto de una curiosa insistencia.[32] El hábito de lavarse la boca con agua de rosas se desarrolla, así como perfumarse el aliento con pasta de iris.

La literatura galante se apresura en registrar la descalificación del almizcle. Hay mucha higiene y abluciones en el erotismo de Rétif. El agua de rosas cuenta aquí con un asombroso monopolio; refresca sin cesar los pies, el ano y el *conin* de Conquette-Ingénue.[33] El *bidet* se ha vuelto un auxiliar del placer. El relato casanoviano refleja la misma monotonía olfativa; el lavado del cuerpo de la mujer con agua de rosas se torna rito.[34] El perfume ya no ocupa más sitio que en la puesta en escena del placer;[35] se ha distanciado en relación con el cuerpo deseado. Es más, habrá desaparecido del espacio erótico sadiano.[36]

[25] Déjean, *op. cit.*, pp. 8 *ss*. Debemos religar esta evolución a la que afecta el espectro de los colores de moda en la indumentaria; los colores tiernos triunfan, mientras el junquillo gana terreno sobre el almizcle (a este respecto, *cf.* D. Roche, *Le peuple de Paris*, p. 177).

[26] Ya muy utilizada en el siglo XVII; *cf.* Blégny, *op. cit.*, p. 687.

[27] *Op. cit.*, p. 275.

[28] *Cf.* doctor L. Reutter de Rosemont, *Histoire de la pharmacie à travers les âges*, t. II, p. 438.

[29] *Ibid.*, p. 441. Así, desde 1740 el heliotropo del Perú fue implantado en Francia por Joseph de Jussieu.

[30] Casanova, *op. cit.*, p. 255.

[31] Es principalmente la opinión de Fourcroy, *op. cit.*, p. 186.

[32] *Cf.* Blégny, *op. cit.*, p. 697, y Déjean, *op. cit.*, p. 303.

[33] Restif de la Bretonne, *L'Anti-Justine*, *passim*.

[34] A título de ejemplo y a propósito de su monja veneciana: "Lavaba su espléndido busto con agua de rosas", *op. cit.*, p. 448.

[35] Así, en la novela de La Morlière, *Angola, histoire indienne*, 1746.

[36] Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, París, Le Seuil, 1971. La puesta en escena del cuerpo

La insistencia con que se ha subrayado el poder absorbente de la piel, justifica la precaución. Los polvos perfumados compensan esta prudencia. Revelan entonces, más que todo, la personalidad del que los usa. "Varían —anota Déjean— según el gusto de cada quien y se distinguen por los aromas que los componen."[37] El polvo a la mariscala conserva su prestigio cerca de un siglo; se trata de una sabia mezcla de iris, clavo de especia, lavanda, rosa, naranja y mejorana, preparada por la mariscala D'Aumont. Además, los más utilizados son el polvo de iris y el de Chipre, y sobre todo el de clavel; éste se impone a fines del reinado de Luis XV;[38] su éxito simboliza el triunfo de los aromas vegetales.

El atractivo por las flores acompaña, con toda lógica, esa afición. Las parisienses a la moda cultivan el clavo de especia y el basilisco en maceta.[39] Grandes floreros decoran los gabinetes de aseo de las damas. Las elegantes se adornan con madreselvas y flores silvestres: botón de oro, jacinto, junquillo, estrella de mar, campánula o ranúnculo. La violeta es objeto de un verdadero culto. María Antonieta sintetizará y ampliará un conjunto de las conductas que habían aparecido antes que ella se impusiera en la corte.[40]

El olor fuerte, convertido en arcaísmo, es ahora herencia de viejas coquetas o de campesinas. El olor animal denuncia al pueblo. "El elegante no huele a ámbar", hace notar Louis-Sébastien Mercier.[41] Casanova por poco se desmaya ante la aparición de la vieja duquesa ninfómana que olía a almizcle a una distancia de veinte pasos.[42] Él mismo utiliza la mirra y el estoraque, nada más para constituirse el avío sulfuroso del hechicero.[43] La seductora Celestina le repugna porque se mofa de las aguas de olor antes que traicionar sus aficiones y confesar que utiliza grasa de cabra.[44]

"Aparte de los filósofos [. . .] todo el mundo olía bien", escribirá Alejandro Dumas, en 1868, a propósito de las *élites* de fines del Antiguo Régimen.[45] Edmundo de Goncourt y Huysmans contribuirán a instalar el mito del siglo XVIII oloroso. Aparte de la exageración, hay algo de esta verdad reconocida por la *Enciclopedia*. La práctica de perfumar el entorno y los objetos que lo componen tiende entonces a compensar el abandono del almizcle y de la algalia. Los perfu-

sadiano concierne a la mirada; ni flores ni excrementos figuran allí sino para jalonar un itinerario de degradación. "Escrita, la mierda no huele; Sade puede inundar en ella a sus compañeros, no recibiremos ningún efluvio, sino solamente la señal abstracta de un desagrado" (p. 140). Notemos, sin embargo, en el relato sadiano, algunas referencias al aliento, al olor del esperma y, claro está, al del azufre (*cf.* los sortilegios de la Durand).

37 *Op. cit.*, p. 423.

38 *Ibid.*, p. 431

39 Buchoz, *op. cit.*, 1771, 1ª parte. Además, testimonio de L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. VI, p. 153.

40 Mme. Campan (*Mémoires sur la vie de Marie Antoinette, reine de France et de Navarre*, 1849, p. 97) advierte la proliferación de flores en los peinados en la corte de Luis XVI.

41 L.-S. Mercier, *op. cit.*, t. II, p. 158.

42 *Op. cit.*, p. 295. Mismo tipo de reacción, p. 176.

43 *Ibid.*, p. 185.

44 *Ibid.*, p. 139.

45 Alejandro Dumas, "Les parfums", *Le (Petit) Moniteur universel du soir*, 16 de octubre de 1868.

mistas proponen "compuestos para llevarlos encima";[46] "perfumes de placer", sin propósitos terapéuticos. "No se llevan los olores sino en frascos —precisa Déjean—, por temor a incomodar a los que no gustan de ellos."[47] Se disimulan algodones empapados de perfume, en pebeteros miniatura o dentro de minúsculas borlitas cosidas en alguna de las piezas del vestido. Las elegantes rivalizan en el arte de analizar los compuestos. La posesión de un perfume real significa pertenecer a la aristocracia del refinamiento. Casanova no abandona nunca el frasco del que se usa en el entorno de Luis XV.[48] Se sabe la insistencia con que Sade, encerrado en la Bastilla, reclama de sus corresponsales el envío de ricos "aromas".[49]

La moda del pañuelo perfumado,[50] elemento de privilegio en las estrategias femeninas, se mantendrá durante el siglo XIX. Los perfumistas, pero también las coquetas, confeccionan "cojincitos para llevar encima",[51] y los llenan de polvo de violeta ligeramente almizclado. Las "almohadillas de Inglaterra", de seda o de tafeta de Florencia —pues otras telas corrompen los olores— se confeccionan en casa.[52] Disimulan un cojincito de algodón perfumado o una pulgarada de polvos olorosos. Se les ata con listones sobre las batas de las damas, se les coloca en armarios, cómodas y cajones de las mesas de noche.

También se acostumbra perfumar los útiles de aseo. El guante de Provenza, de aromas delicados, sustituye al guante almizclado.[53] El abanico perfumado ventila y matiza los efluvios de los senos y del ramo. La armonía que se establece con el olor del guante suscribe la sutileza del compuesto olfativo. Aunque con menos frecuencia, los vestidos a la moda de Inglaterra o de Montpellier se cortan en telas olorosas.[54] Llevar batas que hayan estado guardadas en una funda delicadamente perfumada,[55] confirma la mutación de las modas de la solicitación sexual.

Todo lo que se lleva, y hasta las medallas y los rosarios mismos,[56] puede ser caricia para el olfato. Para compensarse de no poder fumar en presencia de las damas, los hombres aspiran por la nariz tabacos (rapé) que huelen a jazmín, a tuberosa o a azahar.[57] Los cocineros, ya lo hemos visto, se ocupan de perfumar los platos.

[46] Tratado de los perfumes, *Le Parfumeur royal*, 1761, p. 83.
[47] *Op. cit.*, p. 4.
[48] *Op. cit.*, p. 427.
[49] A título de ejemplo, cartas XIV, de junio de 1783, y XXIII, del 8 de marzo de 1784, *Lettres choisies du marquis de Sade*, J.-J. Pauwert, 1963, pp. 169 y 222.
[50] Casanova, *op. cit.*, p. 435.
[51] *Le Parfumeur royal*, p. 150.
[52] Déjean, *op. cit.*, p. 447.
[53] Numerosos testimonios a este respecto: *Encyclopédie*, artículo "parfum"; Buchoz, *op. cit.*, p. 137; *Le Parfumeur royal*, p. 7.
[54] *Le Parfumeur royal*, pp. 152-153.
[55] *Ibid.*, p. 158.
[56] Buchoz, *op. cit.*, p. 67.
[57] *Ibid.*, p. 233.

La atmósfera del espacio privado se matiza de olores: cajas perfumadas,[58] canastas de olor[59] y sobre todo sabias mezcolanzas[60] de las que algunas pueden conservar su poder oloroso durante más de diez o doce años,[61] embalsaman las residencias ricas. Su confección, como la de las pomadas, los polvos o las aguas de olor, mantiene una verdadera cocina, o mejor dicho un arte doméstico de la conservación de aromas, que viene a hacer la competencia al comercio de los maestros perfumistas.

Aunque limitados, los progresos de la higiene corporal hacen del gabinete de aseo uno de los templos de la seducción. Así como en su vecina la alcoba, el ambiente olfativo sella la intimidad y se alía al efecto de los cortinajes y los espejos; Parny,[62] después de Rousseau,[63] se detiene con nostalgia en ese sitio privilegiado de la solicitación sexual, de la que la Pompadour se hizo símbolo.[64] Al contrario, la puesta en escena olfativa de llevar a su extremo límite la sabia ventilación de los olores, ordenada en sus apartamientos por el duque de Richelieu, parece no haber hecho escuela.

El perfume de Narciso

La disponibilidad que permite acoger la sensación, escogida con el fin de disfrutar los goces y sentimientos que suscita, constituye la primera de las prescripciones de la moral sensualista. Rousseau hará de ese arte de las sensaciones, fundado sobre la selección y la disposición de los objetos, la primera de las técnicas de la felicidad. Este difícil cálculo implica la preocupación constante de preservarse de la sensación importuna que distrae, si es que no provoca repulsión. Probar los verdaderos placeres del olfato supone, pues, una huida previa, lejos de lodazales y estercoleros; lejos de la putrefacción de los cuerpos vivientes, de los sitios confinados de la ciudad y de los terrenos angostos del valle. El campo mismo impone la huida;[65] la aldea se ha convertido en cloaca, asegura Girardin.[66] "Percibo cien chozas amontonadas —deplorará Oberman— , odioso cúmulo donde calles, establos y terrenos de hortalizas; muros, pisos y techos húmedos, y hasta tiliches y muebles, no parecen sino de un mismo fango, donde todas las mujeres gritan, todos los niños lloran, todos los hombres sudan."[67]

[58] *Le Parfumeur royal*, p. 158.
[59] *Ibid.*, p. 159.
[60] *Ibid.*, pp. 148-149.
[61] *Ibid.*, p. 202.
[62] "*Le Cabinet de toilette*.
[63] *Émile*, p. 201.
[64] Godard d'Aucourt (*Thémidore*, 1745), reeditada. J. C. Lattès, 1980, p. 226, da a entender que el uso de los perfumes matizados y delicadamente alusivos constituye una de las armas preferidas de las "devotas" libertinas. Los aromas delicados del arreglo de Mme. de Dorigny preparan la derrota de Thémidore.
[65] *Cf. infra*, pp. 171 *ss*.
[66] R.-L. Girardin, *De la composition des paysages*, París, 1777, p. 59.
[67] Senancour, *Oberman*, ed. citada, t. I, p. 71.

Así, dicha repulsión se manifiesta todavía imprecisa, pero intensamente resentida respecto a las "emanaciones sociales".[68] A los ojos de Ramond de Carbonnières, que contribuirá tanto a la moda del paseo a la montaña, ese "comercio de emanaciones"[69] no se efectúa sino en plano horizontal; define la socialidad popular del llano o del valle; la *élite* debe poder escaparse de ella, tomando altura. Huida vertical, que permite abandonarle al pueblo confinado la pestilencia de los amontonamientos.

El rico debe gozar del aire puro. Las amplias ventanas de su residencia y el espacio libre de estorbos que lo rodea no podrían bastarle. Tronchin le aconseja el paseo para procurarse esa ventilación ligera que lo ponga en guardia contra el estancamiento del reposo. Cada verano, Diderot y Sofía Volland abandonan París, uno para ir a la Chevrette o el Gran Val, la otra para ir a Isle;[70] Saint-Preux se asombra de que no se envíe a los vaporosos a la montaña. En 1778, Thouvenel se esfuerza por promover la aeroterapia, todavía balbuciente, puesta a la moda por los filósofos. Jurine predica los "baños aéreos".[71] Una noción aún imprecisa, la de la "cura de aire",[72] se vuelve prescripción médica en espera de que los higienistas del siglo siguiente afinen la práctica y la modelen sabiamente, según las edades, los sexos y los temperamentos.[73]

El jardín y la montaña, antítesis de los lugares pútridos, se adornan con virtudes salvadoras. Géraud reclama la multiplicación de los parques públicos a la sombra de los cuales el citadino pueda ir a descargarse de sus miasmas.[74] Sin embargo, la montaña sigue siendo la suprema referencia. La estancia en las altitudes puede, ciertamente, revelarse temible. Saussure pone en guardia a sus lectores.[75] El aire que se respira en los "confines del éter"[76] "es árido y desprovisto de las emanaciones de la tierra habitada";[77] le causa angustia al turista temerario; la "degeneración" de los montañeses suizos, la fealdad de sus mujeres,[78] el cretinismo de los habitantes de la Maurienne,[79] insisten en la necesidad de la pruden-

[68] *Ibid.*

[69] Ramond, *Observations faites dans les Pyrénées pour servir de suite à des observations sur les Alpes*, 1789, p. 346.

[70] Robert Favre, *op. cit.*, p. 251.

[71] *Op. cit.*, p. 95.

[72] François Dagognet (artículo citado) analiza con gran sutileza esa "cura de sueño social", esa "hibernación afectiva" (p. 85), ese "delirio organizado en derredor del aire vivificador de las montañas" (p. 76). Para explicar ese deseo de captar la energía de las alturas, se refiere a los temas jungianos de la aspiración salvadora y de la resurrección aérea. La moda de la estancia en el campo debe quedar ligada a aquella, más general, de las conductas ascensionales.

[73] Por ejemplo, Étienne Tourtelle, *op. cit.*, p. 271.

[74] *Op. cit.*, p. 95.

[75] Horacio Benedict de Saussure, *Voyages dans les Alpes*, Neufchâtel, 1779, t. I, p. 518: "El aire de las montañas a más de quinientas o seiscientas toesas al nivel del mar, está viciado por otras exhalaciones."

[76] Senancour, *Oberman*, t. I, p. 54.

[77] Ramond, *op. cit.*, p. 348.

[78] Senancour, *Oberman*, t. II, p. 174.

[79] H.-B. de Saussure, *op. cit.*, t. II, pp. 480 *ss.*

cia. Por lo menos esas soledades autorizan aquella disponibilidad indispensable al placer de la sensación. Son las soledades alpinas las que permiten a Oberman gozar del ruido de la fuente.

También el retiro del jardín permite crear aquella "situación romántica" definida así por Girardin: "Sin ser hosca ni salvaje [. . .] debe ser tranquila y solitaria, para que el alma no tenga distracciones y pueda entregarse totalmente a la dulzura de un sentimiento profundo."[80] Aquí, a pesar de la descalificación teórica de que es víctima de parte de aquellos que ven en él el sentido de la animalidad, el olfato se encuentra investido de poderosos efectos.

"Es necesario que las voluptuosidades, para no herir la razón, tengan un punto de apoyo, o por lo menos un pretexto en la naturaleza", decreta Watelet.[81] Esta preferencia "de los paisajes o de la naturaleza escogida"[82] descalifica la sabia combinación perfumada de los prados en provecho de un canastillo muy limitado de aromas. El olor del heno cortado constituye en lo sucesivo la suprema referencia balsámica. Louis-Sébastien Mercier,[83] Ramond[84] y Senancour y después Loaisel de Trêogate,[85] exaltan esta regocijante sutileza. "Hacia las cuatro horas me despertó la claridad del día y el olor del heno recién cortado en la frescura de la noche, a la luz de la luna", confía Oberman.[86] Así, se enraíza el éxito del *fresh mown-hay*. En esa literatura de los placeres de la naturaleza, el junquillo, la violeta y el jazmín comparten en lo sucesivo la mayoría de las ocurrencias olfativas. La rosa, tan gustada en perfumería, es ahora una figura arcaica. La fresa, por su parte, tiende a simbolizar el buen olor de las frutas.

Hacer del jardín el sitio de los placeres olfativos pertenece, diremos, a la paradoja. Ya se sabe, primero es un cuadro. Su composición reposa sobre "la mecánica de la mirada", hace constar con justa razón Liane Lefaivre.[87] La voluntad de privilegiar la vista y el oído guía a los arquitectos. El jardín inglés proporciona ocasión para machacar y poner en obra una jerarquía de los sentidos que ya parece letanía. Girardin celebra la superioridad de la vista, cuyas impresiones son más rápidas, más vivas y más sutiles.[88] De todos los sentidos, resumirá Hirschfeld en 1779, de modo perentorio, "el olfato, que recibe las suaves exhalaciones de las plantas y de los vegetales, parece ser el último, a menos que se le quiera adjuntar el sentido más grosero y más tosco del tacto, que siente la acción refrescante del aire";[89]

[80] *Op. cit.*, p. 128.
[81] Watelet, *Essai sur les jardins*, 1764, p. 34.
[82] Girardin, *op. cit.*; se trata del título de un capítulo.
[83] *Op. cit.*, t. X, p. 72. "Al que no le agrada oler el heno cortado, desconoce el más grato de los perfumes.
[84] *Op. cit.*, p. 88.
[85] Loaisel de Tréogate, *Dolbreuse*, 1783, p. 81.
[86] Página 23. Esta sensación ha sido estudiada en la tesis de Béatrice Le Gall, *L'imaginaire chez Senancour*, 1966, p. 43. El olor del heno cortado cuenta entre los símbolos de la primera adolescencia.
[87] Liane Lefaivre, Alexander Tzonis, "La géometrie du sentiment et le paysage thérapeutique" *XVIII siècle*, 1977, p. 74.
[88] *Op. cit.*, p. 123.
[89] C. C. L. Hirschfeld, *Théorie de l'art des jardins*, Leipzig, 1779, t. I, p. 185.

así, pues, el artista debe, "sin hacer a un lado el olfato, trabajar para el ojo y el oído, y sobre todo para la vista. El jardinero se esmerará pues, principalmente, en exponer las bellezas visibles de la naturaleza campestre".[90] La flor, cuyo papel disminuye aquí, quedará sometida antes al placer de la mirada; su función primera es la de tapizar la colina y puntuar la pradera, no la de regocijar el olfato. La multiplicación de las escenas teatrales en los "jardines pintorescos" confirmará la primacía de lo visual. El oído, testigo reconfortante del movimiento purificador del viento y, más aún, del agua, puede entrar tan sólo temporalmente en competencia con la mirada, en el orden de los goces sensuales. Whately, cuya influencia ya se conoce, lo mismo que Jean-Marie Morel, no hacen alusión alguna al "placer del olfato".[91]

Conviene, sin embargo, resaltar las primeras evidencias. El olfato entra a formar parte de la paleta sensual de que dispone el artista deseoso de variar la producción de las sensaciones/sentimientos. El perfume puede volverse el auxiliar que permita afinar la estrategia emocional. Sería, desde luego, poco pertinente querer analizar con demasiada exclusividad lo que pertenece a cada uno de los sentidos; esto equivaldría a negar la búsqueda "de las percepciones correspondientes", sin las cuales, según Hirschfeld, el jardín no podría ser un sitio de plenitud sensorial. "Una floresta decorada con follaje nuevo y que tenga lejanías placenteras nos encanta aún más cuando podemos oír al mismo tiempo el canto del ruiseñor, el murmullo de una cascada, y aspirar el suave aroma de la violeta."[92]

El recuento de las coocurrencias que tejen el discurso sobre el paisaje conduce a destacar una cantidad limitada de lugares, actitudes y sentimientos que se relacionan con el acto de oler. El olfato debe solicitarse ante todo cuando se manifiesta el deseo del reposo. Los alrededores de la casa y de la alcoba, los bosquecillos que albergan el cenador o la glorieta de descanso, el lecho de musgo que invita a reposar[93] al fondo del valle, y de una manera más general los "cantones serenos", exigen la vecindad de plantas con flores o follajes olorosos. Nadie mejor que Hirschfeld ha definido esa exigencia sutil anunciada ya por Walpole.[94] El modelo, en este caso, no es tanto el jardín de Julia como el cenador

[90] *Ibid.*, p. 186.

[91] Thomas Whately, *El arte de formar los jardines modernos o el arte de los jardines ingleses*, 1771; Jean-Marie Morel, *Théorie des jardins*, 1776.

[92] *Op. cit.*, p. 185.

[93] Girardin, *op. cit.*, p. 52.

[94] Horace Walpole, *Ensayo sobre el arte de los jardines modernos*, trad. de 1784. Escribe Hirschfeld (*op. cit.*, t. II, p. 94): "En los sitios donde el hombre descansa es donde se abandona a sus pensamientos y a su imaginación, donde prefiere el sentimiento a la reflexión, cuando las familias de flores olorosas deben, derramando sus suaves perfumes, balsámicos y refrescantes, realzar la sensación de las delicias de la creación mediante el contentamiento de un nuevo sentido. Que los lugares destinados al descanso y a dormir, que los cuartos para estudiar, los comedores, los baños, estén rodeados de los suaves olores de la violeta, de la estrellamar, de la juliana [. . .] del alhelí [. . .] del narciso blanco, de la azucena blanca, del jacinto, del clavel, de la reseda de Egipto [. . .] del junquillo, etc. El goce de esos perfumes derrama de manera inexpresable una especie de recreación y de calma en el

que abriga los amores de la primera pareja en el edénico *wilderness of sweets*[95] [en la intacta soledad de las dulzuras] sugerida por Milton.

El olfato puede solicitarse cuando el agua que corre dispensa su frescura e invita a las asociaciones sensoriales. Girardin recomienda adornar con plantas olorosas la orilla de los riachuelos.[96] En el corazón del bosque de encinas, cerca del manantial, "las simples aromáticas, las hierbas saludables y la resina de los pinos olorosos perfuman el aire con un olor balsámico que dilata los pulmones"[97] y llama a la ensoñación. Hirschfeld aconseja esparcir flores junto a los puentes, donde el paseante guste de ir a sentarse.[98]

La sensualidad de los perfumes florales pertinaces puede asimismo desplegarse cuando la industria y la necesaria fecundación vienen a justificarlos. El cerco de flores que rodea la colmena no sabría ponderar mejor la invitación olfativa a las abejas del enjambre. "El tomillo, la lavanda, la mejorana, el saúco, la tila, el álamo, se prodigan allí y embalsaman a lo lejos el aire que se respira. Aquí el lujo de los perfumes y de las flores está autorizado."[99]

El optimismo de ese tiempo, que identifica lo natural con lo vital y lo salubre, funda el atractivo que ejerce el perfume de la planta en la vida. Caucionа la sensualidad olfativa del aire pleno. El olor penetrante de ciertas flores silvestres puede ocasionar embriaguez; invita al placer sexual, como lo sugiere la analogía de la mímica facial femenina. El orgasmo, al decir de los sabios, puede sobrevenir en este himeneo ambiguo entre la mujer y la flor aspirada.[100] La floresta perfumada, el cenador que alberga, los lugares solitarios para el reposo y el ensueño, se convierten fácilmente en teatros privilegiados de los abandonos vertiginosos. El perfume de la naturaleza se confunde con el incienso de la voluptuosidad. La seducción de la joven condesa, llevada a cabo por el culpable Dolbreuse,[101] así como las emociones de su noche de bodas campestre, deben mucho a la alianza de los perfumes naturales. El azahar, el jazmín y la madreselva embalsaman los amores de Sydney y Felicia.[102] Las escenografías perfumadas del placer, elaboradas por los libertinos, se ven superadas por el hedonismo de la vida vegetal.

interior del hombre, y vierte en su alma la paz y un sentimiento de complacencia que lo acalora suavemente."

[95] Milton, *El Paraíso perdido*, libro V, 294, edición Aubier, 1971, t. I, p. 258. Los libros IV y V de *El Paraíso perdido* exaltan los perfumes naturales de las flores y las praderas. Milton, ciego, solicita primero la imaginación olfativa de su lector; setos olorosos, rosas, jazmines, violetas, embalsaman la glorieta, y más precisamente el reducto secreto que cobijan los amores de Adán y Eva.

[96] *Op. cit.*, p. 48.

[97] *Ibid.*, p. 132.

[98] *Op. cit.*, t. I, p. 51.

[99] Watelet, *op. cit.*, p. 34.

[100] Havelock Ellis, *ibid.*, p. 173. Aun la más casta de las mujeres, cuando aspira profundamente una flor, cierra los ojos, y "si es muy sensible, todo su cuerpo se estremecerá, presentando así un estado íntimo que no mostrará nunca en otras circunstancias, salvo quizá a su amante"; el autor recuerda que durante el siglo XIX, por esa sola razón, ciertos moralistas vituperan las flores.

[101] Loaisel de Tréogate, *op. cit.*, pp. 174 y 80.

[102] Andréa de Nerciat, *Félicia ou mes fredaines*, reedición de 1979, p. 196. Otro ejemplo: de La Morlière, *Angola*. t. II, p. 16.

El interminable discurso que se dedica al jardín inglés, no debe, a propósito de esto, hacer olvidar la persistencia del jardín con flores, del cerco aromado que rodea la casa (*pleasure garden*), del que tanto Girardin como Hirschfeld se empeñan en subrayar su boga burguesa. La mujer, y más aún la muchacha, exaltan allí su sensibilidad. Vienen aquí para apaciguar sus propios vapores mediante su respiración entre "perfumes suaves, delicados, halagadores, refrescantes y propios para reanimar el espíritu".[103]

La función esencial otorgada a la sensación olfativa en todos esos lugares privilegiados es, con evidencia, la de promover el narcisismo. Lejos del *theatrum mundi*, habitado por el cansancio de la sociedad y tentación de los eremitas, las grutas del jardín pintoresco o las rocas de la montaña, el lector de las *Rêveries* [Ensoñaciones] de Jean-Jacques, las confidencias de Werther, o las *Nuits* [Noches] de Young, sueñan con sentir intensamente la existencia de su yo. Pero el olfato, que concurre a hacer percibir la huida del ser, se afirma en lo sucesivo como el sentido privilegiado de la percepción del tiempo. El arquitecto del paisaje debe vigilar el reloj olfativo de la naturaleza;[104] sabe que existen jardines de la mañana, del mediodía o de la tarde y tiene que optar por alguno de ellos. Si entiende otorgar una importancia particular al perfume, su selección escogerá los aromas vesperales, tan cierto es que las exhalaciones de las plantas acentúan con una intensidad muy particular la huida del día. Es lo que hace tan conmovedor, según Ramond, el aroma del clavel rojo festoneado de la montaña pirenaica.[105] La olfacción ocupa en gran parte el tema de las estaciones, incansablemente invocado y sobre el cual no hay necesidad de extenderse.

Pero la novación es bien el poder de la exaltación de la memoria afectiva; la búsqueda del "signo memorativo", según la expresión de Rousseau;[106] esa brutal confrontación entre pasado y presente impuesta por el olor que se reconoce; conexión imprevista que, lejos de abolir la temporalidad, hace sentir y revela al yo su propia historia. Mientras la moda ascendente del perfume sutil confiere una amplitud poética a la imagen memorizada del "otro", es a propósito de la reminiscencia como se afirma la descripción olfativa en la literatura. Dos ejemplos bastarán, pero podrían ser legión.

> Hay un no sé qué en los perfumes que despierta poderosamente el recuerdo del pasado. Nada recuerda a tal punto los lugares queridos, las situaciones deploradas, esos minutos cuyo paso marcó tan profundas huellas en el corazón y que dejan tan pocas en la memoria. El olor de una violeta devuelve al alma los goces de varias primaveras. No sé de cuáles de los instantes más dulces de mi vida la tila en flor fue testigo, pero a su aroma yo sentía vivamente que se me removían fibras desde hacía mucho tranquilas; que excitaba desde un profundo sueño reminiscencias ligadas a hermosos días; encontraba,

[103] Hirschfeld, *op. cit.*, t. V, p. 66.
[104] *Ibid.*, p. 19.
[105] *Op. cit.*, p. 165.
[106] Sobre este asunto, Jean Starobinski, *La transparence et l'obstacle*, París, Gallimard, 1971, pp. 196, 197 y 281.

entre mi corazón y mi pensamiento, un velo que me habría sido grato quizás. triste tal vez. volver a alzarlo.

De tal modo se expresa Ramond en 1789.[107] Oberman refiere a su corresponsal que el olor del heno cortado en Chessel le provoca reminiscencias de la "hermosa granja donde saltábamos cuando era niño".[108]

Yves Castan,[109] después de Lucien Febvre y Robert Mandrou,[110] muestra cómo el oído se impuso durante largo tiempo como sentido de la red social, frente a la vista, fuente de las certidumbres intelectuales. El ascenso del papel de la mirada, que se opera en los tiempos modernos, se manifiesta en el campo de los procedimientos judiciales; en el tribunal, el "oír decir" queda poco a poco subordinado a la implacable comprobación visual. Pero hay otro hecho mayor, oculto durante demasiado tiempo, que rima con la historia de la sensación. A partir de mediados del siglo XVIII, se bosqueja un movimiento estético que tiende a hacer del olfato el sentido generador de los grandes movimientos del alma.

> El olor —anota Saint-Lambert— nos da sensaciones más íntimas, un placer más inmediato; más independiente de la mente que el sentido de la vista; gozamos profundamente de un aroma agradable, al primer instante de su impresión; el placer de la vista depende más de la reflexión, de los deseos que excitan los objetos percibidos, de las esperanzas que hacen nacer.[111]

El olfato, por la fugacidad misma de sus impresiones, es un tributo desolador al poder de penetración del olor, y provoca al alma sensible, incapaz de escapar a los sentimientos que impone. Se instaura una correspondencia extraña entre dicha fugacidad del olor inexpresable y la revelación del deseo impreciso, sin esperanzas de apaciguamiento, que funda el narcisismo. "¡Junquillo! ¡Violeta! ¡Tuberosa!, ¡no tenéis más que instantes!",[112] deplora Oberman, fascinado y decepcionado por la precariedad de los sentimientos que sugieren. De todos los sentidos, el del olfato es el que mejor sabe hacer sentir la existencia de un yo concebido como "el estrechamiento de todo el ser alderredor de un punto único".[113] Ofrece una vía de acceso diferente de aquella que conduce al vacío interior mediante la audición de los ritmos acuáticos. Por otra parte, es probable que la importancia del autor de las *Rêveries d'un promeneur solitaire* [Los ensueños de un paseante soli-

[107] *Op. cit.*, p. 88. Este ejemplo ha sido citado con frecuencia y evocado por Maine de Biran en su *Diario*, t. I., p. 151. La señal mnemónica se manifiesta de manera privilegiada en el flanco de la montaña; ésta con su calma, con su silencio y la proximidad paternal del Sol, evoca la imagen de la madre y por ende favorece el volver a dar a luz. Otros tantos temas que serán desarrollados por Michelet (*cf.* François Dagognet, artículo citado, pp. 81 *ss*).

[108] *Oberman*, t. II, p. 58.

[109] Comunicación en mesa redonda sobre la historia de las cárceles. Tuvo lugar en el EHESS, el 19 de diciembre de 1980.

[110] Robert Mandrou, *Introduction à la France moderne. Essai de psychologie historique*, París, Albin Michel, 1961, pp. 70 *ss*.

[111] Saint Lambert, *Les Saisons*, p. 35, citado por Robert Mauzi, *op. cit.*, p. 320.

[112] T. II, p. 268.

[113] Robert Mauzi, *op. cit.*, p. 114.

tario], cuya anosmia es flagrante,[114] por lo menos dentro del orden del discurso, haya llevado a los historiadores a reducir al mínimo la importancia del papel del olfato.

Más que cualquier otro sentido, percibimos ya que éste revela la idiosincrasia. "Cada quien tiene su disposición nerviosa desconocida", indica el autor del artículo "Odorat" de la *Enciclopedia*, a propósito de la liga estrecha que une la respiración de los olores y el desencadenamiento o interrupción de los vapores. La intolerancia manifestada en lo sucesivo por las *élites* con relación al almizcle, refleja el ascenso de la sensibilidad individual. En términos de idiosincrasia, después de un siglo, se analizarán los trastornos que estaríamos tentados a considerar como alérgicos. Según los tenores de la osfresiología, y principalmente según Hipólito Cloquet, el comportamiento olfativo traduce e impone al conjunto del organismo las disposiciones más secretas del individuo.[115]

Convendría confrontar la experiencia íntima a que nace del choque fugaz del efímero olor de una flor, con el que imponen los olores excrementicios. Sabríamos en qué forma la percepción de los ritmos de la putrefacción interna en un ser vivo podría entonces revelarse obsesionante. "Vivimos dentro de la infección, llevando en nosotros mismos un olor siempre insoportable", clama Caraccioli.[116] El lugar de la defecación se especifica, se individualiza. Mediante el proceso de privatizar el desecho, se tiende a volverlo el lugar del monólogo interior. Los únicos *water-closets* a la inglesa instalados en Versalles, están reservados al rey y a María Antonieta.[117] De ese modo, éstos se cuentan entre los primeros individuos que en Francia llevan a cabo la experiencia de una intimidad nueva. La anécdota entra en el proceso de individuación de una de las prácticas sociales que juegan en pro del narcisismo. Pronto la tumba, al volverse individual, va a perder su hediondez. Se insinúa ya la tentación de echar fuera de los hospitales a los incurables, porque se están pudriendo. En 1813, Fodéré aconsejará excluir a los escrofulosos, "constantemente encerrados en la atmósfera impregnada de las emanaciones pútridas de su cuerpo".[118]

El olfato, mejor todavía que los otros sentidos, permite sentir la armonía de la organización del mundo. El olor natural introduce, por su misma fugacidad, al sentimiento de ese acuerdo universal que hace incomprensible a la muerte[119] y que autoriza la esperanza de un mundo mejor. "El choque fugaz" se convierte en "llamada súbita".[120] Robert Mauzi analiza de manera luminosa la profundidad

[114] Rousseau siente por las flores la atracción del botánico. Se inclina sobre ellas más por admirar su organización que para olerlas; más "para descansar del éxtasis que para alimentarlo"; Béatrice Le Gall, *op. cit.*, t. I, p. 331. Si el herbario que se constituye es primeramente un "memorativo", al verlo es cuando se espera la presencia inmediata del recuerdo (J. Starobinski, *op. cit.*, p. 197).

[115] *Cf. infra*, pp. 156 *ss*.

[116] *Op. cit.*, citado por Robert Mauzi, *op. cit.*, p. 195.

[117] Alfred Franklin, *op. cit.*, p. 31.

[118] *Op. cit.*, t. VI, p. 526.

[119] Senancourt, *Oberman*, t. II, p. 269.

[120] *Ibid.*, t. II, p. 268.

del intercambio: "La unidad entre la naturaleza y el hombre da a éste la ilusión de una unidad interior en él mismo. Esta sensación le restaura el hilo que entre el corazón y el espíritu se le había roto. Un perfume simple se le convierte en una toma de conciencia de sí. Ésta tiene por efecto asociar su yo a la naturaleza, hasta ese instante extraña."[121]

La experiencia de este coexistir define una sensualidad nueva que ya no es avidez del instinto sino, como la definió Watelet, el arte de las "relaciones más perfectas entre los objetos exteriores, los sentidos y el estado de ánimo".[122] Así se nos revela la finalidad de la flor más discreta, que "parece estar hecha sólo para el hombre".[123] Nadie como Senancour expresará ese vertiginoso poder del olfato puesto a disposición de los individuos dotados de una fina sensibilidad. Las flores primaverales lanzan al alma selecta esas llamadas súbitas a "la vida más íntima"

> Un junquillo había florecido (sobre un muro de apoyo). Era la más fuerte expresión del deseo: era el primer perfume del año. Sentí toda la felicidad destinada al hombre.[124] La mayoría no sabría concebir las relaciones entre el olor que exhala una planta y los medios de felicidad con que cuenta el mundo. ¿Acaso deben para ello mirar como un error de la imaginación el sentimiento de dichas relaciones? Estas dos percepciones, tan ajenas una de la otra para varios espíritus, ¿lo son acaso para el genio que puede seguir la cadena que las une?[125]

No sería mucho insistir acerca de la importancia de la flor silvestre, de discreto perfume, natural y caprichoso, don gratuito, estela del infinito que valoriza el primer movimiento del corazón.[126] Reveladora de los deseos insondables, va a dibujar el modelo en función del cual se estructure la imagen de una muchacha.

A finales del siglo XVIII,[127] el jardín y la montaña se volvieron sitios de una múltiple búsqueda. Al corazón de su perfumada soledad, el viajero no sólo va para buscar el descanso o el placer sensual. La huida lejos de la turba pútrida autoriza la es-

[121] *Op. cit.*, p. 317.
[122] Citado por Robert Mauzi, *op. cit.*, p. 319.
[123] *Cf. supra*, p. 12.
[124] *Op. cit.*, t. I, p. 113.
[125] *Ibid.*, t. I, pp. 244 y 245.
[126] Marcel Raymond (*Senancour, Sensations et révélations*, 1965) analiza esta búsqueda de la felicidad mediante la sensación en la obra de Senancour. Ve en la sensibilidad particular al olor la valorización del primer movimiento del corazón. Marcel Raymond compara dicho sentimiento con el sentido de la aparición en Novalis. Béatrice Le Gall, por su parte, revela que la violeta y el junquillo evocaban en Senancour dos experiencias amorosas. Agrega (p. 271): "Ama la violeta porque no es sino una fragancia cuando está escondida entre la hierba." Senancour escribe, en efecto, en las *Rêveries*: "El sentimiento que emana de ella se nos ofrece y se niega de inmediato: lo buscamos en vano, un ligero soplo se ha llevado su perfume, lo vuelve a traer, se lo vuelve a llevar y su capricho invisible ha hecho nuestra voluptuosidad. Agreguemos que, apasionado como Hoffmann (*Le vase d'or*), mediante correspondencias sensoriales, e inspirado por las investigaciones del padre Castel, Senancour, mucho antes que Des Esseintes y Huysmans, soñaba con un clavicordio de los olores (Béatrice Le Gall, *op. cit.*, p. 331).
[127] Debemos advertir, sin embargo, que *Oberman* no aparece sino hasta 1803.

peranza de la reminiscencia, aviva el narcisismo, deja presagiar el sentimiento del acuerdo universal, favorece las efusiones del enamorado solitario. Mejor que la vista del paisaje compuesto por el artista jardinero, o que la contemplación de las inmensidades rocosas, es el olor del junquillo el que nos lleva a dicha sensualidad nueva. Entonces se bosquejan, alderredor de los aromas primaverales, funciones que progresivamente serán otorgadas al perfume, cuando el momento de la estética del olfato haya llegado. Por el momento, importa desodorizar el cuerpo y sobre todo el entorno, a fin de permitir la calma sensorial indispensable a las conmociones voluptuosas del yo.

Las prescripciones médicas destinadas a detener las fiebres pútridas y aplastar los miasmas; la ansiedad metafísica que genera la marcha de la putrefacción en lo más profundo del ser; el ascenso del narcisismo y el deseo de disponibilidad olfativa que suscita; la voluntad de someterse al acecho de los olores naturales, que revelan la existencia del yo y la armonía del mundo; el miedo provocado por las emanaciones sociales aún confusas e indiferenciadas, confluyen para promover las estrategias de la desodorización, puestas en marcha a partir de mediados del siglo XVIII.

Otros tantos hechos históricos que explican el descenso de los umbrales de la tolerancia en relación con la hediondez, son la emergencia de la moda de los perfumes delicados y los escasos progresos de la higiene corporal. Más allá de la ampulosidad del discurso médico que suscita y que aparece al mismo tiempo como instrumento de la desodorización, y como el precio que se exige por los trastornos antropológicos que implica, dicha revolución perceptiva, de alcance polimorfo, informa acerca de toda la sociedad.

Segunda Parte

PURIFICAR EL ESPACIO PÚBLICO

VI. LAS ESTRATEGIAS DE LA DESODORIZACIÓN

PAVIMENTAR, DRENAR, VENTILAR

EL AUMENTO de las preocupaciones higienísticas a finales del siglo XVIII alentó numerosos trabajos. Mi propósito no es establecer un balance, sino operar una lectura nueva del discurso, intentar una revista de las realizaciones dentro de la perspectiva de una historia sensorial. La política sanitaria que se estructura entonces se extrae de un pasado ya largo, asediado por lo nauseabundo; asume prácticas heredadas de la ciencia antigua y vueltas a aparecer en el campo de los reglamentos urbanos hacia el siglo XIV. Sin embargo, este higienismo no se acantona en un emplear de nuevo; la evolución de las convicciones médicas, y más aún los progresos de la química, aseguran ya la modernidad.

La estrategia sanitaria que se estructura, no reviste ahora el carácter episódico de aquella que se desplegaba cuando hacía estragos la epidemia; pretende la permanencia, opera una síntesis, coordena sus decisiones dentro de una perspectiva edilicia. "El invento de la cuestión urbana",[1] el triunfo del concepto funcional de la "ciudad-máquina", incitan al "aseo topográfico", inseparable del "aseo social" que manifiestan la limpieza de la calle y el arreglo de los sitios de relegación. A partir del decenio 1740-1750 una policía sanitaria, cuyo punto de mira es la coherencia, ya no se instala bajo la conducción de médicos aureolados, sino bajo los prestigios de la eficacia; por lo menos con la autoridad que les confiere un "saber transparente", "insensible a los intereses particulares" La demografía naciente, que tiende a identificar la ciudad con la tumba, conforta el pesimismo urbano, acentúa la urgencia del proyecto de bienestar social.

Desinfectar —y por tanto desodorizar— participa además de un proyecto utópico: aquel que tiene por objeto encubrir los testimonios del tiempo orgánico y rechazar todas las marcas irrefutables de la duración; esas profecías de muerte que son los excrementos, los desechos del menstruo, la podredumbre de la carroña y el hedor de los cadáveres.[2] El silencio olfativo no hace sino desarmar al miasma, negar el correr de la vida y la sucesión de los seres; sólo ayuda a soportar la angustia de la muerte.

El más arcaico de los imperativos de dicha higiene desodorizante consiste en tratar de aislar el espacio aéreo de las emanaciones telúricas. Interrumpir el flujo de los soplos plutonianos, protegerse de las nuevas subidas; impedir la impregnación del suelo, a fin de garantizar el porvenir y, dentro de toda medida posible, encerrar los hedores, constituyen las preocupaciones permanentes. Dondequiera que el desecamiento se revela imposible, lo que importa es ahogar los fangos, ta-

[1] Jean-Claude Perrot, *Genèse d'une ville moderne. Caen au XVIIIe siècle*, 1975, p. 9, y las citas que siguen: pp. 945, 950 y 10.

[2] *Cf.* Gilles Lapouge, "Utopie et Hygiène", *Cadmos*, 1980, núm. 9, p. 120.

ponar las terribles fisuras y evitar así el escape de los efluvios arácneos que se desprenden. Cuando se vuelve indispensable dragar una cuenca portuaria o un canal sometido al flujo de las mareas, más vale esperar a que las aguas los cubran.[3] Chaptal aconsejará cubrir de arena las orillas de los pantanos.[4]

Una misma preocupación explica la atención inquieta,[5] afanosa, que se otorga al "arte tenebroso de pavimentar", minuciosamente codificado por el abate Bertholon.[6] La tradición culturalista de la ciudad mantiene el sueño de las calles enlosadas, a imitación de los romanos. El pavimento alegra la mirada, hace la circulación más fácil, facilita lavar con mucha agua. Pero pavimentar es, primero, aislar de la suciedad del suelo o de la putricidad de las capas acuáticas. En los bodegones vecinos de los mercados el embaldosado se hace indispensable.[7] En *Caen*, ciudad particularmente amenazada por la abundancia de aguas cenagosas, se enlosa sin descanso.[8] El uso reciente de las banquetas, importado de Inglaterra y que no se desarrollará en Francia sino muy despacio, obedece a la misma exigencia. Aparece por primera vez en París en el año 1782, a la orilla de la calle del Teatro francés (calle del Odéon).

Dentro del orden del discurso, se recomienda entonces extender la pavimentación a las calles de las aldeas y en el interior de la casa campesina.[9] Howard aconseja reemplazar las losas de los patios de hospital por piedras planas.[10] El enlosado de las fosas sépticas, único susceptible de detener la impregnación, se convierte en objeto de prescripciones cuya precisión podría parecer asombrosa.[11] Y sin embargo, anota Franklin, el embaldosado plantea un dilema: si estorba la subida de las hediondeces, interrumpe la infiltración y retarda el lavado de los suelos mediante la lluvia; impide que se renueven las aguas subterráneas y por ende que eliminen la infección pasada. En resumen, favorece los estancamientos.

Contra la *lepra domorum*, los higienistas reasumen por su cuenta las prescripciones de Moïse: arrancar el viejo enyesado y renovarlo, picando los muros; cambiar los ladrillos en contacto directo con el suelo, porque se embeben de las sustancias pútridas mezcladas a la tierra, no sólo constituyen imperativos técnicos.[12] Enjalbegar, untar, pintar, blanquear muros, bóvedas y revestimientos de madera, es acorazarse contra el miasma. De ese modo se justifica el éxito del yeso, que

[3] Tal será la opinión del doctor Lecadre, "Le Havre considéré sous le rapport hygiénique", *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, 1849, t. 42, p. 255.

[4] *Cf.* Ramel, *op. cit.*, p. 251.

[5] Lo esencial para nuestro propósito es la ansiedad permanente que se transparenta en el tono utilizado por los autores.

[6] *Op. cit.*, p. 69.

[7] Françoise Boudon, artículo citado, p. 178.

[8] En todo el convento de los dominicos, el adoquinado será remplazado cuatro veces en cuarenta años. (J.-C. Perrot, *op. cit.*, p. 95.)

[9] Así, Baumes, *op. cit.*, p. 179.

[10] Howard, *État des prisons*. *op. cit.*, t. I, p. 47.

[11] A modo de ejemplo, la ordenanza de policía del 8 de noviembre de 1729.

[12] Fodéré, *op. cit.*, t. VI, p. 256.

no tan sólo alegra la vista sino que se reconoce un agente eficaz de lucha contra la infección. El extraño Banau destina su barniz antimefítico a los muros y a los muebles, así como a los vestidos.[13] Howard se felicita de que en el hospital de la corte las tejas barnizadas cubran los tabiques, hasta una altura de ocho pies.[14]

La voluntad de obturar herméticamente los depósitos de hediondeces parece muy natural, pero no podría, sin embargo, considerarse despreciable; es la que ordenará la estrategia que adopten los higienistas respecto a las nocividades olfativas de la industria.[15] Las técnicas de fabricación a puerta cerrada, puestas a punto por los sabios, justificarán la presencia de las fábricas de productos químicos en el corazón mismo de la ciudad. Este procedimiento se bosqueja a propósito de los excrementos. El abate Bertholon exige un buen ajuste de los carros-toneles que se dedican a la limpieza de letrinas; propone modelos. Thouret se regocija al comprobar que la mayoría de dichos vehículos deberán en lo sucesivo sellarse con yeso.[16]

A pesar de la importancia que se le concede a la circulación de las masas acuáticas, el uso del agua sigue siendo ambiguo. Limpiar no es tanto lavar, sino *drenar*; lo esencial es asegurar el desalojo, la evacuación de las inmundicias. Desde el descubrimiento de Harvey, el modelo de la circulación sanguínea induce, dentro de una perspectiva organicista, el imperativo del movimiento del aire, del agua, de los productos mismos. Lo contrario de lo insalubre es el movimiento; "nada puede en efecto corromperse —anota Bruno Fortier—, que sea móvil y forme una masa".[17] La doctrina de los fisiócratas traspone esta prescripción al plano ecónomico. El reconocimiento de las funciones de la circulación, subraya Jean-Claude Perrot, guía la mutación de las representaciones urbanas; activa las sangrías, "los despojos de las fortificaciones".[18] La virtud de movimiento incita a canalizar y expulsar las inmundicias; justifica la importancia que se otorga al declive. Desecar la ciudad por medio del drenaje es desatar el estancamiento pútrido genealógico, preservar el porvenir de la ciudad, asegurar mediante la técnica una regularización que la naturaleza sola no sabría operar en esos lugares de atascamiento artificial.

[13] Al mismo deseo se une, en efecto, la preocupación de quedar "a cubierto" cuando la infección amenaza. La imaginación de los sabios los conduce a proponer el uso de aparatos complicados. Fourcroy (*op. cit.*, p. 313) recomienda a los almidoneros "ponerse en el cuello una especie de embudo de papel, cuyo lado más amplio se abra hacia la cabeza, a fin de romper o quebrar la dirección del vapor que llega a golpearles el rostro" Los farmacéuticos proponen curiosos barnices antimefíticos. Banau (*op. cit.*, p. 99) prepara con ese fin un cocimiento con el cual podrán untarse las levitas. El caso no es aberrante; Fodéré (*op. cit.*, t. VI, p. 112) utiliza y propone a sus colegas, a los miembros de la familia y a los vecinos de sus enfermos unas cubiertas de tafeta barnizadas, que recubran traje, botas y sombrero.

[14] *État des prisons* .., *op. cit.*, t. II, p. 15. Daniel Roche (*Le peuple de Paris*, p. 140), observa que las colgaduras de tapicería en los albergues populares han progresado; a fines del siglo, adornan 84% de los interiores.

[15] *Cf. infra*, p. 141.

[16] *Op. cit.*, p. 10.

[17] *Op. cit.*, p. 59.

[18] *Op. cit.*, p. 12.

La desecación de los pantanos pestilentes, situados en las cercanías de las ciudades, se inscribe en el orden del día. En 1760, Voltaire decide sanear los alderredores de Ferney.[19] En 1781, el marqués de Voyer la emprende contra los pantanos que rodean Rochefort. Bernardin de Saint-Pierre se hace propagandista del drenaje.[20] Es más importante para nuestro propósito el desecamiento de las calles. Ciertamente, limpiar el arroyo constituye una de las más antiguas preocupaciones. Jean-Noël Biraben recuerda que ya se manifiesta en el siglo XIV, en tiempos de la peste negra, principalmente en Narbona.[21] Al correr de los años, la estrategia se ha refinado. En 1665-1666 el temor de la epidemia proporciona ocasión de limpiar las calles de Amiens;[22] las autoridades ordenan quitar los fangos e inmundicias susceptibles de expandir "el mal aire". Cuando el mal sobreviene en 1669, las medidas sanitarias de lucha contra la infección se multiplican; se decide matar ganados y aves de corral; se ordena cavar letrinas dentro de cada casa. La situación en Amiens es ejemplar. Pierre Deyon descubre entonces prácticas idénticas en el Agenais y en las regiones del Ruhr y de Amberes.[23]

En el siglo XVIII, repitámoslo, la policía sanitaria se vuelve más precisa; su objetivo es la práctica cotidiana. En 1779, la limpieza de las calles de París se convierte en motivo de concurso. El problema de las atarjeas mantiene ya un debate permanente.[24] Numerosísimos son los proyectos que tienden a encerrar y evacuar la inmundicia. Después del excremento, el hacer privado el acto del desecho inspira a los autores. Chauvet predica el modelo lionés. En dicha ciudad, "se dispone de cajas en cada piso de las casas, donde se depositan las basuras; los campesinos de los alderredores vienen regularmente todas las semanas para llevárselas. . ."[25] Tournon propone sustituir las piedras, al pie de las cuales se deposita la porquería, por guardacantones de fierro cuyo interior estaría vacío; además recomienda edificar cerca de cada casa una pequeña caseta al nivel de la fachada y del pavimento, en forma de lumbrera, con una "puerta corrediza".[26]

Los reformadores acarician el proyecto de evacuar todo al mismo tiempo, la inmundicia y el vagabundo. El hedor de la porquería y la infección social. Bertholon propone utilizar a los mendigos para proceder al barrido;[27] Chauvet quiere dedicar a ello a los pobres y achacosos.[28] Berna, anota Lavoisier con admiración, en 1780, es la ciudad más limpia. Los presidiarios "arrastran todos los días por las calles [. . .] grandes carros de cuatro ruedas, a cuyo timón van enca-

[19] Robert Favre, *op. cit.*, p. 249.

[20] *Études de la Nature* (1784), pp. 220-222, citado por Robert Favre, *op. cit.*, p. 250.

[21] Jean-Noël Biraben, *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, 1975, t. II, p. 179.

[22] Pierre Deyon, *Amiens capitale provinciale*, 1967, p. 22.

[23] *Ibid.*, p. 27.

[24] Al respecto, numerosas precisiones en la memoria de M. A. Chevallier, "Notice historique sur le nettoiement de la ville de Paris", *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, 1849.

[25] *Op. cit.*, p. 28.

[26] *Op. cit.*, p. 16.

[27] *Op. cit.*, p. 90.

[28] *Op. cit.*, p. 34.

denados; cadenas más largas y más ligeras llevan atadas al mismo vehículo a las mujeres encarceladas; [. . .] una mitad de ellas barre las calles, la otra se encarga de cargar las inmundicias en el carro".[29] Mathieu Géraud propone confiar a los presos, numerados y sujetos con cadena, el cuidado de purificar la ciudad. "Barrerían las calles y cargarían los lodos en los carretones arrastrados por sus camaradas. Quitarían asimismo el fango de las atarjeas, de los sumideros, y los cadáveres de los animales grandes, tales como caballos, mulas, etc., recogiendo también los pequeños, como perros y gatos, junto con el lodo de los lugares donde por costumbre los arrojan."[30] Cada día quitarían el tonel donde se acumulan todos los desechos, basuras y excrementos de la casa, y colocarían en su lugar el de la víspera, ya muy bien lavado.

Arlette Farge y Pierre Saddy[31] analizan el discurso repetitivo de las ordenanzas sanitarias. Secar los riachuelos que corren a mitad del arroyo debido a la prohibición de los canales desbordantes (1764), prohibir el tirar materias y otros despojos,[32] imponer el barrido de los frentes de las puertas, asegurar[33] el riego de los lugares de paseo, de los puentes y los muelles; quitar cada mañana, en carretones muy bien cerrados, las basuras domésticas que se depositen cerca de las mojoneras, reformar las técnicas de limpieza de las letrinas, generalizar el sistema de cloacas; tales son las principales medidas que jalonan ese "ciclo de la inmundicia" que se trata de establecer.

La voluntad de revolucionar el asunto de la limpieza de letrinas constituye el elemento mayor de la nueva política sanitaria. Sabemos por qué. Desde el decreto del 8 de noviembre de 1729, los maestros limpiadores disfrutan de un monopolio. En cambio, quedan sometidos a reglamentos cada vez más precisos. La ordenanza del 31 de mayo de 1726 les prohíbe echar las materias en las zanjas de las calles, así como lanzarlas al Sena o dentro de los pozos. Los compañeros deben cuidarse de utilizar toneles agujereados; están obligados a barrer, lavar y limpiar el terreno por donde hayan pasado; deben trabajar solamente de noche. Tienen la obligación de dirigirse directamente a los muladares y evitar detenerse en las cantinas. Catálogo de prescripciones que permite localizar los abusos y discernir la génesis del reglamentarismo futuro; es tan cierto, que éste encontrará su campo de experiencias entre los obreros de la inmundicia.

En 1777,[34] la desinfección de fosas es objeto de certamen. Más de veinte sabios,[35] y no de los insignificantes (Fourcroy, Guyton de Morveau, Hallé, Lavoisier, Parmentier, Pilâtre de Rozier. . .) participan en esos trabajos e intentan, gracias al

[29] *Oeuvres*, t. III, p. 496.

[30] *Op. cit.*, pp. 58-59.

[31] Pierre Saddy, "Le cycle des immondices" *XVIIIe siècle*, 1977, pp. 203-214. A. Farge, "L'espace parisien au XVIIIe siècle. . ." *Ethnologie française*, 1982-2.

[32] Ordenanza del 8 de noviembre de 1780.

[33] Desde 1750.

[34] *Cf.* Pierre Saddy, artículo citado, p. 206.

[35] Exposición exhaustiva del asunto en la obra de F. Liger, *Fosses d'aisances, latrines, urinoirs et vidanges*, París, 1875, 550 pp.

análisis de los gases mefíticos, descubrir el mejor de los desinfectantes. Se trata de desligar las hediondeces y asegurar de ese modo la inocuidad del drenaje.

La evacuación de la inmundicia, sin utilizar agua, implica la multiplicación de los muladares destinados a recibir: unos, los lodos y desechos domésticos; los otros, el excremento y la carroña. Mientras los depósitos de basura se multiplican en la capital, se suprimen las cloacas del suburbio Saint-Germain y del Niño Jesús (barrio de Saint-Marceau) (1781); a partir de entonces comienza el largo monopolio del complejo excrementoso de Montfaucon, y ya se sabe en qué forma su existencia se tornará después obsesionante.

Dicha política sanitaria, presentada primero como una lucha contra los olores nauseabundos, se revela por el momento sin mayor eficacia, por lo menos en París. El único progreso de importancia concierne a la limpieza de letrinas. En cuanto al resto, si debemos creer las descripciones, la hediondez no hace sino empeorar. Las calles de la ciudad estaban menos sucias hacía veinte años, escribe Ronesse en 1782.[36] La multiplicación de los carruajes, la supresión de las canales salientes que regaban el "arroyo", la instalación de vidrieras en los comercios, motivó que los dueños se desentendieran de barrer los frentes de sus puertas, lo que explicaría el progreso de la inmundicia. Faltaría medir lo que ese análisis debe a las nuevas exigencias sensibles.

La ventilación, en lo sucesivo, constituye el eje de la estrategia higienista. La corriente de aire es lo que ante todo importa controlar. Más aún que drenar la inmundicia, asegurar la circulación del fluido aéreo se debió al pavor del estancamiento y de la fijeza, asociadas a la frialdad y el silencio sepulcral.[37] El aerismo neohipocrático encuentra su justificación teórica. La ventilación, y es la primera de sus virtudes, restaura la elasticidad y la calidad antiséptica del aire.[38] Además, como lo subraya Hales,[39] el movimiento atmosférico, a favor de la agitación que le comunica, purifica y desodoriza el agua corrompida por el estancamiento. Ventilar es, finalmente, barrer las bajas capas del aire,[40] "constreñir la circulación salvaje de los miasmas",[41] controlar la corriente morbífica donde la naturaleza no puede ejercer libremente su regulación. La desodorización vendrá a sancionar esta primacía de las corrientes.

La obsesión por ventilar autorizará la permanencia de la mirada, en que tanto insistirá Michel Foucault. Vigilar y controlar la circulación de las corrientes aéreas manifiestan evidentes parentescos; tanto la una como la otra implican luchar contra el recoveco oscuro donde se estanca el aire viciado. Pero hay algo más importante, para nuestro propósito, que los lazos que se anudan entre el si-

[36] *Op. cit.*, p. 31.

[37] En la obra de Robert Favre (pp. 378 *ss*) hay muy hermosas páginas a propósito de esto.

[38] Cambiar el aire, escribe Jean-Claude Perrot, "no es ayudar al alivio, es aliviar verdaderamente" (*op. cit.*, t. II., p. 890).

[39] *Description du ventilateur.* pp. 103-105.

[40] Géraud, *op. cit.*

[41] François Béguin, "Évolution de quelques stratégies médico-spatiales" *La Politique de l'espace parisien à la fin de l'Ancien Régime*, p. 208.

lencio olfativo y la vigilancia de los comportamientos. Cuando la ventilación haya tomado en cuenta la nueva espacialidad de los cuerpos, cuando se manifiesta capaz de preservar los olores del "otro",[42] podrá establecerse esa confrontación permanente del individuo y sus olores, fundamento del vuelo del narcisismo. Es ésta la historia que necesitamos tratar.

Utilizar los vientos, usar máquinas, principalmente el fuelle, y ventilar por medio del llamado forzamiento en dirección de una fuente de calor, coexisten en la práctica. En 1713, Gauger publicaba su *Mécanique du feu* [Mecánica del fuego], obra sin gran alcance práctico en lo inmediato, pero que pronto habría de convertirse en una obra de referencia. El primero de los objetivos del sabio francés era calentar y ventilar todo a un tiempo, gracias al dominio de corrientes que se ordenan en derredor del hogar de la chimenea, la biblioteca del castillo, la cámara de las damas y la de los enfermos de la aristocracia. Gauger enfoca el espacio privado. Se propone hacer más confortables los trabajos del recreo y el ocio intelectual de los grandes. Restaurando la elasticidad del aire, ambiciona frenar las enfermedades femeninas. En 1742, Arbuthnot toma prestada la misma gestión. "El justo tratamiento del aire" no constituye a su manera de ver sino una de las ramas del régimen; únicamente concierne a la alcoba del enfermo.

El segundo tercio del siglo aparece decisivo. En 1736, Désaguliers, inspirado por Teral y por Gauger, que traduce del inglés, logra renovar el aire de la Cámara de los Comunes por medio de un ventilador de fuerza centrífuga, que se presenta bajo la forma de una rueda de fuelle. El duque de Chandos instalará dos de esas máquinas en su biblioteca y funcionarán más de un cuarto de siglo. En 1739, Samuel Sutton propone ventilar los buques mediante el sistema llamado de hornos, instalados al centro de su estructura.[43] Dos años más tarde, Hales y el sueco Martin Triewald prefieren al fuelle y construyen ventiladores mecánicos.

Hasta fines de siglo se conforman con discutir los méritos respectivos de los diferentes procedimientos, y optar tímidamente por alguno de ellos. En 1741, el aparato de Triewald se experimentó con éxito en la flota sueca; el de Hales funciona en varias minas de carbón; se utiliza también en el hospital de Winchester[44] y en las prisiones de Newgate. Aquí la ventilación se lleva a cabo por medio de un molino que se coloca en el techo de los edificios, y que a falta de viento se mueve con "brazos humanos o con ayuda de animales".[45] El soplo que produce se reserva a los "presos sin condena" Sutton experimenta su propio aparato sobre dos barcos en Depford y Portsmouth; a partir de 1741, el aparato se adopta para varios navíos de la marina inglesa.[46] En Francia, el vizconde de Morogues y Duhamel du Monceau (1759) se constituyen, pero sin gran éxito, en propagandistas de las nuevas máquinas; aconsejan instalarlas en los barcos del rey.

[42] Al respecto, F. Béguin, artículo citado, p. 228.
[43] Samuel Sutton, *Nouvelle méthode pour pomper le mauvais air des vaisseaux*, París, 1749.
[44] Hales, *Description du ventilateur. ..*, *op. cit.*, p. XVI.
[45] De Genneté, *op. cit.*, p. 21.
[46] Sutton, *op. cit.*, p. 4.

De hecho, el ventilador de las fosas sépticas, destinado a volver inodoras las letrinas, será el único aparato más ampliamente difundido, por lo menos en la capital. Se le utiliza antes de emprender la operación. Se trata de un gabinete de madera provisto de varios fuelles que se colocan en la abertura de la fosa. "El viento fluye por tres tuberías, dos de las cuales son horizontales",[47] los vapores son expulsados hacia arriba, "fuera del alcance de los sentidos". Por su eficacia se considera indiscutible. Gracias al ventilador, "la limpieza de letrinas, según pretende el inventor del aparato, se ha convertido [. . .] en una operación de la cual apenas si se dan cuenta en la casa donde se lleva a cabo el trabajo",[48] lo que confirman los miembros de la Comisión formada en el año 1778 para observar sus efectos.

Además del uso del abanico, que constituye el más sumario de los ventiladores, otras prácticas heteróclitas aseguran, cuando la oportunidad se presenta, la aireación de los espacios público y privado. Ciertos médicos[49] aconsejan agitar con violencia las sábanas, para renovar el aire de las alcobas de los enfermos. Ingenhousz propone mover simultáneamente las puertas del apartamento para generar corrientes de aire;[50] su proposición, varias veces considerada, sufrirá vivas críticas; su eventual eficacia despierta polémicas. Howard se declara partidario de ella y aconseja adoptar su práctica en los hospitales.[51] Banau y Turben proponen plantar plátanos, álamos, olmos y abedules a la orilla de los pantanos, tantos árboles de amplia copa como se requieran, cuyas cimas barren, según ellos, las capas bajas de la atmósfera.[52] Con el mismo fin, aconsejan instalar en esos lugares pútridos molinos de viento de rotación horizontal; encaran la posibilidad de colocarlos sobre trineos, a fin de que se beneficien los diversos sectores de la región malsana. Baumes[53] tiene predilección por los fuelles o el molino, semejante éste al instalado en Dresde siguiendo el consejo de Forestus. Monfalcon recordará que un médico de la Bresse propuso entonces "la danza, como un excelente medio de neutralizar los efectos funestos de las emanaciones pantanosas".[54]

La circulación de vehículos en la ciudad se vuelve objeto de asombrosos análisis. El carruaje se revela, a decir verdad, un aparato bastante ambiguo; refugio contra las emanaciones de la multitud,[55] es asimismo sitio de hacinamiento y, por ende, muy peligroso para quienes lo ocupan; tanto más cuanto que las sacudidas que lo agitan retardan la digestión y su abuso activa la aparición de la gota

[47] Laborie, Cadet le Jeune, Parmentier, *op. cit.*, pp. 26 y 27.
[48] *Ibid.*, p. 29.
[49] Baumes, *op. cit.*, p. 186.
[50] *Op. cit.*, pp. 162-163.
[51] *Histoire des principaux lazarets. . .*, t. I, p. 293.
[52] Banau y Turben, *op. cit.*, pp. 53-57.
[53] *Op. cit.*, p. 162.
[54] *Op. cit.*, p. 384. Remedio no sin riesgo, puesto que el propio autor afirma (p. 126) que las emanaciones pantanosas incitan al libertinaje a muchachas y mujeres.
[55] *Cf.* Tournon, *op. cit.*, p. 24.

y los reumatismos.[56] En el ámbito de la ciudad, los carruajes se vuelven ventiladores, por lo que convendría favorecer su multiplicación.[57]

La conmoción de la atmósfera por causa de la campana y por el estruendo del cañón continúan siendo los grandes recursos para ventilar cuando se exacerba la amenaza pútrida. Navier considera que la salud del soldado era entonces menos buena que cuando había que batirse con arma blanca. El cañón purifica y desodoriza el aire de los campos de batalla que apestan los cadáveres y las carroñas.[58] Mediante un rodeo imprevisto se transforma en agente de salubridad. El barrido de la atmósfera mediante la explosión, desinfecta. Jean-Noël Biraben hace notar que a partir del siglo XVI las fumigaciones aromáticas se han reforzado al agregarles azufre y a menudo pólvora;[59] Baumes abriga la idea de purificar el aire de los pantanos minando el terreno.[60] Banau y Turben optan porque se les cubra de materias superpuestas.[61] En 1773 se produce una explosión de pólvora en el interior de la iglesia de San Esteban, en Dijon, para expulsar el hedor de los cadáveres.[62]

Todo lo que se refiere a la voluntad de controlar las corrientes acuáticas concierne también a la ventilación. Entre el aire y el agua se anudan intercambios salubres. El viento sanea ríos y estanques; agitar la atmósfera de los pantanos asegura la salubridad de sus aguas; remover el contenido de un florero es ya purificarlo. A la inversa, la caída es el mejor de los fuelles. La agitación de la corriente se comunica a la atmósfera. Banau y Turben, que nos deparan el último punto del fantasma de la ventilación, recomiendan instalar cascadas al centro de los estanques, emplear surtidores, organizar chorros de agua. Aconsejan también instalar pequeñas caídas de agua en las extremidades de la mesa del comedor y cultivar la cría de peces rojos, pues ¡éstos remueven mejor el agua de su pecera![63]

El lecho del río, punto de concentración de las corrientes, contribuye a la salubridad de la ciudad. Bien arreglado, puede convertirse en uno de los reguladores más eficaces. Oprimir al Sena entre dos sólidas hileras de muelles, forzarlo de ese modo a una permanente agitación salvadora, impedir por ese medio el estancamiento nauseabundo, y por lo tanto, nocivo, de la carroña y las inmundicias; así se bosqueja uno de los sueños más insistentes de los higienistas parisienses. Bruno Fortier acentuó la multiplicidad de los proyectos que se destinaron a controlar y movilizar las masas de agua.[64] La circulación de los soplos aéreos en-

[56] Mme. Gacon-Dufour (*Manuel du parfumeur*, p. 111) escribía en 1825, que "todo viajero (encerrado en un vehículo) está obligado por su propio interés a llevar consigo un frasco de vinagre"

[57] Bruno Fortier, *op. cit.*, p. 60.

[58] *Op. cit.*, p. 63.

[59] *Op. cit.*, t. II, p. 177.

[60] *Op. cit.*, p. 163.

[61] *Op. cit.*, p. 68.

[62] Guyton de Morveau, *op. cit.*, p. 7.

[63] *Op. cit.*, pp. 53 *ss* y 78.

[64] *XVIIIe siècle*, artículo citado.

gendrados por el lecho del río así canalizado, merece tanta atención como la amplitud y la rapidez de las corrientes acuáticas.

El papel de las disposiciones destinadas a dominar y organizar los movimientos naturales del aire, sale ganando mucho sobre el fuelle mecánico o el llamado de forzamiento. El único ventilador ampliamente utilizado sobre los barcos, aun en el seno de la flota inglesa, sigue siendo la vela de airear, que obliga al aire a introducirse por entre los flancos del interior. A pesar de sus evidentes desventajas, porque no puede funcionar en tiempo de calma y que hace más lenta la marcha de los navíos, el ventilador de vela satisface a los marineros; éstos se opondrán durante mucho tiempo a que sea reemplazado. Se utiliza también en varios edificios colectivos. Howard señala su presencia en la prisión de Maidstone.[65]

La protección sanitaria por medio de la ventilación procede a ordenar la profilaxia. De siglos atrás, las cabañas, "casillas" y barracas instaladas fuera de la ciudad, en sitios ventilados y fáciles de desinfectar mediante el fuego, servían de freno al avance de las epidemias. Se hacinaba allí a los enfermos.[66] Hasta mediados del siglo XIX, "la sala de ventilación" sigue siendo, con la de los "perfumes", una de las obras maestras de los lazaretos. Las mercancías sospechosas, una vez desempacadas, permanecen sometidas a las corrientes purificadoras.

Se conoce la influencia ejercida por las teorías aeristas sobre la arquitectura del Siglo de las Luces. El funcionalismo y el utilitarismo nacientes entran en competencia con la tradición culturalista, o por lo menos modifican su significado. Los autores de proyectos ambicionan "no utilizar sino [. . .] recursos únicos de la arquitectura para captar, hacer circular y rechazar el aire";[67] el diseño de edificios debe atender a la división entre exhalaciones pútridas y corrientes de aire fresco, así como permitir la distinción entre aguas claras y aguas usadas. El cuerpo mismo del edificio podría dejar sin objeto las fisonomías antiguas. La cúpula y el domo se transforman en máquinas; su misión es aspirar los miasmas, favorecer las invisibles espirales nauseabundas que luego los expertos suben a oler sobre los techos. El grado de hediondez permite medir la eficacia del arquitecto. A este respecto, el hospital de Lyon constituye un modelo,[68] Soufflot concibió una sala abovedada cuya forma elíptica permite eliminar los recovecos estancados y favorecer las corrientes de aire ascendente.[69]

En lo sucesivo, la arquería tiene por objeto propiciar la aireación de la parte inferior de los edificios e interrumpir las subidas del aire. El pórtico asegura la ventilación a la vez que permite al paseante sustraerse a los caprichos del aire. El agrandamiento de puertas y ventanas, el sistema tan frecuentemente ensalzado de las aberturas opuestas, la ampliación de los corredores,[70] la crítica de las

[65] *État des prisons. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 195.
[66] Al respecto, Jean-Noël Biraben, *op. cit.*, t. II, p. 170.
[67] François Béguin, *Les Machines à guérir*, p. 40.
[68] De Genneté, *op. cit.*, p. 24.
[69] Al respecto, *cf.* Richard Etlin, "L'air dans l'urbanisme des Lumières", *XVIIIe siècle*, núm. 9, 1977, pp. 123-134.
[70] Otras de las tantas obsesiones de Howard, obras citadas, *passim*.

torres y escaleras de caracol, considerados como otras tantas tuberías de la malolencia, manifiestan lo acentuado de las obsesiones aeristas. Los arquitectos se vuelven afectos a las trampas, las ventosas y los postigos. La necesidad de la ventilación tiende a relegar a segundo plano la de la calefacción. Howard llega a condenar los vidrios,[71] cuyo uso, sin embargo, se desarrolla.

Tal obsesión acaba por denunciar el doble peligro de bóvedas, sótanos y piezas subterráneas, sometidos a las emanaciones del suelo y privados de la necesaria circulación del aire. El antro inspira terror. Por ello se comienza a preconizar el abandono de los pisos bajos en provecho del primer piso. Baumes estima que convendría obligar al pueblo a instalarse en ellos.[72] Tales convicciones suscitan una nueva crítica de las normas rurales de la habitación. Se escuchan los consejos de los higienistas. La arquitectura da fe de ello. En un estudio consagrado a la ciudad de Caen, Jean-Claude Perrot anota los comienzos de una migración hacia los pisos altos.[73] Los nuevos apartamentos construidos están mejor ventilados que las antiguas habitaciones. Claude-Nicolas Ledoux exalta el que los escalones para subir en los edificios altos, señales de grandeza, atestiguan también la creencia en la virtud purificadora del aire.

Dentro de la residencia, y eso por las mismas razones, se reconsidera la disposición del mobiliario. La cama se vuelve objeto de una particular atención. Poder cambiarla de lugar, machaca Howard, constituye el primero de los requerimientos. Importa que los lechos sean frescos y limpios, separados unos de otros. Se necesita, a su modo de ver, colocarlos a la mitad de la pieza y librarlos de su contacto con el piso. Para ello, Tenon recomienda la cama de fierro —la madera se impregna— con un fondo calado que se adose a la armazón.[74] La hamaca disfrutará en seguida de una gran boga en los establecimientos penitenciarios; responde a las necesidades de la ventilación, aunque preservando el espacio de trabajo. El extranjero propone sus modelos; así pues, las camas de fierro que utilizan en la casa de huérfanos de Amberes son muy altas, y se les coloca a mitad de la sala.

La utopía se injerta en ese tema utilitarista. Evitar hacinamientos —otra de las grandes preocupaciones de los higienistas— podría facilitar el control de las emanaciones individuales, finalidad última de colocar los cuerpos a distancia; Le Roy propone arreglar un dispositivo particular para evacuarlas, a la cabeza de cada lecho de hospital.[75] De ese modo el enfermo, inmerso en su propia atmósfera, quedaría protegido de los olores del otro, no por una barrera sino por el dominio de los flujos. El arquitecto bosqueja de esta manera la antítesis de la cama cerrada. No existe proyecto más revelador de la reforma que se opera. Será él quien, en el siglo siguiente, inspirará el debate sobre la ventilación de la celda del preso.

[71] *État des prisons...*, *op. cit.*, t. I, p. 74.
[72] *Op. cit.*, p. 184.
[73] T. 2 p. 686.
[74] *Mémoire...* citada, p. 166.
[75] *Cf.* Richard Etlin, artículo citado, p. 132.

Convicciones idénticas ordenan, ya se sabe, el urbanismo de las Luces, sobre todo en el orden de los proyectos. La ciudad sana, vulgarizada por el abate Jacquin en 1792, estará construida en un cerrito; la ausencia de muros altos permitirá que el viento "barra los vapores y [las] exhalaciones".[76] Las labores responsables de malos olores de curtidores, peleteros, tintoreros, serán cumplidas a extramuros, así como los cementerios, los hospitales y los mataderos. Se instalarán las manufacturas en los suburbios. Calles anchas, plazas amplias con profusión de fuentes facilitarán la circulación del aire. Por las mismas razones, Géraud hace un llamado "al derrumbe de los muros de nuestras ciudades".[77] Hay que elevar las calles, escribe Baumes, y para ello podrían utilizarse las ruinas y los escombros de las casas inhabitadas.[78] El hospital modelo, del que se proponen innumerables proyectos, se dibuja como un pabellón, como una "isla en el aire".[79] La ciudad ideal de Claude-Nicolas Ledoux, bien analizada por Mona Ozouf, proclama con talento excepcional la influencia de la corriente aerista.[80] Las casas y los edificios públicos de Chaux están "libres de toda adherencia"

La prueba funcional, la insularidad de los edificios y su simetría, que también responde, por lo menos parcialmente, a un imperativo higienista, aseguran, además de la salubridad y el buen aspecto inmediato de la ciudad, la alegría visual del espectador.

La declaración del rey, de fecha 10 de abril de 1783, manifiesta su voluntad de realizaciones concretas. La lucha se emprende, en ese plan, contra el aire malo, viciado. Se establecen normas a fin de que la circulación del fluido no se estorbe; a esto conciernen especialmente la anchura de las calles y la altura de las casas. Es difícil medir la aplicación. Maurice Garden la confirma, toda vez que, en la misma época, se amplían las vías de circulación en la ciudad de Lyon.[81]

Desamontonar, desinfectar

Desamontonar a los hombres, proceder a un nuevo trazo del espacio del montaje urbano, como medio de llevar a término los trabajos de la ventilación, de dominar el flujo de las exhalaciones y de poner un dique al efecto morbífico de las emanaciones sociales.[82] Los hacinamientos de cuerpos, reto permanente al equilibrio natural, impone una policía sanitaria capaz de establecer normas reguladoras. Esta toma de conciencia del problema de las distribuciones[83] confiere un papel esencial a la olfacción.

[76] *Op. cit.*, pp. 85 *ss*, cuadro de la ciudad sana.
[77] *Op. cit.*, p. 128.
[78] *Op. cit.*, p. 184.
[79] *Cf.* Richard Etlin, artículo citado, p. 132.
[80] Mona Ozouf, artículo citado, p. 1279.
[81] Maurice Garden, *Lyon et les Lyonnais au XVIIIe siècle*, 1970, p. 12.
[82] Bruno Fortier, *La politique*. .., pp. 41 *ss*.
[83] *Ibid.*, p. 92.

La espacialidad de los cuerpos se definirá según lo que midan sus exhalaciones. Las intolerancias sensoriales que hemos registrado regirán la espacialidad necesaria. Y a la inversa, esta puesta a distancia conducirá, al correr de los decenios, a una asignación de los lugares; acarreará la destrucción progresiva de la confusión olfativa que reinaba con mucha frecuencia, tanto en el espacio privado y en el público. El hacer privado el acto de librarse de los desechos, tenderá a contener los olores excrementosos en los lugares confinados. Aparte de toda noción de intensidad, los olores de la cocina dejarán poco a poco de confundirse con los del espacio de la intimidad, los del hospital con los de la cárcel.

Medio siglo más tarde, Villermé deducirá todas las consecuencias sociales de esa nueva mira que de momento insiste, aunque en forma confusa, en los peligros fabulosos de una promiscuidad pútrida y licenciosa.[84] El atractivo hacia la presencia sensible, cálida y tranquilizadora del prójimo, estará abiertamente sometida a las centellas del anatema. La crítica a los calentadores de prisión, a la que se entrega Howard, prefigura la de las casas obreras; habrá que volver sobre el tema.

Georges Vigarello[85] permite pensar que en el seno del ejército desde luego se operó esa puesta a distancia de los cuerpos, mediante el sesgo de la pedagogía de las posturas y la determinación de los órdenes colectivos. Sea lo que fuere, la batalla contra los hacinamientos se libró alderredor del lecho individual y de la tumba. Hace mucho tiempo Jean-Louis Flandrin señaló la importancia del hecho.[86] La historia de la cama en el siglo XVIII no constituye sino una de las fases de ese largo proceso del dormir en privado, del cual Philippe Perrot fijó el punto de partida a fines del siglo XVI, cuando ocurrió el retorno del camisón de dormir.[87] Para individuos dotados de una sensibilidad todavía minoritaria, la promiscuidad y el calor del lecho colectivo no serán percibidos ya sino a través de las exhalaciones intolerables del otro. El lecho individual implica, a plazo más o menos largo, la atención exclusiva a los olores de la persona; autoriza la ensoñación narcisista prolongada, incita al monólogo interior, impone la habitación personalizada. Los despertares de Marcel Proust niño no habrían podido concebirse sin dicha revolución.

Todos los especialistas, de Robert Favre a Jacques Guillerme, de Michel Foucault a Bruno Fortier, reconocieron con claridad el papel determinante del hospital en la definición de las normas nuevas. Fue entonces y en ese momento cuando el lecho individual se convirtió en territorio y se volvió unidad espacial.

[84] Como ejemplo, Louis-René Villermé. *Des prisons telles qu'elles sont et telles qu'elles devraient être [...] par rapport à l'hygiène, à la morale et à l'économie politique*, París, 1820, capítulo V, "Chauffage", pp. 39 *ss*.

[85] *Op. cit.*, p. 123.

[86] Jean-Louis Flandrin, *Familles, parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, París, Hachette, 1976, pp. 97-101.

[87] Philippe Perrot, *Les dessus et les dessous de la bourgeoisie*, París, Fayard, 1981, p. 288. Daniel Roche (*Le peuple de Paris*, p. 133) advierte que a fines del siglo XVIII, entre los inquilinos, todo el mundo cuenta con su propia cama.

La importancia del papel de Tenon[88] aparece ahora evidente; el teórico de los hospitales justifica, por medio del metabolismo, la necesidad de la reforma. Hay que dejar que cada enfermo opere en libertad su evolución térmica; importa entonces evitar que el hacinamiento en una misma cama cree un calor medio, ya que pronto éste se revelaría nocivo a cada uno de los individuos a los cuales fuere impuesta semejante promiscuidad.

El hospital de Lyon representa, una vez más, un modelo. En 1780, en tiempos del primer ministerio de Necker, un nuevo reglamento del Hospital General prescribió la cama individual. El 15 de noviembre de 1793, una decisión de la Convención impone dicho principio, aplicación lógica de la Declaración de los Derechos del Hombre. El mismo punto de mira guía la estrategia de las atenciones a domicilio, que entonces se trata de promover; autoriza durante un tiempo la esperanza de ver desaparecer el hospital.[89]

Hacia mediados del siglo XVIII emerge la reivindicación de la tumba individual.[90] Que se reserve una fosa para cada difunto y los cementerios apestarán menos. Lo que por el momento es un argumento de higiene, pronto se convertirá en imperativo de dignidad y piedad. La idea se impondrá desde principios del siglo siguiente, y más rápidamente que el lecho individual. Inspirándose en la teoría de Maret, según la cual hay rayos morbíficos que irradian de los cadáveres, Vicq d'Azyr[91] pide que los cuerpos queden separados por los menos cuatro pies, a fin de que las emanaciones que exhalan no se confundan.

La voluntad de desamontonar los cadáveres, reservada primero al orden del discurso, se traducirá en hechos antes de la Revolución. Ejemplar en ese aspecto fue el desalojo de los muertos apilados en el cementerio de los Inocentes, verdadera epopeya de la que Thouret fue el cantor conmovido.[92]

Puesto que un aire puro constituye el mejor de los antisépticos, porque las emanaciones que surgen de los cuerpos y la basura encarnan la amenaza pútrida, ventilar, drenar la inmundicia, desamontonar a los individuos, es ya desinfectar. Un término tan ambiguo como el de infección, significa a la vez la naturaleza morbífica y la pestilencia del aire viciado, primacía de un modo de contaminación y ruptura del equilibrio orgánico. Sin embargo, otras prácticas tienen también por objeto destruir los miasmas y restituir sus cualidades primeras a una atmósfera contaminada. Dicha desinfección tiene su historia, que no podría quedar reducida a la de lo aromático.

A finales del siglo XVIII, antes de que se impusieran los descubrimientos de Lavoisier, los químicos buscaban con ahínco el *antimefítico* capaz de vencer al mis-

[88] *Mémoire* citada, pp. 165 *ss*.

[89] Sobre esto, *cf* Michel Foucault, *Naissance de la clinique*, 1963, pp. 38 *ss*., y Robert Favre, *op cit*., pp. 246 *ss*.

[90] Philippe Ariès, *L'homme devant la mort*, pp. 484 *ss*.

[91] Vicq d'Azyr, *Essai sur les lieux*. .., p. CXXIX, a propósito de las normas propuestas por Maret, que él aprueba.

[92] Thouret, *Rapport sur les exhumations du cimetière et de l'église des Saints-Innocents*, 1789. La transferencia se operó entre diciembre de 1785 y octubre de 1787.

mo tiempo el mal olor, el poder asfixiante y el riesgo morbífico.[93] Esta encuesta acelera la promoción del desinfectante/desodorizante químico. Lo esencial de los trabajos y de los debates que suscita, gravitan alderredor de las amenazas excrementicia y cadavérica.

En vísperas del descubrimiento de los mecanismos de la combustión, la confianza en el poder desinfectante del fuego permanece intacta. Jean-Noël Biraben demuestra en qué forma se acrecentó a partir del siglo XIV el poder de tan antigua convicción hipocrática. En 1348 fue quemado todo un barrio de Burdeos para purificarlo; en el siglo siguiente, las autoridades municipales deciden incendiar, con el mismo fin, varias casas de la ciudad de Troyes.[94] Las grandes hogueras encendidas en París durante el invierno de 1709, con el fin de calentar a los pobres, eliminaron sin duda el escorbuto; por lo menos, eso fue lo que se dijo. Por esa razón, Navier recomienda en 1775 multiplicar las hogueras en la capital.[95] El 2 de agosto de 1720, cuando la gran peste, siguiendo los consejos de los Sicard, padre e hijos, la municipalidad de Marsella ordena quemar durante tres días las fortificaciones, las plazas y las calles; "gigantesco e inútil auto de fe médico"[96] que provoca penosa escasez de madera en la ciudad. La costumbre exigía que después de la epidemia se quemaran las *cabañas*, las *casetas* o las *barracas* que hubieran servido de refugio a los enfermos expulsados. Sabemos que, hasta bajo el régimen de la Revolución, persiste la práctica de incendiar los barcos contaminados.

Después de Lancisi, todos los especialistas en pantanos aconsejan multiplicar allí las hogueras, sobre todo cuando los obreros proceden al desecamiento o la extracción de los fangos. Navier prescribe encender una cuando se decide exhumar un cadáver. En 1780, el mismo Lavoisier recomienda ese procedimiento, apto según él para purificar el aire de las cárceles.[97] Duhamel du Monceau prevé desinfectar en estufas la vestimenta de los marineros.[98] En 1788, Thouret preconiza la fabricación de abonos con materias fecales pulverizadas (*poudrette*) por medio de la desecación.[99]

Los sabios no atribuyen al agua el mismo poder desinfectante, y es que es más difícil evitar su estancamiento; por añadidura, la humedad se delata mucho más peligrosa que la sequía.[100] Ciertamente, Lavoisier recomienda lavar las cárceles, pero con precaución. No obstante, después de sus trabajos se desarrolla la con-

[93] Sobre esta encuesta, *cf.* Jean-Noël Hallé, *Recherches sur la nature*. p. 10.
[94] Jean-Noël Biraben, *op. cit.*, t. II, p. 176.
[95] *Op. cit.*, p. 54.
[96] Jean-Noël Biraben, *op. cit.*, p. 235.
[97] Lavoisier, *Oeuvres*, t. III, p. 477 Es cierto que esta prescripción le fue dictada por su teoría sobre la combustión. Observemos que las fumigaciones aromáticas combinan los efectos benéficos del fuego con el de los "perfumes"
[98] *Op. cit.*, p. 119.
[99] Thouret, *Rapport sur la voirie de Montfaucon*, pp. 7-8.
[100] Claro que puestas aparte las virtudes atribuidas al agua bendita. En 1795, los barcos de la escuadra rusa, azotados por la epidemia, fueron rociados primero con agua bendita (Guyton de Morveau, *op. cit.*, p. 45).

fianza en el agua de cal, primero de los desinfectantes químicos del cual, tanto Baumes como Howard, ensalzan su poder desodorizante. La combustión de la cal desinfecta el espacio. Banau y Turben proponen que se multipliquen los hornos en las regiones pantanosas.[101] La mezcla preparada por Marcorel para lavar muros de casas y neutralizar su putridez, hace maravillas en las letrinas de Narbona. Howard rocía de esa manera las paredes de su habitación,[102] y concede lugar selecto al resultado de la estrategia de desinfección que propone.[103]

Laborie y Parmentier comprueban que la cal desodoriza los desechos acumulados en las fosas sépticas.[104] Según M. d'Ambourney, secretario de la Academia de Ruan, saturar con ese producto la materia líquida cuadruplica el valor del abono; agrega que "mediante esa mezcla con cal, el olor de las materias se disipa absolutamente y no queda sino algo parecido al olor de la miel".[105] La cal desodoriza también los cadáveres, acelera la putrefacción de la materia animal y se combina con el "aire principio" que se escapa de los cuerpos; disuelve los miasmas, les impide subir a la atmósfera y "encadena las emanaciones funestas".[106] Su acción continúa mientras el cadáver no queda destruido. En 1783, con motivo de una exhumación efectuada en Dunkerque, la utilización de la leche de cal suspendió las emanaciones durante un tiempo.[107]

Pero lleguemos a lo esencial. A principios del año 1773 se decide evacuar los cuerpos inhumanos en las bóvedas de la iglesia de San Esteban, en Dijon. La hediondez es tal que ni la detonación del nitro ni las fumigaciones ni las hornillas aromáticas y el riego de los adoquines con "vinagre de los cuatro ladrones" fueron suficientes para destruirla. Las casas vecinas se infectaron, hubo amenaza de fiebres. Se consulta a Guyton de Morveau; el 6 de marzo, por la tarde, éste prepara una mezcla de seis libras de sal y dos litros de ácido muriático concentrado y después procede a fumigar con este mismo ácido. El éxito es total: "Al día siguiente, habiendo dejado todo abierto para renovar el aire, no hubo un solo vestigio de mal olor";[108] cuatro días más tarde se reanudaron los oficios religiosos. Guyton acababa de descubrir un "nuevo medio de purificar absolutamente y en muy poco tiempo una masa de aire infecto" Inauguraba la revolución olfativa.

[101] *Op. cit.*, p. 64.

[102] *Histoire des principaux lazarets*, t. I, p. 33.

[103] "Cada parte de la cárcel, cada pieza, además de los cuidados comunes para mantenerlas limpias, deben fregarse y lavarse con agua de cal, por lo menos dos veces al año [. . .] Si los enfermos atacados por enfermedades contagiosas habían habitado una recámara, ésta deberá ser fregada, lavada con vinagre, blanqueada con agua de cal y sometida varias veces a fumigación: tanto los muebles como los vestidos de los enfermos serán metidos al horno, y los harapos serán quemados. El azufre, el tabaco y el enebro pueden proporcionar la fumigación que llene mejor el objeto perseguido." Howard. *État des prisons. . .*, pp. 59 y 62.

[104] *Op. cit.*, p. 39.

[105] Citado por Thouret, *Rapport sur la voirie. . .*, p. 14.

[106] Navier, *op. cit.*, p. 46.

[107] Guyton de Morveau, *op. cit.*, p. 272.

[108] *Ibid.*, pp. 10-13, así como las dos citas que siguen.

A fines del año, la fiebre de las cárceles causó treinta y un decesos en la penitenciaría de la ciudad. Guyton procede a sus fumigaciones. Al día siguiente, si le damos crédito, "todo olor pútrido había desaparecido, de tal modo que un alumno de cirugía ofrece poner allí una cama y pasar la noche". A partir del año siguiente, Vicq d'Azyr aconseja el empleo del ácido muriático para desinfectar los establos del Mediodía, devastados por las epizootias.[109] Sin embargo, las fumigaciones guytonianas permanecerán poco utilizadas antes del Consulado.

Considerado como materialización del miasma, el olor se identificaba entonces con la amenaza morbífica. Aunque persuadido de que manifiesta dicha "especie de potencia asimiladora" que "constituye" los compuestos de una sustancia pútrida en gérmenes nocivos, Guyton ve en ella la propiedad de un cuerpo cuya destrucción hay que proseguir mediante una trasmutación química. La desodorización señalará el éxito, es decir, la aparición de un nuevo cuerpo.

Ya no se trata de disfrazar, sino de destruir el olor nauseabundo; "la diferencia es grande a los ojos del químico, que no ve en el olor enmascarado sino el producto confuso de una mezcla cuyas partes tienden continuamente a separarse, mientras la destrucción del olor es resultado de una combinación por medio de la cual el cuerpo oloroso está, o descompuesto, o encadenado a una base que cambia sus propiedades".[110] Los descubrimientos de Lavoisier permitirán a Guyton afinar ulteriormente su teoría; de manera más general, recomendará el uso de todos los oxigenantes que activan la combustión de las sustancias pútridas y miasmáticas.

Sin que hubiera tenido, según parece, conocimiento de los resultados obtenidos por el químico francés, el doctor James Carmichael-Smith obtuvo en 1780 resultados casi idénticos, gracias a las fumigaciones con ácido nítrico. Su método, utilizado en 1795 en el *Pimen* y el *Rivel*, buques de la escuadra rusa devastada por la epidemia, permite también "destruir los malos olores y mejorar el aire".[111] Al año siguiente, Carmichael-Smith desodoriza con éxito el hospital militar de Forton.

LOS LABORATORIOS DE LAS ESTRATEGIAS NUEVAS

A los lugares donde se hacinan los hombres converge la atención de los higienistas; éstos imponen la urgencia de una acción global que regule. Se elabora una estrategia de desodorización de los cuerpos y del espacio que, medio siglo más tarde, se aplicará a la casa del campesino y la habitación del obrero. La tienda de campaña del soldado, el bajel, el hospital y la cárcel, se han vuelto los laboratorios donde se experimenta la desodorización futura del espacio privado.

[109] *Instruction sur la manière. . .*, pp. 7-8.

[110] Guyton de Morveau, *op. cit.*, pp. 93-94.

[111] Doctor James Carmichael-Smith, *Observations sur la fièvre des prisons, sur les moyens de la prévenir [. . .] à l'aide des fumigations de gaz nitrique, et sur l'utilité de ces fumigations pour la destruction des odeurs et des miasmes contagieux*, 1801, p. 88. Por su lado, Cruickshank y Guyton de Morveau utilizan en las fumigaciones el ácido muriático oxigenado.

Aun fuera del gran papel que desempeñaron los hospitales militares en este proceso, fue en el seno de los ejércitos, según parece, donde se elaboraron, aunque tímidamente, las primeras normas de higiene corporal, sobre todo bajo la influencia de Pringle. Con el fin de terminar con las emanaciones nauseabundas, Colombier pretende, en 1779, [112] que el soldado cambie de ropa íntima siquiera una vez por semana y de calcetines dos veces más seguido. Conviene, no obstante, precaverse de exagerar la importancia de este esfuerzo disciplinario. Las ordenanzas, los libros de órdenes y los textos reglamentarios se muestran sobre ese punto de una extremada discreción, lo que traduce la parsimonia de las prácticas. Los desertores que tratan de justificarse no se refieren ni a las malas condiciones higiénicas de su acuartelamiento ni al rechazo de las disciplinas mal toleradas; silencio que deja suponer, al mismo tiempo, la negligencia de los superiores y la desfachatez de los soldados.[113]

Teniendo en cuenta la urgencia, a los ojos de los médicos el buque se convierte en modelo de higiene. Desde 1758, Lind se ocupa en codificar la salubridad.[114] En Francia, el vizconde de Morogues define con la mayor precisión la higiene marítima. Aconseja bombear a menudo el agua de la sentina, con el fin de atenuar el mal olor; prohíbe las comidas en el entrepuente; ordena recoger sin descanso las inmundicias. Los miembros de la tripulación deben lavarse y peinarse; el capitán ordenará frecuentes toques de "zafarrancho para que se ventilen los trapos de los marineros".[115]

El buque de Cook se impone como referencia suprema, y es que su capitán supo a la perfección "destruir durante la travesía todos los gérmenes pestíferos inherentes, sea a la estructura, sea a los objetos".[116] Cook vigila constantemente la limpieza; manda colocar hamacas y cobertores en la cubierta cada vez que hay buen tiempo; vela por que se desamarre cada paquete y todas sus partes se expongan al aire para que la evaporación de los miasmas se efectúe durante el trayecto. Inspecciona las provisiones para prevenir los gérmenes pútridos. Ordena ventilar las velas de reserva y todos los tejidos con riesgo de impregnarse. Los productos alimenticios se colocan al fondo de la cala; "durante el viaje, las escotillas quedan bien calafateadas, y cada hendidura herméticamente cerrada con pez".[117] Se opera una división estricta entre las emanaciones del cargamento y las del barco mismo. El de Cook, antítesis del barco fantasma asolado por el hedor que sube del fondo de la cala, se define, en miniatura, como la primera de

[112] Sobre este asunto, *cf.* Marcel Spivak, "L'hygiène des troupes à la fin de l'Ancien Régime", *XVIIIe siècle*, 1977, pp. 115-122.

[113] Observaciones de Jean Chagniot, especialista en la historia de las guardias francesas a fines del Antiguo Régimen.

[114] *Op. cit.* Ciertamente piensa sobre todo en los enfermos.

[115] Su estrategia fue resumida por Duhamel du Monceau, *op. cit.*, pp. 73 *ss.*

[116] Howard, *Histoire des principaux lazarets...*, *op. cit.*, t. II, p. 408. (Carta de John Haygarth al autor, 30 de mayo de 1789.)

[117] *Ibid.*, p. 411. Encontramos cuidados idénticos en *L'Adventure* del capitán Furneaux, compañero de Cook; *cf.* James Cook, *Relations de voyage au tour du monde*, Maspero, t. I, 1980, p. 302.

las ciudades higiénicas. Los hombres quedan preservados de las exhalaciones miasmáticas; el aire y el fuego anulan la amenaza del agua.

En tierra, al hospital, y desde luego al hospital militar, se otorga esa función de modelo. Michel Foucault y François Béguin demostraron bien en qué forma tiende entonces a constituirse en máquina de distribuir el aire y expulsar los miasmas. Desde 1767, Boissieu anuncia claramente la nueva estrategia: los heridos hacinados en los hospitales mueren a causa de la putridez del aire;

> para disminuir la cantidad de las exhalaciones, hay que llenar menos las piezas y las salas de los hospitales; alejar con el mayor cuidado todo lo que pueda infectar, y velar por una mayor limpieza. Renovando el aire se echarán fuera las exhalaciones perniciosas [. . .]. Los domos, las aberturas de los techos hasta el piso superior, el fuego en las chimeneas y no en las estufas, la máquina de Sutton, los ventiladores de Hales[118]

procurarán la salida del aire. Para facilitar su aflujo del exterior, se abrirán puertas y ventanas, se multiplicarán los respiraderos y se instalarán tuberías cerca de cada lecho. En fin, se procederá a fumigar.[119]

Veinte años más tarde la estrategia propuesta por Jean-Noël Hallé apunta desde luego a la desodorización. Después de haber reiterado los consejos formulados por Boissieu, el padre de la higiene pública preconiza una lucha sistemática contra la hediondez.

> Los enfermos no llevarán puestas sus ropas; las cortinas de la cama serán de tela, las bacinicas serán limpiadas y permanecerán tapadas, y las letrinas quedarán dispuestas de manera que no despidan olor; se barrerá con frecuencia, sobre todo después de las comidas y las curaciones; se asperjará agua con toda circunspección y de preferencia se empleará arena para limpiar el piso.[120]

Numerosos proyectos se inspiran en dichas concepciones, principalmente cuando en 1787 la Académie des Science lo solicita a los arquitectos.[121] Se encara el proyecto de "formar de todo el edificio una estructura de ventilación";[122] el esquema radial se impone en los diseños. Varias realizaciones interpretan los nuevos imperativos; especialmente en Inglaterra, el hospital militar de Plymouth y el de los Inválidos en Greenwich.[123] Ventiladores empotrados en los cielos rasos del hospital de Guy en Southwark comunican con el hogar de las chimeneas del piso superior; en ese establecimiento, los excusados no exhalan ningún olor, porque al abrir una compuerta se le inyecta agua.[124] En Francia, los hospitales militares, la sala Saint-Landry (1748), el hospital de Lyon, el hospital de San Luis, sirven de referencia a los reformadores. En 1786, C. F. Viel hace

[118] Boissieu, *op. cit.*, p. 66.
[119] *Cf.* p. 74.
[120] *Encyclopédie méthodique*, artículo "*air*", "air des hôpitaux de terre et de mer", p. 575.
[121] *Cf* el informe de De Lassonne y Daubenton, 20 de junio de 1787.
[122] Richard Etlin, artículo citado, p. 132.
[123] *Encyclopédie méthodique*, artículo citado, p. 575.
[124] Howard, *Histoire des principaux lazarets. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 37.

instalar acueductos y baterías de letrinas en la Salpêtrière;[125] ya en 1784-1786, se había construido en Bicêtre la gran atarjea, que se depura, aunque mal, mediante un dispositivo que a su vez produce abono.

Obtener la desodorización del enfermo implica su control somático y desde luego la vigilacia de sus excrementos. La ventilación no podía bastar; se impone modificar el comportamiento individual. Por medio de este sesgo, el hospital tiende a convertirse en un lugar disciplinario. Los reglamentos se endurecen. El del hospital de Haslar, cerca de Gosport, prohíbe guardar la ropa íntima sucia; prevé que los enfermos cambien de camisa cada cuatro días y sus sábanas cada quince. Los bonetes, los calzones y calcetines deben renovarse cada semana. Los hombres están obligados a pedir que los rasuren cada tres días. Se impedirá a los enfermos acostarse vestidos y utilizar sus vestimentas como cobertores; "de tener pan, mantequilla o algunas provisiones [. . .] en las cabeceras o alderredor de sus camas".[126] "No se permite satisfacer las necesidades naturales sino en los lugares destinados al efecto."[127] No serán tolerados "clamores ni tumultos" Queda prohibido fumar así como jugar; se vuelve obligatorio asistir a los oficios religiosos. "Nadie proferirá expresiones blasfematorias, juramentos prohibidos, maldiciones, ni se hará acreedor a culpa por borrachera, suciedad o mentiras".[128] En el hospital general de Chester "todo enfermo, al ingresar, está obligado a quitarse sus vestidos para ponerse otros limpios".[129]

Se tiende a la uniformidad, a la destrucción de hábitos seculares, a la prohibición de ciertos comportamientos espontáneos, que para lo sucesivo serán considerados anárquicos y peligrosos. El hospital se convierte, por medio de estos ejemplos premonitorios, en lugar de aprendizaje de una higiene individual de la que ni siquiera se piensa predicar su difusión en el espacio privado popular. En el Hospital General de París, Tenon encara la instalación de "retretes portátiles". Los hospitalizados serían entonces, junto con algunos otros privilegiados, los únicos en beneficiarse con ese nuevo elemento del confort.

Proyectos idénticos obsesionan a los reformadores de las cárceles, pero su reflexión tropieza con un dilema. ¿Cómo asegurar que circulen el agua, el aire y las inmundicias, allí donde debe constreñirse la de los hombres? ¿Cómo evitar los peligros del estacamiento y de la fijeza, asegurando que se confine lo que lo requiere? ¿Cómo conciliar el juego de las corrientes de aire y la separación de las categorías de los detenidos? La ventilación reclama multiplicar y ampliar las aberturas, y la cárcel requiere de cierres infranqueables. Para resolver ese dilema, Howard aconseja reemplazar la puerta por la reja, sus entrepaños por barras. El ventilador de vela, o mejor, el fuelle de mano, podrán además, así como el *tread-mill*, conciliar la exigencia de airear con la necesidad de ejercicio.

[125] *Cf.* Pierre Saddy, artículo citado, p. 209.
[126] Howard, *Histoire des principaux lazarets. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 170.
[127] *Ibid.*, p. 172.
[128] *Ibid.*
[129] *Ibid.*, p. 247.

Dentro de la cárcel, la gestión del excremento se revela difícil. Hay que desembarazar al individuo sin comprometer su encierro. En espera de que los sabios del siglo siguiente se ocupen en encontrar una solución higiénica al problema,[130] Lavoisier proyecta desde 1780 desodorizar las deyecciones en las cárceles. Propone para ello cavar en derredor del establecimiento un canal para descarga de las letrinas. Una poderosa corriente de agua, controlada por una válvula que se abriera cada dos o tres días, arrojaría las materias fecales fuera de ese canal; las tuberías de aireación, rematadas sobre los techos por ventilas, impedirían que se esparcieran los olores nauseabundos por el interior de los edificios.[131]

La autoridad de que disponen los carceleros permite en estos casos controlar con más severidad que en los hospitales el comportamiento de los reclusos. La prisión, como el convento, aunque por otras razones, tiende a convertirse en el sitio privilegiado del aprendizaje de las prácticas higiénicas. El valor propedéutico de la limpieza corporal se agrega al que los teóricos atribuyen al trabajo.

> Quisiera —escribe Howard a propósito de los presos hacinados en uno de los barcos-cárceles anclados cerca de Portsmouth— que emplearan toda la jornada del sábado en lavar, blanquear y remendar sus vestidos; en rasurarse y asearse ellos mismos; limpiar la nave y sacudir y airear sus camas. Es muy importante acostumbrarlos así a la limpieza.[132]

Varios oficiales observaron que "los hombres más limpios son siempre los que se conducen con más honestidad y decencia, y que los más negligentes son al mismo tiempo los más dados al vicio y al desarreglo".

La norma de "lo limpio en orden",[133] aprendizaje del hogar, revela sus objetivos múltiples. El punto de mira moralizador y la necesaria comprensión de los instintos vienen a introducirse allí donde, hasta entonces, no era cuestión sino de desinfección. La pestilencia del pecador se toma al pie de la letra. Saber lavar el cuerpo activa rehacerse al culpable. El criminal arrepentido, listo para recibir el nuevo bautismo social, deberá probar su renacimiento perdiendo el hedor fétido que hasta esos momentos lo ligaba a sus cómplices.

A este respecto, las prisiones de Holanda se ostentan como modelos. Cada quien tiene su celda, su cama, su cubrecolchón. La lectura de los reglamentos de las cárceles inglesas prueba también la insistencia de esas preocupaciones. El artículo VII de la de Lancaster está redactado así: "El carcelero proporcionará, para su uso a los presos, jabón, vinagre, cobertores, paja, trapos de limpiar, arena, cepillos, escobas, cubetas, toallas, canastos de carbón, de manera que ellos mismos y todas las partes de la cárcel se mantengan en estado de limpieza y salubridad."[134] A su llegada, el futuro preso-ama de casa será despojado de sus

[130] *Cf. infra*, p. 142.
[131] Lavoisier, *op. cit.*, p. 469.
[132] Howard, *Histoire des principaux lazarets...*, *op. cit.*, t. II, p. 271.
[133] Título de la obra de Geneviève Heller, ed. En-bas, 1979.
[134] Howard, *Histoire des principaux lazarets...*, *op. cit.*, t. II, p. 231.

vestiduras, y lavado y vestido con un uniforme. Para luchar contra la fiebre de las cárceles, importa ante todo desodorizarlo. Artículo XII: "El carcelero velará especialmente para que uno o varios de los presos barran alternadamente todas las cámaras de día, y los dormitorios y celdas diariamente, antes de desayunarse, y las laven los martes, jueves y sábados." El calendario doméstico está en su lugar. Se privará de raciones (artículo XIII) "a los que no se hayan lavado la cara y las manos, y cuyo exterior no muestre limpieza" Una porción suplementaria y selectiva será distribuida el domingo a los presos mejor arreglados, con el fin de "alentar su trabajo y limpieza, así como el buen orden y la asiduidad al servicio divino" Existen también algunas cárceles muy limpias en el continente; la de Breslau, por ejemplo, o la del Capitolio, en Roma.

Partidario del lecho individual, también Lavoisier[135] prevé el que los presos se laven y asimismo que se los bañe a su ingreso al establecimiento. Una innovación que habrá de marcar una fecha en la historia de la aireación: se recomienda proveer cada celda con dos aberturas, una arriba del tabique, por donde se evacue el aire mefítico, vuelto más ligero, y la otra cavada al nivel de la puerta, que permitirá que el aire se renueve.

Sería interesante comparar estos modelos higienistas, destinados a enfermos y presos, con el que Vicq d'Azyr trata de imponer a los criadores de ganado; el establo salubre y desodorizado, el ganado sano, limpio y ordenado, participan del mismo objetivo de regir el comportamiento, a la vez que de preservar la salud colectiva.

[135] *Op. cit.*, pp. 474 *ss.*

VII. LOS OLORES Y LA FISIOLOGÍA DEL ORDEN SOCIAL

LA BREVE EDAD DE ORO DE LA OSMOLOGÍA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN LAVOISIERIANA

A FINALES del siglo XVIII, el proyecto formulado antaño por Ramazzini, de constituir una historia natural de los olores, deja de figurar como sueño imposible. Desde la caída de la realeza, la filosofía sensualista dispone de un monopolio oficial. En el seno del instituto reorganizado, los filósofos forman, hasta 1803, la sección de "análisis de las sensaciones y de las ideas" Constituir un saber osfresiológico implica, no obstante, elaborar un vocabulario científico. Dentro de la perspectiva misma de Condillac, crear un lenguaje capaz de traducir las percepciones del olfato es ya tratar de desprenderlo de la animalidad, a la cual parecía estar adscrito. Además, ¿cómo llegar un día a disciplinar la inquietante madeja de las sensaciones olfativas, sin que un lenguaje permitiera ordenarlas en sistema?[1]

Las tentativas de definir y clasificar los olores se multiplican, pues. Nueva, pero fastidiosa empresa amasada de subjetividad y que finalmente deja a los sabios hambrientos de ese saber. Uno tras otro, Linneo, Haller, Lorry, Virey, proponen listas de categorías aromáticas, pero ninguna se revela exhaustiva; pronto aparece que las sensaciones del olfato se niegan a dejarse aprisionar en las redes del lenguaje científico.

Por lo menos, los sabios adquirieron una certidumbre: la creencia en el aroma descansa sobre un error de análisis. Los trabajos de Romieu (1756) y después de Prévost (1797), consagrados a los movimientos giratorios de los fragmentos olorosos, habían asestado severo golpe al dogma antiguo. En 1798, Fourcroy afirma que toda especie de olor está "únicamente producida por la simple disolución del cuerpo oloroso en el aire o en un líquido".[2] Berthollet aportará la prueba decisiva. Se admite a partir de entonces que cada sustancia tiene su olor particular, "relativo a su volatilidad y solubilidad" La antigua afirmación de Teofrasto se convierte en convicción científica.[3]

La victoria de la teoría de Fourcroy viene a complicar los efectos psicológicos de los descubrimientos lavoisierianos. La comprensión de los fenómenos respiratorios, asimilados a los de la combustión, tiende a confortar el terror de la asfixia, de la cual en lo sucesivo se comprende el mecanismo; sin embargo, la derrota

[1] *Cf.* Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, a propósito de los sistemas de representaciones visuales.

[2] Robiquet, "Considérations sur l'arôme" *Annales de Chimie et de Physique*, 1820, t. XV, p. 28, así como la cita siguiente.

[3] Locke había ya propuesto dicha teoría. Al hacerlo, adoptaba el modo de explicar las cualidades sensibles propio de los cartesianos. (J. Locke, *op. cit.*, pp. 436-437.)

del espíritu rector aviva el temor de la infección y justifica la vigilancia olfativa; ¿qué más semejante al miasma que el corpúsculo oloroso?

Durante un cuarto de siglo, nadie duda de las teorías de Fourcroy y de Berthollet; Cloquet se adhiere a ellas. En 1821, Robiquet plantea el problema de una manera nueva; para propagarse, los corpúsculos olorosos deben, según él, entrar en una combinación gaseosa. Para ello necesitan de un vehículo, de un "intermediario" Éste podría ser el azufre o, con más probabilidad, el amoniaco. La valorización del papel de ese gas, admitida por Paret-Duchâtelet (y esto es un ejemplo), aviva la ansiedad que provocan los olores excrementosos.

De modo que, a partir de los trabajos de Linneo se elabora, aunque con dificultades, una osmología científica. Virey traza, desde 1812, un estado provisional y confronta los descubrimientos recientes con los datos de la ciencia antigua. En el mismo año, el sabio británico Prout demuestra que es el olfato el que permite analizar los sabores; lo que Chevreul confirma en el continente. En 1821, por fin, Cloquet publica su impresionante *Osphrésiologie o Traité des odeurs* [Osfresiología o tratado de los olores], que permanecerá hasta mediados del siglo XX como obra de referencia. Compilación enorme y trabajo gigantesco, algo monstruoso, víctima de un interminable saqueo, en el seno del cual se avecinan los descubrimientos científicos, las intuiciones premonitorias y las más increíbles habladurías; sea como fuere, es una verdadera suerte para todos los autores de diccionarios y de manuales que, en lo sucesivo, podrán contentarse con volver a copiar, principalmente, lo que concierne a la higiene del olfato.

Cuando aparece el libro de Cloquet, pesa grave amenaza sobre el sensualismo, cuyo triunfo subestima el interés hacia la osfresiología. Evidentemente, la revolución lavoisieriana privilegia el análisis físico-químico a costa de la impresión sensorial. Los sabios despliegan su encuesta en una dirección doble. Unos persiguen al inasible miasma con sus instrumentos; hurgan en la inquietante gama de las inmundicias, establecida en el siglo anterior y cuyas fechorías continúan asediando la mente. Berthollet analiza los gases de la putrefacción. Los químicos levantan un inventario exacto de aquellos que emanan de las fosas sépticas, Boussingault y muchos otros tratan, con ayuda de curiosos aparatos, de condensar las emanaciones de los pantanos y de analizar la *putérine*, que recogen en unas inmensas pantallas de tela. Chaussier analiza los productos de la respiración del hombre. Brachet, más ambicioso, intenta descubrir la composición química de la sutil transpiración que define los olores individuales.

Otros sabios, provistos de sus eudiómetros, intentan afinar el análisis del aire en los diversos lugares públicos, empresa que antaño habían hecho el abate Fontana y Priestley. Lavoisier, el primero, obtiene resultados significativos en esta tarea. El aire "contenido en recintos cerrados, donde haya permanecido gran número de individuos durante un tiempo bastante largo",[4] denuncia un conteni-

[4] *Cf.* Leblanc, *Recherches sur la composition de l'air confiné*, 1842, p. 4, según la "Mémoire sur les altérations qui arrivent à l'air dans plusieurs circonstances où se trouvent les hommes réunis en société" *Histoire et Mémoires de la Société Royale de Médecine*, 1782-1783 (1787).

do de gas carbónico anormalmente fuerte. Humboldt y Gay-Lussac descubren en él en 1804 una disminución de oxígeno. Y al contrario, a continuación de los fracasos repetidos de Magendie, los químicos, incapaces de localizar alguna diferencia en la composición de la atmósfera en los diversos barrios de París, abandonan la esperanza de purificar el aire de las ciudades. Como lo anota Forget, "el triunfo de los agentes purificadores quedará limitado en lo sucesivo a los espacios circunscritos".[5] La puesta a punto, por Dumas y Boussingault, de un nuevo método de análisis, renueva las investigaciones en el decenio de 1830. Permitirá, principalmente a Leblanc y a Péclet, definir las normas de salubridad del espacio en función del grado de gas carbónico contenido en el aire.

Sin embargo, no se podría hablar muy rápidamente acerca de la descalificación de lo sensible. En verdad, el tacto, revelador del deslizamiento, del escurrimiento del aire, se encuentra menos solicitado desde que se supo que la agitación ya no se identifica con la purificación; el olfato mismo ve su papel puesto en duda, porque los sabios aseguran que la hediondez no es reflejo exacto del enviciamiento del aire. Sin embargo, es éste el que, en la práctica cotidiana, sirve de guía para conocer la calidad del fluido. Sobre todo, conviene no olvidar la creencia persistente en la existencia científica del miasma, "sustancia sobreagregada al aire", que conserva todo su misterio. "Lo peligroso [. . .] no nos lo ha enseñado la química, pero nuestros sentidos, más delicados que la química, nos demuestran de manera evidente la presencia de materias pútridas, deletéreas, en el aire, en donde el hombre ha permanecido durante mucho tiempo."[6] Hay que continuar regularizando su conducta sobre la sensación y buscando la manera de renovar el aire "mientras el olfato, que en esto es un excelente indicador, encuentre todavía algún olor en el sitio donde existía en abundancia".[7] Leblanc mismo persiste en pensar que el miasma traduce su presencia mediante un "olor repelente".[8]

Una lectura cuidadosa de los trabajos consagrados al análisis del aire viciado y al estudio de los medios para medir su restauración, nos habla del desengaño sufrido por los sabios ante lo impreciso de sus instrumentos y su recurso, decepcionados por la experiencia sensible. Es el olfato el que a fin de cuentas, asegura Grassi,[9] regula la ventilación en las baterías de los barcos, así como atestigua que el aire se renueve en las celdas de los presos.

EL UTILITARISMO Y LOS OLORES DEL ESPACIO PÚBLICO

A partir del Consulado, la higiene pública se vuelve aún más coherente. En este terreno, los conceptos de los ideólogos, y en particular el deseo de Cabanis de ver

[5] *Op. cit.*, p. 191.
[6] Piorry, *Des habitations. . .*, *op. cit.*, p. 85.
[7] *Ibid.*, p. 91.
[8] *Op. cit.*, p. 7.
[9] *De la ventilation des navires*, 1857, p. 5.

a los médicos guiar la fisiología del orden social, encuentran eco en el seno de los medios dirigentes. La estrategia higienista permanece, en ciertos aspectos, afecta al pasado. Hasta mediados del siglo, la ansiedad olfativa, y sabemos por qué, continúa ordenando la lucha contra la basura doméstica. La mayoría de las quejas que formulan los parisienses ante el Consejo de Salubridad se refieren siempre a la vecindad de sustancias animales putrefactas. Los propios expertos, a pesar del optimismo de que dieron pruebas por lo que toca a los ruidos industriales, mantienen su diatriba contra los talleres pútridos. Sobre ese particular, el escepticismo de un Parent-Duchâtelet sigue siendo una excepción, como lo demuestran los severos ataques que se le dirigen.

Los hacinamientos crecientes en el centro de la capital provocan la obsesión de "la marea alta de los excrementos y de la basura".[10] Este fantasma viene a sustituir la imagen de la ciudad-pantano, hirviente de amenazas, que asediaba a Louis-Sébastien Mercier. El año de 1826 resulta al respecto un recodo evidente. En ese año se precisa la amenaza del atascamiento de París, repleto de basura; la atarjea de Amelot se tapa, las de la Roqueta y del Camino Verde comienzan a obstruirse; un estanque nauseabundo se nutre en el corazón mismo de la ciudad; los muladares apestan las barreras.[11] Así como antes con el desalojo de los muertos, ahora el "traslado de los fangos"[12] se impone como la primera de las urgencias.[13] Es tiempo de regular la fisiología urbana de la excreción, organizando la eliminación sistemática de los desechos. Al trapero, cuya imagen se muestra obsesiva

[10] A este respecto, Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Plon, 1958, pp. 163-182.

[11] J.-B. Huzard e hijos, *De l'enlèvement des boues et des immondices de Paris*, 1826. El autor reclama en ese año que se cambien fuera de la ciudad los muladares y lodazales que apestan la calle Château-Landon y la de la Voirie, así como las barreras de Montreuil, Fourneaux y D'Enfer.

[12] V. Moléon, *Rapports généraux sur les travaux du Conseil de Salubrité*, París, 1828, p. 265 (informe del año de 1823).

[13] Como lo anota R.-H. Guerrand, a propósito de la desaparición de la bibliografía escatológica, "se acabó el reír con el mojón". ("Petite histoire du quotidien. L'avènement de la chasse d'eau" *L'Histoire*, núm. 43, 1982 p. 97.) El peligro excremencial asedia a los testigos. Las quejas prolongan las del siglo XVIII, acerca de que el análisis olfativo se vuelve más implacable aún. He aquí algunas referencias que permiten medir la intensidad de la repulsión: C. Lachaise (*Topographie médicale de Paris*, 1822, p. 139), a propósito de los olores del muladar de Montfaucon· el doctor F.-I. Moreau (*Histoire statistique du choléra-morbus dans le quartier du faubourg Saint-Denis*, 1833, p. 40) describe así el cercado de la feria de Saint-Laurent, antes de la purificación realizada en 1832: "En muchos lugares el suelo está realmente cubierto de materias fecales, de tal modo que ya no es visible." Quien expresa mejor la sublevación de la sensibilidad ante la omnipresencia excremencial es seguramente el doctor Félix Hatin (*Essai médico-philosophique sur les moyens d'améliorer l'état sanitaire de la classe indigente*, 1832): da testimonio de ello su descripción de los alderredores de Notre-Dame: "Nosotros, pueblo civilizado y delicado, vivimos en medio de suciedades que nos recuerdan sin cesar las enfermedades a las cuales la naturaleza nos ha condenado desde la cuna. Nada más chocante, según mi modo de ver, que nuestros grandes edificios, rodeados de los residuos de la digestión" (p. 3).

Acerca de los hedores de París, se pueden agregar los testimonios de Mme. Trollope (*op. cit.*, p. 146: "En esta misma ciudad no puede usted dar un paso sin que vista y olfato reciban el choque y el asco de todas las maneras imaginables"), de Victor Considerant (*cf.* R.-H. Guerrand y Elsie Canfora-Argandona, *La répartition de la population. Les conditions de logement des classes ouvrières à Paris au XIXe siècle*, 1976, pp. 19-20), de Balzac (*La fille aux yeux d'or*). El único de los autores consultados, Antoine Caillot (*Mémoires pour servir à l'histoire des moeurs et usages des Français*, 1827, t. I,

en la literatura romántica,[14] se le asigna un papel esencial para el éxito del proyecto, que es el de separar y ordenar la basura de las casas; colectar los residuos orgánicos, huesos y cadáveres de pequeños animales, y perfeccionar así la obra de los limpiadores de letrinas, tan vigilados ya en el pasado.[15]

La toma de conciencia, no ya del peligro del excremento acumulado y envejecido dentro de las fosas, sino del atascamiento, es decir, la circulación insuficiente de la inmundicia por los canales aéreos y subterráneos destinados a eliminarla, se acompaña, bajo la Restauración, del descubrimiento de la amenaza miasmática que el suburbio, apestado por los muladares urbanos y por sus propios desechos, hace pesar sobre la capital. El retorno de los excrementos desde fines del siglo XVIII, por los especialistas que permanecieron aislados, obsesiona ahora a los responsables. Aportando una caución oficial a las comprobaciones formuladas antaño por Mercier, el informante del Consejo de Salubridad escribe, en 1827:

> Salgan ahora mismo de París y escojan la ruta que quieran, y no tardarán en encontrar un buen número de carretones de limpiadores de lodos y en sentirse, a cada instante, bajo el viento de un verdadero muladar; *por doquier* ya, a orillas de la capital, se anuncian mediante los vapores pútridos que allí se respiran [. . .] Pronto estaremos advertidos por el olfato de que nos acercamos a la primera ciudad del mundo, antes de que la vista haya podido percibir la cima de sus monumentos.[16]

En ese año, el Consejo propone bordear los bulevares exteriores con un vasto foso adoquinado, para drenar hacia el Sena las aguas infectas que corren hacia el centro de la capital.[17] En 1828, el informe del Consejo se hace eco de las alarmas lejanas de Thouret: "El suelo que rodea París está empapado a una gran distancia de ese abono infecto";[18] hay que evitar, agrega, el rodear la ciudad con

p. 303) se regocija del retroceso de la fetidez del espacio público desde el Consulado; se refiere a un sitio muy preciso: los jardines del Palacio Real; éstos han sido purificados de los excrementos que los infectaban a fines del siglo XVIII.

Sobre el infierno excremencial lilense, hay que leer a Pierre Pierrard (*op. cit.*), y principalmente su descripción de la limpieza de atarjeas, con sus toneles tapados con unas briznas de paja: el trabajo está hecho por comerciantes en pequeño, que recorren las calles al grito de: "Cuatro centavos por barril" (p. 54) y después van a entregar su mercancía a los cultivadores que preparan el abono flamenco. En 1850, Lila no contaba todavía con mingitorios públicos; "unos cuantos recipientes, colocados a lo largo de las paredes, los suplían; se les vaciaba junto a una cisterna cerca del Ayuntamiento" (p. 53).

A propósito de las tardías quejas suscitadas por los excrementos en Nevers y en la Charité-sur-Loire, *véase* Guy Thuillier (*Pour une histoire du quotidien au XIXe siècle en Nivernais*, 1977, p. 34).

14 *Cf.* Louis Chevalier, *op. cit.*, pp. 461- 463.

15 A este respecto, *véase* Alain Faure: "Classe malpropre, classe dangereuse?", *Recherches. L'Haleine des Faubourgs*, 1977, pp. 79-102.

16 V. Moléon, *op. cit.*, t. II, p. 46. Volvemos a encontrar en Lila, a propósito del inmundo depósito de Saint-Agnès (Pierre Pierrard, *op. cit.*, p. 53) donde los campesinos vienen a surtirse, esa obsesión por la infección de los suburbios que incide en el centro de la ciudad.

17 Aplicación del principio del aislamiento y la separación, que inspira la política higienista y principalmente el código sanitario del 8 de marzo de 1822. Sobre el particular, *cf.* Blandine Barret-Kriegel, "Les demeures de la misère", *Politiques de l'habitat*, p. 93.

18 V. Moléon, *op. cit.*, p. 75.

sus propias deyecciones. La irrupción del cólera morbo acentúa dicha obsesión. En 1835, los expertos del Consejo deciden ir a cerciorarse de la acumulación de inmundicias en las comunas de los arrabales. En Gennevilliers comprueban que los depósitos infectos se encuentran por doquier, tanto a lo largo de los caminos como en los patios.

En realidad, la verdadera novedad no es tanto la acentuación de una ansiedad ya antigua respecto a lo pútrido y lo excremencial, sino la manera en que dicho sentimiento entra en conflicto o se combina con el utilitarismo reinante. El temor al miasma se duplica con la obsesión de la pérdida. La utilidad de lo inmundo gobierna en lo sucesivo la atención. El deseo de recuperar los desechos estimula a su vez la vigilancia olfativa.

A diferencia de lo que se comprueba a propósito del siglo XVIII, que ya declina, las ocurrencias más numerosas del discurso acerca del excremento conciernen de ahora en adelante a la ganancia. Los efluvios nauseabundos indican la pérdida al mismo tiempo que el miasma. "Todo mal olor —resumirá Mille— señala en las ciudades una lesión a la salud pública, y en las campiñas una pérdida de abono."[19] Según él, la pestilencia firma el certificado "de la pérdida, del desperdicio de elementos".[20] El olor repulsivo del excremento lo atestigua, el desperdicio, así como los delicados aromas del perfume denuncian el irreparable e infructuoso gasto. El utilitarismo y la necesidad de economizar confortan la preocupación por la salubridad: los tres juntos ordenan desodorizar.

El deseo de recuperar genera cálculos innumerables. La ciencia económica toma en cuenta el excremento; se esfuerza por señalar las pérdidas o las ganancias. Ya a principios de siglo una comisión del Instituto había rechazado la idea de echar al Sena todas las inmundicias de París, no por miedo de alterar la pureza del agua, sino por la preocupación de evitar el despilfarro que ocasiona tal procedimiento.[21] Parent-Duchâtelet considera que la exportación de los excrementos constituye uno de los grandes recursos potenciales de la capital. Sueña, desde 1833, con expedir esos productos por ferrocarril. Anhelaría que la administración patrocinara a las compañías de transporte; lanza un llamado a los particulares: "Ayúdenlos con su dinero; compren acciones de esas empresas."[22] Hay que decir que en 1834 París proporcionará 102 800 metros cúbicos de esas materias y que sólo el muladar de Montfaucon contribuirá con medio millón al año.

Bertherand estima en 30 mil francos la cifra de los negocios de la industria de la inmundicia en la ciudad de Lila.[23] Sponi considera que la adopción de la "in-

[19] Mille, "Rapport sur le mode d'assainissement des villes en Angleterre et en Ecosse" *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Legale*, julio-octubre de 1855, pp. 199-226, p. 210.

[20] *Ibid.*, p. 209. Así, escribe (p. 210) que el valor del abono debe ser "estimado según su escasa intensidad de olor"

[21] *Cf.* Alexandre Parent-Duchâtelet, *Rapport sur les améliorations à introduire dans les fosses d'aisances, leur mode de vidange et les voiries de la ville de Paris* (con MM. Labarraque y Chevallier), 1835, p. 371.

[22] Parent-Duchâtelet, *Rapport sur les nouveaux procédés de MM. Salmon et Payen et Cie. pour la dessication des chevaux morts.* 1833, p. 293.

[23] E.-L. Bertherand, *Mémoire sur la vidange des latrines et des urinoirs publics*, 1858, p. 7.

yección de agua" en los excusados y de la política de "todo a la atarjea", hace perder cada año a los ingleses doscientos cincuenta mil francos.[24] En 1857, un redactor del *Journal de chimie médicale* [Diario de química médica] calcula que vaciar 332 mil metros cúbicos de aguas sucias al Sena equivaldría a perder 275 600 toneladas de abono. Y éstos no son sino ejemplos. Tienden a fortalecer la liga que los psicoanalistas establecen entre el dinero y el *stercus* [estiércol]. Quizá convendría que los historiadores de la estadística y de la ciencia económica lo tuvieran también en cuenta. El fantasma de la pérdida, cuyo camino seguimos de Malthus a Pierre Leroux;[25] la voluntad de asegurar la buena marcha de la fisiología social de la excreción, la preocupación de registrar hombres y bienes y asegurar su circulación, forman un todo. Ahogar cualquier dimensión de esta historia condena a no tener acceso al pasado sino a comprenderlo parcialmente.

La desodorización del espacio público, que se impone más que nunca, pasa en lo sucesivo por la recuperación, la valorización, la utilización de los desechos.[26] Los autores de los proyectos que surgen de ese aspecto mal apreciado del utilitarismo, trasponen en el orden de las representaciones sociales su voluntad por la recuperación. Se ponen de acuerdo para predicar que los desechos sociales se utilicen en el proceso de recoger y tratar la inmundicia. Calculan la rentabilidad de la porquería social afectada a la valorización del detrito; los vagos proyectos que formulan ciertos higienistas a fines del siglo XVIII, serán en lo sucesivo objeto de sabios cálculos. Por otra parte, ya no se piensa más en los presos, y ni siquiera en los mendigos, sino en los indigentes y sobre todo en *los ancianos*. Éstos podrían, colectando la porquería, reembolsar en parte los gastos que ocasionan. Los desechos se encontrarían entonces implicados en relación con la beneficencia; aliviarían el esfuerzo que se lleva a cabo por los poseyentes. Ya no se toma a Berna como modelo, sino las ciudades de Bélgica. En Brujas,[27] las inmundicias son recogidas por hombres del pueblo y por ancianos. La municipalidad proporciona carretillas a los que no tienen los medios de comprar una. Gracias a tal política, Gante y Lieja se han vuelto muy limpias.[28]

Chevallier predica la construcción, en la capital, de letrinas públicas y gratuitas, destinadas tanto a hombres como a mujeres, y propone hacerlas vigilar por los pobres.[29] Las oficinas de la beneficencia deberían, según él, designar a los camineros y desbrozadores de lodos. El alcalde de Stains intentó la experiencia; confió el barrido público a individuos inscritos en las oficinas de caridad.[30]

[24] H. Sponi, *De la vidange au passé, au présent et au futur*. París, 1856, p. 29. La estimación del *Journal de chimie médicale* figura en el artículo citado de R.-H. Guerrand, p. 97.

[25] *Cf.* su célebre teoría del *circulus*

[26] Advertimos que tales preocupaciones enraízan en el siglo XVIII, cuando se instalan en Montfaucon algunas fábricas de *poudrette* (abono de materias fecales pulverizadas).

[27] M.-A. Chevallier, *Mémoire* citada, p. 318.

[28] Pierre Pierrard nota que, bajo el Segundo Imperio, la mitad de la mano de obra que utilizan los concesionarios de lodos se encuentra aún integrada por inválidos y ancianos.

[29] M.-A. Chevallier, *Mémoire* citada, p. 307

[30] *Ibid.*, p. 319.

Desde 1832, Chevallier aconseja sin descanso escoger en cada ciudad de provincia, en cada comuna rural, un terreno fuera de la aglomeración, y de cavar un foso para recibir los lodos. Hecho eso, convendría valerse de algunos de los pobres a cargo de los habitantes.

> Se les daría una pequeña carretilla, jalada por un asno o un caballo fuera de servicio, y se les daría orden de recorrer, *sin parar*, durante los días hábiles, la comuna y sus aledaños, alzando con ayuda de la pala y de la escoba todas las inmundicias que se encontraran tiradas, a fin de conducirlas al depósito de la comuna. *Esa limpieza de todos los instantes* proporcionaría una masa bastante grande de productos, y el recogerlos continuamente mantendría una limpieza agradable y salubre.[31]

La novedad no reside en la naturaleza del trabajo, calcado del de los recogedores de estiércol, sino en el ritmo propuesto. La permanencia de la actividad aseguraría, a la vez, la recuperación integral y la limpieza absoluta, la desodorización y la salubridad.

La recolección de excrementos humanos se impone, tanto más cuanto que su superioridad aparece entonces incuestionable.[32] Líquido o sólido, constituye el más rico de los abonos. "Cada kilogramo de orina equivale a un kilo de trigo",[33] afirma Sponi. Dominique Laporte cita un conjunto de textos significativos cuya finalidad es llamar a la vigilancia de los prefectos sobre dicha excepcional cualidad.[34] El decreto del 31 de diciembre de 1720 había antaño reglamentado y alentado en la región parisiense el uso de dichos abonos. Pero un neto desapego se había operado entre 1760 y 1780. A finales del Antiguo Régimen, el volumen de excrementos utilizado había caído bruscamente, excepto en regiones como la de Flandes, donde su empleo seguía siendo tradicional. En seguida comienza un nuevo y creciente periodo de utilización;[35] corresponde al ascenso del utilitarismo. Ese brote de interés impone al Consejo de Salubridad el definir una política. El deseo de evitar la confusión de los productos, y por ende la pérdida, lo lleva en 1835 a encomiar los aparatos separadores de líquidos y materias sólidas.[36]

Queda pendiente el problema del "todo a la atarjea", propuesto por el ejemplo inglés. Iba a ser necesario esperar los extremos del fin del siglo para que dicha solución lograra imponerse en París. Sin embargo, a partir de la Restauración, aún tiene sus partidarios. Por otra parte, el sistema funciona parcialmente en la capital: la Escuela Militar, los Inválidos, Bicêtre, la Salpêtrière, la Casa de Moneda, evacuan sus excrementos por medio de atarjeas que confluyen al Sena.

[31] *Ibid.*, p. 313 (las cursivas son nuestras).
[32] *Cf.* Bertherand, *op. cit.*, *passim*, destacado ya por D. Laporte.
[33] *Op. cit.*, p. 26.
[34] *Histoire de la merde*, pp. 99 *ss*.
[35] Sobre estas fluctuaciones, *cf.* L. Liger, *op. cit.*, pp. 87 *ss*. El autor proporciona indicaciones sobre los cambios de precios.
[36] V. Moléon, *op. cit.*, informe que corresponde al año de 1835, p. 234. Los aparatos separadores han suscitado una bibliografía muy abundante.

Los líquidos de Montfaucon se recogen y conducen al río mediante la gran atarjea de cintura, y después de 1825, por la atarjea lateral, al canal de Saint-Martin.

Este modo de desagüe se utilizará ampliamente en las ciudades de provincia, hacia fines del siglo y hasta la segunda Guerra Mundial. En 1860, las tierras bajas de Deule pasan por ser la atarjea de la ciudad de Lila; las cañerías de los excusados y los desechos del matadero se vierten allí. Los lodos inmundos se acumulan en los canales y apestan la ciudad.[37] En Caen, los Odons se transforman en verdaderas atarjeas a cielo abierto; la cuestión, en el orden del día después de más de cien años, hace figura de "serpiente de mar".[38] En 1876, la Nièvre, en Nevers, no es ya sino una "inmensa cloaca".[39] La desinfección sistemática del espacio urbano no será emprendida aquí sino hasta finales del siglo.

Los partidarios de "todo a la atarjea", desde Sponi hasta Guéneau de Mussy, machacan que es la única forma de asegurar el movimiento, la circulación del excremento y, por ende de librarse de la terrible amenaza del estancamiento. Además, al contrario de la fosa séptica, permite controlar las corrientes: "las atarjeas están vigiladas constantemente. Esta vigilancia es luminosa, fácil y regular",[40] argüirá todavía Émile Trélat en 1882.

¿Cómo explicar entonces que tal solución se haya rechazado durante casi un siglo? Gérard Jacquemet demostró la complejidad del debate y la confluencia de los intereses que jugaron en contra de su adopción.[41] El sistema habría impuesto a los propietarios una suscripción, considerada durante largo tiempo como una carga sumamente pesada. En 1856, solamente diez mil de los treinta y dos mil inmuebles de la capital tienen provisión de agua. El "todo a la atarjea" arriesgaba arruinar las compañías de limpia, que ejercieron el papel de un eficaz grupo de presión. Tales obstáculos habrían podido vencerse si el clamor de los sabios no hubiera confortado la resistencia. Volveremos a encontrar la obsesión de la pérdida. Chevreul[42] señala el peligro: desinfectar las materias es ya empobrecerlas; las preocupaciones de la salubridad, agrega, han hecho perder de vista ese riesgo. Sin hablar siquiera del "todo a la atarjea", arquetipo del despilfarro, anegar las fosas disminuye el grado de su contenido de ázoe. Los limpiadores de letrinas lo saben muy bien; aprecian mucho más el excremento acumulado en la fosa del pobre que en la del rico, por tan diluido el de éste. Belgrand establece, con la mayor precisión, una escala social del valor del producto. Dibuja una repartición topográfica del grado en el contenido de nitrógeno de los excrementos de la capital.[43] Estimulando a la vez la desodorización de la calle y del espacio públi-

[37] Pierre Pierrard, *op. cit.*, p. 49.

[38] Gabriel Désert, en *Histoire de Caen*, Privat, 1981, pp. 199 y 228.

[39] Guy Thuillier, *op. cit.*, p. 34.

[40] "Rapport d'Émile Trélat sur l'évacuation des vidanges hors des habitations" leído el 25 de enero de 1882, en *De l'evacuation des vidanges dans la ville de Paris*, 1880-1882, p. 29.

[41] Gérard Jacquement, "Urbanisme parisien: la bataille du tout-à-légoût à la fin du XIXe siècle" *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, octubre-diciembre de 1979, pp. 505-548.

[42] *Op. cit.*, p. 42.

[43] *Cf.* Marié-Davy en *De l'évacuation des vidanges dans la ville de Paris*, pp. 67 ss. Este cálculo

co, el utilitarismo iba de ese modo a frenar en París, y en numerosas ciudades de Francia, la adopción del "todo a la atarjea" Efectos divergentes de los que convendría destacar su aspecto contradictorio.

Bajo la Restauración, el excremento humano se encuentra promovido al rango de materia prima de la industria química. Se instala una factoría en Bondy, cerca del nuevo muladar; produce amoniaco. Así se combinan los imperativos de la salubridad y la utilidad. Allí se realiza el lancinante proyecto de abolir el excremento, que había incitado a los higienistas a recomendar el empleo, en las letrinas, de productos capaces de transformar instantáneamente las deyecciones en un excelente abono.[44] A continuación, la química de la inmundicia continuará inspirando grandiosos proyectos; en 1844, Garnier soñará con edificar un vasto complejo industrial destinado al tratamiento de la orina; propondrá llamarlo *Amoniápolis*.[45]

En el año 1825 se inaugura una era nueva en el descuartizamiento de animales.[46] Hay que decir que, en vísperas del cambio, la hendiodez había alcanzado, en el cerco de Montfaucon, una intensidad hasta entonces desconocida. Los aldeanos de Pantin y de Romainville respiraban permanentemente esa pestilencia. Parent-Duchâtelet, técnico en la difusión de olores, acababa de entregarse al estudio muy concreto de los flujos nauseabundos.[47] Felizmente desviados por la topografía, la mayor parte de la capital se libraba de tales efluvios, pero apestaban la barrera del Combat, y bajo la acción de ciertos vientos afectaban a veces el Marais y el jardín de las Tullerías, de lo que se quejaba amargamente Lachaise, tres años antes.[48]

En 1815, en su informe sobre las actividades del Consejo de Salubridad, Mauléon planteaba ya el problema de cómo "convertir de inmediato en objetos propios del comercio, la carne, la sangre, la grasa, los huesos y los intestinos de diez a doce mil caballos que se matan en París cada año".[49] La eliminación de tres mil bestias sacrificadas en el curso de la jornada del 31 de marzo de 1814 había acentuado la urgencia de una solución.

Desde 1812, los químicos Payen, los hermanos Pluvinet y Boulier habían obtenido que se aprobara un procedimiento para fabricar abono por medio de la licuefacción de las grasas y la compresión de las partes carnosas de las carroñas.

evalúa más o menos nueve kilos por metro cúbico para la materia, sin mezcla de agua, recogida en inmuebles populares, y 270 gramos por metro cúbico en el interior de la fosa del Grand Hôtel.

[44] Parent-Duchâtelet, ferviente propagandista del producto, aconseja organizar demostraciones sobre las banquetas de la ciudad, a fin de probar al público su eficacia (*Rapport sur les améliorations à introduire dans les fosses d'aisances. Hygiène Publique*, t. II, p. 397).

[45] Georges Knaebel, *Les problèmes d'assainissement d'une ville du Tiers Monde: Pointe Noire* tesis de tercer ciclo, octubre de 1978, capítulo VI, "Construction du réseau d'égouts parisiens au XIXe siècle" p. 249.

[46] Parent-Duchâtelet, *Les chantiers d'équarrissage de la ville de Paris envisagés sous le rapport de l'hygiène publique*, 1832, p. 29.

[47] *Ibid.*, p. 100.

[48] C. Lachaise, *op. cit.*, p. 139.

[49] V Moléon, *op. cit.*, año de 1815, p. 89.

En 1816, Foucques se proponía "hacer jabones de diferentes colores y un licor lixivial con las carnes, los huesos y los intestinos provenientes del descuartizamiento de los caballos".[50] A partir de 1825, el nuevo establecimiento Payen, instalado en Grenelle, revoluciona esta industria. El tratamiento aislado y el empleo del negro animal transforman el sórdido descuartizamiento en "actividad salubre, que asegura ganancias considerables".[51]

El tratamiento del sebo por medio de la cal, rinde también, inodora, una industria que antes había motivado quejas incesantes. Gracias a los trabajos del joven Barruel, se desarrolla la fabricación de la sal de amoniaco a partir de residuos óseos, esqueletos y aguas de depuración.[52] La demanda de materia prima incita a recoger los residuos animales que llenaban el muladar; contribuye al aseo de la ciudad. Después de que la fábrica Pluvinet se instaló en Clichy, "ya no se ven huesos formando muros, o tirados en medio de las avenidas de la capital".[53] Una gran cantidad de sangre de animales, que corría hasta sobre los adoquines e infectaba el aire del vecindario de los mataderos, puede en adelante tratarse en una fábrica desecadora que surte de sus productos a las refinerías de azúcar instaladas en las colonias.[54]

La investigación acerca de la ganancia decide desodorizar el espacio público con más seguridad que la obsesión de la insalubridad. Tiende a desembarazarlos de la pestilencia de la carroña, la sangre y los huesos. Al principio, es cierto, la nueva industria química impone efluvios nauseabundos, pero cuando se aplican técnicas para elaborar a puerta cerrada, tanto la utilización creciente de desinfectantes como la legislación acerca de los establecimientos insalubres contribuirán a detener la nocividad.

Así sobreviene poco a poco la liberación de la lancinante angustia que ocasiona la carne animal en vías de descomponerse. Los minuciosos análisis del siglo anterior sobre los ritmos de la putrefacción de la carne, están a tal punto aventajados, que la transmutación aparece instantánea. Se exorciza la producción del miasma mediante la abolición de la hediondez. Resulta fascinador el modelo que se propone para el descuartizamiento en lo sucesivo. Parent-Duchâtelet confiesa su admiración por la revolución que se opera. Cada una de las partes del cadáver, desodorizada y cuidadosamente seleccionada, encuentra una utilización racional.[55] Falta que se prohíban los descuartizamientos clandestinos que subsisten en la capital para asegurar el monopolio del tratamiento del cadáver a las nuevas factorías. Varias comisiones nombradas por la Prefectura van a elabo-

[50] *Cf.* Parent-Duchâtelet, *Les chantiers*. p. 28.

[51] Tal es la opinión de J.-B. Monfalcon y A. de Polinière, que calculan los beneficios de dicha industria. *Traité de la salubrité dans les grandes villes*, 1846, pp. 220 *ss*.

[52] *Cf.* V. Moléon, *op. cit.*, informe del año de 1827, p. 16.

[53] V. Moléon, *op. cit.*, informe del año de 1825, p. 325.

[54] V. Moléon, *op. cit.*, informe del año de 1824, p. 286.

[55] Parent-Duchâtelet, *Rapport sur les nouveaux procédés de MM. Salmon, Payen et Cie. . ., Hygiène publique*, t. II, p. 295, y *Projet [. . .] d'un rapport [. . .] sur la construction d'un clos central d'équarrissage pour la ville de Paris, Hygiène publique*, t. II, p. 310.

rar el reglamento necesario. La obligación de instalar un "alto horno" que suba las emanaciones "a una altura elevada en la atmósfera",[56] terminará la desodorización del tratamiento de carnes muertas.

Aludir a la utilización eventual del cadáver humano, está aún prohibido. El piadoso Parent-Duchâtelet, que dedica sin embargo un bastante largo desarrollo al empleo abusivo de la grasa humana que recogen los mozos del anfiteatro del Barrio Latino,[57] no sabría transgredir esa prohibición. Hay que esperar el año de 1881 para que el ingeniero Chrétien anuncie un proyecto que desgraciadamente califica, con una lamentable presciencia, de idea de vanguardia: "La finalidad de toda inhumación —escribe— debiera ser transformar todo resto inanimado en productos útiles."[58]

La revolución de los cloruros y el dominio de los flujos

En lo sucesivo, fundada sobre un análisis correcto de los gases nauseabundos, la desodorización científica progresa a gran velocidad. En la práctica cotidiana, se desarrolla el uso de las fumigaciones guytonianas[59] y más aún el del agua de Javel, elaborada desde 1788 en las fábricas del conde de Artois.[60] Dos descubrimientos iban a perfeccionar la obra del químico de Dijon. El farmacéutico Labarraque, sustituyendo el cloro por el cloruro de cal, encuentra el medio de detener la marcha de la putrefacción. La experiencia decisiva se desarrolla el 1 de agosto de 1823. Ese día, a las siete horas y media de la mañana, se procede a una exhumación; el gran Orfila debe practicar en seguida una autopsia. Pero la pestilencia del cadáver se revela espantosa. Propuesta por Labarraque, la aspersión con el cloruro de cal disuelto en agua produce un "efecto maravilloso"; "el olor infecto queda instantáneamente destruido".[61] El prefecto Delavau saca lecciones de esa experiencia: ordena desinfectar con agua clorurada las "letrinas, urinarios y otros meaderos hediondos de la capital" En 1824, Labarraque redacta una *Instruction à l'usage des boyaudiers, contenant le moyen de travailler sans fétidité* [Instrucción para uso de los triperos, conteniendo el medio de trabajar sin fetidez].

La muerte de Luis XVIII viene a confirmar el éxito de Labarraque. El cadáver del rey se encuentra en un estado tal de podredumbre, que despide un olor espeluznante. Deben llamar al farmacéutico. Éste empapa una sábana con agua clorurada, la tiende frente a él, como una pantalla, y le cubre el cuerpo, que rocía luego durante largo tiempo; logra de ese modo que desaparezca el mal olor.[62]

[56] Monfalcon y Polinière, *op. cit.*, p. 224.

[57] Parent-Duchâtelet, *De l'influence et de l'assainissement des salles de dissection*, *Hygiène publique*, t. II, pp. 22-24.

[58] J. Chrétien, *Les odeurs de Paris*, 1881, p. 33.

[59] Ampliamente practicadas por los médicos del oeste. *Cf.* Jacques Léonard, *Les médecins de l'Ouest au XIXe siècle*, 1979, t. III, p. 1141

[60] Reutter de Rosemond, *op. cit.*, t. II., p. 286.

[61] A. G. Labarraque, *observations sur l'emploi des chlorures*, 1825, p. 5.

[62] Conversaciones de Labarraque, dadas a conocer por Maxime du Camp y publicadas en *La Chronique médicale*, 1915, p. 280.

La cuba de Labarraque se convertirá muy pronto en el instrumento indispensable de todas las grandes empresas higienistas. En 1826, permite desinfectar a los obreros que se ocupan en la limpieza de la atarjea de Amelot.[63] Es este nuevo licor el que, en 1830, desodoriza los cadáveres de los fallecidos de julio. Las Tres Gloriosas marcan el triunfo definitivo del agua clorurada. El doctor Troche rocía con él las fosas que mandó cavar bajo la plaza del mercado de los Inocentes y ante la columnata del Louvre.[64] Algunos días después, gracias a la cuba de Labarraque, Parent-Duchâtelet vence la hediondez de los cuerpos que se acumularon de prisa en las bóvedas de San Eustaquio. Menos de dos años más tarde, cuando estalla el cólera morbo, es la capital entera la que se trata de desinfectar con ayuda del precioso líquido. El prefecto Gisquet da órdenes de utilizarlo para limpiar los mostradores de carniceros y tocineros, y para "neutralizar" las "emanaciones pútridas que se escapan de fosas y trincheras en los trabajos de terraplenes";[65] manda regar el piso de los mercados, el pavimento de las calles, los fosos de los bulevares.

El descubrimiento de Labarraque permite resolver el espinoso problema que plantea la disección. Hasta entonces, un hedor horrible reinaba en los anfiteatros.[66] Los estudiantes de medicina y sus maestros soportaban, por ese hecho, un suplicio cotidiano; algunos vivían con el temor constante a la infección. Las disecciones, como los descuartizamientos, se dispersaban por las callejuelas del Barrio Latino de modo que el vecindario se quejaba también del hedor. La prohibición de establecimientos clandestinos y el lavado diario de las mesas con agua clorurada, impuesto en el nuevo anfiteatro de la Facultad, solucionan la cuestión; la reforma contribuyó a desodorizar todo un barrio de la capital.[67]

Quedaba por dominar la terrible hediondez del hospital. Labarraque se iba a ocupar en ello. Prepara su célebre licor de cloruro y óxido de sodio, que se sabe eficaz. Permite, como sin ninguna exageración lo notan los especialistas, "encadenar la descomposición sobre el ser viviente".[68] El carbón gangrenoso, las "úlceras venéreas degeneradas", "la podredumbre de hospital más intensa", el cáncer mismo pueden, en lo sucesivo, "desinfectarse" es decir, desodorizarse.

El producto preparado por Salmon en 1825 constituye otro descubrimiento de importancia. Se conocía desde hacía mucho tiempo el poder desinfectante del polvo de carbón; calcinando las materias animales con sustancias terrosas, el químico logra preparar un negro animalizado capaz de desodorizar instantánea-

[63] Parent-Duchâtelet, *Rapport sur le curage des égouts. Hygiène publique*, t. I, p. 362.

[64] Troche, *Notice historique sur les inhumations provisoires faites sur la place du marché des Innocents en 1830*, 1837, y Parent-Duchâtelet, *Note sur les inhumations et les exhumations qui ont eu lieu à Paris, à la suite des évènements de juillet 1830*, p. 81.

[65] *Mémoires de M. Gisquet*, 1840, t. 1, pp. 425-427. Al respecto, *véase también* Blandine Barret-Kriegel, *op. cit.*, p. 108.

[66] *Cf supra*, p. 38, y V. Moléon, *op. cit.*, informe del año de 1823, p. 264.

[67] Parent-Duchâtelet y D'Arcet, *De l'influence et de l'assainissement des salles de dissection*, 1831.

[68] Labarraque, *op. cit.*, p. 5. El autor cita observaciones de los especialistas.

mente todas las "materias en descomposición pútrida".[69] El producto de la operación resulta un abono precioso. Salmon reconcilia a higienistas y economistas. Relega al rango de arcaísmo la asquerosa podredumbre que ofuscaba todavía la nariz de los héroes de un *Debut dans la vie* [Un exordio en la vida] encerrados en el vehículo de Pierrotin.[70]

Desde mediados del siglo XVIII, por decenas se sucedían unos a otros los procedimientos destinados a desinfectar las materias fecales. En 1856, Sponi hace una lista de todos los proyectos formulados desde 1762; no cuenta menos de 57.[71] Durante cerca de un siglo los más grandes sabios reflexionan, experimentan; se puede decir, sin exagerar, que no hay un químico eminente que no haya tratado de lograr la desodorización de los excrementos.[72] El negro animal, de hueso, y después el sulfato de hierro, proporcionan por fin las soluciones eficaces. Gracias a dichos productos se disipa el terror inspirado antaño por la limpieza de las letrinas. En Lyon, hacia la mitad del siglo, *La société générale des engrais* [La sociedad general de los abonos], se menciona a menudo como ejemplo; opera en pleno día sin dar lugar a quejas; "la apertura de una fosa en una casa de comercio, no impide que los clientes vayan a comprar". Antes que el decreto del 12 de diciembre de 1849 prescribiera desinfectar las letrinas mediante el sulfato y el cloruro de zinc, el progreso permanece más titubeante en la capital. La multiplicación de los sistemas propuestos pudo haber retardado la aplicación de procedimientos mejores. Los excusados públicos y los inodoros instalados desde 1817 en la calle nueva de San Agustín no fueron imitados de inmediato.

La desodorización de los sitios de hacinamiento se detiene por el dominio de los flujos; no basta con permitir que el aire circule, hay que dirigirlo. Sin esto, no se podría vencer del todo el estancamiento y el hedor de los recovecos. De tal modo se bosqueja el progreso en materia de ventilación. La obra de Tredgold,[73] en Inglaterra, y las de D'Arcet, el práctico, y de Péclet, el teórico, en el continente, manifiestan ese nuevo proyecto.[74] "Un procedimiento —afirma el ingeniero Grouvelle, discípulo de D'Arcet— es siempre defectuoso cuando no se le puede gobernar a voluntad."[75] Saber evacuar, pero también guiar, distribuir el aire de un lugar, es ser capaz de arreglar allí el ambiente olfativo.

Tal proyecto acaba por acentuar el circuito cerrado. "No hay buena ventilación cuando ésta queda sometida a las variaciones atmosféricas, a la acción de

[69] V. Moléon, *op. cit.*, informe del año de 1838, p. 428.

[70] H. de Balzac, *Un début dans la vie*, ed. La pléiade, *Scènes de la vie privée*, t. I. 1976, p. 777.

[71] H. Sponi, *op. cit.*, p. 8.

[72] En la bibliografía destacan sobre todo los nombres de Boussingault, D'Arcet, Dupuytren, Fourcroy, Hallé, Labarraque, Parent-Duchâtelet, Parmentier, Payen, Thouret y Tréburchet. Sobre este asunto, *cf.* H. Sponi, *op. cit.*, p. 10.

[73] *Cf.* Thomas Tredgold, *Principes de l'art de chauffer et de aérer les édifices publics, les maisons d'habitation, les manufactures, les hôpitaux, les serres.* , París, 1825.

[74] Lo que equivale a matizar la afirmación de Maurice Daumas (*Histoire générale des techniques*, III, pp. 522-523) de que la ventilación no progresa durante dicho período.

[75] Introducción a J.-P. d'Arcet, *Collection de mémoires relatifs à l'assainissement des ateliers, des édifices publics et des maisons particulières*, t. I, 1843, p. VII.

los vientos, o a condiciones de apertura o cierre de puertas y ventanas independientes del procedimiento mismo."[76] D'Arcet comprendió, anota Grouvelle, "que era necesario adoptar medios bastante regulares y potentes para que la gran corriente de aire que se desea establecer domine, sin variación ni interrupción, todas las corrientes accidentales".

La pieza hermética de Pearson se ofrece entonces como modelo. Con el fin de atender a domicilio a los tísicos y evitarles largas estancias en las regiones meridionales, el médico inglés se esfuerza en procurarles una temperatura agradable; imaginó para ello tapar la chimenea, construir dobles puertas y ventanas dobles, y acondicionar una especie de invernadero climatizado destinado al hombre.[77] Estas condiciones implican una revolución copernicana del comportamiento cotidiano. La señora que se instala en la nueva cocina concebida por D'Arcet desde 1821, se guardará muy bien de abrir puertas y ventanas.

> Así tendrá —reconoce el sabio— que vencer una antigua costumbre; ella abría todo dentro de su antiguo sistema de construcción, porque estaba obligada a ello, para no sofocarse; dejaba entrar mucho aire en su cocina para que el humo y los gases deletéreos que la llenaban fuesen menos nocivos, pero con nuestro sistema [. . .] el tiro es regular; no queda ningún vapor en la pieza.[78]

Por las mismas razones, D'Arcet elogia el uso del sifón y la fabricación industrial aislada. La nueva ventilación activa la sustitución del hogar de la chimenea por la estufa y la caldera. Puesto que las superficies lisas favorecen el dominio de los flujos, la lógica del sistema conduce a reconocer las ventajas del esmalte y el barniz sobre los cuales el aire y el agua resbalan sin obstáculo. La sala de baño *clean and decent* [limpia y decente] del fin de siglo encuentra su lejano origen en dicha voluntad de gobernar las corrientes, que se expresa desde la Restauración.[79]

En el espacio por ventilar, D'Arcet procede a la aplicación sistemática de dos principios: "el llamado de forzamiento, de un lado, y de otro *la distribución regular del aire*";[80] únicamente el segundo se afirma como innovador. Además, según D'Arcet, la desodorización supone la combustión total; las estufas fumívoras que construye, y que no dejará de ensalzar, se inscriben dentro de la misma cadena de preocupaciones.

Siguen las prisiones en la secuencia de cristalizar la ansiedad. En ningún otro sitio se impone con tanta urgencia la necesidad de que circule el aire. Así, Villermé considera como previo e indispensable delimitar un espacio ventilable. La construcción del muro de un recinto, que libre del temor de evasión, debería

76 *Ibid.*, así como la cita que sigue.
77 Thomas Tredgold, *op. cit.*, p. 271.
78 D'Arcet, "Rapport sur des [. . .] fourneaux de cuisine salubres et économiques", 1821, *Collection*. . . , *op. cit.*, p. 113.
79 Aquí nuestro propósito no es analizar de qué manera esos mismos esquemas vuelven a encontrarse en las representaciones sociales, pero ya se sabe cómo guían la voluntad de dominar totalmente, en vaso cerrado, la actividad de la prostitución.
80 Philippe Grouvelle, *Collection*. . . *op. cit.*, p. VI.

a su juicio permitirla.[81] Desodorizar las deyecciones del preso constituye la segunda exigencia.

Dentro del establecimiento, es la celda la que se vuelve, a su vez, el laboratorio donde se experimentan con toda calma las técnicas desodorantes. Los miembros de una comisión formada por los más eminentes químicos (Dumas, Leblanc, Péclet, Boussingault), miden por el olfato la relación que se establece entre el tiempo necesario para obtener la desodorización total de una celda infecta y el volumen de aire que ha de introducirse. Los sabios, instalados alderredor del balde hediondo, logran al correr de las horas construir cuadros donde "fijan las bases de ventilación y saneamiento de todas las cárceles con celdas".[82] No es aquí el volumen de oxígeno necesario a la sobrevivencia del individuo lo que regula la ventilación, sino la intensidad de una corriente capaz de vencer la hediondez de las deyecciones del preso.

Las experiencias del mismo tipo que se realizaron en la sala de una escuela, infectada por el sudor de los educandos y la suciedad de sus vestidos, demostraron que seis metros cúbicos de aire, por individuo y por hora, bastan para hacer desaparecer todo olor.[83] Lo que lleva a pensar que una corriente de doce metros cúbicos/hora lograría desodorizar los lugares donde se hacinan adultos. Estas nuevas normas inspiran a los ingenieros. En la prisión de Mazas, Grouvelle logra "sanear" de ese modo 1 200 celdas gracias al "llamado hacia abajo", ejercido por el tubo de bajada de las letrinas. Otro medio muy distinto, o sea el método de adopción de los asientos con sifón, permite a Duvoir obtener asimismo buenos resultados en las celdas del Palacio de Justicia.[84]

A partir de 1853, el ventilador mecánico de Van Hecke se impone como modelo en los establecimientos penitenciarios; es objeto de admiración de Ducpétiaux.[85] El anemómetro instalado en la prisión de celdas de Petits-Carmes, en Bruselas, demostró que el nuevo aparato procuró cuarenta y ocho metros cúbicos de aire renovado, por hora y por persona, cuando las autoridades únicamente reclamaban veinte. Sobre todo, un cuadrante de aguja, visible desde la galería, indicaba noche y día "la fuerza real de la ventilación y una mirada bas-

[81] Villermé, *Des prisons. op. cit.*, p. 18.

[82] *Chauffage et ventilation de la Nouvelle force par Philippe Grouvelle*, p. 25.

[83] Sobre estas cuestiones, *cf.* Félix Leblanc, *Recherches sur la composition de l'air confiné*, 1842. Síntesis de los trabajos practicados en una alcoba, en la sala de un asilo, en una sala de escuela primaria, en un anfiteatro de la Sorbona, en la Cámara de Diputados, en una sala de espectáculos (la Favart), en caballerizas militares y en un invernadero del Jardin Royal. Para cada uno de estos sitios se anotaron "la capacidad del recinto, la cantidad de individuos, la duración del cierre, la temperatura, el modo de calefacción y la ausencia o presencia de [. . .] ventilación", medida ésta mediante el anemómetro de Combes (p. 11).

Por lo que concierne al análisis del aire confinado, *véase también* E. Péclet, *Instruction sur l'assainissement des écoles primaires et des salles d'asile*, 1846.

[84] *Cf.* doctor Grassi, *Rapport [ ] sur la construction et l'assainissement des latrines et fosses d'aisances*, 1858, p. 32.

[85] Ducpétiaux, "Extrait du rapport sur les deux systèmes de ventilation établis à titre d'essai dans la prison cellulaire des femmes, à Bruxelles" *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, 1853, t. L, pp. 459 *ss*.

taba para apreciar las diversas graduaciones, desde cero hasta ocho, que era la cifra máxima".[86] Aunque no utiliza el "llamado forzado", el ventilador realiza el sueño de D'Arcet. Un flujo constante y regulable, que mide su permanencia, asegura ese dominio de la ventilación indispensable para eliminar los olores individuales. La regularidad de la máquina manifiesta el éxito: "Durante todo el tiempo de las experiencias, la aguja del cuadrante permaneció casi invariablemente entre el cuarto y quinto grado."[87] En 1856 se instaló un aparato de ese tipo en Beaujon. Al año siguiente, el ventilador de Van Hecke hace maravillas en el barco *Adour*, encargado de "transportar" quinientos presidiarios de Tolón a Cayena. Gracias a él, el cirujano principal no tuvo que extender una sola ficha de enfermería durante la travesía.[88]

Desodorizar los sitios de encierro por medio de la ventilación implica, sin embargo, una disciplina para defecar cuya ausencia están de acuerdo en deplorar los responsables.[89] Mucho antes que ésta se desarrollara en las escuelas y en el ámbito del espacio privado,[90] la preocupación de asegurar la salubridad, a veces combinada con la de recuperar el excremento, genera en los asilos asombrosas prácticas disciplinarias.[91] Las prescripciones de Girard de Cailleux, que pide a los enfermeros obligar a los locos a que defequen, tanto de noche como de día a hora fija; los brazos de hierro que obligan al enfermo a hacerlo en el lugar prescrito, son muy significativos al respecto. Ciertas observaciones demostraron la posibilidad de ese adiestramiento ejemplar: "A propósito de la frecuentación a los excusados, el alienado, precisamente por estar privado de razón, puede ser sometido, en lo que concierne a la falta de limpieza, a una represión que no podría imponerse a los habitantes comunes de los establecimientos públicos."[92]

Durante el mismo año, el fascinante proyecto publicado por Duponchel en los *Annales d'hygiène publique* [Anales de higiene pública], interpretó de manera exacerbada dicha voluntad de abolir la hediondez excremencial de los lugares colectivos y de imponer disciplina mediante la estructura misma de los equipos.[93] A fin de desodorizar cuarteles y hospitales, el autor propone edificar una torre-letrina, denominada "minarete", cuya arquitectura barroca, inspirada en la ga-

[86] *Ibid.*, p. 461.

[87] *Ibid.*, p. 461.

[88] C. Grassi, *De la ventilation des navires*, 1857, p. 23.

[89] *Cf.* Geneviève y Bruno Carrière, "Santé et hygiène au bagne de Brest au XIXe siècle" *Annales de Bretagne et des Pays de l'Ouest*, 1981, núm. 3, p. 349. En 1822, el ingeniero Trotté de la Roche escribe a propósito del presidio, "por la noche, los hombres no se toman la molestia de ir a las letrinas para sus necesidades ligeras. La orina, en lugar de ir hacia el desagüe, permanece en el piso, se introduce en la madera."

[90] *Cf. infra*, p. 190.

[91] *Cf.* Dominique Laporte, "Contribution pour une histoire de la merde: la merde des asiles, 1830-1880" *Ornicar? Analytica*, vol. 4, julio de 1977, pp. 31-48.

[92] Citado por C. Grassi, *Rapport*, *op. cit.*, p. 37

[93] Edmond Duponchel, "Nouveau système de latrines pour les grands établissements publics et notamment pour les casernes, les hôpitaux militaires et les hospices civils" *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, junio de 1858, pp. 356-362.

via de un barco y, sin duda también en el palomar D'Arcet, tiende a privar al individuo de toda posibilidad de ensuciarse. Nada de piso o muro manchados por el enfermo o el soldado que se sujeta a brazos de hierro y debe acomodarse en un asiento casi suspendido, al que da acceso una pasarela metálica.

D'Arcet, como sus colegas del Consejo de Salubridad y principalmente su amigo Parent-Duchâtelet, soñaba con hacer salubres todas las industrias. Gracias al "llamado forzado", y más aún, a la instalación de estufas fumívoras y hornos con reverberos, logró desodorizar varias fábricas de entre las más nauseabundas. Los criaderos de gusanos de seda "infectados por la respiración y la transpiración de los bichos; sus excrementos, sus cambios de piel, sus cadáveres y la fermentación de la mugre",[94] provocaban la ansiedad de Olivier de Serres. En 1835, D'Arcet logró eliminar los malos olores. "Saneó" de la misma manera la refinación del oro y de la plata, y después la quema de las venas del tabaco. D'Arcet permite así que se instalen o mantengan en servicio, en el centro de las ciudades, aquellos establecimientos de los cuales los citadinos no estaban ya dispuestos a seguir tolerando sus asqueantes olores.

Entonces se desarrolla la industria de la ventilación, a la cual la larga resistencia a los hedores asegurará una prosperidad duradera.[95] En ese terreno, Francia exhibe un retardo evidente. Al contrario de sus colegas ingleses, los arquitectos del continente, mal informados de los progresos de la física y desdeñosos respecto a los ingenieros, por otra parte poco numerosos, se preocupan ante todo por la belleza de las formas. El viaje a Roma muestra el adorno de otros prestigios además del aprendizaje de mecanismos de calefacción o ventilación, que sigue considerando asunto de farsantes; no ordena sino muy raramente el concepto de conjunto de una construcción y los ejemplos evocados con anterioridad constituyen una excepción. Los teóricos de la ventilación no fueron escuchados. Faltaba un cuerpo de ingenieros civiles lo bastante organizado para imponerse como intermediario entre arquitectos y mecánicos. En Inglaterra, casi todos los edificios públicos y una buena cantidad de habitaciones y de barcos se equipan con sistemas de ventilación, aunque muy someros, es cierto; en las grandes ciudades de la monarquía censataria apenas si se pueden citar algunas realizaciones ejemplares. Las salas de espectáculo parisienses, en las cuales los abonados de la burguesía y de la aristocracia se hacinan durante interminables funciones, atraen la solicitud de los higienistas. La sala *Variétés*, ventilada por D'Arcet, que para hacerlo utiliza el denominado del lustre, constituye un modelo muy rápida y ampliamente imitado.

[94] Ph. Grouvelle, *Collection...*, *op. cit.*, p. XXIII.
[95] François Caron, *Histoire économique de la France, XIXe-XXe siècle*, A. Colin, 1981, p. 65.

VIII. LA POLÍTICA Y LAS NOCIVIDADES

La elaboración del código y la primacía de la olfacción

De la Revolución a los descubrimientos pasteurianos, la higiene pública, según parece, procede una vez más por préstamos; el reglamentarismo que se elabora extrae a manos llenas del arsenal de medidas decretadas bajo el Antiguo Régimen, y cuya eficacia se había revelado muy a menudo discutible. Además, en el camino del sueño ecológico, la diatriba contra el cementerio y después contra los lugares de hacinamiento de multitudes pútridas, preparó las vías y esbozó un modelo de ansiedad, vigilancia e intervención. Por tanto el debate acerca de las nocividades industriales, que se desarrolla durante el siglo XIX y del cual se arriesga postular demasiado pronto su radical modernidad, no constituye desde muchos puntos de vista sino una finalidad. La innovación reside, repitámoslo, en la coherencia de las decisiones. A partir del Consulado, se elabora progresivamente un verdadero *código* que define al mismo tiempo las nocividades y la política que conviene llevar a ese respecto. La nueva higiene pública aspira a que se aceleren los ritmos de la desinfección; esta vez tiene por objeto, la totalidad del espacio y de la sociedad.

La historia de la emergencia del reglamentarismo es clara. En 1790 y 1791 fueron promulgadas dos leyes sobre las artes industriales y la salubridad. Su efecto será muy limitado; no figura en ellas ninguna clasificación de los establecimientos insalubres; el daño causado por la industria no se encuentra allí ni apreciado ni definido; los tribunales permanecen impotentes; la jurisprudencia es vaga y arbitraria. Estas medidas legislativas perpetúan la tradición de ineficacia del Antiguo Régimen.

La creación del Consejo de Salubridad del departamento del Sena, el 18 mesidor del año XI (7 de julio de 1802), dota a la administración de un organismo estable de consulta y control; proclama nuevas ambiciones, pero implica la definición de un código más preciso. Solicitada por el ministro del Interior, la clase de ciencias físicas y matemáticas del Instituto propone, el 26 frimario del año XIII (17 de diciembre de 1804), una clasificación de los establecimientos insalubres y peligrosos. Ese texto guía, durante cerca de tres años, la acción de la administración. El 12 de febrero de 1806, una ordenanza del prefecto Dubois obliga a los industriales que deseen fundar un establecimiento, a una declaración previa de apertura. Exige también el depósito del plano del proyecto de la fábrica o taller. "Gente del arte", acompañada de un comisario de policía, visitará los lugares y redactará un acta de la encuesta *commodo* e *incommodo*.

En 1809, las quejas reiteradas a que da lugar la fabricación de sosa, obligan al ministro del Interior a solicitar de nuevo la ayuda del Instituto. El informe citado

antes, de frimario del año XIII, resulta para lo sucesivo demasiado impreciso. Después de veinte años, el progreso de las fábricas fastidia a tal punto a la opinión, que ya no sería posible tolerar por más tiempo que se localicen despreocupadamente las industrias en el medio urbano. Rastros, triperías y fundiciones de sebo, continúan provocando alarma. Sin embargo, dentro de la jerarquía de las preocupaciones, otros establecimientos pútridos ocupan en seguida un lugar selecto: las fábricas de azul de Prusia, de cola fuerte y de *poudrette* (abonos a base de materias fecales pulverizadas), que según se dice se extienden por todas las grandes ciudades del país. Aunque los sabios denuncian con mucho menor energía la nocividad de los vapores ácidos que la de los miasmas pútridos, la opinión parece tolerar muy mal las fábricas de vitriolo, sal de saturno y sal de amoniaco, pero sobre todo las de sosa que se multiplican al iniciarse el Imperio. El dorado de metales y todas las preparaciones que requieren plomo, cobre y mercurio terminan la lista de las actividades que el vecindario rechaza.[1]

El comportamiento mismo del emperador da testimonio de la nueva intolerancia. Incomodado por el olor nauseabundo que desprenden en Saint-Cloud los desechos de la fábrica de aceite pirogenado, instalada en Grenelle, Napoleón da órdenes de que en lo sucesivo no se vacíen al río.[2]

La clase de química del Instituto, encargada esta vez del examen, pide al prefecto de policía proceder a un censo exhaustivo de los establecimientos industriales parisienses. El análisis de ese documento la conduce a proponer una distribución que, ratificada por decreto del 15 de octubre de 1810, será una referencia para todas las medidas ulteriores. La orden real de 1815 no hará sino reproducir las generalidades. Una misma filosofía da contenido al conjunto de esos textos que conviene analizar a grandes rasgos.

La reglamentación es de inspiración industrialista. Proteger al patrón contra la envidia o la malquerencia del vecindario, asegurar su tranquilidad, y por ese hecho, permitir la expansión de su empresa, son las mayores preocupaciones. Los sabios del Instituto entienden, según su propia confesión, la utilidad de aclimatar la industria e imponer su presencia en el corazón de la ciudad, tal como antaño se obligó a la opinión a soportar a herradores, caldereros, toneleros, fundidores, tejedores, "cuya profesión es más o menos incómoda para los vecinos" Por tanto, se olvidó el proyecto acariciado a fines del Antiguo Régimen, de transportar los talleres al campo.[3] La tolerancia presente se fortalece por la convicción del arranque de la química, y los progresos "en la conducción del fuego" sabrán pronto abolir las nocividades. En el informe de 1809 se lee ya que ciertas fábricas de sosa y de azul de Prusia funcionan sin ninguna incomodidad.

La definición de la insalubridad se restringe en lo sucesivo para todo lector poco

[1] *Cf.* Consejo de Salubridad. Recopilación de quejas. Archivos ordinarios de la prefectura de policía.

[2] Piorry, *op. cit.*, p. 38.

[3] Arlette Farge, "Les artisans malades de leur travail", *Annales E.S.C.* septiembre-octubre de 1977

familiarizado con la literatura médica, y sobre todo a la edilicia del moribundo Antiguo Régimen. El tono alarmista de los químicos de fines del siglo XVIII desapareció. Esta vez el optimismo rige —durante un tiempo— el discurso de los sabios. Solamente la presencia de los miasmas deletéreos, atestiguada por la deterioración de los metales o el decaimiento de la vegetación, justifica el calificativo de insalubre. Ciertamente los talleres, en el seno de los cuales "se amontonan y se dejan podrir, en grandes masas, las materias animales o vegetales, constituyen una vecindad nociva a la salud",[4] pero lo esencial es la amplitud manifiesta de la noción de incomodidad, a costa de la que se relaciona con la de insalubridad. La mayoría de los vapores químicos, a pretexto de que "se desarrollan mediante el fuego" y es posible condensarlos, no parecen merecer el calificativo de insalubres. Hay que "declarar, se lee en el informe de frimario del año XIII, que las fábricas de ácidos, de sal amoniacal, de azul de Prusia, de sal de saturno y de blanco de plomo, así como carnicerías, almidonerías, curtidurías, cervecerías (y aun la fabricación de ácido sulfúrico), no constituyen un vecindario nocivo a la salud cuando están bien proyectadas"

La noción misma de incomodidad aparece muy limitada. Se reduce a una definición olfativa, lo que no nos causa sorpresa. El artículo 1º del decreto del 15 de octubre de 1810 atestigua claramente: "A partir de la publicación del presente decreto, las fábricas y los talleres que den origen a olores insalubres o incómodos, no podrán instalarse sin un permiso otorgado por la autoridad administrativa." Unas cuantas referencias al ruido no figuran sino para recordar a la opinión pública la tolerancia. El humo mismo no merece ya de momento la atención. El polvo no forma parte aún de las preocupaciones. Con mayor razón, no se encuentra en los textos citados ninguna alusión al aspecto, y se deja a un lado todo aquello que choque a la mirada o atenúe la luminosidad.

El industrial podrá, pues, sentirse casi totalmente tranquilo si no fuere por el propietario, único freno eficaz a la expansión anárquica de la industria. La prueba decisiva, la medida del perjuicio, es la baja del valor predial de la propiedad en la cercanías del establecimiento. El argumento se reitera sin cesar. El 9 de febrero de 1814, el ministro de las Fábricas verá con claridad, en el decreto sanitario de 1810, una simple medida de arbitraje entre el manufacturero y el propietario.[5] La salud del obrero apenas si se tiene en consideración; la del vecino sigue siendo motivo de preocupación muy secundaria.

El decreto del 15 de octubre de 1810 será completado con muy numerosas medidas de detalle. El conjunto de esos textos, reagrupado por Trébuchet desde 1832, forma un "programa claro y circunstanciado para cada género de industria, para cada posición de individuo".[6] La nueva reglamentación divide los

[4] Informe del ministro del Interior para exponer los motivos del decreto del 15 de octubre de 1810. Citado por el doctor Maxime Vernois, *Traité pratique d'hygiène industrielle et administrative*, 1860, p. 14.
[5] Citado por el doctor Vernois, *ibid.*, p. 28.
[6] V. Moléon, *op. cit.*, t. II, p. IV

establecimientos en tres clases[7] y prevé la generalización del sistema de autorizaciones previas; instaura un control destinado a impedir que los talleres proliferen con anarquía, y por ello prosperen las nocividades y los perjuicios.

EL APRENDIZAJE DE LA TOLERANCIA

Los Consejos de Salubridad vienen aquí para estar pendientes de la ejecución del nuevo reglamento. Entre 1822 y 1830 se crean otros en las principales ciudades del reino. Ingenieros químicos y médicos se flanquean mutuamente. El comportamiento de estos expertos va de acuerdo con los principios que guiaron la elaboración de los textos. La actitud conciliatoria de los miembros de los consejos prueba que hay que cuidarse de ver en ellos el instrumento de un poder resuelto a ejercer una sobrevigilancia quisquillosa. La misión de los Consejos de Salubridad es, ante todo, la de tranquilizar, acabar con la ansiedad que suscitan las pestilencias, propiciar una vida de quietud en el vecindario de la industria. El optimismo de que hacen gala respecto a las nocividades reposa sobre la creencia en los progresos de la química; contrasta con el miedo que los asedia del atascamiento excremencial. Inspirados por el agustinismo, persuadidos de que es necesario cuidar de las válvulas de seguridad, es decir, soportar los males necesarios, los higienistas de los consejos actúan en favor de la tolerancia. Puesto que la luz purifica, se conforman con perseguir la opacidad de la clandestinidad, esperando todavía, antes de intervenir, que la opinión pública se manifieste por medio de quejas o peticiones. Los expertos higienistas delegados por las autoridades desempeñan más el papel de árbitros que el de inspectores.

Así se explica la lentitud para eliminar los olores industriales que apestan el espacio público; fracaso que viene a contradecir la importancia que el legislador reconoce a la olfacción. Muchos establos prosperan en la misma capital, con el consentimiento del Consejo de Salubridad. En la mayoría de los casos, al decir de los expertos, los vapores químicos no son peligrosos sino para los obreros que los respiran de muy cerca. Eso no bastaría para sugerir la idea de cerrar los establecimientos. La noción de insalubridad, una vez más, no se aplica aquí sino al vecindario. En cuanto al concepto de incomodidad, no concierne a la mano de obra, puesto que mediante el hábito se acaba por no advertir ya las nocividades y las molestias.

> Así, por ejemplo —anotan los químicos del Instituto en 1809—, cuando se penetra en las fábricas de ácido sulfúrico, nítrico o muriático simple y oxigenado, se siente uno golpeado de súbito por el olor de los ácidos, mientras que los obreros apenas si se dan cuenta de ello y no se sienten incómodos sino cuando, por falta de previsión, respiran mucha cantidad a la vez.

[7] Los establecimientos peligrosos o insalubres, los incómodos y otros.

"Debe hacerse notar —encarecen Monfalcon y Polinière en 1846—, que los obreros se aclimatan con frecuencia en el taller; muy pocos se quejan, muy pocos parecen advertir la insalubridad del medio al que están condenados a vivir."[8] El estadístico es el que debe medir los inconvenientes de la industria sobre la salud de la población trabajadora. El obrero insensible no sabría estimarlos.

Mediante una hábil propedéutica del progreso técnico, los expertos de los consejos logran que se acepte la vecindad de la industria. A este respecto, el proceso se revela casi siempre idéntico. A las quejas iniciales que suscitan las innovaciones, sigue una actitud de resignación, una aceptación tácita del nuevo vecino. La hulla, hecha a un lado a fines del siglo XVIII y vituperada en 1839, se aclimata, y con ella la máquina de vapor tiene derecho a ser tolerada. Ocurrirá lo mismo con la "destilación de ácidos", y después con la producción y la combustión del gas de alumbrado. El comportamiento de Parent-Duchâtelet constituye el mejor ejemplo de esa voluntad de tolerancia que asegura la permanencia larga del hedor en las ciudades francesas, a pesar de la difusión de las nuevas exigencias sensoriales.

Pero la historia de la lucha en contra de la insalubridad nauseabunda, no se lee nada más en los textos legislativos; no se identifica con el triunfo de la tolerancia; está hecha también de proyectos ambiciosos y de batallas difíciles a menudo sórdidas, a veces épicas.

Después de la empresa, lograda apenas parcialmente, de la limpieza de calles llevada a cabo en París bajo el Consulado y el Imperio, la Restauración aparece como la época de las grandes ambiciones, si no de las realizaciones concretas. Jamás las pretensiones políticas de los higienistas quedarán más claramente afirmadas en esa época, que vio nacer en el año 1829 los *Annales d'hygiène publique et de médecine legale* [Anales de higiene pública y de medicina legal].[9] Entonces fueron elaboradas las estrategias cuyo objeto era sanear los sitios tradicionales de hacinamiento; cuarteles y cárceles, principalmente.[10] La lucha contra la marea excremencial cristaliza sin embargo los esfuerzos. La Bièvre, cuya hediondez parece culminar en 1821,[11] se encuentra parcialmente saneada. La limpieza de las atarjeas de la Roquette, de Chemin Vert y de Amelot proporciona la ocasión, lo hemos visto, de experimentar las técnicas de ventilación, fumigación y desinfección. Los planes globales del aseo de Vincennes y Clichy ponen énfasis a la voluntad de purificar el suburbio, advertido como amenaza.

Los primeros años de la Monarquía de Julio constituyen un recodo. La epidemia del cólera morbo de 1832 obliga a definir una estrategia de desinfección a es-

[8] *Op. cit.*, p. 172.

[9] *Cf.* B.-P. Lécuyer, "Démographie, statistique et hygiène publique sous la Monarchie censitaire", *Annales de démographie historique*, 1977, p. 242.

[10] Por lo que toca a los cuarteles, *cf.* V. Moléon, *op. cit.*, año de 1829, pp. 123 *ss.*, y por lo que concierne a las prisiones, pp. 141-150.

[11] *Cf.* Moléon, *op. cit.*, año de 1821, p. 185. Al respecto, Parent-Duchâtelet, *Recherches et considérations sur la rivière de Bièvre ou des Gobelins, et sur le moyens d'améliorer son cours.* .., 1822.

cala del reino entero; inaugura la desodorización del espacio privado popular; estimula el reglamentarismo sanitario adormecido durante un tiempo.

Nuevas angustias se apuntan ya. Con toda razón Louis Chevalier destacó el ascenso de las exigencias de la vista en el medio urbano, durante el reinado de Luis Felipe.[12] Por tanto, se bosqueja una nueva sensibilidad colectiva, popular. Los fenómenos respiratorios —y la tisis— refuerzan su poder en las mentalidades. Pero esto coincide con un aumento brutal de la utilización de la hulla, con la multiplicación de las fundiciones a la Wilkinson y la adopción del alumbrado con gas. A partir de entonces se acrecienta el número de las quejas que se formulan en París contra la utilización del carbón de piedra (1839),[13] contra el funcionamiento de las máquinas de vapor y contra la apertura de fábricas de betún[14] y de caucho (1836). El humo se convierte en objeto de preocupación; esta vez, no tanto a causa de su olor sino porque es negruzco, opaco, que ataca a los pulmones, ennegrece las fachadas, oscurece la atmósfera; entretanto, se desarrolla la preocupación por la luminosidad.

La administración y los especialistas, cuyo optimismo queda doblegado, no por ello están desarmados. Desde mucho tiempo atrás, expertos y policías estiman que la alta chimenea de ladrillos, y secundariamente la cerca, bastan para volver inofensivas las humaredas y los vapores inoportunos. La experimentación demuestra, además, la eficacia de las estufas fumívoras.[15] Dichos aparatos lograron vencer las nubes desprendidas por la combustión de la hulla, por la incineración de las venas de tabaco y por el refinamiento del azúcar. Sin embargo, hay que esperar el año 1854 para que la administración se esfuerce en poner con vigor un dique a las fechorías de las volutas sombrías, aunque sin gran éxito.

La renovación de las ansiedades se manifiesta desde entonces por un decaimiento de la cantidad de ocurrencias olfativas en las descripciones del espacio público. En 1846, Monfalcon y Polinière[16] tienen cuidado de enumerar con precisión los "inconvenientes" de 213 categorías de establecimientos insalubres, peligrosos o incómodos. El análisis cuantitativo de esos inconvenientes hace aparecer de nuevo la primacía de la nocividad olfativa (citada a propósito del 69.4% de las categorías de establecimientos);[17] comprueba que persista el disimulo acerca

[12] *Op. cit.*, pp. 173 *ss.*

[13] Las nuevas intolerancias son más tardías en provincia; en Nevers, las quejas contra el polvo negro son numerosas sólo a partir de 1854 (Guy Thuiller, *op. cit.*, pp. 38-39).

[14] Charles de Launay (seudónimo de Mme. Émile de Girardin) se queja amargamente en 1837 de la omnipresencia de tal olor: "En todo momento nos sentimos sofocados por un olor infecto [. . .] en todas las esquinas de los bulevares pueden verse enormes calderas sobre grandes hogueras atizadas por hombrecitos de extraña figura" (*Lettres parisiennes* [1836-1839], carta XIX, p. 181). Cuando Dominique vino por primera vez a París, quedó asombrada de lo intenso del olor a gas. (Fromentin, *Dominique*, 1862, ed. Livre de Poche, 1972, p. 132.)

[15] Se efectuaron algunas tentativas en Fourchambault, antes de 1850, para reducir humo y polvo (Guy Thuiller, *op. cit.*, p. 35).

[16] *Op. cit.*, pp. 327-351.

[17] La comisión de los albergues insalubres de la ciudad de París confirma a la vez esta primacía del olfato y el aumento de otras preocupaciones. Estando en funciones, en noviembre de 1850, sus

del ruido (2.7%)[18] y el polvo (2.7%), pero interpreta el ascenso de las preocupaciones que suscita el humo (21.5%). La comparación del documento que acabamos de analizar con la lista de los inconvenientes evocados con motivo del decreto sanitario de 1866[19] permite localizar la lenta evolución; confirma la creciente atención hacia el ruido y el polvo, y sobre todo el humo.

La política imperial interpreta la evolución de la sensibilidad. El barón Haussmann, que asume en 1853 la prefectura del Sena, va a ocuparse de que París sea menos oscuro. El urbanismo que lo inspira tiene en parte por objeto destruir la opacidad del centro. Aunque la ciudad sigue siendo nauseabunda —ya sabemos por qué— la declinación ha empezado respecto al papel de las preocupaciones olfativas en la gestión del espacio público.

Si la política haussmanniana pudo, no sin razón, ser leída como una "dicotomía social de la purificación";[20] si es verdad que una repartición sociológica de la hediondez, antaño casi uniforme, se opera en la ciudad, es que desde hace una veintena de años se efectúa un deslizamiento. La atención hacia la desfachatez olfativa y el hedor del pobre tiende, a partir de esa fecha, a sustituir la inquietud que genera el espacio pútrido. Mientras la educación no haya nivelado los umbrales de la tolerancia sensorial,[21] las exigencias purificadoras deben ser, pensamos, selectivas; sin contar con que la desinfección del espacio reservado a las evoluciones burguesas no puede sino valorar la propiedad. El oro se multiplica mientras decrecen el volumen de la inmundicia y la intensidad de sus hedores.

miembros se plantean una pregunta previa: "¿Qué debería entenderse por insalubridad? [. . .] en ello el Consejo de Salubridad está de acuerdo en que hay insalubridad dondequiera que haya mal olor, pudiendo viciar el aire de las habitaciones cualquier ambiente donde prevalezcan la humedad y la suciedad, y donde falten aire y luz". *Rapport général des travaux de la Commission [. . .] pendant l'année 1851* (París, 1852), p. 4.

[18] La lectura de los *Rapports généraux des travaux du Conseil de Salubrité* muestra que dicha preocupación surge en 1847 (*cf* pp. 1075 *ss.*)

[19] Jacques Léonard, tesis citada, p. 1151.

[20] Georges Knaebel, *op. cit.*, pp. 242-243, así como Gabriel Dupuy y Georges Knaebel, *Choix techniques et assainissement urbain en France de 1800 à 1977*, Instituto de Urbanismo de París. A los ojos de Haussmann, escribe Georges Knaebel (p. 242) hay la ciudad que se embellece y en la que el burgués expresa la representación, en cuyo interior nada debe chocar con los sentidos —lo que implica la expulsión de lo sucio: el pobre, el nauseabundo— y la "no-ciudad". Dentro de este punto de vista, Haussmann habría soñado con el "todo a la atarjea", y pensado en hacer que circulara bajo tierra el contenido de las bacinicas. La interpretación es estimulante, y el aserto según el cual el modo de librarse de los excrementos no hace sino traducir la fuerte configuración de los informes sociales (p. 46), merece un análisis todavía más preciso. Sin embargo, los trabajos de los historiadores, y principalmente los de Jeanne Gaillard y Jean Le Yaouanq, han mostrado cuál fue la resistencia que la ciudad tradicional opuso, a menudo victoriosamente, a las empresas edilicias del Segundo Imperio. La expulsión de pobres y marginados del centro está muy lejos de haber sido tan evidente como con frecuencia se repite, y hemos visto que el "todo a la atarjea" no triunfará hasta fines de siglo. En resumen, aparte el VIII distrito, la "no-ciudad" permanece instalada en el corazón de la ciudad.

[21] Daniel Roche (coloquio franco-quebequense, EHESS, de mayo de 1981), hace notar al respecto que las quejas formuladas contra la nocividad no son idénticas en los diferentes barrios. A esta sociología de los umbrales de la tolerancia se refiere, con propósito muy distinto, Parent-Duchâtelet cuando escribe que clausurar tal casa de mala nota, juzgada escandalosa en la calle Feydeau, pasará totalmente inadvertida en un barrio "ínfimo"

Por el momento, sanear el inmueble de productos, donde se hacinan los obrerc indiferentes, no llegaría, por otra parte, sino a aumentar con desmesura los gas tos a cargo del propietario. La búsqueda de la ganancia misma conforta dich distribución social de los olores, y hay que tratar de analizarla.

Tercera Parte

OLORES, SÍMBOLOS Y REPRESENTACIONES SOCIALES

MIENTRAS la química, dentro del impulso de los descubrimientos de Lavoisier, trastorna las representaciones del espacio y determina el abandono del antiguo aerismo, un deslizamiento teórico se opera, el cual, a pesar de los fracasos del saber osfresiológico, carga las sensaciones olfativas con significados nuevos y confiere prestigios inesperados a los mensajes del olfato.

Al leerla por primera vez, la crítica de la gestión sensualista impone, de parte de Cabanis: "Un buen análisis no puede aislar las operaciones de ninguno de los sentidos, en particular de todas aquellas de los demás." Los "sentidos se encuentran en dependencia recíproca continua". El olor a rosa adquiere algunos de sus caracteres "mediante el curso de las demás sensaciones simultáneas";[1] de lo cual Condillac incurre en la culpa de ignorar. Sobre todo,

> cada sentido, no pudiendo entrar en acción sino en virtud del acto previo de todos los sistemas generales de órganos, ni mantenerse en ello solamente en virtud de su acción simultánea, por necesidad se resiente siempre de sus hábitos y comparte más o menos sus más vulgares aficiones. De manera que el grado de sensibilidad del sistema sensitivo y sus relaciones de balanceo con el sistema motor influyen mucho sobre el carácter de las impresiones recibidas por cada sentido en particular.[2]

El olfato, por su parte, mantiene "relaciones íntimas" con numerosos órganos, a tal punto que se impone como el sentido de la simpatía. Ya se conocía su estrecha liga con el gusto; conviene agregar la que se establece entre la nariz y el canal intestinal; varias enfermedades del vientre determinan la anosmia. Un siglo antes, Fliess,[3] el autor de *Rapports du physique et du moral de l'homme* [Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre] subraya también un fenómeno llamado a promover largas polémicas: las relaciones que se anudan entre la membrana olfativa y los órganos genitales.

Cabanis sueña con un nuevo tratado de las sensaciones, que se funde sobre las relaciones que los aparatos sensoriales mantienen entre ellos y con los demás órganos. Dicha "historia fisiológica de las sensaciones",[4] no muy alejada en la práctica de la "ciencia del ser sensitivo" a la que se entrega Maine de Biran en su

[1] Cabanis, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, edición de 1844 (1ª edición, 1802), pp. 526, 527 y 528.

[2] *Ibid.*, p. 528. Es oportuno recordar la distinción establecida por Maine de Biran entre sensación puramente pasiva y percepción que supone cierta actividad de los órganos. Destutt de Tracy considera la percepción como una sensación detallada, desplegada ante la mente. A este respecto, Jean-Pierre Richard, *Littérature et sensation*, pp. 112 y 28.

[3] Wilhelm Fliess, *Les relations entre le nez et les organes génitaux féminins présentés selon leur signification biologique*, Le Seuil, 1977 (1ª edición, 1897).

[4] L. Peisse, introducción a la obra de Cabanis, ya citada.

Journal [Diario], abre perspectivas nuevas. Le quita su pertinencia a la osfresiología, que se intenta constituir; no hay que asombrarse del largo sueño de dicha disciplina.[5] Agreguemos que la inagotable refutación del sistema condillaciano, a la cual se dedican los médicos de la Restauración,[6] así como el tardío remozamiento del vitalismo, no pudieron menos que activar ese desafecto.

Pero durante el mismo tiempo, Cabanis, que considera que "la vida individual se encuentra en las sensaciones",[7] consagra el olfato como el sentido de la simpatía y la antipatía entre los seres.[8] Pone el acento, como la joven osfresiología, sobre la especificidad de los olores y de las atmósferas individuales. Ya no existe el tiempo aquel de cuando nos conformábamos con subrayar las variaciones del olor de los cuerpos según la edad, el sexo o el clima. Es la individualidad misma la que revela la atmósfera de la persona y el comportamiento olfativo. No hay "órgano alguno cuyas sensaciones sean más individuales", afirma el doctor Fournier, a propósito del olfato, en el *Dictionnaire des sciences médicales.* [Diccionario de las ciencias médicas].[9]

La delicadeza de dicho sentido varía según los hábitos. "Aquellos que viven dentro de los lazos sociales —hace notar Virey—, están afectados mucho más por los olores vegetales, mientras que el salvaje siente mucho mejor las fetideces pútridas de los cuerpos animales";[10] la civilización, agregará el doctor Kirwan, ha vuelto insoportables y peligrosos los olores fuertes.[11] Tanto la antropología como la medicina justifican la moda de los aromas vegetales y la declinación de los perfumes animales.

Así nos explicamos otra contradicción: la sensibilidad al olor delicadamente suave, que implica la disponibilidad olfativa y por ende la desodorización del entorno, evoluciona en sentido inverso a la capacidad de análisis de los olores, la cual supone un largo aprendizaje. "Los kamtschadales —anota Virey— no huelen casi nada del agua espirituosa de toronjil, o del agua de Colonia, mientras captan muy bien desde lejos el olor del pescado podrido o el de una ballena varada."[12]

[5] "Durante más de cincuenta años —anota Havelock Ellis— ningún progreso importante se logró en este terreno [. . .] el tema del olfato se había dejado sobre todo a quienes se interesaban por los temas curiosos", *op. cit.* p. 89.

[6] "No existe ninguna relación entre la naturaleza del principio sensitivo y la del entendimiento", proclama perentoriamente Tourtelle en 1815; *op. cit.*, p. 479.

[7] *Op. cit.*, p. 293.

[8] *Ibid.*, pp. 543 *ss.*

[9] *Cf.* Hippolyte Cloquet, *op. cit.*, p. 45.

[10] *Des odeurs.* *op. cit* , p. 256. Las observaciones acerca de la agudeza, el aprendizaje y el comportamiento sensoriales, forman parte del programa de encuestas de los antropólogos, tal como lo define Joseph-Marie de Gerando; a este respecto, Jean Copans y Jean Jamin, *Aux origines de l'antropologie française*, París, Le Sycomore, 1981, p. 149.

[11] *Op. cit.*, pp. 32-34.

[12] *Des odeurs.* *op. cit* p. 256. Se inspira en las observaciones de Cook. Luego Hyppolyte Cloquet reasume el tema, *op. cit.*, p. 137. Alejandro, el personaje de *Météores*, de Michel Tournier, infatigable coleccionador de inmundicias, presenta un análisis excelente de los olores nauseabundos.

De igual manera, el trabajador laborioso, hundido noche y día en una atmósfera viciada, impregnada de olores grasosos, del todo ocupado en el trabajo de sus manos y cuya persona exhala pesados olores, pierde su facultad olfativa; en virtud de la ley de compensación que rige el desarrollo de los órganos, el vigor del brazo atrofia la delicadeza de la nariz. Ésta permanece como atributo de los que no están sujetos al trabajo manual. La desigualdad entre los órganos no hace sino reflejar la que reina entre los individuos.[15]

Otras tantas convicciones que fundan lo que llamaríamos, con bastante impropiedad, la gestión burguesa del olfato y la construcción de un sistema de esquemas de percepción, fundado sobre la primacía de la suavidad.

La delicadeza de la atmósfera individual y la sensibilidad del olfato atestiguan el refinamiento de la persona, prueban la ignorancia del sudor del trabajador. Esta acuidad perceptiva puede asimismo excederse, volverse peligrosa; las mujeres jóvenes víctimas de parosmias son las más delicadas. En ese mundo preservado, disponible, los mensajes olfativos revisten una gran importancia. El olfato regentea aquí aquellos placeres cuya delicadeza precave la inocencia.

Una vez más, la historia de la percepción confiesa sus contradicciones. Mientras el análisis químico tiende a sustituirse al de la práctica de los sentidos y la investigación osfresiológica marca el paso, la olfacción se encuentra comprometida en el proceso del refinamiento de la división por clases sociales y en sus costumbres, que caracterizan el siglo XIX. El juego sutil de las atmósferas individuales, familiares y sociales contribuye a ordenar las relaciones y a regular la repulsión tanto como las afinidades; autoriza la seducción, predispone al placer a los amantes y participa a la vez a delimitar el espacio social.

[15] Michel Lévy, *Traité d'Hygiène*, 1856, t. I, p. 91.

IX. LA PESTILENCIA DEL POBRE

Las secreciones de la miseria

El progreso de la atención hacia los olores sociales constituye el acontecimiento mayor de la historia de la olfacción en el siglo XIX, antes de que triunfen las teorías pasteurianas. Mientras desciende poco a poco el número de referencias al hedor de la tierra, el agua estancada y el cadáver, y más tardíamente el de la carroña, la literatura higienista y romántica, así como la encuesta social naciente, se cargan de ocurrencias olfativas que dibujan los contornos de un obsesivo pantano humano. Esta transferencia de lo vital a lo social refleja, en ese terreno, la empresa de Cabanis. La descripción del espacio y de los hombres modificó su punto de vista. Hospitales, cárceles, todos los sitios de hacinamiento confusos, así como la turba pútrida de olores indiferenciados, cesan de monopolizar el análisis olfativo de los observadores. Una curiosidad nueva invita a descubrir los olores de la miseria, desalojar la hediondez del pobre y de su madriguera.

Esta transferencia obliga a renovar las estrategias; se opera un deslizamiento táctico del espacio público hacia el privado.[1] "Al mismo tiempo que se insiste acerca de la utilidad de la anchura de las calles y la buena disposición de las casas, de la limpieza de las aldeas y el desecamiento de los terrenos fangosos, afirmamos que no es el muro de afuera, sino la pieza misma donde se habita, donde hay que velar más de cerca por la salubridad",[1] concluye Piorry, después de haber leído el conjunto de los informes sobre las epidemias sobrevenidas en Francia de 1830 a 1836; lo que Passot resumirá a maravilla quince años más tarde: "La salubridad de una gran ciudad es la suma de la de todas sus habitaciones privadas."[2] Ha llegado la hora de perseguir la infección en el corazón mismo de la vivienda del desvalido.

Nuevo proyecto, inseparable de la constitución, en el seno de la burguesía, de un sistema de representaciones y un modelo de comportamientos en los cuales la olfacción no entra sino como un componente que antaño, y demasiado aprisa, se habría calificado de menor. La toma de conciencia de la diferenciación creciente de la sociedad, de la complicación del escalonamiento cultural,[3] invita al refinamiento del análisis olfativo. El olor del "otro" se encuentra promovido al rango de criterio decisivo.[4] Charles-Léonard Pfeiffer demuestra de ese modo con qué

[1] Piorry, "Extrait du rapport sur les épidémies qui ont régné en France de 1830 à 1836, lu le 9 août 1836", *Mémoires de l'Académie Royale de Médecine*, t. VI, 1837, p. 17.

[2] *Op. cit.*, p. 26.

[3] Al respecto, Maurice Agulhon, *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848, étude d'une mutation de sociabilité*, París, A. Colin, p. 79.

[4] Acaso no sea lo que da a entender Mme. de Girardin cuando escribe, no sin pesimismo, el 21 de octubre de 1837 (Charles de Launay, *Lettres parisiennes*, p. 190): "Los que no se lavan las manos

sabia precisión Balzac se ocupó en sancionar, por medio de los olores que emiten, la posición de los burgueses y los pequeños burgueses, así como la condición de los campesinos o de las cortesanas de la *Comedie Humaine* [Comedia humana].[5]
—Abolir las exhalaciones de todos los *excreta* permite liberar de los olores individuales de la transpiración, que revelan la identidad profunda del yo. Asqueado por los pesados olores del pueblo, signo de la difícil emergencia de la noción de persona en ese medio; aguijoneado por los entredichos que lesionan el tacto, el burgués se revela más y más sensible a la respiración de dichos mensajes turbadores de la intimidad.

El significado social de tal comportamiento se impone con evidencia. La ausencia de olor que importune permite distinguirse del pueblo pútrido, hediondo como la muerte, como el pecado, y de paso justificar implícitamente el tratamiento que se le impone. Subrayar la fetidez de las clases trabajadoras, y por ende poner el acento sobre el riesgo de infección que su sola presencia comporta, contribuye a mantener dicho terror justificativo en el cual la burguesía se complace, y que pone un dique a la expresión de su remordimiento. Así se encuentra inducida una estrategia higienista que simbólicamente asimila desinfección y sumisión. "La fetidez enorme de las catástrofes sociales",[6] ya se trate de amotinamientos o epidemias, nos hace pensar que el volver inodoro al proletario podría instituir la disciplina y el trabajo. —

El discurso médico acompaña la evolución del comportamiento perceptivo. Sacudida por los trabajos de la antropología y de la sociología empírica que se constituyen, la ciencia médica abandona en el camino ciertos principios fundamentales del neohipocratismo. La topografía, la naturaleza del suelo, el clima, la dirección de los vientos, dejarán poco a poco de ser considerados factores determinantes;[7] más que nunca los especialistas hacen hincapié sobre las fechorías de los hacinamientos y de la vecindad excrementosa; otorgarán sobre todo, en lo sucesivo, una importancia decisiva a las "secreciones de la miseria" Tal es la conclusión del informe acerca de la epidemia del cólera morbo de 1832.[8] Médicos y sociólogos acaban de descubrir que existe una especie de población que favorece la epidemia, la que se pudre en su fango fétido.

A partir de entonces se comprende mejor el mantenimiento de la angustia que suscitan los excrementos. No se repetirá lo bastante que la excreción obsesiona entonces a las clases dominantes. Producto irrefutable de la fisiología que el bur-

aborrecerán siempre a quienes se las lavan, y quienes se las lavan despreciarán siempre a quienes no lo hacen. Jamás podrán reunirse, jamás podrán vivir juntos [. . .] porque hay una cosa imposible de vencer, que es el asco; y otra cosa que no se puede soportar, que es la humillación."

[5] Charles-Léonard Pfeiffer, *Taste and smell in Balzac's novels*, University of Arizona, 1949, 118 pp.

[6] Victor Hugo, *Los Miserables*, Ed. Garnier, 1963, t. II, p. 513.

[7] *Cf. supra*, n. 2. Conviene, sin embargo, discernir; si nos atenemos al volumen de las publicaciones, la Monarquía censataria sigue siendo la edad de oro de las "topografías médicas"

[8] Citado por el doctor Henry Bayard, *Mémoire sur la topographie médicale du IVe arrondissement de Paris*. 1842, pp. 103 ss.

gués se empeña en negar,[9] las heces, mediante un implacable rodeo, asedian lo imaginario, contradicen los esfuerzos por desodorizar, permiten reanudar la vida orgánica cuyo pasado inmediato nos relata. "Dicha sinceridad de la inmundicia nos agrada, y descansa el alma",[10] confiesa Victor Hugo, al acecho del discurso histórico contenido en el desecho; Parent-Duchâtelet y muchos otros, dentro de una perspectiva organicista y agustiniana, se esfuerzan por explorar los mecanismos de la excreción urbana, mal necesario. En su travesía por el vientre de la ciudad, encuentran a los trabajadores de la inmundicia. He aquí que el excremento ordena las representaciones sociales. El burgués proyecta sobre el pobre lo que se empeña en sofocar. La visión que tiene del pueblo se estructura en función de la inmundicia. La fetidez del animal escondido en la porquería de su madriguera se constituye en modelo. Sería pues artificial separar el acento puesto sobre el hedor del pobre y la voluntad burguesa de desodorizar.

Aquí se impone una breve mirada hacia atrás. La antropología del siglo XVIII, lo sabemos, se apasiona por el olor de los cuerpos; sin ligarla al estado de miseria, se esfuerza por leer en ello los efectos del clima, la alimentación, la profesión o el temperamento. Analiza el olor del anciano, el borracho el gangrenoso, el samoyedo o el palafrenero, muy raras veces la del mísero. La fetidez de la turba constituye un terrible peligro, por el solo hecho del hacinamiento y de la confusión de los seres. A lo más, Howard asegura que el aire que rodea al pobre es más contagioso que el que envuelve el cuerpo del rico,[11] pero sin referencia precisa a un hedor específico. Esa comprobación implica solamente modular las técnicas de la desinfección según el estado o grado de fortuna.[12]

La ciencia médica de la época, sin embargo, da a entender que ciertos individuos exhalan un hedor animal. El ser humano, que desde siempre se pudre en el último rango de la miseria, apesta porque sus humores no tienen la misma cocción necesaria ni el "grado de animalización propia del hombre".[13] Si no tiene olor humano, no es pues por regresión sino por no haber franqueado el umbral de vitalidad que define a la especie. De modo que el retrato del loco y el de ciertos detenidos se calca sobre el modelo del perro encadenado, acurrucado en un hueco, que transforma su litera en un colchón de estiércol y deja filtrar su orina como un verdadero colador. Retrato que introduce el del *hombre-muladar*, impregnado de inmundicia y cuya imagen prefigura la del proletario trabajador y maloliente de la Monarquía de Julio.[14]

[9] Salvo en el orden alimentario, *cf.* Jean-Paul Aron, *Le Mangeur au XIXe siècle*, 1976.
[10] *Los Miserables, op. cit.*, t. II, p. 512.
[11] *Histoire des principaux lazarets. op. cit.*, t. I, p. 101.
[12] Es lo que aconseja Ramel, *op. cit.*, pp. 271-272. Se trata de una sociología interesante de la desinfección.
[13] *Encyclopédie méthodique*, "Air des hôpitaux de terre et de mer", p. 571.
[14] Observemos que ciertas páginas de Louis-Sébastien Mercier anticipan acerca del tono de las descripciones ulteriores; da testimonio de ello al retroceder espantado ante la animalidad que impera en el suburbio de Saint-Marcel (*cf.* Daniel Roche, *Le peuple de Paris, op. cit.*, p. 100. Sin embargo, el autor reconoce que la medicina titubea entonces en los umbrales de la vida privada).

Varias otras categorías participan desde el siglo XVIII en esa visión, y en primer lugar, claro está, la ramera familiarizada también con la inmundicia y cuya presencia se esfuma cuando desaparece el desecho. En Florencia, anota Chauvet, las calles están adoquinadas, las atarjeas están cubiertas; las inmundicias, contenidas tras las rejas; las "calles henchidas de flores y de hojas fragantes";[15] no hay ya ni una sola mujer pública.

Los judíos parecen también figuras de individuos inmundos. Deben su mal olor, se nos dice, a la suciedad que los caracteriza. "Por doquier esos hebreos se juntan —sigue anotando Chauvet—, y cuyo gobierno les ha sido delegado, el hedor se deja sentir en forma singular."[16]

El llamado andrajero lleva al colmo el mal olor de los artesanos, y es porque concentra en su persona los efluvios nauseabundos del excremento y del cadáver.[17] Aunque su condición e higiene mejoran, el doméstico también huele mal; ya en 1755 Malouin aconseja airear el sitio donde vive, lo más que se pueda.[18] En 1797, Hufeland dará órdenes de sacarlo de la habitación de los niños.[19]

Entre principios del siglo XIX y los días que siguieron a la gran epidemia del cólera morbo, la imagen moderna de Job, la del hombre-muladar, ligada a la obsesión excrementosa, se instituye en mito. La balbuciente encuesta social toma por objetos privilegiados a los intocables de la ciudad, los compañeros de la hediondez, trabajadores del fango y de la inmundicia, del excremento y del sexo. Limpiadores de atarjeas, trabajadores de las vísceras, matarifes, limpiadores de letrinas, obreros de las cuencas de los muladares y los talleres de dragado, atraen la atención de los precursores de la sociología empírica. Ha quedado subrayado, por otra parte, el inmenso alcance epidemiológico de la encuesta sobre la prostitución pública en la ciudad de París, a la cual se entrega Parent-Duchâtelet durante ocho años.[20] La lectura de los archivos de los Consejos de Salubridad confirma este privilegiado interés.

Para evitar el volver sobre esta evidencia, escogeremos otros ejemplos. El detenido que se pudre en su fango sigue siendo un tema inagotable. Ciertamente, en lo sucesivo es una figura arcaica a los ojos de los teóricos. Los estudios consagrados a la realidad penitenciaria[21] atestiguan no obstante su supervivencia; por

[15] *Op. cit.*, p. 10.

[16] *Ibid.*, p. 8. Este tema ha sido ampliamente desarrollado en la España del Siglo de Oro. (*Cf.* Gilles Lapouge, artículo citado, p. 117.)

[17] Ramazzini, *op. cit.*, p. 383.

[18] *Op. cit.*, p. 55.

[19] C.-F. Hufeland, *La macrobiotique ou l'art de prolonger la vie de l'homme*, 1838 (1ª edición en alemán, 1797), p. 472; no deben tolerarse en la alcoba del niño ni criados ni bacinicas ni permitir que la ropa se seque junto a la estufa. Tomemos en cuenta que esas preocupaciones sociales no impiden que mejore la condición de los sirvientes; *cf.* D. Roche, *Le peuple de Paris*, pp. 76 *ss*.

[20] Presentación de la obra citada de Parent-Duchâtelet, Le Seuil, 1981.

[21] Principalmente Jean-Jacques Darmon, "Sous la Restauration, des juges sondent la plaie si vive des prisons", *L'Impossible prison*, París, Le Seuil, 1979, pp. 123-146, y Hélène Chew, "Loin du débat pénitentiaire: la prison de Chartres durant la première moitié du XIXᵉ siècle", *Bulletin de l'Institut d'histoire de la presse et de l'opinion*, Tours, núm. 6, 1981, pp. 43-67.

ello, no es asombroso verlo retratado. El doctor Cottu relata su visita a una mazmorra de la prisión de Reims:

> Todavía creo sentirme sofocado por el horrible hedor que se precipitó hacia afuera tan pronto como entré [. . .] A mi llamado, que procuré fuera hecho en tono suave y consolador, vi surgir del estercolero mismo una cabeza de mujer, que apenas levantada me ofreció la imagen de una decapitada que hubiera sido botada en ese estercolero; todo el resto del cuerpo de esa desdichada estaba hundido en la inmundicia. La falta de vestido la había obligado a buscar en su fiemo un abrigo contra el rigor de la estación.[22]

Durante el insólito año de 1822, el andrajero, arquetipo de la hediondez, es objeto de diecisiete informes al Consejo de Salubridad.[23] Las autoridades se esfuerzan por alejar de la ciudad los depósitos malolientes, en los cuales amontonan, antes de seleccionarlos, huesos y carroña, y todos los restos recogidos en la vía pública. Únicamente los colectores de "basuras burguesas" encuentran favor ante el Consejo; éstos no corren el riesgo de transmitir la infección del pueblo. El andrajero concentra los olores de la miseria y se impregna de ellos; su hedor adquiere valor de símbolo. A diferencia de Job o del detenido putrefacto, no se corrompe en sus propias deyecciones; gesticulante figura de las inmundicias del pueblo, se halla instalado en el estercolero de los demás.

En la calle Neuve Saint Médard, en la Triperet o en la Boulangers, pueden verse individuos

> trajeados con harapos, sin camisa, sin calcetines y a menudo descalzos, recorriendo las calles a pesar del tiempo, sea éste cual fuere, y regresando a sus casas a menudo empapados [. . .], cargados con los diversos productos recogidos en las inmundicias de la capital, y cuyo olor fétido parece estar de tal modo identificado con su persona, que ellos mismos parecen verdaderos estercoleros ambulantes. ¿Podría ser esto de otro modo, según su género de ocupación en las calles, con la nariz constantemente encima de los fiemos?[24]

Una vez en su casa, se echa a dormir sobre un montón de paja, también apestosa y sucia, entre desechos malolientes.

Blandine Barret-Kriegel anota que la mirada sofocada del visitador del pobre, de Condorcet a Engels, de Villermé a Víctor Hugo, se mezcla a cierta fascinación por esa "casa-basurero del andrajero", "habitación infernal', "relente de otra vida más bárbara y más fuerte", "eterno regreso de las potencias ctónicas".[25]

[22] Citado por Villermé, *Des prisons. . .*, *op. cit.*, pp. 25 y 26.

[23] V. Moléon, *op. cit.*, p. 225. Además, las referencias a la pestilencia y la impregnación inmunda de los recolectores de inmundicias, son legión. A título de ejemplos: doctor Moreau, *op. cit.*, p. 41; C. Lachaise, *op. cit.*, pp. 190-192; *Commissions des logements insalubres*, año 1851, p. 12; P. Passot, *op. cit.*, p. 3. Por lo que respecta a los recolectores de inmundicias de Lila, *cf.* Pierre Pierrard, *op. cit.*, p. 54.

[24] Extracto de un informe hecho a nombre de la comisión sanitaria del Jardin des Plantes, 8 de noviembre de 1831, *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, enero-abril de 1832, p. 200.

[25] *Politiques de l'habitat*, *op. cit.*, p. 130.

El estudio del comportamiento olfativo y de la frecuencia de las referencias a los hedores del infierno, fortalecen tal sugestión, que por sí misma va en el sentido de todo nuestro propósito. Que se trate del excremento, de la prostituta o del recogedor de detritos, el incesante ir y venir de la fascinación a la repulsión rima el discurso y regulariza la actitud de los higienistas y de los investigadores sociales.

El homosexual (acaso haya necesidad de insistir) comparte la fetidez entre los familiares de la inmundicia. Símbolo de la analidad,[26] instalado en la vecindad de las letrinas, participa también de la hediondez animal. Como lo sugiere Carlier, los olores del pederasta, amante de perfumes pesados, manifiestan la proximidad olfativa del almizcle y el excremento.[27]

Veamos el caso del marinero. Puesto que el barco, marmita de todas las hediondeces, se convirtió pronto en campo de experimentaciones de las técnicas de ventilación y desinfección, el individuo que lo habita debe constituir un significativo ejemplo. ¿Acaso no arriesga, como cualquier otro, perecer víctima de los efluvios nauseabundos, como lo atestigua la suerte trágica del *Arthur*?

Los autores de manuales de higiene marítima son formales; el marinero huele mal, repugna. "Sus costumbres son crapulosas; coloca su felicidad suprema en la embriaguez, en el olor del tabaco, agregado a los olores del vino, del alcohol, del ajo y de otros alimentos groseros con los que gusta saciarse; el olor de sus vestidos, a menudo impregnados de sudor, de mugre y de betún, hacen repugnante su proximidad."[28] El hedor del marino "robusto y libidinoso", condenado a una larga continencia o a la masturbación, se acrecienta más aún con los efluvios de una fuerte secreción espermática.

Felizmente, el marinero —y su equipaje representa aquí al pueblo— huele mal. No comparte la repulsión de los oficiales, porque ignora la delicadeza de los sentidos. El doctor Itard, ¿acaso no comprobó que el niño salvaje de Aveyron no sentía asco de sus propios excrementos?[29] El lazo establecido por los higienistas entre el hedor y la relativa anosmia del pueblo fortalece la desodorización burguesa. Hay que admitir que la vista del marinero es "fina y penetrante" (y hace uso de ella). "El oído ya presenta un poco de dureza" a causa de la batahola de las tempestades y de la artillería; "el olfato es poco sensible, debido a que se ejerce poco; la rudeza de los trabajos manuales hace del tacto algo muy obtuso; el gusto se le atrofia por los apetitos glotones y poco delicados".[30]

[26] *Cf* Jean-Paul Aron y Roger Kempf, "Canum more", *Le Pénis et la démoralisation de l'Occident*, 1978, pp. 47 ss.

[27] Félix Carlier, *Études de pathologie sociale. Les deux prostitutions*, 1887. "El olor que exhala esa clase de sitios es una de las condiciones rebuscadas por una categoría muy numerosa de pederastas, a cuyos placeres resulta indispensable", pp. 305 y 370. Esta parte de la obra acaba de ser objeto de una nueva edición. París, Le Sycomore, 1981, bajo el título de *La prostitution antiphysique*.

[28] C. Forget, *op. cit.*, p. 127.

[29] Doctor Itard, *Premier rapport... sur le sauvage de l'Aveyron*, p. 88. El doctor Itard atribuye esa desenvoltura a la ignorancia de los *precepta*. Este informe fue editado de nuevo recientemente por Thierry Gineste en *Victor de l'Aveyron, dernier enfant sauvage, premier enfant fou*, París, Le Sycomore, 1981. *Véase también* H. Lane, *The wild boy of Aveyron*, Harvard University Press, 1976.

[30] C. Forget, *op. cit.*, p. 126.

Los órganos sensitivos del marino disfrutan, en general, de poca actividad; parece que la pulpa nerviosa se le endurece a causa de los trabajos físicos y se le paraliza debido a la carencia de ejercicio de los actos intelectuales."[31] Probablemente el marinero sea insensible a los olores balsámicos de las flores primaverales; alejado del espectáculo de la naturaleza campestre, "ya no tiene el sentido lo bastante exquisito para analizar sus encantos".[32] Repleto de emociones fuertes, el marino no sabría extrañar los sentimientos delicados. La inferioridad, para no decir la enfermedad sensitiva del pueblo, genera la pobreza de las ideas y lo primario de los sentimientos. La psicología del oficial prueba, *a contrario*, dicha evidente decadencia que justifica el respeto manifestado por su equipaje.

Al día siguiente de la epidemia del cólera morbo, mientras regresa el esfuerzo de la estadística moral, la encuesta social hace de la miseria proletaria el objeto de su predilección. El hedor del pueblo en su conjunto será en lo sucesivo denunciado, y no ya el de algunas categorías inmundas, simbólicamente identificadas con la inmundicia. Si los domésticos, las nodrizas y los porteros huelen mal,[33] es que introducen el olor del proletariado al seno de la familia burguesa; lo que bastaría para justificar el proceso de exclusión del que son víctimas, excepto las "nodrizas del lugar" Flaubert, en su neurosis, se vuelve testigo privilegiado de dicha repulsión respecto al "olor a lumbrera" que emana del pueblo. "Hice un excelente retorno —escribe a madame Bonefant, el 2 de mayo de 1842—, aparte del hedor que exhalaban mis vecinos de la imperial, los proletarios que habéis visto en el momento de mi partida. Apenas si pude dormir por la noche, y perdí mi cachucha."[34] Huysmans llevará al colmo esa intolerancia olfativa.

Jacques Léonard, con motivo del análisis lingüístico del discurso médico al cual se entrega, destaca la frecuencia de las coocurrencias que asocian los términos miserable/sucio/abandonado/hedor/apestar.[35] Durante un cuarto de siglo por lo menos, hasta que los esfuerzos de moralización, de familiarización, de instrucción e integración del pueblo no comiencen a dar sus frutos, el mal olor del proletario seguirá siendo estereotipado. Al rico el aire, la luz, el horizonte despejado, lo privado del jardín; al pobre, el espacio cerrado, sombrío, los techos bajos, la atmósfera pesada, el estancamiento de las hediondeces. Entre los recursos repetitivos, reflejo de ese inagotable discurso, conviene privilegiar los archivos de los Consejos de Salubridad y la encuesta sobre el trabajo agrícola e industrial ordenado por la Asamblea Constituyente de 1848.

Varias imágenes-faro asedian dicha descripción de la miseria. Así como antaño la de ciertos artesanos, el hedor del pobre resulta más de la *impregnación* que sufre que de la negligencia que manifiesta para desembarazarse de todas sus *excreta*. Como la tierra, los bosques y los muros, la piel del trabajador, y más aún sus

[31] *Ibid.*, p. 128.
[32] *Ibid.*, p. 135.
[33] Por ejemplo, P. Passot, *op. cit.*, p. 7.
[34] Gustave Flaubert, *Correspondance*, Ed. La Pléiade, t. I, p. 103.
[35] Tesis citada, t. III., p. 1140.

vestidos, se impregnan de jugos infectos. En la hilatura de Pompairin, escribe el doctor Hyacinthe Ledain, los niños son raquíticos. "Se atribuye su estado a que el aire que respiran es malsano, como consecuencia de la gran cantidad de aceite graso que se emplea en dichos establecimientos. Los vestidos que cubren a los niños están tan *impregnados* de ello que cuando se acercan se resiente un olor repulsivo de los más fuertes."[36] La hilatura de Secondigny se revela igualmente malsana. Los niños son horribles. "Se les ve salir de sus talleres, cubiertos de harapos impregnados de aceite." Jacques Vingtras siente repulsión por el lamparero del colegio de Puy, que exhala un olor de aceite de máquina.[37] Aún en 1884 el doctor Arnould declarará que los pobres de Lila son "inferiores a los ricos, no por causa del trabajo sino por sus albergues (el pobre no tiene casa) estrechos y sórdidos, por la suciedad que los rodea y los *penetra*; por su existencia en contacto con las inmundicias, que no tienen ni tiempo ni medios de alejar, y que su misma educación no les enseñó a temer".[38] En el curso de la investigación retrospectiva que lleva sobre las condiciones de trabajo en el norte, en vísperas de la primera Guerra Mundial, Thierry Leleu oye decir que las hilanderas, apodadas *chirots* a causa del líquido que se les escurría de las máquinas, "tenían olor a goma de lino. Se reconocía a una obrera de la hilatura por su olor, aun en la calle. Ese olor se les pegaba a la piel".[39] La novela popular traduce, con un cierto cambio temporal, tal percepción y la repulsión que suscita. Cuando habla de la factoría, es más para destacar la pestilencia y el calor sofocantes que para describir las fases del trabajo industrial.[40]

El olor del tabaco rancio que impregna los vestidos del hombre del pueblo es también figura de *leitmotiv*.[41] Todo lleva a creer que a fines del siglo XVIII la tolerancia respecto a los efluvios del tabaco permanecía muy limitada. Probablemente era menos grande que aquellas que demostraban las clases dominantes en relación con los ventoseos y olores de las letrinas. La conquista de los sitios públicos lograda por el tabaco: pipa, puro y después cigarrillo, se efectúa durante la primera mitad del siglo XIX. A primera vista, el fenómeno se inscribe a contracorriente de la empresa desodorizante en curso; sin embargo, conviene no olvidar las virtudes para desinfectar que ciertos médicos atribuyen todavía al humo. Los viejos soldados, veteranos o a medio sueldo fueron, con los marineros, los agentes de dicha difusión.[42]

[36] Citado por Pierre Arches, "La médicalisation des Deux-Sèvres au milieu du XIXe siècle. *Bull. de la Soc. Hist. et Scient. des Deux-Sèvres*, tercer trimestre de 1979, p. 261.

[37] Jules Vallès, *L'Enfant*, ed. "Folio", p. 65.

[38] Citado por Pierre Pierrard, tesis citada, p. 87.

[39] Thierry Leleu, "Scènes de la vie quotidienne: les femmes de la vallée de la Lys, 1870-1920", *Histoire des femmes du Nord*, 1981, p. 661.

[40] Marie Hélène Zylberberg-Hocquard, "L'ouvrière dans les romans populaires du XIXe siècle", *Histoire des femmes du Nord*, p. 629.

[41] Se trata de un vasto tema que no podría ser tratado aquí; al respecto, la obra reciente de Ned Rival, *Tabac, miroir du temps. Histoire des moeurs et de fumeurs*, París, 1981.

[42] Ernest Bourdin, *La physiologie du fumeur*, p. 21.

En lo sucesivo el tabaco ya no perderá su ambigüedad; su olor señala al palurdo;[43] la mayoría de los higienistas lo denuncian. Michelet lo acusa de matar el deseo sexual y de empujar a las mujeres a la soledad; Adolphe Blanqui pide que se prohíba el uso de esta droga a las mujeres y a los niños, pues "es el comienzo de todos los desórdenes".[44]

La repulsión reviste a veces un significado sociológico. Forget vitupera a los marineros que mascan tabaco, cuyo olor impregna su aliento, sus manos y vestidos. Es verdad, anota conciliadoramente, que se trata de una compensación; conviene, pues, tolerarla; "el marinero usa tabaco como ustedes el café, los bailes y los espectáculos, como el literato se sacia de Voltaire, el sabio de un problema abstracto".[45] "Solamente el tabaco acude en ayuda de la imaginación del pobre", arguye por su parte Ernest Bourdin, en su *Physiologie du fumeur* [Fisiología del fumador].[46]

Pero la victoria del tabaco simboliza también la del liberalismo; es testimonio de la masculinización de la sociabilidad, antes de convertirse en su instrumento. Tal como la conscripción, a la que en gran parte debe su difusión, el tabaco se adorna con virtudes igualitarias, "patrióticas". Gana sus títulos de nobleza. "El hombre que fuma es el igual del hombre que fuma [. . .] el rico y el pobre se codean sin asombrarse en los lugares donde se vende el tabaco",[47] y solamente allí. "Más firme con el apoyo del gobierno constitucional",[48] su triunfo se encuentra asegurado por la Monarquía de Julio. Lo importante, para nuestro propósito, es que dicha difusión victoriosa se cumpla en el momento mismo en que se afirma la percepción del hedor de las clases laborales.

El acentuarse la repulsión olfativa respecto al proletario, surge con evidencia en el relato de los médicos y visitantes de los pobres. Es curioso que no se haya subrayado esa nueva intolerancia. Hasta entonces, el médico parecía ajeno al asco; únicamente el temor de la infección parecía justificar su precaución.[49] Du-

[43] *Cf.* Maurice Agulhon, *op. cit.*, p. 53. Es la opinión de L. Rostan, *Cours élémentaire d'hygiène*, 1828, t. I, pp. 546 *ss.*

[44] Michelet, *Histoire de France*, t. XI, 1857, pp. 285-287, y Adolphe Blanqui, *Des classes ouvrières en France pendant l'année 1848*, 1849, p. 209.

[45] *Op. cit.*, pp. 292 y 294.

[46] P. 86.

[47] *Ibid.*, p. 79.

[48] *Ibid.*, p. 75.

[49] Desde ese punto de vista, es significativa la actitud de Parent-Duchâtelet. Por lo que concierne a la precaución, he aquí dos ejemplos: cuando se visita a los enfermos, aconseja Fodéré: "debemos [. . .] llevar bien abrochados los vestidos [. . .] no se debe jamás tragar la saliva; hay que escupir y sonarse todas las veces que haya necesidad, y tener, como en los hospitales, una bata en la que se limpien las manos con frecuencia [. . .] es necesario, después de haber alzado los cobertores, esperar algunos instantes antes de agacharse y respirar las primeras emanaciones del enfermo; por lo demás, se debe evitar siempre su aliento y mantenerse a distancia razonable de su boca" (*op. cit.*, t. VI, p. 111). Así se ofrece un modelo para alejarse del cuerpo infecto. Infatigable visitador de cárceles, lazaretos y hospitales, Howard confiesa haber evitado siempre quedar bajo el aliento del enfermo. Permanentemente se esfuerza por retener su respiración, tanto como le fuere posible (*État des prisons. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 451; *Histoire des principaux lazarets. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 309).

rante el segundo tercio del siglo, la repulsión olfativa hacia el pueblo se confiesa sin rodeos; sin que se sepa bien por qué, se trata de una intolerancia o de una franqueza nueva. Para el médico, el domicilio del paciente se vuelve un lugar de suplicio cotidiano. "Allí se sofoca uno positivamente —aseguran Monfalcon y Polinière—. Es imposible entrar en ese foco de infección; a menudo el médico que visita al pobre no puede soportar el olor fétido de la pieza; así, escribe su receta cerca de la puerta o de la ventana."[50]

Contrariamente a su paciente miserable, el médico no tolera ya los efluvios animales.

> Entrando en esa casa —anota el doctor Joiré en 1851—, sentí el golpe del olor infecto que allí se respiraba. Dicho olor, literalmente sofocante e insoportable, parecía ser el del estercolero más fétido; rodeaba de manera muy particular la cama de la enferma y había invadido todo el departamento, a pesar del aire del exterior cuyo acceso permitía la puerta entreabierta. Durante mi estancia cerca de esa mujer, me fue imposible retirar de mi boca y nariz el pañuelo del que me había provisto. Sin embargo, ni los moradores de la casa ni la propia enferma parecían darse cuenta de la incomodidad de ese miasma.[51]

Adolphe Blanqui, asaltado por la hediondez de los sótanos lilenses y por el olor de hombre que de allí emana, retrocede ofuscado ante el orificio de dichas "fosas de hombres";[52] si se atreve a descender dentro de ese infierno donde se agitan "sombras humanas", lo hace siempre en compañía de un médico o de un policía.

En el interior del taller, sobre el puente del barco, en la pieza del enfermo, el umbral de percepción o, mejor dicho, de tolerancia olfativa define la adscripción social. La repulsión burguesa acompaña y jutifica la fobia del contacto directo. Más que el respeto al pudor de las mujeres, el hedor del enfermo establece el uso del estetoscopio.[53]

El asco que inspiran el celador o el regente, o también el profesor, de los cuales Paul Gerbod mostró que su imagen se dibujaba entonces como la del antihéroe,[54] participa en esa distancia social que se percibe a través de los mensajes corporales. Esos viejos solterones insatisfechos, de los cuales los antiguos educandos burgueses guardan como recuerdo su olor a esperma y tabaco rancio, se revelaron incapaces de llevar a buen término su sueño de promoción; así como el olor que desprenden los individuos del clero salidos del pueblo,[55] su hedor continúa traicionando sus orígenes.

[50] *Op. cit.*, p. 90.

[51] "Des logements du pauvre et de l'ouvrier considérés sous le rapport de l'hygiène publique et privée dans les villes industrielles", *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Legale*, t. XLV, enero de 1851, p. 310.

[52] Adolphe Blanqui, *op. cit.*, pp. 103 y 98.

[53] Michel Foucault, *Naissance de la clinique*, p. 167.

[54] Paul Gerbod, *La condition universitaire en France au XIXe siècle*, París, PUF, 1965, p. 629.

[55] Es revelador al respecto el olor a chivo del hermano Archangias en *La faute de l'abbé Mouret*.

Poco a poco la repulsa se difunde por ósmosis en los medios populares. La nueva sensibilidad llega hasta ese tipo de trabajadores que pasan sus noches tratando de escapar al obsesivo trabajo de las manos. La aculturación obliga a soportar sufrimientos que hasta entonces se desconocen; conduce a renegar del cálido consuelo de la promiscuidad. Norbert Truquin, terracero de los ferrocarriles, siente que se le revuelve el estómago cuando respira el olor del aguardiente y tabaco que despiden sus compañeros; obligado a compartir su camastro, confiesa no poder ya soportar sin repulsión el contacto de otro hombre.[56]

La jaula y la madriguera

Después de la epidemia de cólera morbo de 1832, la marea discursiva que tiene por tema la habitación popular y su atmósfera sofocante nos explica la nueva obsesión. Dentro de la jerarquía de las ansiedades olfativas, "el pantano aéreo de la casa"[57] ha sustituido las cloacas del espacio público. El hecho es demasiado conocido para que sea necesario insistir más sobre ello. Nos conformaremos con algunas observaciones. En la ciudad, el hedor de las partes comunes del inmueble popular es lo que concentra las causas de queja. Lo esencial de la diatriba consiste en denunciar el olor del excremento y la inmundicia. Pero, en ese medio, las heces y otros desechos no se han privatizado todavía. Por eso la denuncia del hedor se liga íntimamente a la de la promiscuidad. Al respecto, el discurso higienista se desenvuelve con una monotonía desesperante. Lachaise, Hatin, Bayard, Adolphe Blanqui, Passot, Lecadre, Tetrais, Ledain y muchos otros se copian mutuamente o se repiten sin descanso; sería de interés analizar en detalle el funcionamiento de esa letanía obsesionante que pertenece ya a la psicohistoria. Por su parte, la novela popular, como lo demuestra Marie-Hélène Zylberberg, ha reasumido esas descripciones ofuscadas de los interiores nauseabundos; lo que no podría sorprender, puesto que sus autores se inspiran en los escritos de los investigadores sociales.[58]

El olor de la orina estancada, coagulada en la zanja, reseca en los adoquines, impregnada en los muros, asalta al visitante obligado a recorrer el interminable corredor que en forma de tripa sirve de acceso al inmueble miserable. Se entra allí "por callejones bajos, estrechos y oscuros. Los pasillos sirven de lecho a un riachuelo fétido, cargados de aguas grasosas y de inmundicias de toda especie que llueven de todos los pisos".[59] Introducirse en la hedionda casa del pobre es

[56] Norbert Truquin, *Mémoires, vie, aventure d'un prolétaire à travers la révolution*, París, 1888, reeditado por Maspero, 1977, p. 129. (El testimonio se refiere al año de 1852.) Sobre este tipo de trabajadores, *cf.* Jacques Rancière, *La nuit des prolétaires*, Fayard, 1981.

[57] P. Passot, *op. cit.*, p. 16.

[58] Artículo citado, pp. 627-628. *Véanse* principalmente las descripciones de las bodegas y pasillos de Lila en *Euphrasie, histoire d'une femme pauvre* (1868), de Mathilde Bourdon, y en *Les Réprouvées*, de M.-L. Gagneur.

[59] Adolphe Blanqui, *op. cit.*, p. 71.

emprender una exploración casi subterránea. Adolphe Blanqui camina por los patios lilenses o por los tugurios de Ruán con la azorada prudencia que antaño impelía a Parent-Duchâtelet a recorrer las atarjeas de la ciudad. La estrechez, la oscuridad y la humedad del patiecito interior donde desemboca el pasillo, le confieren la apariencia de un pozo cuyo piso estuviera tapizado de inmundicias. Los desechos alimenticios se pudren allí, las aguas del lavado de ropa y la cocina confluyen; los hedores se amalgaman y se alzan para mantener la fetidez de los pisos altos. Dentro de ese sistema, la escalera hace el papel de basurero; una cascada nauseabunda se precipita por los peldaños, frenada en cada piso por los resaltes de la escalera, alimentada por las letrinas cuya puerta abierta revela la obscenidad del asiento rodeado de excrementos. El doctor Bayard conserva en el oído el borborigmo de las "gárgolas de aguas domésticas" en las escaleras[60] del IV distrito parisiense. La pestilencia de esos inmuebles forman un todo. El olor excrementoso domina allí; sólo presenta mayor o menor intensidad, según los lugares. Aquí no hay ninguna sutil separación olfativa.

Dentro del albergue reinan los estorbos, un revoltijo de herramientas, ropa sucia y loza. En medio de tal desorden, el pobre "se pudre" a menudo en compañía del animal;[61] la imagen de la jaula, más que la de una madriguera, se impone a la mente. "La pobreza se encierra en una estrecha mazmorra."[62] En lo sucesivo, ésta concentra la obsesión aerista; la falta de aire aparece allí tanto más evidente cuanto que los sabios han logrado definir las normas precisas de la ventilación. Más que atestiguar la presencia del miasma, la hediondez hace pensar en la amenaza de la asfixia, mutación psicológica esencial que contribuye a explicar las formas de una vigilancia nueva.

El discurso se enfoca en efecto sobre la estrechez. A la exigüidad del lugar donde se duerme se agregan la profundidad del patio y el estiramiento del pasillo; crea en el espíritu del burgués, acostumbrado a la amplitud, esa impresión de ahogo que se percibe en filigrana en todas las descripciones. La fobia por la carencia de aire incita a poner el acento en la atmósfera sofocante de la covacha del artesano, instalada en las buhardillas; los entresuelos de techo bajo, la caseta donde el portero se acurruca como perro, la trastienda del comerciante, el aposento angosto del estudiante o del vendedor callejero, mantienen la diatriba.

Son peores todavía los cuartos amueblados, las piezas donde duermen varias personas. Louis Chevalier ha anotado la repulsión olfativa que motivan los inmigrantes llegados de provincia.[63] La repugnancia y el desprecio de los citadinos por los olores del terruño, de que están impregnados los obreros temporales pro-

[60] *Op. cit.*, p. 49.

[61] *Cf.* C. Lachaise, *op. cit.*, p. 198. Pero la lectura de los informes del Consejo de Salubridad del Sena revelan el aumento de las preocupaciones higienistas suscitadas por la presencia de animales en la ciudad; las vaquerizas (1810-1820) y zahúrdas (1849-1858) concentran primero la atención; desde 1859, la queja se vuelve más difusa; la presencia de animales, en general, es lo que se desea frenar. En 1880 habrá quejas por el olor de las enfermerías para perros.

[62] Piorry, *Extrait. op. cit.*, p. 17.

[63] *Op. cit.*, p. 182.

cedentes de Lemosín o de Auvernia, contribuyen a justificar el *apartheid* que durante mucho tiempo estorbará la integración de esos campesinos a la ciudad.[64] Martin Nadaud se ofuscará ante el recuerdo de la desfachatez con que los albañiles de la Creuse encaran la hediondez de sus cuartos comunes. El vizconde de Haussonville y Pierre Mazerolle denuncian los olores del queso y del lardo que se apilan en las repisas.[65]

De los cuartos comunes de Lemosín se puede decir que están en orden, pero la confusión en ciertos "cuartos amueblados en la noche" subleva la imaginación burguesa. El visitante se sofoca ante tal promiscuidad. Allí la fraternidad de los desechos autoriza el reino de la animalidad: los individuos se acoplan con toda libertad.[66] "¿Esos seres se conocen entre sí? —se pregunta Victor Hugo a propósito de los huéspedes imaginarios de la Jacressade—. ¡No!, se husmeaban."[67]

"Las piezas demasiado estrechas para habitación de un solo hombre producen efectos tan funestos como las salas espaciosas donde están reunidos muchos individuos",[68] escribe Piorry a propósito de los albergues populares. En ese medio, la pieza del enfermo reconstituye el pantano. Todas las condiciones del pantano de la jungla ecuatorial se encuentran allí reunidas, afirmará el doctor Smith.[69] Allí se incuban esas fiebres pútridas acerca de las cuales acabamos por preguntarnos si no serán resultado de una asfixia lenta, acompañada de ataxia y de adinamia.[70] El mal olor atestigua la falta de aire y estorba el despliegue de la fuerza de trabajo. Lo que se ha calificado de vergonzosa pereza, no es a menudo sino "debilitamiento [. . .] debido a la atmósfera viciada de las habitaciones insalubres".[71] Hay que dar aire al pobre, claman médicos e higienistas unánimemente. Ventilar y desodorizar son imperativos económicos. Andral, Louis, Bouillaud, Chomel y muchos otros multiplican las observaciones destinadas a medir los efectos del estorbo. Según Baudelocque, las escrófulas no tienen otro origen. Los estudios acerca del cólera establecieron "la relación casi constante entre la gravedad de los síntomas y la exigüidad de las habitaciones";[72] es probablemente la estrechez del albergue lo que confiere a la enfermedad su "carácter tifohémico y mortal". Villermé destaca los desastres del cólera en los *garnis* [cuartos de alquiler amueblados]; los barrios más llenos de estorbos son los más mortíferos.

[64] *Cf.* A. Corbin, "Les paysans de Paris", *Ethnologie française*, 1980, núm. 2, pp. 169-176.

[65] Martin Nadaud, *Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon*, edición comentada por Maurice Agulhon, Hachette, 1976, p. 103. O. de Haussonville, "La misère à Paris. La population nomade, les asiles de nuit et la vie populaire", *Revue de Deux-Mondes*, octubre de 1881, p. 612; Pierre Mazerolle, *La misère de Paris. Les mauvais gîtes*, 1874, pp. 28-31. ¿Quizá es casualidad que la gastronomía de principios del siglo XIX quiera pasar por alto el queso?

[66] *Cf.* la encuesta acerca de los cuartos amueblados en *Statistique de l'industrie à Paris résultant d'une enquête faite par la Chambre de Commerce pours les années 1847-1848*, Paris, Guillaumin, 1851.

[67] Victor Hugo, *Les travailleurs de la mer*, ed. "Folio", p. 220.

[68] P. Piorry, *Extrait. . .*, *op. cit.*, p. 17

[69] *Cf.* Jean Borie, *Mythologies de l'hérédité au XIXᵉ siècle*, Paris, Galilée, 1981, p. 113.

[70] Por ejemplo, doctor Joiré, artículo citado, p. 318.

[71] *Ibid.*, p. 320.

[72] P.-A. Piorry, *Des habitations. . .*, *op. cit.*, p. 74.

El olfato sigue siendo superior a los instrumentos de la física, cuando se trata de medir la renovación del aire y prevenir las fechorías de los hacinamientos. Sin embargo, tanto aquí como en el espacio público progresa la preocupación por la luminosidad; el gran movimiento que llevará a la primacía indiscutida de lo visual, también se inaugura en ese terreno. Baudelocque observa además que los sitios oscuros generan la molicie, el abotagamiento y la flaccidez de los músculos; la insuficiencia de luz retrasa la circulación, mantiene esa terrible clorosis como la de aquella muchacha que imaginaba su preñez, caso subrayado por Jean Starobinski.[73] La sombra vuelve tristes y pérfidos a los animales nocturnos; una luz tenue[74] amenaza al mismo tiempo la salud, la actividad en el trabajo y la moralidad sexual. El primer deber del esposo, asegurará Michelet, es el de dar al niño y a la joven madre, "la alegría de una buena exposición".[75]

La carencia de higiene del labrador y el olor fuerte de su sudor constituyen temas muy antiguos, como lo atestigua el pesado olor de las axilas de Dulcinea, tal como lo imagina Sancho Panza.[76] Los contemporáneos mismos de Rousseau no se privan de multiplicar sus quejas. Hemos seguido, de Thouret a Louis-Sébastien Mercier, la indignación que provocan las cloacas de la campiña suburbana. Cuando la ruralidad se acentúa, es también implicada en esta diatriba. Ya en 1713 Ramazzini denunciaba la proximidad infecta del estiércol, y más aún, el horrible hedor del cáñamo macerado.[77] Antes de que se impusieran los descubrimientos de Priestley, y sobre todo los de Ingenhousz, la vecindad del árbol inspira temor; sus fechorías arriesgan agregarse a los soplos telúricos que ponen en peligro al labrador. El aire de los huertos, apestados por el abono, contiene asimismo muchos peligros. Como el pantano, la aldea genera el miasma.[78]

Todo esto nos mantiene alejados del jardín de Julia y de las ensoñaciones de Jean-Jacques. Se entremezclan dos sistemas de representaciones, a primera vista antagónicas; este dualismo mantendrá la complejidad de la imaginación en el medio rural a lo largo del siglo siguiente.[79] Por el momento, la contradicción no es sino aparente. El campo, exaltado por Rousseau y sus discípulos, se bosqueja como un espacio balsámico, desprovisto de las hediondeces de la aldea y de los aldeanos reunidos, recorrido por el soplo de las flores primaverales.

En resumen: un campo que parece creado para la soledad, en cuyo seno el viajero no parece tolerar sino la alquería aislada, los molinos, la casa de campo; en rigor, la aldehuela y el encuentro con el pastor, para el contacto de un instante.

Esta visión idílica del aldeano y de la vida de los campos sobrevivió en el siglo

[73] "Sur la chlorose", "Sangs", número especial de la revista *Romantisme*, 1981, pp. 113-130.
[74] Doctor Joiré, artículo citado, p. 296.
[75] J. Michelet, *La femme* (1859). Ed. Flammarion, 1981, p. 90.
[76] Cervantes, *Don Quijote*. 1ª parte, ed. Bordas, 1946, p. 219.
[77] *Op. cit.*, pp. 447-448.
[78] *Cf supra*, p. 92.
[79] Y aún más allá, *cf.* Rose-Marie Lagrave, *Le village romanesque*, Actes-Sud, 1980.

XIX. Los viajes pintorescos, la iconografía sobre todo,[80] contribuyen a mantenerla. A diferencia del contacto cotidiano de la práctica médica en la que tacto y olfato van comprometidos, la etnología por medio de la mirada prefiere la distancia; permite que se aplique la economía de la repulsión. El pincel del artista opera con facilidad en la transferencia de lo real en el orden del símbolo.

Sin embargo, se ha advertido con rapidez que la antítesis de la cima que se baña en la pureza del éter es la aldea, que adquiere ahora un color sombrío. Al fondo del valle fermentan las emanaciones sociales; el viajero no debe abandonar la senda de las vertientes. Oberman huye de las tierras bajas, el doctor Benassis se esfuerza por limpiarlas. Empresa que no carece de esperanza; desde 1756, Howard había logrado transformar en alegres casas de campo las "chozas de lodo" donde vivían los campesinos de Cardington; como salvajes, según él.[81]

Charles-Léonard Pfeiffer hizo un repertorio de las manifestaciones olfativas de la repugnancia expresada por Balzac respecto a los campesinos. He aquí un ejemplo: "El fuerte y salvaje olor de los dos, acostumbrados al camino largo, apestaba de tal modo el comedor que la señora de Montcornet, cuyos delicados sentidos se sentían ofendidos, se hubiera visto obligada a salir si Mouche y Fourchon se hubieran quedado allí más tiempo."[82]

Es cierto que cuando Balzac escribió *Le Médecin de Campagne* [El médico rural] (1833) y *Les Paysans* [Los campesinos] (1844), la infección de la aldea alimenta desde hace años un discurso-río. No hay informe leído ante el Consejo de Salubridad de cualquier departamento rural, no hay tesis de medicina dedicada al medio aldeano, no hay informe de encuesta redactado bajo la Monarquía de Julio o de la Segunda República que no denuncien en términos violentos la mala higiene del medio rural. De modo que todos los trabajos de historia social acerca de la campiña francesa de aquel tiempo dedican un amplio lugar a esa queja. Por nuestra parte, dedicamos antes unas veinte páginas a la mala higiene de los campesinos lemosines a mediados del siglo XIX.[83] Aparte de que no tendría interés, sería muy prolijo resumir esas interminables descripciones. Los autores, no sin cierta ingenuidad, reasumieron por su cuenta el abundante discurso de los observadores burgueses. Habría sido mejor tratar de desenmarañar la madeja de los sistemas de imágenes y, sobre todo, demostrar que el hecho histórico esencial

[80] *Cf* Neil Mac Williams. Comunicación al coloquio de la Universidad de Loughborough, septiembre de 1981. En revancha, los progresos etnográficos de principios de siglo dejan a un lado el estudio de la vida material y la observación ecológico-social; desprecian la antropología material, inaugurada por las topografías médicas. (*Cf.* Mona Ozouf, "L'invention de l'etnographie française: le questionnaire de l'Académie celtique", *Annales E.S.C.*, marzo-abril de 1981, p. 213.)

[81] *Cf.* Henry Roberts, *Des habitations des classes ouvrières*, 1850, pp. 30 *ss.* También Arthur Young compara a los campesinos de Combourg con los hurones (*op. cit.*, p. 229). Entonces se enraíza la metáfora que habrá de pesar sobre la historiografía rural y de la cual vuelve a encontrarse la huella en el trabajo reciente, por cierto muy interesante, de Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen*.

[82] *Les Paysans*, t. IX, p. 121.

[83] *Archaïsme et modernité en Limousin au XIXe siècle*, París, 1975, t. I, pp. 74-94. También es revelador al respecto el libro de Guy Thuillier, *Aspects de l'économie nivernaise au XIXe siècle*, París, A. Colin, 1966.

no es la realidad, la cual probablemente no había cambiado en nada, sino un modo nuevo de percibir, la intolerencia nueva de una realidad tradicional. Esta mutación sensorial en el seno de las *élites* y la marea discursiva que promueve iban a imponer la revolución higiénica, camino de la modernidad.

Un cambio sobreviene entonces en el orden de las representaciones. El lodo y la inmundicia, tan temidos de los citadinos delicados, invaden la imaginación rural; el campesino tiende, más que en el pasado, a identificar al boñiguero familiarizado con la orina y la boñiga, impregnado del olor a establo. La ciudad, cuyas hediondeces habían sido hasta entonces denunciadas, se desembaraza, aunque lentamente, de sus inmundicias; medio siglo más tarde habrá logrado casi limpiar del barro a sus pobres. Su relación con el espacio rural se invierte; se transforma en el lugar de lo imputrescible y del dinero, y de paso la campiña pasa a simbolizar el de la pobreza y el excremento pútrido.[84] La ideología agraria[85] no bastará para poner a la vista una fenomenología que atestigua, durante más de un siglo, el recibimiento que se reserva a los inmigrantes y la actitud de los viajeros o de los turistas citadinos. Habrá que esperar la derivación del agua, la mecanización, los aparatos caseros y la propaganda ecológica, para ver instaurarse una nueva relación imaginaria entre la ciudad y el campo; pero no es éste nuestro propósito.

Una pequeña cantidad de estereotipos tejen las descripciones repetitivas a las cuales se constriñen los exploradores de la madriguera campesina bajo la Monarquía de Julio. Ese discurso se coagula muy pronto, para mayor cansancio del lector. Es cosa hecha desde 1836, como lo demuestra el análisis de contenido que hace el doctor Piorry.[86] La exigüidad del local, lo angosto de las ventanas, la carencia de aire y de luz, la humedad del suelo acentuada por la ausencia de enlosado; las fechorías del humo, el hedor del estiércol mezclado a los olores del lavado de ropa y de los trastos de cocina; la muy grande proximidad del establo y de la lechería, que exhalan sus olores pútridos y fermentados, constituyen lo esencial del cuadro. El uso de las camas profundas, que se impregnan del sudor del que duerme; la presencia de los animales domésticos, cuya respiración compite con la de los hombres; la multiplicidad de los jamones colgados del techo, alimentan las quejas de los testigos, quienes no deploran sino muy raras veces la insuficiencia de la higiene corporal. La hediondez animal del sitio es lo que les obsesiona, no la falta de refinamiento. El sistema normativo que se constituye no podría aplicarse ya al campesino;[87] sólo se le pide que aleje su estercolero y la porquería de sus aves de corral, y después que abra de par en par sus puertas y ventanas.

[84] *Cf.* Dominique Laporte, *Histoire de la merde*, p. 42.
[85] Analizada por Pierre Barral en *Les agrariens français de Méline à Pisani*, París, A. Colin, 1968.
[86] *Extrait. . ., op. cit., passim.*
[87] G. Thuillier (*Pour une histoire du quotidien. . .*, p. 64) anota que la convicción de la inutilidad de las instalaciones higiénicas que se destinan a la gente del campo, persiste en Nivernais, al menos hasta los albores del siglo XX.

Durante la segunda mitad del siglo, el hedor del pobre se hace menos obsesivo, los progresos de la higiene lo obligan a replegarse en sectores residuales. Por largo tiempo el campesino, y en la ciudad el trabajador temporal, la sirvienta, el portero y algunos obreros con oficios particularmente sucios, como los hilanderos del norte, asumen ya una repulsión algo pasajera que gira hacia la chanza sobre el cuarto común.[88] De ese modo, hay que leer la descripción de la escalera de servicio del inmueble de *Pot-bouille*; atestigua la presencia importuna de un pueblo del que ya no se podría tener en cuenta o tomar en serio la amenaza.

El mendigo y el vagabundo se proveen de un hedor específico, lo que prueba que el proletario ha perdido sus amenazantes olores. Según los Goncourt, el olor de escarabajo está "reconocido en la prefectura como el olor especial del vagabundo, del hombre que duerme bajo los puentes; el del presidiario y del preso".[89] Henos aquí de vuelta al olor de la mazmorra; se acaba el ciclo de la percepción del hedor confuso del proletario. El olor amenazante, el que va a merecer la atención de los sabios, será en lo sucesivo el de la raza.[90] Pero esto es otra historia.

DESENLODAR AL MISERABLE

Volvamos a la Monarquía de Julio. Al percibirse el hedor del pobre se impone desodorizarlo; o desinfectarlo, si se prefiere. Importa abolir el nauseabundo olor orgánico que atestigua la presencia de la muerte y corre el riesgo de engendrar el retorno de aquella "fiebre de los espíritus",[91] antaño tan mortífera. A pesar de la distinción introducida tardíamente por Durkheim,[92] las implicaciones morales de la empresa higienista fueron numerosas veces subrayadas, sobre todo a propósito de los siglos XVII y XVIII; fueron particularmente evidentes bajo la Monarquía Censataria. Hacer perder al pueblo su fetidez animal, mantenerlo a distancia del excremento, participar de una terapéutica que se despliega al encuentro de la patología social. Con el retroceso de la infección, se esfuma la violencia. La higiene se muestra soberana "contra los vicios del alma [. . .] un pueblo amigo de la limpieza lo es prontamente del orden y de la disciplina",[93]

[88] El olor de la promiscuidad de los soldados en el cuartel sigue siendo, en efecto, para el joven burgués, el arquetipo de la repulsión olfativa. Es ésta la que convence a Pierre Louÿs, recién incorporado a filas, de que necesita reformarse. (*Cf.* su correspondencia inédita, que nos fue amablemente proporcionada por Paul-Ursin Dumont.)

[89] Citado por el doctor E. Monin, *op. cit.*, p. 72.

[90] *Cf.* Carl Vogt, *Leçons sur l'homme*, París, 1865. Escribe el autor (p. 161): "Las exhalaciones de la piel tienen también sus características propias, que en ciertas razas no desaparecen, en ningún caso, ni siquiera ante la limpieza más escrupulosa. Esos olores peculiares de cada raza no deben confundirse con las exhalaciones provenientes de la calidad de la alimentación, las cuales pueden comprobarse en individuos de la misma raza [. . .] el olor específico del negro sigue siendo el mismo, cualesquiera que sean sus cuidados de limpieza o los alimentos que ingiera. Pertenece a la especie, como el almizcle al cabrito que lo produce. "

[91] A. Blanqui, *op. cit.*, p. 151.

[92] Luc Boltanski, *Prime éducation et morale de classe*, 1969, p. 110.

[93] T. I, p. 199.

escribe Moléon, reportero del Consejo de Salubridad desde 1821. "La limpieza —considera Gérando en 1820— es a la vez un medio de conservar y una señal que anuncia el espíritu de orden y de conservación; nos afligimos al ver hasta qué punto lo desconoce la mayoría de los indigentes y es un síntoma triste de la enfermedad moral que los tiene lesionados.[94]

Veinte años más tarde, la imagen del obrero inodoro hace que Monfalcon y Polinière sigan soñando sobre ese asunto: "Limpieza, temperancia, trabajo; tales son, después de la respiración del aire puro, las condiciones principales del bienestar de las clases laborantes"; y del albergue del buen obrero: "no tiene lujo, pero nada en él hiere la vista ni el olfato".[95] "Precisamente porque dicho obrero respira en cantidad suficiente un aire puro y sano, y dispone de mucha agua para sus necesidades diarias, es de mejor salud y gana más sueldo. Contento en su domicilio, tiene mayor respeto por la propiedad y las leyes, y se sujeta más al cumplimiento de sus deberes."[96] El pequeño trabajador infatigable no huele mal, y Zola, enamorado de Paulina, celebra "el sano olor de sus brazos de mujer casera".[97]

Sin embargo, no es momento de hablar del cuarto de baño; apenas de higiene corporal, estrictamente limitada a algunas categorías muy precisas; sólo, o casi, se bañan los mineros, los conductores de carros de carbón, sucios por el polvo del mismo, y ciertos domésticos en estrecho contacto con las *élites*.* Se trata de desengrasar, de desimpregnar, de desenlodar, y a lo más de "lavarse la cara". No sería mucho insistir, a propósito de esto, sobre la importancia de la lucha contra la impregnación de los vestidos. Ser aseado significa, desde luego, tener trajes sin grasa y desodorizados.[98] Mandar limpiar sus tiliches constituirá por mucho tiempo la primera de las prescripciones de la higiene, llamada corporal en los medios populares. Las capas de mugre del vestido, junto con lo burdo de la camisa, asegura Cadet de Vaux en 1821,[99] impide que se despliegue la atmósfera de la mujer del pueblo y la prive de lo esencial de su poder seductor.

En la ciudad, acabar con la mugre de los excusados "comunes" y drenar las inmundicias de los pasillos, se convierte en la exigencia más urgente. El progreso pasa por las letrinas semiprivadas, y se distribuyen llaves entre las familias de quienes lo utilizan y cuya ubicación da sobre el descanso de la escalera.[100] En ese medio, el principio de lo "privado" consiste, desde luego, en protegerse de la porquería y de los olores del prójimo, en lograr familiarizarse con las heces, en poner el pudor al abrigo de un eventual golpe teatral. Abolir la promiscuidad de las letrinas, mantener la puerta cerrada, instalar tubos de ventilación, constitu-

[94] De Gérando, *Le visiteur du pauvre*, 3ª edición, 1826, p. 227.
[95] *Op. cit.*, pp. 91 y 89.
[96] *Ibid.*, p. 89.
[97] *Le joie de vivre*, ed. La Pléiade, p. 1026.
[98] *Cf.* Philippe Perrot, *op. cit.*, p. 227.
[99] Cadet de Vaux, "De la atmosphère de la femme y de sa puissance", *Revue encyclopédique*, 1821, p. 435.
[100] P. Passot, *op. cit.*, p. 20.

yen los actos previos indispensables a dicha disciplina de la defecación que, únicamente por ello, permitirá dominar las hediondeces. Importa vigilar también a los individuos que orinan en los pasillos, y esa será la tarea de un buen portero. Si es necesario, anota Passot, éste podría instalar una pequeña barrera en el exterior y cubrir el canal con una placa.[101] En resumen, la empresa tiene por objeto transformar progresivamente los excusados "comunes" en "privados". Encalar, pintar con frecuencia, para evitar que las paredes se impregnen, complementa el arsenal de las medidas recomendables en esos casos. Evidentemente, el progreso implica abonarse a la compañía que provee de agua; ya se conocen los múltiples obstáculos que frenan la extensión de este servicio.

En el campo y en numerosas ciudades pequeñas, la lucha contra el hedor excrementoso mantiene esa batalla sin fin que se entabla entre los ediles y los poseedores y utilizadores de estercoleros. Al respecto, las resistencias son vivas; a veces duras, porque son desesperadas.[102] Con frecuencia los higienistas perderán la pelea, pues no obtendrán jamás que los estercoleros queden enterrados en fosas. El uso de la cal, la apertura de nuevas ventanas, el derrumbe de muros medianeros, constituyen las demás medidas con las que se espera lograr la desinfección de la casa rural.[103]

Quedan por citarse las realizaciones modelo: las ciudades obreras, las de Mulhouse, en Bruselas, o la de la calle Rochechouart en París. La estrategia sutil, elaborada por sus creadores y por los higienistas, principalmente por Villermé,[104] a fin de abolir en su seno toda promiscuidad, proteger la intimidad familiar y eliminar que se propicie el erotismo en corredores y escaleras, fue machacada y machacada.[105] Notemos solamente que ese punto de vista sanitario y moral, muy significativo, no concierne entonces sino a efectivos ínfimos.

Más importante para nuestro propósito es el esfuerzo por inspeccionar la habitación popular. Una vez más, en la terrible epidemia de 1832 se encuentra el origen de una estrategia nueva. Al anunciarse la inminencia de la plaga, se formaron comisiones de barrios; tuvieron por misión la de visitar todas las casas, hallar las causas de insalubridad y obligar a los propietarios a que aplicaran los reglamentos de policía. Esas comisiones funcionaron realmente; la del barrio del Luxemburgo visitó así 924 propiedades en menos de dos meses. El prefecto Gisquet pretende haber recibido cerca de 10 mil informes de esos organismos.[106]

Allende la Mancha, antes de la creación del General Board of Health en 1848, la habitación popular se hallaba desde hacía ya mucho tiempo "cercada por la policía de la higiene".[107] Los comités locales tenían allí autoridad. En Londres,

[101] *Op. cit.*, p. 21.
[102] *Cf.* p. 249.
[103] *Cf.* Piorry, *Des habitations*, *op. cit.*, p. 93.
[104] Villermé, "Sur les cités ouvrières", *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, de 1850, t. 43, principalmente pp. 246-258.
[105] *Cf.*, por ejemplo, R.-H. Guerrand y E. Confora-Argandona, *op. cit.*, pp. 33-41.
[106] *Mémoire de M. Gisquet*, 1840, t. I, pp. 423-424.
[107] Mille, artículo citado, p. 223.

los inspectores del servicio visitaban las casas y entregaban "una nota, especificando cuáles eran las habitaciones que debían lavarse y blanquearse con cal; desembarazar de sus basuras, adoquinar patios o sótanos, aprovisionar de agua, drenar, ventilar; en fin, sanear de tal o cual manera".[108] El médico juzga lo bien fundado de esas observaciones, y con su aprobación se ordena al propietario que deberá ejecutarlas en un plazo de quince días. Durante el año 1853, los inspectores visitarán de ese modo 3 147 casas, o sea 20% del total, y expedirán 1 587 de tales "señalamientos"

La ley francesa sobre las habitaciones insalubres, reclamada desde hacía mucho tiempo y preparada por los trabajos emprendidos en el seno del Consejo de Salubridad desde 1846, y precedida en París del decreto de policía del 20 de noviembre de 1848, fue finalmente promulgada el 13 de abril de 1850. Tiende, según la fórmula de su principal artífice, el marqués de Vogüé, a establecer "un control más íntimo"[109] sobre las habitaciones. La ficha de inspección,[110] cuyo modelo figura anexo al texto de la ley, prevé así un examen del estado de las letrinas y de los olores que desprenden; Monfalcon y Polinière tuvieron que felicitarse por ello; ellos, que deseaban que la administración se decidiera a vigilar el albergue del pobre al igual que la jaula de los animales en los jardines zoológicos.[111] Passot, por su parte, reclama que los policías inspeccionen las letrinas de los obreros y que se les autorice a levantar actas.[112] De hecho, esa ley fue muy mal aplicada; sobre el particular están de acuerdo todos los estudios llevados a cabo.[113]

[108] *Ibid.* p. 213.

[109] Así se expresa en la Cámara el 13 de julio de 1848, para sostener el proyecto de decreto depositado por Emery el 12. Se notará que esas discusiones se efectúan dos semanas después del aplastamiento de la insurrección de junio. Fue el 17 cuando Anatole de Melun presentó su proposición de ley; será el objeto del informe Riancey, leído el 8 de diciembre de 1849.

[110] Al realizar la encuesta en París, después de la epidemia de cólera morbo, el doctor Moreau ya había establecido una ficha por casa. De una manera más general, Blandine Barret-Kriegel (*op. cit.*, pp. 119 *ss.*) tiene razón al considerar tal episodio como un gran recodo en la historia de las técnicas de la encuesta.

[111] *Op. cit.*, p. 92.

[112] *Op. cit.*, p. 20.

[113] *Cf.*, por lo que toca a París, R.-H. Guerrand, *op. cit.*, pp. 55 *ss.*; A. Thalamy: *Politiques de l'habitat*, p. 59, y sobre todo Danielle Rancière: "La loi du 13 juillet 1850 sur les logements insalubres. Les philanthropes et le problème insoluble de l'habitat du pauvre." *Ibid.*, pp. 187-207 A propósito de Lila, Pierre Pierrard, *op. cit.*, pp. 92 *ss.*; acerca de la mala aplicación de la ley en Nivernais, Guy Thuillier, *op. cit.*, pp. 36 *ss.*

X. "EL ALIENTO DE LA CASA"[1]

LA FOBIA A LA ASFIXIA Y EL OLOR HEREDADO

DESDE mediados del siglo XVIII la arquitectura privada, deseosa de responder a las nuevas exigencias de comodidad, se esforzaba por promover la especialización de los lugares y la designación de sus funciones. En las nuevas residencias, y más aún en los proyectos de los arquitectos, las habitaciones dejan de comunicarse unas con otras; los corredores se multiplican y aseguran la autonomía de las habitaciones. El espacio social tiende a separarse del que corresponde a la intimidad. Claude-Nicolas Ledoux planteaba como imperativo terapéutico, a la vez físico y moral, el poder aislarse en el centro de un espacio aireado.

Nuevas exigencias sensoriales acompañan, de golpe, dicha evolución. Ya en 1762 el abate Jacquin invitaba a luchar contra los malos olores de los apartamentos y a mantener limpia la cocina.[2] Aconsejaba evitar en la alcoba el uso excesivo del agua y el barniz, el desprendimiento de humo, así como la presencia de perros y gatos; recomendaba alejar las bacinicas y mantener corridas las cortinas. La lectura de su libro muestra que nos equivocaríamos al atribuir totalmente al siglo XIX una localización olfativa y una estrategia desodorizante que se enraizara en la higiene privada, elaborada demasiado pronto con destino a las clases dirigentes. Pero después de 1832, la vivacidad de las alarmas, la nueva insistencia del propósito, la coherencia de los consejos, precisan la rápida evolución que se opera en la psicología colectiva.

Una vez más, la innovación se inscribe dentro de ese punto de vista más amplio, que incita al burgués a distanciarse y protegerse al mismo tiempo del pueblo al que, por otra parte, decide vigilar más de cerca. La desodorización, que constituye nuestro propósito, implicaba replegarse en la casa habitación; en constituir la esfera de lo privado, en resumen, en esa "domesticación" ya comenzada en el siglo XVIII a propósito de la cual Robert Mauzi escribe que "la felicidad del burgués no está en otra parte sino en su casa".[3] El despliegue de "la higiene doméstica", que tiende a convertirse en "la higiene de las familias", así como la higiene corporal, no constituyen sino el reverso del retiro de la vida pública; dan pábulo a una forma de habitación tributaria de la medicalización del espacio privado. Al abrigo de su casa, lejos del olor del pobre y de sus amenazas, el burgués entiende disfrutar las voluptuosidades narcisistas de moda, así como la sutileza de los mensajes corporales que tejerán en adelante los intercambios afectivos de la delicadeza nueva.

[1] Edmond y Jules de Goncourt, *Manette Salomon*, ed. 10/18, p. 158.
[2] *Op. cit.*, pp. 294-295, y a propósito de C.-N. Ledoux, Mona Ozouf, artículo citado, pp. 1279-1280.
[3] *Op. cit.*, p. 281.

Varios hechos importantes se produjeron desde el tiempo del buen abate Jacquin. Gracias a Lavoisier, se sabe que no es el movimiento del aire lo que lo purifica. Únicamente la renovación puede, en un espacio dado, restablecer el fluido afectado en su composición. Importa, pues, asegurar, en función de las necesidades cuantitativas y cualitativas del organismo, no tanto la ventilación sino la aireación de cada espacio habitado; lo que incita a definir normas de los volúmenes, moduladas según los individuos. La purificación ya no implica más agitar, sino constituir reservas de aire puro y dominar las corrientes. La apertura de la calle Rambuteau no hace que el doctor Bayard[4] aliente la esperanza de una ventilación acrecentada del espacio público; asegura la presencia de una reserva atmósférica dentro de la cual podrán extraer lo necesario las habitaciones vecinas.

En la casa, el comportamiento olfativo se encuentra además determinado, más estrechamente que antes, por el soplo vital. La sociedad de la Monarquía Censataria se mantiene atenta a los fenómenos respiratorios. La exigencia nueva respecto a la calidad del aire, la repulsión del espacio confinado y del olor encerrado; la obsesiva presencia de la tisis, que tiende a cristalizar el terror morbífico; la fobia a la asfixia, que se interpreta correctamente en lo sucesivo, y cuyo uso metafórico se hace estereotipo, hablan de una misma angustia atmosférica, cuya acentuación reposa sobre la autoridad sabia. Louis Chevalier mostró de qué modo el mito de la asfixia colectiva ordena una nueva lectura de la ciudad y de su espacio, de sus edificios y orificios; descubrió el nuevo temor que despierta la neblina: "mezcolanza infame —escribe Delphine Gay— de todos los miasmas que se temen [. . .] cadena de vapores y humos que une el suelo a los techos [. . .] unión monstruosa, fatal, de los suspiros de la chimenea y el aliento de las atarjeas".[5] Dicha sociedad, jalonada entre la fascinación del refugio y la obsesión del "cautiverio atmosférico", sueña con "baños de aire", pero encierra friolentamente a sus hijas cloróticas y sus mujeres languidescentes.

En el espacio público como en el privado, la sensibilidad se desarrolla en "ofensas territoriales";[6] los excrementos, los efluvios corporales, entran a modo de violación de los territorios del yo; se tornan en usurpaciones. La tolerancia olfativa a la proximidad del prójimo se adelgaza. ¿Chaussier no demostró que la materia de la transpiración, esparcida en el aire, era eminentemente putrescible?

En el seno de la esfera de lo privado, el olor familiar se vuelve importuno. Sobre este asunto resuena, hacia 1840, una nueva alarma. La familia, de la que se ensalzan tanto sus virtudes, contiene peligros; impone una higiene específica. Conviene insistir en este aspecto poco observado de las mentalidades prepasteurianas, que coincide con la emergencia, muy estudiada, de las ansiedades que suscitan la herencia morbífica y la predisposición.

Desde 1844, uno de los más grandes higienistas de la época, el doctor Michel Lévy, pone en guardia a sus lectores contra las fechorías de la "atmósfera fami-

[4] *Op. cit.*, p. 90.
[5] Citado por Louis Chevalier, *op. cit.*, p. 179.
[6] Erving Goffman, *La mise en scène de la vie quotidienne*, 1973, t. II, p. 62.

liar", contra los "detritos gaseosos de la familia".[7] "La atmósfera familiar" se opera con la síntesis de las atmósferas individuales que se despliegan en la casa, como la atmósfera de la ciudad resulta de la suma de las emanaciones sociales.[8] La imaginación de los higienistas traslada al espacio privado amenazas muchas veces enarboladas a propósito del espacio público. Pero un peligro específico se bosqueja, que esta vez no se refiere ya a la insuficiencia del volumen de aire respirable ni a la falta de higiene colectiva; sin que intervenga cualquier intrusión de los hedores del pueblo, "la atmósfera familiar" puede revelarse temible. La nocividad acumulada de las exhalaciones miasmáticas de una misma naturaleza, por el hecho del parentesco, y por ende de la herencia, constituye en sí una amenaza morbífica. De ese modo se forma una "idiosincrasia colectiva" que impregna ese "*habitus* vital" que es "la atmósfera doméstica".[9] Ese "comercio miasmático" familiar, permanente, hace que cada casa posea a la vez su olor y sus "endemias particulares", mantenidas por el mefitismo de sus paredes.

Escuchemos a Michel Lévy:

> Expresándonos así, tenemos a la vista, no los efectos conocidos del enviciamiento del aire a causa del estorbo, del desprendimiento de gases de la combustión o del alumbrado, etc., sino el intercambio continuo de todas las influencias de que se compone la atmósfera propia de varios individuos nacidos de la misma sangre y portadores de las mismas predisposiciones.[10] La cohabitación pone en conflicto las atmósferas personales de quienes participan de ella; el equilibrio resulta de una saturación recíproca que refuerza ciertas predisposiciones morbíficas en los que ya están afectados y las desarrolla en los que hasta entonces estaban exentos.[11]

Una buena higiene de familia ordena, pues, corregir las fechorías de "la atmósfera doméstica" mediante la creación de un espacio reservado al despliegue libre de la atmósfera individual, sin riesgo de contaminación recíproca. El comercio de las emanaciones familiares impone un espacio privado individual, como el de las emanaciones sociales mandaba antaño la huida de la ciudad o el repliegue en la casa familiar. La repulsión por las emanaciones del otro, en el corazón mismo de la familia, activa ese proceso de individuación cuyo itinerario seguimos desde mediados del siglo XVIII. Después de la victoria del lecho individual, contribuirá a promover la alcoba individual.

En los medios populares tal ambición sería, por el momento, algo fuera de lugar; la familia del proletario cuya normalización se persigue, sometida a los efectos acumulados de los miasmas emparentados, tendrá muy pocas esperanzas de escapar a la amenaza morbífica. Las escrófulas del muchacho, la esclerosis de la hija, están ya inscritos en el paisaje olfativo de la casa. El hedor del pobre se identifica con la decadencia hereditaria.

[7] Citado por Passot, *op. cit.*, p. 16.
[8] Michel Lévy, *op. cit.*, 1844, t. I, p. 544.
[9] *Ibid.*, p. 545, así como las breves citas de este párrafo.
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*

LAS EXIGENCIAS DE LOS HIGIENISTAS Y LA NUEVA SENSIBILIDAD

Las convicciones nuevas norman el espacio doméstico y su ambiente olfativo; incitan a instaurar nuevos principios. "Una habitación nunca es más sana que cuando está sola y aislada", afirma Vidalin en 1825, en su *Traité d'hygiène domestique* [Tratado de la higiene doméstica].[12] Es la propia casa la que debe huir de la confusión de las emanaciones sociales y la promiscuidad miasmática de "las atmósferas familiares" yuxtapuestas. Esa misma preocupación genera y además mantiene la admiración por la habitación inglesa, autónoma, apartada de la alquería y el almacén, del puesto y la oficina. En Londres, observará Mille,[13] ha triunfado la costumbre de no albergar más de una familia por casa.

La proximidad de una reserva de aire puro y el control de las corrientes de aire constituyen, repitámoslo, los otros dos imperativos mayores; han sido objeto de estudios exhaustivos; no volveremos a hablar de ello. Anotemos solamente al respecto que Michelet, mucho antes que Michel Foucault, localizó el inextricable lazo que se anuda entre esas exigencias higiénicas, la mirada panóptica y la preocupación de moralizar. "Aireación, limpieza y vigilancia, tres cosas igualmente imposibles, escribe a propósito de la residencia de los grandes bajo el Antiguo Régimen [. . .] esos laberintos infinitos de corredores, pasajes, escaleras secretas, patiecitos interiores; los desvanes finalmente, y los techos planos con balaustrada, proporcionaban mil aventuras."[14]

Perseguir el aire confinado y los olores encerrados en las piezas de la casa se vuelve ahora la gran empresa higienista. Los autores de manuales invitan a descubrir sin tardanza los lugares donde se estancan los hedores privados. En función de tal objetivo se nos restituye la realidad olfativa de la casa. Las ansiedades nuevas promueven y ordenan innumerables descripciones de interiores, sin que la abundancia imprevista de los testimonios o las anotaciones, o simplemente de las ocurrencias, nos asegure un aumento de la intensidad olfativa del ambiente. Por lo menos, permite inventariar ese caleidoscopio.

Más que nunca, el mefitismo de las paredes, que despliega más abiertamente sus amenazas en el espacio privado que en el público, se impone a la atención inquieta; pero se trata ya de una vieja ansiedad, que no hace sino reforzar la nueva obsesión de lo reducido, del recoveco, del rincón, "en los que el aire circula con dificultad" y cuya sombra favorece todas las licencias. La fetidez de los cuartos donde duermen los niños rivaliza con la que reina en el despacho exiguo de la misma casa. Los corredores, como las escaleras, exigen una atención particular. Los primeros, porque se oponen muy a menudo a una justa regularización de la corriente. El aire incuba sus amenazas en el estancamiento, el hedor y la oscuridad, o bien se precipita desconsideradamente y determina así temibles corrientes de aire; en cuanto a las escaleras, si no se tiene cuidado, pueden desempeñar el

[12] P. 131.
[13] Artículo citado, p. 199.
[14] Jules Michelet, *Histoire de la Régence*, 1863, p. 394.

papel de tiros de chimenea para los olores fétidos de la casa; mantienen entonces la confusión olfativa que importa destruir, además de que conviene controlar el encuentro de los sexos que cobijan y que propicia la inmoralidad en los recovecos.

La alcoba, "división incompleta de la cabaña primitiva",[15] con frecuencia fétida, se reveló terriblemente mortífera durante la epidemia del cólera; hay que escapar de su olor estancado; un nuevo anatema cae sobre ese albergue atemperado de la intimidad y del placer, del cual ya no se describe sino el hedor sudoroso. La simple cortina divisoria, sustituto de la alcoba en la casa modesta, también debe proscribirse. Se desconfía asimismo del aire de los muebles, cuyo análisis olfativo particularmente atento subraya la especificidad. La atmósfera densa de armarios y cómodas favorece que ratas y ratones se multipliquen; "además, si los armarios no están aseados debidamente, el aire que allí se mantiene acaba por volverse fuente de emanaciones pútridas que no dejan de tener su peligro".[16]

El colchón de pluma, escribe Hufeland, se convierte en verdadera "olla podrida de emanaciones mefíticas, y la persona condenada a acostarse en él durante todo un año, en semejante estercolero, no puede menos que resentir los más deplorables efectos".[17] John Sinclair condena también ese receptáculo de malos olores.[18] Londe, más exigente, reclama la supresión de almohadas y edredones; vitupera la demasiado gran cantidad de cobertores, que activa las secreciones[19] y favorece la masturbación. El hedor del pecado germina en el calor húmedo de las emanaciones de los cuerpos. Sinclair aconseja a quien duerma que adopte el camisón, del que sabemos se extiende ya su uso, y "dejar cuello y mangas desabrochados, a fin de que no haya nada que entorpezca la circulación".[20]

El olor específico de las habitaciones se nos muestra entonces brutalmente, con una sutileza ajena a las descripciones relativas a la madriguera del pobre. El olor del excremento se vuelve aquí menos obsesivo, poniendo aparte la bacinica, tolerada en las alcobas, pero que plantea un problema. Lo peor es la cocina. Los domésticos viven allí, dentro del olor del fregadero de trastos, que perturbará durante mucho tiempo la sensibilidad burguesa. A fines del siglo, los olores complejos del lugar continuarán alimentando una queja inagotable.[21] Las tolvas de aireación de las piezas contiguas; los botes de basura sin tapadera, metidos debajo del fregadero; la ropa recién lavada, que difunde su olor a lejía todavía húmeda, mezclan sus efluvios con los de la criada sucia, para formar una amalgama que muy pronto será símbolo de los olores residuales del pueblo en el seno de la residencia burguesa.

[15] Piorry, *Des habitations*. *op. cit.*, p. 126.
[16] *Ibid.*, p. 57.
[17] *Op. cit.*, p. 470.
[18] *Principes d'hygiène extraits du code de santé et de longue vie de Sir John Sinclair*, por Louis Odier, 1823, p. 574.
[19] C. Londe., *op. cit.*, t. I, pp. 405 *ss.*
[20] *Op. cit.*, p. 577.
[21] Anne Martin-Fugier, *La place des bonnes. La domesticité féminine à Paris en 1900*, París, Grasset, 1979, p. 113.

El higienista se llena de atenciones para la alcoba y principalmente con la que ocupa la joven frágil; la actitud obsequiosa de César Birotteau, enamorado de la de Cesarina, se muestra ejemplar. La atmósfera del sitio puede, en efecto, contener perfumes mortales. Un cambiador de la galería Véro murió a causa del mefitismo de su cuarto;[22] ya no se cuenta el número de mujeres y de muchachas asfixiadas por las flores durante el sueño. El progreso engendra nuevas amenazas contra las cuales, por fortuna, el olfato pone en guardia. El olor de la hojalata calentada que se desprende de la estufa,[23] que según lo hace notar Guy Thuillier rara vez se encontraba colocada en la campana de la chimenea,[24] lo que habría atenuado la difusión del óxido de carbono; el vapor del carbón de piedra que se levanta de los calentadores,[25] a los cuales un prejuicio atribuye el *spleen* de los ingleses; el hedor de las velas de sebo,[26] las emanaciones de los animales domésticos, quedan precisadas y denunciadas al mismo tiempo por los higienistas. Esta diatriba apresura el éxito del gato, más discreto para el olfato que su rival. Jean-Pierre Chaline encuentra en el seno de la burguesía de Ruán, con bastante retraso, es cierto, la costumbre de alejar los zapatos del lugar de reposo, a fin de librar al que duerme de su olor importuno.[27]

Cuando el lecho individual no ha triunfado aún, ni con mucho, ni en todos los hospitales ni en todas las cárceles, el cuarto individual se convierte en una exigencia común en el seno de la pequeña burguesía.[28]

Así pues, los higienistas se ocupan muy pronto en definir las exigencias cuyo respeto asegurará la salubridad y la moralidad del lugar. El gran Hufeland, cuyo mensaje obtendrá un alcance europeo, recomienda excluir no solamente a los criados, sino también las flores y la ropa sucia; en resumen, ordena eliminar todos los efluvios ocasionales. Sobre todo, pide que los niños no duerman donde hayan estado todo el día.

Algunos años más tarde, Londe resume en aforismos claros la conducta que se debe observar: no se conservará en la alcoba "nada que pueda consumir el aire respirable, ni se detendrá alderredor del lecho el aire expirado. De modo que

[22] Piorry, *Des habitations.* , *op. cit.*, p. 85.

[23] *Ibid.*, p. 104; Londe, *op. cit.*, t. II, p. 322. Ambos denuncian el olor insoportable de la estufa.

[24] *Op. cit.*, p. 41.

[25] Guy Thuillier subraya, a propósito del Nivernais, la afición de las mujeres por los calentadores y su negativa de reemplazarlos por los calientapiés (*op. cit.*, p. 48). *Cf.* también el doctor Cabanès, *op. cit.*, p. 67 *ss.*

[26] "El olor infecto", según el doctor L. Rostan (*op. cit.*, t. II., p. 44).

[27] Señales reveladoras de nuevas sensibilidades. J.-P. Chaline, *La bourgeoisie rouennaise au XIXe siècle*, tesis, París, IV, 1979, p. 805. "Tres cosas están prohibidas en la recámara: perfumes, aguas de aseo y zapatos; todo debido a sus olores."

[28] Fodéré (*op. cit.*, t. V, p. 44) continúa reclamando la cuna individual para los críos hacinados en el hospicio de Marsella y elogia "el orden establecido en todos los liceos del Imperio francés, en los cuales cada alumno dispone de un cubículo separado para dormir, aunque sin techo particular, de manera que el aire no sólo circula libremente por todos lados, sino que cada alumno puede ser vigilado a cada instante, de día y de noche" (t. V, p. 48). Tal es, efectivamente, el problema: acantonar los olores sin interrumpir la ventilación; abolir la promiscuidad y las relaciones homosexuales, controlando a la vez la masturbación, exige un sutil equilibrio.

nada de lámpara, fuego, animales, flores. Que las cortinas de la cama o de la alcoba permanezcan abiertas".[29]

Los higienistas exigen, para ese sitio privilegiado de la respiración, de doce a veinte metros cúbicos de aire por hora, lo que impone amplias dimensiones, tanto más cuanto que hay que tener cuidado de no tener las ventanas abiertas durante demasiado tiempo. La preocupación de los médicos vela para preservar la alcoba de las hediondeces domésticas, así como de las emanaciones pútridas y mórbidas de la calle.

La extremada sensibilidad olfativa respecto al aliento de la casa sigue siendo herencia de los higienistas, ¿o éstos no hacen sino reflejar y difundir una actitud nueva? Los testimonios literarios no faltan, dando a saber que la segunda hipótesis es la buena. Léonard Pfeiffer discierne una sensibilidad idéntica en Balzac.[30] Bastante numerosas referencias a la atmósfera de las cocinas figuran en la obra del novelista (*Un début dans la vie* [El comienzo de la vida], *Le Père Goriot* [El padre Goriot], *Pierre Grassou, La maison Nucingen* [La casa Nucingen], *Les Comédiens sans le savoir.* [Los comediantes. .]). Balzac se revela ya sensible al olor del fregadero, a la pestilencia de las piezas mal aseadas (*Madame de la Chanterie* [La señora. .], *L'initié* [El iniciado]), y "al olor particular de los despachos" (*La Maison du chat qui pelote* [La casa del gato. .]), cuya atmósfera, corrompida por las emanaciones de los solteros que los ocupan, se convertirá en estereotipo.[31] Sabe discernir los efluvios característicos de los cuartos sin aireación de los viejos hoteles (*ibid.*); los olores del lecho nauseabundo, calentado por los cuerpos; denuncia "el olor rancio que se exhalaba de las antiguas tapicerías y armarios cubiertos de polvo" (*L'Élixir de longue vie* [El elixir de larga vida]); analiza en diversas ocasiones la hediondez de la cámara mortuoria. Atado a la coincidencia de seres y lugares, Balzac establece un paralelo entre el olor específico de los cuartos y el temperamento de los individuos que los ocupan; por ese lado, coincide con la intuición de los higienistas, que asocian la endemia de la casa habitación a la originalidad de la atmósfera familiar.

Por ese hecho, ciertos departamentos huelen bien; en París, sobre todo. Camarines de señoras y vestíbulos exhalan un perfume de flores (*Les Employés* [Los

[29] Doctor C. Londe, *op. cit.*, t. I, p. 404.

[30] Y lo prueba haciendo un catálogo bien detallado de las referencias al olfato en *La Comédie humaine*.

[31] Para un dependiente, "las circunstancias atmosféricas son el aire de los corredores, las exhalaciones masculinas contenidas en las piezas sin ventiladores, el olor de los papeles y de las plumas" (*Physiologie de l'employé*, 1841, p. 44). Gaboriau (*Les gens de bureau*, 1862) otorgará un gran lugar a los olores en su narración (*cf.* Guy Thuillier, *La vie quotidienne dans les ministères au* XIX*e siècle*, París, 1976, pp. 15, 16 y 41). Así como en las habitaciones donde se reúnen muchos hombres, se imponen aquí los olores regionales. "Hay el despacho de los alsacianos que huele a *choucroute* (col fermentada) y el de los provenzales que huele a ajo." Hacia 1900, la irrupción de empleados suscitará cambios en el ambiente olfativo de despachos y oficinas; los perfumes baratos y las flores renovarán la atmósfera rancia; así desaparecerán lo que Guy Thuillier llama los "malos olores de los años 1880". Obsérvese que dentro de tales quejas, la hediondez de las oficinas o despachos se asocia a la masculinidad y el celibato. Ya sabemos por qué.

empleados], *La Maison du chat.* [La casa del gato. .]). Los cofres están hechos de maderas olorosas; los cajones de la cómoda, donde se conserva la ropa íntima de la joven, embalsaman el cuarto (*Mémoires de deux jeunes mariées* [Memorias de dos jóvenes recién casados]).

Balzac se complace en restituir el ambiente olfativo de ciertos lugares semipúblicos: farmacia, salones de baile y de conciertos, mesón, sala de audiencias.[32] El polo de su repulsión es el olor de la pensión[33] (se trata del internado); éste huele

> a encerrado, a humedad, a rancio; da frío, es húmedo para la nariz, penetra en los vestidos; tiene el sabor de una sala donde ha habido comida; apestan el salón de servicio, la cocina y la hospedería. Podría quizás hasta describirse, si se inventara el medio de evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que arrojan allí las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada interno, joven o viejo.

Una vez más, los análisis de novelista e higienistas coinciden.

Hasta la revolución pasteuriana, el ascenso de lo visual, esa sensibilidad respecto al olor específico de piezas y muebles persiste, y a veces de manera muy intensa. Los estudios consagrados a Baudelaire, a los Goncourt y más aún a Huysmans, permiten seguir el camino que, más allá de la encuesta del "alma del departamento"[34] desembocará en la neurótica búsqueda de la armonía entre los cuartos y las disposiciones de ánimo (*stimmung*). El olor a encerrado de la pieza del tío Adolfo y la del pabellón de caza en los bosques, nos aportan revelaciones tan poderosas como la de la "pequeña magdalena" (el bizcocho llamado así) y los adoquines del hotel de Guermantes.[35] Medio siglo más tarde, Bachelard se esforzará por analizar esta construcción sensorial del espacio de la intimidad.[36] Lo importante nos parece que es el poder datar la génesis y las filiaciones de dicha sensibilidad nueva, que reservará durante mucho tiempo un lugar privilegiado a las revelaciones del olfato.

[32] La pestilencia de las salas de audiencias, donde la miseria maloliente y criminal se ofrece como espectáculo a la *élite* delicada, pero ávida de sensaciones fuertes, sigue siendo un *leitmotiv*; esta insistencia constituye una lejana herencia del terror, inspirado por la "fiebre de las cárceles". *Cf.* la obra reciente de Jean-Louis Debré, *La justice au XIXe siècle. Les magistrats*, 1981, p. 176.

[33] *Le Père Goriot*, ed. La Pléiade, t. III, p. 53. Es peor la hediondez en los colegios de pensión (*cf. Louis Lambert, passim*). Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia del ambiente olfativo en la génesis de la sensibilidad masculina del siglo XIX. Una vez más, la repulsión se asocia a la privación de convivencia en promiscuidad. En los colegios de pensión se juntan el mefitismo de los muros con la hediondez social del personal de servicio y el olor espermático de celador y alumnos masturbadores. Tal hediondez, percibidá como masculina, aviva el deseo de la presencia femenina.

[34] Charles Baudelaire, "L'invitation au voyage" (poema en prosa).

[35] Jean-Pierre Richard, *Proust et le monde sensible*, 1974, p. 101.

[36] *Cf. La poétique de l'espace*, París, PUF, 1957, pp. 32 y 83. [*La poética del espacio*, FCE, 1ª ed., 1965, 2ª ed., 1975.] Bachelard elogia "el armario único, el armario con olor único, signo de intimidad": el armario "centro de orden", con aromas vegetales; con la lavanda "entra al armario la cuenta de las estaciones. Por sí misma, la lavanda impone una duración bergsoniana a la jerarquía de las sábanas. ¿No se podría esperar que antes de usarlas estén, como se decía en casa, bastante impregnadas de lavanda?" Retengamos esta asociación que se establece entre el orden y el aroma vegetal, como si el rechazo de los perfumes animales fuera, ante todo, el del desorden.

La toma de conciencia de la especificidad olfativa de las habitaciones que componen el departamento desencadena el deseo de promoverla y abolir en esa forma la mezcla perturbadora de la atmósfera familiar; incita a frenar lo mejor que se pueda la constitución de la "olla podrida" de los olores domésticos. Tal como la promiscuidad que atestigua, la confusión olfativa se ha vuelto obscena. Además de eliminar el aire confinado del recoveco, la única manera de desembarazarse de los olores importunos y de reservar el espacio privado a los delicados efluvios de la intimidad, es el operar una selección y contener los olores más violentos en los lugares afectados. Una intolerancia nueva invita a proscribir la mezcla de los olores orgánicos y los perfumes sutiles; impedir tal confusión, esa será la función de la cocina moderna, del cuarto de aseo y de los gabinetes (excusados) privados.

Esos sitios íntimos del monólogo interior aseguran la disponibilidad olfativa de la alcoba y del salón; autorizan, en el seno del espacio privado, la emergencia de una estética del olfato. Un arte de los olores destinados a adornar los lugares de la intimidad acompaña los tímidos progresos de la perfumería. Una misma preocupación por la sutileza de los mensajes individuales, una misma voluntad de revelar y de subrayar la personalidad, regentean su progresión; obedecen a los mismos imperativos y sería absurdo estudiar por separado la sabia puesta en escena olfativa del camarín de señoras y los olores a mujer que allí vamos a respirar.[37]

La habitación individual, que se preocupan por desodorizar, simboliza el proceso; se bosqueja como el sitio por excelencia de la intimidad olfativa. En ese refugio[38], los amantes separados pueden entregarse a la respiración solitaria de los perfumes del ser amado.[39] Los olores contribuyen a hacer de la alcoba el espejo del alma. La sabia delicadeza de la atmósfera de ese refugio de lágrimas y placeres secretos tiende a sustituir a la animalidad sensual de la alcoba.

LAS SEÑAS Y LAS NORMAS

A fines del siglo XIII, el barco, el cuartel, la cárcel, el hospital, hacían las veces de laboratorio en cuyo seno se elaboraban las técnicas de la ventilación y de la desinfección. En ese aspecto, ya lo hemos visto, no hay ruptura; en el siglo siguiente es cuando se precisan los movimientos del hogar y se definen las normas para airear en función de los nuevos imperativos científicos.[40]

Entremos en compañía de Howard; esta vez, no ya en una cárcel, sino en el lazareto de Venecia, y penetremos tras él a la sala donde los empleados purifican

[37] Volveremos sobre ello, *infra*, pp. 205 *ss*.

[38] Bachelard (*La poétique de l'espace*, pp. 44, 47 y 130) ha desarrollado el tema de la "primitividad del refugio", que tiende a valorar un "centro de soledad concentrada" que estimula la busca de los "centros de simplicidad" en la casa y que hace que el menor recoveco donde el niño pueda acurrucarse constituya "el germen de una alcoba"

[39] *Cf. infra*, pp. 226 *ss*.

[40] Ya hemos tratado este capítulo de la historia de la higiene, *supra*, pp. 208 *ss*., pero sólo se trataba de una desinfección; lo que conviene analizar aquí es la génesis de los gestos cotidianos.

las mercancías. Los fardos son desplazados, movidos, volteados; las sábanas desplegadas, agitadas, a veces tendidas en unas cuerdas; las pieles se sacuden y todos los objetos se exponen al aire.[41]

Escuchemos a Londe (1827) a propósito de aseo de la casa: "Hay que mover cada día las sábanas, los cobertores, los colchones y las almohadas, y mientras esto se lleva a cabo, establecer una corriente de aire en el departamento, dejando abiertas las ventanas opuestas unas a otras."[42] Conviene además golpear los colchones, por lo menos una vez al año, para "desembarazarlos de las sustancias animales putrescentes". J. Sinclair se ocupa en codificar los movimientos de ese aseo cotidiano. Hay que echar fuera del lecho "todos esos vapores nocivos, abriendo las ventanas y exponiendo al aire fresco sábanas, cobertores y cortinas" [43]

Airear, sacudir, levantar, cambiar de sitio, buscar con la escoba la amenaza del rincón; eso es lo que define los movimientos del aseo. No se trata tanto de luchar contra el polvo,[44] sino de desembarazar los muebles y las diferentes piezas de su aire viciado, de extirpar los hedores, de adelantarse a la putrefacción. El polvo, como las telas de araña, no hacen sino señalar la falta de aireación. Ciertamente, suscita numerosos trabajos científicos,[45] pero porque se busca descubrir la presencia eventual de sustancias pútridas. Y si Forget predica el uso permanente de la escoba en los barcos, es que espera con ello eliminar los desechos y detritos que puedan amontonarse en los lugares inaccesibles.[46] Conviene guardarse de todo anacronismo y de identificar, demasiado aprisa, la práctica del aseo de la casa en el siglo XIX, a la neurosis del polvo provocada por la revolución pasteuriana.

Queda como la empresa mayor definir las normas espaciales que se establezcan en función de las necesidades respiratorias. Arbuthnot se había ocupado ya de medir el volumen mínimo de aire por debajo del cual el individuo está condenado a perecer. Howard afirmaba de manera perentoria que la celda del preso debe tener diez pies de largo, otros tantos de alto y ocho de ancho, pero sin preocuparse por justificar tal prescripción.[47] Tenon estimaba que, en los hospitales, la altura de las salas debería estar modulada según la naturaleza de la enfermedad; el afiebrado reclama cantidad mayor de aire que el convaleciente.[48] Lavoisier, en 1786, proponía a su vez una norma para cubicar.[49]

[41] *Histoire des principaux lazarets.* ., *op. cit.*, t. I, pp. 59 *ss.*

[42] *Op. cit.*, t. I, pp. 406 y 407.

[43] *Op. cit.*, p. 577.

[44] Hasta 1900, anota Guy Thuillier (*op. cit.*, p. 41) el barrido en seco sigue siendo regular en las escuelas nivernesas.

[45] Piorry (*Des habitations.* , p. 34) propone una lista en la que aparece el nombre de Benoiston de Châteauneuf.

[46] *Op. cit.* (t. I, p. 198), y agrega: "La escoba pasará por todos los recovecos, atrás, entre y debajo de los cofres que haya que mover al efecto. Son los lugares más oscuros y alejados los que reclaman mayor vigilancia."

[47] *Histoire des principaux lazarets.* *op. cit.*, t. II, p. 228.

[48] Tenon, memoria citada, pp. 186 *ss.*

[49] *Cf.* Denis I. Duveen y Herbert S. Klickstein, "Antoine Laurent: Lavoisier's contributions to medicine and public health", *Bulletin of the history of medicine*, 29, 1955, p. 169.

En el siglo siguiente, luego de los progresos del análisis del aire confinado, los sabios se esfuerzan por precisar ese "ajuste del espacio y del cuerpo orgánico",[50] tarea que reviste también, al correr de los años, la apariencia de una verdadera roca de Sísifo. A pesar de lo impreciso de las medidas, Leblanc y Péclet se encuentran al fin de acuerdo. Estiman que el individuo reclama de seis a diez metros cúbicos de aire por hora.[51] Tal es la cantidad señalada por los especialistas de higiene doméstica;[52] prudentes, éstos consideran no obstante, fuera de toda medida científica, que conviene proporcionar un volumen doble al que duerme encerrado en su cuarto. Por inducción, Monfalcon y Polinière fijarán en veinte metros cúbicos por hora las necesidades de un caballo en su cuadra.[53]

La referencia a esta norma respiratoria parece autorizar la definición de un espacio óptimo. Cálculo arbitrario: el volumen de aire puesto a disposición de un individuo encerrado en un espacio dado, varía en función de la intensidad de los flujos; además, las necesidades difieren según los sujetos, la temperatura y el grado de humedad. No por menos, Péclet llega a la conclusión de que, deducción hecha de la correspondencia entre los cuerpos sólidos, el volumen óptimo de una sala de hospital de treinta camas es de mil trescientos treinta y cinco metros cúbicos. Piorry, y después Monfalcon, trasponen esta norma al espacio doméstico.

La administración registra con bastante rapidez los cálculos de los higienistas. Una ordenanza de policía del 20 de abril de 1848 impone proporcionar un espacio de catorce metros cúbicos a cada individuo. En ese mismo año, la comisión de los alojamientos insalubres, formada en el seno del Consejo de Higiene de la ciudad de París, propone un volumen de trece metros cúbicos por individuo y por cuarto. Agreguemos que la física de los gases confirma lo bien fundado de los consejos higienistas del siglo precedente. No se debería, escribe Piorry, tener un cielo raso de recámara a menos de tres metros, o tres metros y medio. De otro modo, la cabeza quedaría "en la región donde se aglomeran los gases más ligeros, los más insalubres".[54]

A decir verdad, todo esto permanece en gran parte teórico. En Francia, la lista de las realizaciones, inspiradas en la estrategia que acabamos de exponer, no ha sido hecha todavía. Las prescripciones de los higienistas, la voluntad de confort[55] que impele a separar las funciones espaciales y a distinguir los lugares del servicio, de la convivencia social y de la intimidad familiar, así como la encuesta del provecho que incita a acrecentar el espacio locativo, conducirán, sin embar-

[50] François Béguin, "Evolution de quelques stratégies médico-spatiales", *La Politique de l'espace parisien*, *op. cit.*, p. 236.

[51] É. Péclet, *Instruction sur l'assainissement des écoles primaires*, 1846; Félix Leblanc, *Recherches sur la composition de l'air confiné*, 1842, p. 21.

[52] Principalmente por P. Passot, *op. cit.*, p. 16.

[53] *Op. cit.*, p. 65.

[54] *Op. cit.*, p. 89.

[55] En el curso de la segunda mitad del siglo, los arquitectos se preocupan menos por la salubridad que por el placer de habitar. La higiene ya no será entonces sino parte acogedora del confort. *Cf.* A. Thalamy, *Politiques de l'habitat*, p. 50.

go, en ciertas ciudades, a remodelar en el curso del siglo el plano de la casa tradicional. Así pues, en la casa de tipo lilense, descrita por Foville en 1894, todo se ha puesto en obra para excluir los efluvios importunos: "La cocina, el lavadero, los excusados, se relegan a un anexo del edificio, y los olores malsanos que se desprenden se pierden en el patio y en el jardín, sin penetrar en la habitación."[56] Una evolución idéntica se desarrolla en la ciudad de Tours; un nuevo edificio, antiestético, roba parte del jardín del "particular"; alberga la cocina en el entresuelo; los cuartos de aseo y los lavaderos quedan al nivel del primero y segundo pisos.

La importancia de algunos prototipos proyectados a principios del siglo, no es pues despreciable; se trata de modelos ricos de porvenir. De tanto subrayar el mantenimiento de los arcaísmos y la rigidez de los comportamientos, el historiador obsesionado por los hechos generalizados se arriesga a la ceguera ante el caminar lento de la innovación. La historia cuantitativa debe ser también la de las singularidades, sobre todo cuando éstas se revelan premonitorias.

En el terreno que nos ocupa, la iniciativa pertenece al Reino Unido. Las soluciones inglesas fascinan, aunque en Francia se rechacen las innovaciones que ellas implican. Allende la Mancha, "nadie ha protestado contra esa verdad: que el mal olor dentro de la habitación [. . .] señala una lesión a la salud pública".[57] La estrategia inglesa, resume Mille, se funda sobre la adopción de tres principios: "Agua a plena presión y llave libre", principalmente en la cocina y en los cuartos de baño (*water-closets*), la pérdida de los desechos por la limpieza de atarjeas, y la adopción de una maquinaria nueva del confort, notablemente estudiada por François Béguin.[58] En resumen, la regularización de las corrientes de agua acompaña ahora el control de la circulación del aire y la expulsión automática de la inmundicia.

Hacia mediados del siglo, trescientas mil habitaciones londinenses están provistas de agua. En Glasgow, "en las casas acomodadas, por doquier se encuentra en cada piso un *water-closet*, un baño caliente y otro de ducha" En ciertas ciudades de menor importancia, gracias a un impuesto municipal, las redes del desagüe y el "todo a la cloaca" se instalan simultáneamente. Un saneamiento total se encuentra realizado a un tiempo. En Rugby, sobre once mil casas, "entre setecientas y setecientas cincuenta se han provisto de tomas de agua y cuentan por lo menos con dos llaves, una en la cocina y otra en el cuarto de baño".[59] El progreso es idéntico en Croydon, Warwick y Douvres.

En unos cuantos decenios se ahonda el abismo entre las islas británicas y el continente.[60] La relativa despreocupación de los franceses por la limpieza, tal

[56] Citado por Anne Thalamy, *ibid.*, p. 34.

[57] Artículo citado, p. 224.

[58] François Béguin, "Les machineries anglaises du confort", *L'Haleine des faubourgs. Recherches*, 1977, núm. 29, pp. 155-186.

[59] Mille, artículo citado, pp. 219 y 221.

[60] "Recuerdo todavía —anota Mme. Trollope en 1836 (*op. cit.*, p. 302)— que al desembarcar el año pasado en Calais me divertí mucho con la respuesta de un viajero experimentado a un novicio

como lo demuestran su rechazo del agua y su larga tolerancia a los olores corporales acentuados, la permanencia de la privatización en materia de excrementos e inmundicias sólo sabría explicarse por una sorda desconfianza hacia la innovación, por una pobreza relativa o por la lentitud de la urbanización. Son las actitudes colectivas respecto al cuerpo, a las funciones orgánicas y a los mensajes sensoriales las que rigen los comportamientos. Podemos deplorar que los historiadores no se hayan dignado fijar su atención en el pasado de dicha cultura somática.

El rechazo al "todo a la atarjea",[61] la lentitud para las dotaciones de agua, la tardanza en aparecer de la nueva maquinaria del confort, hacen que en Francia las realizaciones modelo se refieran casi de modo exclusivo a la ventilación y al nuevo sentido de la espacialidad doméstica. Es decisiva al respecto la ubicación de las piezas en batería; según Lion Murad y Patrick Zylberman,[62] la idea data de 1827 y se la encuentra expresada en ese año en la *Description d'une salle de bains* [Descripción de una sala de baños], publicada por D'Arcet. Diecisiete años más tarde, Piorry resume los nuevos imperativos de químicos e ingenieros: "una buena cocina debe ser vasta, muy alta, enlosada, bien aseada, y ventilada cerca del techo y del piso"; deberá instalarse una tapadera en forma de campana "comunicando a la del foco principal, cuya abertura será calculada de manera que forme una corriente de aire y arrastre las exhalaciones del carbón";[63] otra tapadera de campana con ranura pondrá un dique al olor del fregadero.

La escasez de agua y la ausencia de sistema de evacuación estimulan el ingenio de los higienistas encargados de proyectar letrinas. La importancia de la apuesta no se les escapa. "El cuarto del excusado —concluye Grassi, reportero de la comisión encargada en 1858 de estudiar ese problema— debe ser el sitio más limpio."[64] Debido a un curioso viraje que no deja de evocar la gestión hecha por Parent-Duchâtelet, en vista de hacer del limpiador de atarjetas el modelo del obrero moralizado, se espera del saneamiento de lugares la desodorización en cadena del espacio privado.

Después de las letrinas del asilo y las del inmueble popular, los excusados burgueses se convierten en el sitio privilegiado del aprendizaje de las disciplinas higiénicas. "Se necesita —escribe aún Grassi—, sobreponiendo un nicho o cualquier otro obstáculo colocado arriba del asiento [*siége*, silla], impedir que los visitantes se suban y tomen otra posición que la que indica el nombre mismo de dicha parte de las letrinas."[65] La limpieza de los sitios no es sino un "asunto de vigilancia y disciplina"

que hacía su primera excursión. '¡Qué desagradable olor! —dice el joven extranjero, cubriéndose la nariz con su pañuelo—. Es el olor del continente, señor —respondió el hombre de experiencia—; y eso es verdad."

[61] Excepto en Lyon.

[62] "Hygiène corporelle et espace domestique, la salle de bains", p. 292.

[63] *Des habitations*. .., *op. cit.*, pp. 130 y 131.

[64] Informe citado, p. 28.

[65] *Ibid.*, pp. 29 y 30.

El aprender a defecar prepara, en el medio escolar, la difusión de las actitudes en el espacio privado; da lugar a una literatura abundante.[66] Inspectores e higienistas definen las normas, escogen el mobiliarió, se entregan a múltiples experiencias; citan como ejemplo a los directores que han sabido hacerse obedecer; aquel de la escuela de muchachos en la calle de la Réunion, que en algunos días logró crear en sus alumnos la costumbre de sentarse y no subirse en cuclillas sobre los asientos.[67] Se machaca un imperativo: que el maestro pueda visualizar desde su cátedra el techo y el piso de los excusados.[68] En los internados de muchachas, anota con razón Roger-Henri Guerrand,[69] la disciplina se despliega con más severidad aún; las educadoras recomiendan con firmeza a sus alumnas el contenerse; una mujer honesta debe probar, por el control sobre sus necesidades fisiológicas, que sabe resistir a todos los impulsos del cuerpo.

Los higienistas no se conforman con recomendar una maquinaria ingeniosa; esa nueva manera de ver que constituye el excusado privado, una verdadera pieza cuya importancia no hará sino aumentar en el seno del departamento. Además, el lujo creciente de la decoración, que culminará en la Inglaterra victoriana y, como ya lo hacía notar Charles de Gaulle,[70] en la Alemania guillerminiana, acompaña esta asombrosa y muy significativa promoción. Grassi dibuja la imagen del excusado modelo: la taza, provista de un sifón, tiene la forma de un embudo de loza o de barro cocido barnizado. El asiento y su tapa son de encino encerado, así como el piso. Un mingitorio colocado en su proximidad permite vaciar las bacinicas sin que el picante olor de la orina rancia se expanda por el apartamento. La desodorización se encuentra asegurada por el sifón y la palanca de desagüe; cuando menos un tubo de aireación, instalado en la bóveda de la fosa, asegurará evacuar la pestilencia. Los asientos múltiples, así como los "agujeros a la turca, separados unos de otros mediante una simple barra de apoyo", deben

[66] Se encontrarán en los *Rapports* de los trabajos de la comisión de las habitaciones insalubres del departamento del Sena (años 1862-1865) numerosos documentos que conciernen a dicha ofensiva de la administración parisiense. Una lucha sistemática ha sido emprendida contra las cubetas a la turca y contra las letrinas temporales; los ediles colocan sus esperanzas en la escuela. Hay normas definidas (*cf* p. 79); el programa de la administración prevé que esos excusados se "instalarán en el patio de recreo descubierto, aislados, mirando hacia el norte, dos por cada cien alumnos, convenientemente aireados y ventilados", desinfectados y colocados bajo la responsabilidad del conserje, promovido a la categoría de general en jefe en la guerra declarada contra los excrementos. El modelo es la escuela del 77 de la calle de Reuilly, porque una anciana limpia siempre las letrinas (p. 32).

Lo que llama la atención en dicha bibliografía (*cf*. p. 34) es la precisión extraordinaria de las proposiciones. Sabemos que los progresos fueron más precoces en la secundaria que en la primaria, y más rápidos en las escuelas de muchachas que en las de muchachos.

[67] P. 34.

[68] *Cf*. p. 29. Dominique Laporte (*Ornicar? Analytica*, artículo citado, pp. 224 *ss*.), cita al respecto un bello texto, aunque mucho más tardío. Las alusiones al mal olor de las escuelas son frecuentes en los informes de los inspectores y a menudo bastan para justificar la decisión de clausura.

[69] Roger-Henri Guerrand, "Petite histoire du quotidien: l'avènement de la chasse d'eau", *L'Histoire*, núm. 43, 1982, p. 96-99.

[70] Charles de Gaulle, en su descripción de los temperamentos nacionales, anota la costumbre de los alemanes de construir "palacios góticos para satisfacer las necesidades", *Vers l'armée de métier*, 1934, ed. Plon, 1971, p. 27.

ser proscritos.[71] Más que nada, es la antigua promiscuidad para defecar y la mezcolanza de olores excrementosos lo que se ha vuelto intolerable y lo que antes que nada importa destruir.

En la práctica, repitámoslo, tales realizaciones siguen siendo muy restringidas. En provincia, el arrojar los excrementos al montón de las otras inmundicias, y hasta al arroyo, en la calle, permanece como práctica común, inclusive entre los burgueses. En El Havre, en 1849,[72] sólo las casas nuevas construidas por los ricos cuentan con fosas sépticas; dicha instalación, denunciada después de casi cerca de un siglo en París, se toma aquí como una imagen de progreso. En Limoges, plaza Manigne, a cien metros de la casa municipal, se utilizarán todavía los muladares, a principios del siglo XX.

Más tardíos que los excusados modernos aparecen los cuartos de baño; conciernen apenas a la época que estudiamos; cuando se difundan con bastante amplitud, hacia fines del siglo,[73] ya no serán con frecuencia sino los "rincones sin calefacción provistos de una taza y de una cubeta de agua"; Jean-Pierre Chaline lo hace notar a propósito de la burguesía de Ruán,[74] olvidando el *bidet*, a veces metido bajo una mesa. El vapor de las tazas, las exhalaciones de las esponjas mezcladas a los perfumes de las esencias, hacen muy pesada la atmósfera de esos estrechos lugares. Por lo menos, los olores del jabón dejan de dispersarse por la recámara. La aparición tardía de esos excusados merece acentuarse; constituye un importante avance a lo largo del proceso que especifica los sitios de la intimidad y seguramente el acontecimiento mayor de la historia del espacio doméstico en el siglo XIX.

La desodorización del lugar de aseo no se operará sino después de la difusión, más tardía aún, del cuarto de baño, que no hay que identificar con la práctica del baño en sí. Permanecerá por muchísimo tiempo como herencia de las ricas residencias, de los hoteles de turismo y de los burdeles de lujo.[75] En París, anota Alfred Picard en 1900, solamente los apartamentos de renta elevada están provistos de ese cuarto de baño.[76] La desnudez de los cuerpos en movimiento, la libertad total de las maniobras del aseo, la suave intimidad al abrigo de toda intrusión, conferirán durante largo tiempo a ese sitio un ambiente de licencia, acentuado más aún por las estatuillas de Leda que a menudo se esculpen en las llaves.

Las escasísimas salas de baño del siglo XIX, guarnecidas de un pesado mobiliario y protegidas por cálidos cortinajes, son con frecuencia espaciosas; ya sabe-

[71] Informe citado, p. 29.

[72] Lecadre, artículo citado, pp. 256-257.

[73] En la casa de tipo lilense, descrita por A. de Foville en 1894 con motivo de la encuesta sobre las condiciones de habitación, el gabinete de aseo se instala en el primer piso. (A. Thalamy, *Politiques de l'habitat*, p. 33.)

[74] *Op. cit.*, p. 807.

[75] Desde 1827, Antoine Caillot (*op. cit.*, t. II, p. 100) subraya el papel de las mantenidas ("queridas") en la difusión de la exigencia de comodidades.

[76] Alfred Picard, *Exposition de 1900, le bilan d'un siècle*, t. VI, "Hygiène", p. 3.

mos por qué. Los higienistas recomiendan el uso de la bañadera de lámina; el mármol sería muy frío. Aconsejan cubrir con madera las paredes, con el fin de protegerse del mefitismo de los muros y sobre todo para obtener que esas sólidas divisiones pongan la pieza al abrigo de la humedad y de los olores pegajosos. A principios del siglo XX, la exclusión del mobiliario tradicional y la adopción de un equipo sanitario, adosado por medio de plomería en una disposición rígida, garantizarán la desodorización del cuarto de baño. Más tarde todavía se impondrá el espacio geométrico, *clean and decent* [limpio y decente],[77] garantizando la desensibilización y la inocuidad del lugar.[78]

[77] Lawrence Wright, *Clean and decent. The fascinating history of the bathroom and the water closets*, Londres, 1960. Se encontrarán en esta obra, p. 206, ilustraciones relativas a los excusados lujosos de la época victoriana. La hoja de acanto disputa con las magnolias azules para decorar la cerámica. La obra de arte parece ser una taza cuya escultura, representando un león, sirve de pedestal.

[78] *Cf.* Lion Murard y Patrick Zylberman, *op. cit.*, p. 291.

XI. LOS PERFUMES DE LA INTIMIDAD

LA NUEVA gestión de los olores que acompaña los progresos de la *privacy* en el corazón de la habitación burguesa, autoriza una sabia puesta en escena de la mujer. Se opera un cálculo sutil de los mensajes corporales, que tiende a la vez a reducir la intensidad del signo olfativo y a valorizarlo. Los entredichos que lesionan la vista imponen una asombrosa promoción del olfato. "La atmósfera de la mujer" se convierte en el elemento turbio de su *sex-appeal*. La exaltación de la virginidad de la joven, las nuevas representaciones de la esposa, de su papel y de sus virtudes continúan, sin embargo, prohibiendo la solicitación indiscreta. Despertar el deseo sin traicionar al pudor, tal es el papel que se otorga al sentido de oler en el refinamiento del juego amoroso que manifiesta la nueva alianza de la mujer con la flor.

"LA LIMPIEZA PERSEVERANTE"[1]

Nuevos argumentos médicos vienen a justificar las prácticas que buscan eliminar la mugre pútrida a fin de atenuar los riesgos de infección. Desde que Lavoisier y Séguin supieron medir con exactitud los productos de la transpiración cutánea,[2] creció la preocupación de no estorbarla. El fisiologismo de Broussais obliga a una atención acrecentada a la higiene de los órganos secretores, cuya misión es asegurar la "depuración".[3] La teoría médica cauciona el recorte del cuerpo que ordena el ritual del aseo. Lo esencial es vigilar la limpieza de manos, pies, axilas, ingles y órganos genitales.

La importancia atribuida por Broussais a la noción de irritación, afirma el entredicho que pesa sobre los cosméticos oximetálicos. Aunque no se discuta el sensualismo, cuya influencia sigue fuerte, conmina a mantener, mediante un aseo escrupuloso, la sensibilidad y precisión del tacto.[4]

Los cánones de la estética corporal incitan a la más escrupulosa higiene. El ideal aristocrático de la piel nacarada, que deja percibir la palpitación de la sangre azul, regulariza el uso de los cosméticos. Por casi cerca de un siglo la esplendorosa blancura de azucena de la tez de la Pompadour sigue siendo la referencia suprema;[5] el código estético ordena lavar las partes visibles del cuerpo

[1] Condesa de Bradi (que de soltera se llamó Agathe Caylac de Caylan y fue alumna de Mme. de Genlis), *Du savoir-vivre en France au XIXe siècle*, 1838, p. 210.

[2] Duveen y Klickstein, artículo citado.

[3] Se debe a Broussais esta nueva palabra.

[4] La higiene de los *percepta* ocupa buen lugar en los manuales de higiene. Rostan (*op. cit.*, t. I, p. 530) destaca en tal forma la importancia de la higiene del tacto.

[5] "La tez siempre debe estar mezclada con rosas y lirios [. . .] que un colorido puro circule bajo una piel blanca, fina, suave y fresca", ordena Louis Claye (*Les talismans de la beauté*, 1860, páginas 90-91).

e impone la sedentariedad, la frescura de los umbrales y el abrigo de los guantes para las manos "suaves, firmes y torneadas".[6]

Desenlodar al pobre equivale a volverlo juicioso; convencer al burgués para que se lave es prepararlo al ejercicio de las virtudes de su clase. De los trece principios de la sabiduría frankliniana, la limpieza ocupa el décimo lugar, justamente antes del equilibrio moral y de la castidad.[7] "La higiene, que mantiene la salud y nutre al espíritu con hábitos de orden, pureza y moderación, es por eso mismo el alma de la belleza; por lo que esta preciosa ventaja necesita, sobre todo, de la frescura del cuerpo sano y de la influencia de un alma pura."[8] Vidalin localiza el inesperado lazo que se teje entre la economía y la limpieza.[9] Ésta, dentro del más amplio significado, pone un dique al despilfarro alimentario e indumentario, facilita localizar y controlar, y aun eventualmente recuperar los desechos; entra al arsenal de los medios de lucha contra el desperdicio.[10] Aprender a no ensuciarse, a evitar el contacto de lo pútrido, a desembarazar la epidermis de todos los *excreta*, constituye desde ese punto de vista la mejor de las propedéuticas.

Acentuar las exigencias del pudor, ya se sabe, favorece y frena al mismo tiempo la práctica de la higiene corporal. De manera bastante curiosa, el olfato se encuentra implicado en la red de entredichos que se teje. Richard Sennett evoca los desórdenes fisiológicos y psíquicos que, en el seno de la burguesía victoriana ocasiona el temor de expeler un flato en público.[11] A decir verdad, los manuales de urbanidad nunca aluden a ello; sin embargo, permiten advertir una delicadeza olfativa novísima. No hay que exigir del sirviente nada que repugne a los sentidos, escribe en 1838 la condesa de Bradi; salvo en caso de enfermedad, "no se le deje descalzar" [12]

Múltiples frenos al progreso de la higiene corporal continúan inscribiéndose en relación con todos esos factores favorables; desde luego, la lentitud en el equipamiento de la casa, con motivo de la desconfianza persistente de los médicos respecto al uso intempestivo del agua. La letanía de entredichos y precauciones, que entorpece el discurso de los higienistas, la prueba en demasía. La

[6] *Ibid.*, p. 94. Jean-Pierre Richard (*L'univers imaginaire de Mallarmé*, 1961, pp. 92 y 61) ha dedicado consideraciones apasionantes al "esplendor del blanco original" y a la génesis edénica de la flor blanca, que se liga a la nieve eterna de los astros. Ya se sabe en qué forma el simbolismo contribuirá a volver a lanzar el gusto por la piel nacarada. Mallarmé mismo elogiará las virtudes de la crema-nieve.

[7] Werner Sombart, *Le Bourgeois*, París, 1926, p. 134.

[8] Mme. Celnart, *Manuel des dames ou l'art de l'élégance*, 1833, p. 100.

[9] *Op. cit.*, p. 159.

[10] Geneviève Heller (*Propre en ordre*) ha demostrado perfectamente, a propósito del cantón de Vaud, la estrategia convergente que desde 1850 tiende a hacer de Suiza el país de la limpieza, virtud suprema que consagra a todas las demás, puesto que implica la perseverancia. Geneviève Heller prueba que hasta la primera Guerra Mundial el esfuerzo se hizo más en favor de la limpieza de interiores que de la del cuerpo. A este respecto, *véase también* Marie-Hélène Guillon, "L'apprentissage de la propreté corporelle à Paris dans la deuxième moitié du XIX[e] siècle", Memoria de DEA, París VII, 1981.

[11] Richard Sennett, a propósito del "mal verde", *Les tyrannies de l'intimité*, París, Le Seuil, 1979, p. 145.

[12] *Op. cit.*, p. 180.

periodicidad menstrual ordena siempre el calendario del aseo. Raros son los especialistas que aconsejan tomar un baño por mes; Hufeland hace el papel de atrevido cuando prescribe el ritmo semanal, y más aún Friedlander, que a la vez que denuncia el uso inmoderado del baño permite a los niños que lo hagan dos o tres veces por semana.[13]

Hundirse en el agua constituye un riesgo calculado, del que importa modular duración, temperatura y periodicidad, según el sexo, la edad, el temperamento, el estado de salud y la estación; el baño no constituye una vulgar y cotidiana práctica de limpieza; ejerce una acción profunda sobre el organismo entero; contiene las esperanzas de los alienistas y también, en ciertas ocasiones, las de los moralistas; lo que atestigua su ambivalencia;[14] provoca los temores de los ginecólogos.

Delacoux recuerda que la cortesana debe su infecundidad a sus excesos de aseo. Son numerosas, según comenta, las mujeres que han sido privadas de la alegría de ser madres debido a esos "cuidados indiscretos".[15] Más grave aún: el baño amenaza la belleza; las mujeres que lo acostumbran en exceso "están por lo general descoloridas y su gordura se debe más al empastamiento que al florecer de los tejidos".[16] De tanto bañarse, la joven arriesga debilitarse.

Tourtelle ordena evitar el sumergirse después de la comida, en estado de debilidad y, claro está, mientras dura el flujo menstrual. Rostan recomienda al bañista mojarse antes la cabeza, a fin de evitar que se congestione el cerebro.[17] Hay que salir del agua tan pronto como aparece el "segundo estremecimiento", secarse rápidamente y después tenderse algunos instantes sobre una banca, para descansar de la fatiga del baño sin correr el riesgo de humedecer la recámara.

Hasta que triunfa la ducha, que abrevia el tiempo del aseo y desata la complacencia, el baño genera sospecha. El entredicho que afecta la desnudez juega en contra de su difusión. Secarse los órganos genitales plantea problemas. "Cierre los ojos —ordena la señora Celnart a sus lectoras— hasta que haya terminado la operación";[18] es cierto que el agua puede volverse espejo indiscreto. El doctor Marie de Saint Ursin evoca la perturbación de la joven en el baño: "La inexperiencia desciende, sonrojándose, y al encontrar la imagen de sus tesoros nuevos en el cristal de las ondas, enrojece todavía más."[19] En términos ampulosos, el autor confirma el sincronismo que se establece entre la pubertad femenina y la

[13] D.-M. Friedlander, *De l'éducation physique de l'homme*, 1815, p. 54.

[14] En 1804, P.-J. Marie de Saint Ursin (*L'ami des femmes*, p. 169) aconseja: "Cuando, titubeando entre las delicias de la voluptuosidad y el honor de la virtud, la joven de tez pálida, labios descoloridos y ojos húmedos de involuntario llanto, busca la soledad y se complace en melancólicas ensoñaciones, es cuando un baño caliente prolongado enerva las causas de ese orgasmo erótico que abate las fuerzas de esa criatura privilegiada de la naturaleza." Aquí, para volver a hacer una distinción del tiempo, se opera la transferencia de la "higiene de coquetería" a "la higiene del temperamento"

[15] Delacoux, *Hygiène des femmes*, 1829, pp. 223 y 224.

[16] *Ibid.*, p. 226. Parent-Duchâtelet atribuye la gordura de las prostitutas al uso excesivo del baño.

[17] *Op. cit.*, p. 507.

[18] *Op. cit.*, p. 37.

[19] *Op. cit.*, p. 117.

iniciación a las prácticas de la higiene corporal.[20] "Báñese si se lo han ordenado —concluye la condesa de Bradi—; de otro modo, no tome sino un baño cada mes, a lo más. Hay un no sé qué de ocioso y blando en el gusto de permanecer así, en el fondo de una bañera, que le sienta muy mal a una joven."[21]

Se comprende desde ese momento la distorsión evidente que se establece entre la amplitud del discurso y la parsimonia de las prácticas.[22] Nos bañamos para respetar la prescripción del médico. El baño de recreo requiere por lo menos la caución terapéutica. ¿Cómo asombrarse de la complicación del ritual? Transportar el agua, llenar y vaciar la cuba, la tina o la bañera de lámina, así como el lavado de ropa y el arreglo casero de estación, entran en la periodicidad de los grandes ritos domésticos, que regresan las cosas a su punto de partida.

Por ello la innovación mayor sigue siendo extender el uso de los baños parciales; lo que atestigua la difusión todavía muy restringida, es cierto, de los pediluvios, maniluvios, baños de asiento y medios baños. La preocupación de no ensuciarse, la nueva periodicidad de las abluciones y el acento de las normas que les conciernen, modelan el aprendizaje de las prácticas higiénicas en el seno de la burguesía. La fisiología de la excreción, de la cual las teorías de Broussais destacaron la importancia, ordena el ritual fragmentado del aseo, tal como lo prescriben la utopía y la práctica edilicia. La higiene perseverante, que recomienda la clase burguesa, y la evacuación permanente de los desechos de la ciudad nos hablan de un mismo proyecto: el de abolir la amenaza de los excrementos, definida ya no tanto por su riesgo de infección cuanto por el de su atascamiento.

La multiplicación de las lociones acompaña la de las abluciones. Práctica de sustitución, que favorece el descrédito que atañe al perfume, la loción beneficia además con una alianza con la fricción, altamente recomendada por sus virtudes dinamizantes. Pronto se enlistan los demás gestos del ritual del aseo. Desaparece la moda de engrasarse la cabeza con pomadas[23] y se comprende por qué. La higiene de la cabellera consiste en desenredarla, peinarla periódicamente con un peine fino, cepillarla y trenzarla antes de acostarse. El entredicho salernitano permanece vigente; la cabeza no debe lavarse. La señora Celnart recomienda, para quitarles el polvo, limpiar los cabellos con una toalla seca;[24] a lo más, la elegante podrá recurrir con prudencia a una loción jabonosa, untada con una esponja. El uso del champú no se desarrollará sino bajo la Tercera República; por fortuna, pues los olores pronunciados de la cabellera siguen siendo hasta entonces uno de los más seguros encantos de la mujer, a la que se prohíbe perfumarse demasiado.

[20] A este respecto, Marie-Françoise Guermont. *La grande fille. L'image de la jeune fille dans les manuels d'hygiène de la fin du XIXe siècle et du début de XXe siècle*, Memoria de dominio, Tours, 1981.

[21] *Op. cit.*, p. 210.

[22] *Cf.* Pillippe Perrot, *op. cit.*, p. 228.

[23] Condesa de Bradi, *op. cit.*, p. 191.

[24] *Op. cit.*, pp. 8-12. Observemos que evoca todavía la posibilidad de untar los cabellos con yema de huevo para desengrasarlos. El doctor Thouvenin (*Hygiène populaire à l'usage des ouvriers des manufactures de Lille et du département du Nord*, 1842, p. 27) recomienda también a sus lectores lavarse de vez en cuando los cabellos con agua tibia jabonosa.

La higiene de la boca se precisa; a fin de desodorizar el aliento, Londe aconseja un cepillado cotidiano de todos los dientes y sólo, como se practica a menudo, de los delanteros;[25] la señora Celnart prescribe el uso de polvos aromatizados.[26]

Más aún que una escrupulosa práctica de higiene, la frescura de los olores corporales depende de la calidad y limpieza de la ropa íntima.[27] La evolución se manifiesta también en ese terreno, por la celeridad del ritmo; los higienistas se esfuerzan por imponer el cambio semanal. La nueva periodicidad del lavado de ropa,[28] la sensibilidad que acrecienta el buen olor de la ropa limpia, incitan a perfumar las tinas, los cofres y los cajones de las cómodas; activan de esa manera la difusión de las prácticas que han precedido, y con mucho, a las de la higiene corporal propiamente dicha.[29]

Aun en el seno de la burguesía los nuevos comportamientos no se imponen sino con lentitud; la escasez de gabinetes de aseo lo atestigua. El *bidet* no se vulgariza sino hasta finales del siglo;[30] el uso de la bañera, de importación inglesa, sigue siendo por mucho tiempo una señal de snobismo. En 1900, una buena burguesía parisiense continúa conformándose con los episódicos lavapiés.[31] Si los médicos de la época poseen, de darse crédito a los inventarios, bastantes, numerosas medias-tinas, es que representan la vanguardia encargada de promover la higiene.[32]

Por el momento no sería cuestión de imponer al hombre del pueblo un ritual que ignoran aún las *élites*. Por tanto, queda condenado a macerarse en su propia mugre aceitosa y hedionda, a menos que se enfrente a la promiscuidad pútrida e impúdica del baño público. En Nivernais, comprueba Guy Thuiller, las prácticas de la higiene corporal no se vulgarizarán sino después de 1930.[33] Hasta entonces, el aprendizaje que se opera en la escuela, en el cuartel y en las sociedades deportivas, no enfoca sino la apariencia exterior; la batalla que se desenvuelve a propósito del peine, el ritual de las visitas de limpieza practicadas por el instructor, así como los consejos que dispensa la señora Fouillée en *Le tour de la France par deux enfants* [La vuelta a Francia por dos niños], lo prueban claramente.[34]

Sin embargo, varias categorías se han confrontado ya con las normas elaboradas con destino a la burguesía. En ese terreno, la cárcel, más que el internado,

[25] *Op. cit.*, t. II, p. 5.

[26] *Op. cit.*, p. 23.

[27] La rápida difusión de ese "vestido invisible" (*cf.* Philippe Perrot, *op. cit.*, p. 259) constituye para nuestro propósito un acontecimiento de enorme importancia.

[28] *Cf.* Guy Thuillier, *op. cit.*, pp. 124 *ss.*

[29] Así fue, según parece, para Minot (*cf.* Y. Verdier, *op. cit.*, pp. 111-112). Para la joven púber, el buen olor que se desprende de las telas nuevas constituye uno de los atractivos del aprendizaje invernal que se efectúa en casa de la costurera (p. 215).

[30] Según Guy Thuillier (*op. cit.*, p. 52), es así como el papel higiénico, comúnmente utilizado por la burguesía de Nevers en 1900, no se difundirá entre otras capas sociales sino hasta después de 1920.

[31] Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, p. 110.

[32] Jacques Léonard, tesis citada, t. III, p. 1468.

[33] El progreso fue alentado por la difusión de la lámina esmaltada, que permite la fabricación barata de tinas y cubetas, aun de grandes dimensiones. Las exigencias nuevas cavan entonces un foso entre las generaciones.

[34] Sobre todo lo que precede, *cf.* Guy Thuillier, *op. cit.* pp. 54-55.

sigue jugando el papel de laboratorio; allí se desenvuelven prácticas premonitorias y significativas de las nuevas exigencias. Desde 1820, Villermé[35] pide que los presos se peinen y procedan a lavarse la cara cada mañana, las manos varias veces al día y los pies semanariamente. Aboga por una revista semanal de limpieza; desea que a los recién llegados se les bañe y que la administración obligue al cabello corto. Los higienistas no reclamarán otra cosa de los niños un siglo maś tarde.

Las nodrizas contratadas para amamantar a los recién nacidos de la burguesía, están obligadas a seguir normas higiénicas, sin duda más severas que las que están en vigor en la familia del crío. Los médicos aconsejan bañarlas una vez al mes y obligarlas a lavarse diariamente la boca, los senos y los órganos genitales.[36] Es difícil medir la influencia que ejercen estas mujeres a su regreso al pueblo.

En el campo, la adopción de prácticas de higiene por las clases tradicionalmente sucias, para las cuales el baño de río constituía la única práctica de limpieza dentro del sistema dominante de valores-señales, bosquejado por los preceptos de los higienistas, presuponía el control del agua. Sobre el particular, un proceso mayor, todavía mal estudiado, se desenvuelve hacia mediados del siglo. El ejemplo de Minot tiene aquí todas las probabilidades de ser representativo. Un sistema completo de bebederos, cisternas y comederos de madera de haya, de lavaderos y fuentes, que atestigua una nueva arquitectura acuática, se incrusta en los terrenos de las comunas; en 1875, el agua ha sido domesticada;[37] en las aldeas, mientras la sociabilidad femenina, huyendo de las márgenes abandonadas, se ordena en función de los nuevos espacios de trabajo, la higiene doméstica y corporal comienza, una vez más muy tímidamente, a desplegar su compleja estrategia, afinada en la ciudad. También en ese medio el control de los flujos iba a autorizar una nueva economía de las prácticas cotidianas.

EL OLFATO Y LAS NUEVAS REPRESENTACIONES DE LA ELEGANCIA

Bajo la Monarquía Censataria, a menos de querer desempeñar el papel de currutaco o de practicar el amor "antifísico", el hombre elegante ha cesado de perfumarse; a lo más, de su persona se desprende un vago olor a tabaco,[38] del que debe esforzarse por evitarlo a las mujeres.[39] Para él ya no es hora de ostentaciones; los historiadores de la moda y del traje lo han demostrado. En el nuevo código de

[35] *Des prisons. . ., op. cit.*, p. 34.

[36] Fanny Faÿ-Sallois, *Les nourrices à Paris au XIXe siècle*, París, Payot, 1980, p. 216.

[37] Yvonne Verdier, *op. cit.*, pp. 122-128. Guy Thuillier advierte un proceso análogo en Nivernais. A partir del decenio 1820-1830, una verdadera política "de los lavaderos" fue puesta en marcha. En las comunas rurales, el dominio del agua progresa rápidamente entre 1840 y 1870. Sin embargo, hay que esperar la ley del 15 de febrero de 1902 para que se despliegue una política higienista coherente y sistemática (*op. cit.*, pp. 14 *ss.*).

[38] Según Mme. de Girardin (*op. cit.*, p. 317), en el París de 1837 el elegante exhala aún un fuerte olor a tabaco.

[39] *Cf.* El tino de Paz, héroe de *La fausse maîtresse*, cuando teme apestar la calesa de la condesa Laginska, pues acaba de fumar un puro. (La Pléiade, t. II, p. 218.)

la elegancia masculina, cuya sutileza se conoce, ya no hay lugar para el matiz olfativo, a menos que se considere precisamente el olor fuerte como testigo de la práctica de una higiene atenta, así como criterio decisivo del buen gusto. El simbólico olor a limpio que emana de la ropa íntima, apenas perceptible, define al burgués desodorizado, para el cual ya no hay necesidad de máscara.

La mujer, en cambio, convertida en insignia del hombre y "consumidora ritual de los bienes que el marido produce",[40] se encuentra investida, ya se sabe, de la misión de significar la posición y la riqueza del padre o el esposo. Los paños sedosos, los colores vivos, el lujo ostentoso que le serán reservados en lo sucesivo, atestiguan el despilfarro que la coloque por encima de toda sospecha de trabajo.

En el registro olfativo, el código de la elegancia se refina. Hasta finales del siglo, la gama de los aromas que se permiten permanece muy reducida; a pesar de las rápidas oscilaciones de la moda, la buena sociedad respeta la estética difundida en la corte de María Antonieta.

Durante la Monarquía Censataria sobre todo, la higiene del olfato, propalada por los médicos, incita a mantenerse fiel a la delicadeza de los mensajes, a atenerse a los perfumes suaves de la naturaleza y a huir de los pesados aromas animales del almizcle, el ámbar o la algalia.[41]

Una práctica nueva de la cosmética acompaña dicha encuesta de la delicadeza. Tiende a identificar la belleza con la "limpieza elegante".[42] Lo que se traduce por el abandono de los coloretes (blanco y rojo) y de los polvos, así como por el uso moderado de las pomadas.[43] Tourtelle resume perfectamente las nuevas normas de la moda y de la higiene: "Los verdaderos cosméticos son las lociones acuosas para el aseo y los ungüentos que se pueden emplear para desengrasar y suavizar la piel, tales como las sustancias emulsivas, el aceite fresco, el blanco de ballena, la mantequilla, la manteca de cacao, el jabón, la pasta de almendras" y sobre todo, agrega, "ningún óxido metálico".[44] Lo que importa es arrancar la máscara y el emplasto, airear la piel, liberar los poros, y por ende permitir el despliegue de la atmósfera de la mujer.

Todos los observadores son testigos del retroceso de los perfumes; los profesionales lo deploran, principalmente Rimmel, uno de los más grandes.[45] Las elegantes han abandonado la perfumería doméstica y no podríamos dejar de poner énfasis en el decaimiento de dicha cocina de los olores, que constituía hasta entonces un sutil aprendizaje sensorial.[46] La perfumería de baño ha desaparecido

[40] Veblen, *op. cit.*, pp. 56, 58 y 97. Al respecto, *cf.* Philippe Perrot, *op. cit.*, *passim*.

[41] En 1825, Mme. Gacon-Dufour (*op. cit.*, pp. 31 y 83) destaca tanto el retroceso del almizcle como la primacía del agua de Colonia y del agua de melisa o toronjil. "Los olores fuertes como el del almizcle, el ámbar, el azahar, la tuberosa y otros semejantes, deben proscribirse por completo", ordena Mme. Celnart en 1833 (*op. cit.*, p. 11).

[42] E. Tourtelle, *op. cit.*, t. I, p. 434.

[43] Condesa de Bradi, *op. cit.*, p. 214.

[44] *Op. cit.*, t. I, pp. 434-435. Rostan comparte la misma opinión, *op. cit.* pp. 528-529.

[45] Eugène Rimmel, *Le livre des parfums*, Bruselas, 1870, p. 25 (ed. francesa).

[46] *Ibid.*, p. 350.

prácticamente, anota Claye en 1860.[47] Después del abandono de los polvos, la costumbre de perfumar la cabellera motiva una larga polémica; parece ser que sólo las más coquetas[48] se atreven a dar pruebas de audacia en la materia.

El buen gusto prohíbe el perfume a la joven; su pudor no se acomodaría con dicha solicitación indiscreta, que podría revelar demasiado crudamente sus ambiciones en el mercado del matrimonio. ¿Acaso no sería, por otra parte, comprometer uno de sus encantos más seguros? No hay necesidad de disfrazar, aunque fuere muy ligeramente, los efluvios que emanan del cuerpo grácil, que no han perdido aún su sello olfativo a causa del esperma masculino: "El tierno olor a mejorana que exhala la virgen es más suave, más embriagador que todos los perfumes de Arabia."[49]

En ningún caso el perfume propiamente dicho debe aplicarse sobre la piel. Solamente las aguas aromáticas —destilados de rosa, de llantén, de haba o de fresa— y las aguas de Colonia están autorizadas.[50] La puesta a distancia del cuerpo se vuelve más imperiosa que nunca. Esta acentuación de la severidad se acompaña de un estrechamiento tanto de la gama como de la superficie de los objetos portadores. Si es de buen gusto impregnar la ropa íntima de los delicados aromas del armario, ya no lo es perfumar las telas del vestido. El olor suave se concentra en el pañuelo[51] y en algunos accesorios: el abanico, el encaje que circunda el minúsculo ramillete que se luce en el baile, y para las más sensuales el guante, el mitón y la pantufla.

Pero hay compensaciones gratificantes para los entredichos renovados. El perfume impregna los objetos familiares cuyo olor repercute y atestigua, a distancia, los prestigios femeninos. Tiene por misión dibujar un estuche olfativo, dejar percibir y dar valor a la vez a la atmósfera de la mujer; en resumen, conciliar lo inconciliable. El distanciamiento sirve a fin de cuentas para la seducción; el erotismo sale ganando con dicho pudor impúdico.

Este complejo proyecto impone y justifica el abandono de los perfumes animales y pone en boga los aromas florales que, sin rivalizar con los de la carne, se hacen eco de la extraña complicidad de la mujer y la flor.

"Sobre los perfumes de la naturaleza y bajo los primeros rayos del sol el olfato debe ejercitarse", decreta Londe en 1838,[52] y la vizcondesa de Bradi, conciliadora, dice: "Les he prohibido los perfumes preparados, pero los que exhalan las flores naturales me parecen muy permitidos, cuando no incomoden."[53] Tanto la

[47] *Op. cit.*, p. 75.

[48] Louise de Chaulieu lo usa todavía para retener a Marie Gaston (*Mémoires de deux jeunes mariées*, p. 381).

[49] A. Debay, *Les parfums et les fleurs*, p. 49.

[50] *Cf.* Londe, *op. cit.*, t. II, p. 501.

[51] Lakiste, Mme. Celnart, *op. cit.*, p. 92, autoriza también "algunas gotas de agua de Colonia" en camisa y medias.

[52] *Op cit* t. I, p. 59.

[53] *Op. cit.*, p. 220. Los mismos principios inspiran la lista de los perfumes autorizados por A. Delacoux en 1829 (*op. cit.*, p. 233), y por Mme. Celnart en 1833 (*op. cit.*, p. 92).

dosis como la naturaleza sellan ahora la elegancia. La lista de los perfumes y de las aguas de aseo, mejor toleradas, se suspende hasta mediados del Segundo Imperio. Cuando hacia 1860 los perfumistas se ocupan en refinar sus productos, la gama fundamental de sus preparaciones para el pañuelo conserva una gran sencillez; según Rimmel, se compone de seis aromas elementales: rosa, jazmín, azahar, casia, violeta y tuberosa;[54] toca al perfumista inventar aromas, combinando esas seis bases olorosas. Para la fabricación de pomadas podrá utilizar además el junquillo, el narciso, la reseda, la lila, el alba-espina y la celinda. No habría que ver aquí las simples indicaciones del teórico: los maestros parisienses, comprueba Debay en 1861, "han retirado los olores fuertes, embriagadores, nocivos para los nervios [. . .] y ofrecen solamente perfumes inocuos".[55]

Los contemporáneos justifican esa timidez olfativa. Los médicos insisten sobre los viejos argumentos de fines del siglo XVIII, destinados a descalificar los perfumes animales, considerados desde entonces como sustancias pútridas. Se regocijan de su casi desaparición. La necesidad reconocida de una buena higiene de la respiración invita a una desconfianza redoblada. El temor de los estragos que ejercen los perfumes animales sobre el psiquismo de los que los usan se acentúa; acompaña la evolución de la psiquiatría. "El abuso de los perfumes da nacimiento a todas las neurosis —escribe el doctor Rostan desde 1826—.[56] La histeria, la hipocondria, la melancolía son los más vulgares de sus efectos." El peligro se revela particularmente temible para las muchachas cloróticas, víctimas, como las mujeres encinta, de verdaderas aberraciones olfativas (parosmia) y quizá de cacosmia. "El olor a cuerno quemado y otros más o menos infectos —anota el doctor Obry en la tesis que les dedica—, no solamente se soportan, sino son rebuscados aun con avidez."[57] Esto bastaría para desaconsejar los perfumes a las muchachas, todas ellas acechadas por la clorosis.

El tema ambiguo de la inmoralidad de los aromas penetrantes y sofocantes se lee en la filigrana del discurso médico, cuando éste se ocupa de poner en guardia a sus lectoras. Al alba de la revolución pasteuriana, la diatriba se cargará de una nueva violencia. El atractivo de los perfumes, la búsqueda de las "sensaciones de mala ley",[58] señales de una educación "blanda y relajada", acentúan la irritabilidad nerviosa, conducen al "feminismo", favorecen el desenfreno. Los "husmeadores" de Tardieu vienen a unirse a los desdichados "perversos" cuya lista se alarga. La hora pertenece a las lociones tónicas y desinfectantes.

[54] *Op. cit.*, p. 369.

[55] *Les parfums et les fleurs*, *op. cit.*, p. 42.

[56] *Dictionnaire de Médecine* (Béchet), artículo "odeur" Existe el mismo anatema de parte de Friedlander, *op. cit.*, p. 70.

[57] Z.-A. Obry, *Questions sur diverses branches des sciences médicales*, p. 13. Mme. Celnart interpreta algunos preceptos médicos para sus elegantes lectoras: "La palidez, la esbeltez, las ojeras; el abatimiento, los estremecimientos nerviosos, son fruto ordinario del uso exagerado de olores en las personas cuyos nervios son más o menos irritables" (*op. cit.*, p. 91). A. Debay (*Hygiène des mains et de pieds, de la poitrine et de la taille*, 1851, p. 20) desaprueba el uso de guantes perfumados, susceptibles por sí mismos de ocasionar accidentes.

[58] Doctor Alexandre Layet; en *Dictionnaire Dechambre*, 1880, artículo "odeurs"

Esta estrategia psiquiátrica, más moralizadora que en otros tiempos, cuando la diatriba contra los perfumes pesados respondía primero al temor de la infección, contribuye a volver a reavivar la osfresiología, adormecida, tanto como el uso de los perfumes desde la aparición de los gruesos libros de Hippolyte Cloquet. La psicología experimental, principalmente, manifiesta entonces un interés nuevo por la sensación olfativa.[59]

Pero sería muy simple quedarnos en ello; evidentemente la permanencia de la moda de los aromas naturales, el ostracismo persistente de que son víctimas los perfumes animales, provocadores, significan una muy otra cosa. Esos comportamientos olfativos refinados nos informan acerca de la psicología social, y sin querer privilegiar ninguna de ellas, querría indicar algunas pistas mal trazadas todavía.

"El burgués no emplea su riqueza para parecer", le es necesaria para ser,[60] escribe Robert Mauzi; eso bastaría para explicar, ya lo hemos dicho, la hostilidad manifiesta respecto al perfume, símbolo de despilfarro, cuya dispersión atestigua el desperdicio intolerable y frustra la apreciación cuantitativa. A decir verdad, el argumento parece bastante mal adaptado al burgués del siglo XIX. Éste no sólo es ya el hombre de deber, el moralista enemigo del goce y aun de toda sensualidad, descrito por Werner Sombart. Asediado por la preocupación de legitimar su posición, el burgués sueña en lo sucesivo en el linaje; envidia y trata de copiar la desenvoltura aristocrática. Al correr de los años, helo aquí que deja de hacer figura de rechazado social; en materia de ostentación, se puede decir que vuelve a hacer gala de ello; las modas de la Chaussée d'Antin superan pronto en magnificencia el discreto encanto del bulevar Saint-Germain. Por ese lado tenemos que buscar una vía mejor de explicación. Hasta en el corazón de la Monarquía de Julio se definen los buenos modales. Philippe Perrot, entre otros, demostró muy bien en qué forma las nuevas manifestaciones de la sencillez se instauran en ese medio y ordenan el código de la elegancia. A partir de la Restauración, las jerarquías se afinan, las señales se complican; otras, nuevas e imprevistas, se bosquejan. Mientras las prácticas nuevas de limpieza distinguen al rico del pobre, los criterios imperceptibles para el no iniciado fragmentan el mundo de la riqueza. La delicadeza deliberada de los mensajes olfativos participa seguramente de esa compleja estrategia de la distinción.[61]

Además, en ese medio donde germinan las elegancias la afición por los aromas florales y el desprecio por los perfumes animales podrían interpretarse como una Restauración; manifiestan a la vez un retorno a las modas del Antiguo Régimen en vías de terminarse, y un rechazo de los gustos exagerados, si no es que de

[59] *Cf.* Antoine Combe, *Influence des parfums et des odeurs sur les névropathes et les hystériques*, 1905. El autor puntualiza la cuestión.

[60] *Op. cit.*, p. 271.

[61] Mme. Celnart advierte a este respecto que, en materia de perfume, carestía y discreción van juntas; el olor vegetal se disipa más aprisa que los aromas animales, y por este hecho el perfume ligero impone un gasto acrecentado; su uso demuestra riqueza.

lechuguinos símbolos de contrarrevolución, y cuando menos de las "maravillosas" y los advenedizos del Directorio. Dan testimonio del rechazo a la ostentación, de moda en la corte imperial. Otros elementos de explicación nos parecen sin embargo más sólidos que aquellos que se refieren a la interpretación de modas cuyo enredo se ofrece para justificar las hipótesis más contradictorias.

De todas las virtudes hasta entonces atribuidas a la mujer, el siglo XIX da su privilegio al pudor, y el entredicho, que lesiona al maquillaje y al perfume indiscreto, entra en un complejo sistema de representaciones a la vez moral, visual y estético. "La limpieza sin rebuscamientos, la elegancia y las gracias naturales de cuerpo y espíritu, la jovialidad y el pudor, son los más poderosos de los cosméticos."[62] Hay que dejar al *boudoir* de la cortesana o la sala de burdel los vapores espesos de la carne macerada, los pesados aromas y los polvos almizclados. El contramodelo de la mujer venal facilita aquí la definición de la elegancia.

El simbolismo invasor de la mujer-flor natural y suavemente perfumada revela la firme voluntad de contener las aficiones. Los aromas delicados señalan la imagen de un cuerpo diáfano, que se quisiera simple reflejo del alma. Ambiciosa estrategia que trata de apartar la amenaza de la animalidad, de doblegar los impulsos de la mujer. Se la quiere rosa, violeta o lirio, pero sobre todo ni felina ni almizclada;[63] las imágenes florales expulsan del discurso las que se tomaron prestadas al ciclo carnívoro. En el mismo reino vegetal, lo imaginario se extrae de la inocente flora campestre o del huerto; no aun del exotismo perturbador de las lianas, de las plantas exóticas o de las corolas venenosas. El simbolismo amanerado que prolifera en derredor de la joven y del cual se dejó abandonado por mucho tiempo su estudio, para preservarse del escarnio, esconde una persistente y fascinante empresa de hacerlo sagrado. Que la mujer se ponga flores como las pone en el altar de la Virgen, que adorne su cuerpo como lo hace con los altares de Corpus, que la abundancia de sus virtudes embalsamen su vida, como lo harían las flores entrelazadas en las imágenes de la primera comunión, ya no será más cuestión de animalidad destructora. De tanto estudiar el discurso médico, no habría que olvidar la preñez, probablemente más grande en ese medio, de las castas homilías.

EL SABIO CÁLCULO DE LOS MENSAJES CORPORALES

Lo esencial queda, sin embargo, en interrogarse acerca del significado profundo del pudor. La frialdad alusiva, la invitación delicada, la confesión de trastornos imperceptibles; el enrojecimiento, permanente referencia a los vértigos de la falta que es bueno ignorar, ¿no dibuja acaso una sabia estrategia sexual en la que se integra la sutileza de los mensajes olfativos?[64] Los efluvios naturales del cuerpo de la virgen y los vestidos aireados, ¿no se perciben como las más eróticas de las

[62] L. Rostan, *Cours élémentaire d'hygiène*, t. I, p. 528.
[63] *Cf.* Jean Borie, *Mythologies*. *op. cit.*, p. 57.
[64] *Cf.* Michel Foucault, *La volonte de savoir*, 1977, *passim*.

trampas? "Se deben manejar los perfumes hasta el punto de despertar el vivo deseo de su olfacción."[65] Debay resume en unas cuantas palabras esta ciencia erótica del pudor. En el cuadro de dicha estrategia global, se otorga un nuevo papel a la olfacción. La invitación del aroma, más delicada y menos evidente y vulgar, puede ser turbar más que las fascinaciones de la desnudez; corresponde más a las ambigüedades de la intención seductora. Presenta, además, la ventaja de preservar las apariencias de la inocencia. Los mensajes amorosos que se desprenden del cuerpo perfumado, no podrían hacer a un lado el pudor de las involuntarias redondeces escondidas, pero reveladas y quizás acentuadas, por la tela de la blusa.

Las representaciones sabias del olfato, acompañan —¿o preceden?— la práctica mundana. Nunca más se pondrá tanta atención a la especificidad de los olores individuales. El sabio Barruel pretende haber descubierto el medio científico de reconocerlos; ofrece a la policía judicial sus descubrimientos acerca del olor de la sangre.[66] Antes de la utilización de las huellas digitales, propone la de las huellas olfativas. Página ignorada de la historia de la identidad.

Por el momento los médicos, unánimemente, se niegan a reconocer en el hombre el papel genésico del olor de las secreciones sexuales. Éste aguijonea el instinto de la generación en el animal, hace notar Rostan, pero "no es lo mismo en la especie humana".[67] La función erótica, asegura Londe, está reservada al tacto;[68] únicamente la caricia es excitante. En el animal, escribe Hippolyte Cloquet, el olor constituye "los sentidos de los apetitos violentos". En el hombre, el de las "sensaciones suaves".[69] Aun los negros, todavía muy cercanos a la bestia, tal como lo han comprobado, se nos dice, los antropólogos Blumenbach y Soemmerring,[70] dan prueba de una más grande sensibilidad al poder sexual de los olores.

Colocada en el centro de la esfera doméstica, la mujer se convierte en la directora de escena; dentro del límite que le permite el pudor, procede a un sabio cálculo erótico de su marco de vida, transformado en selva de símbolos. Lo imaginario del tiempo se lee en los interiores mejor que en ninguna otra parte. Balzac mismo lo concede en la *Physiologie du mariage* [Fisiología del matrimonio]: a condición de no ser provocadores, los perfumes vegetales pueden adornar la atmósfera de la alcoba y del *boudoir*. Al contrario, el almizcle, pero también el lirio y la tuberosa, quedan prohibidos, y se desconfía de la rosa.

Los pebeteros forman aún parte del estuche de tocador de la joven de mundo.[71] Las pastillas aromáticas no han desaparecido;[72] sin embargo, se tiende a reser-

[65] *Les parfums et les fleurs*. .., *op. cit.*, p. 50.

[66] M. Barruel, "Mémoire sur l'existence d'un principe propre à caractériser le sang de l'homme et celui des diverses espèces d'animaux" *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, 1829, pp. 267-277.

[67] *Dictionnaire*. (Béchet), artículo "odorat"

[68] *Op. cit.*, t. I, p. 59.

[69] *Dictionnaire des sciences médicales* (Panckoucke), 1819, artículo "odeur". p. 229.

[70] *Dictionnaire de Médecine* (Béchet), 1840, doctor Rostan, artículo "odorat", p. 237.

[71] El pebetero figura en el *trousseau* de Louise de Chaulieu (*Mémoires de deux jeunes mariées*, p. 213.

[72] Chaptal, *op. cit.*, p. 109.

varlas al cuarto del enfermo. La nueva moda está representada por la vela perfumada,[73] cuya utilidad cauciona la inocencia. Lo esencial es disimular el proyecto seductor tras el pretexto utilitario. Perfumar la ropa íntima es sólo una práctica higiénica. El papel de cartas desprende aromas delicados; nada impide creer que proceden de los perfumes naturales que emanan de quien lo utiliza.

Balzac se convirtió en el pintor virtuoso de esos vestíbulos y *boudoirs* en los cuales los perfumes flotan sin ofender;[74] es la sabia puesta en escena olfativa de la señora de Sommervieux lo que abruma a Agustina y la obliga a calcular el abismo que separa a la hija de un fabricante de paños de la calle Saint-Denis de una aristocracia sofisticada. El *boudoir* se dibuja como el polo perfumado del universo balzaciano; con toda lógica, puesto que en la obra del novelista el buen olor se muestra con frecuencia asociado a los vocablos de flores/mujer/parisiense/juventud/enamorada/rica/limpia/aislado, mientras que el hedor se aúna a los términos confinado/sucio/amontonado/pobre/viejo/pueblo.

La vecindad del pájaro como la de la flor es inocua. "Es un gusto muy natural en las mujeres", afirma la condesa de Bradi;[75] las mismas prostitutas lo han conservado a pesar de su decadencia. Según los románticos, de Novalis a Nerval, la joven, inmaterial y secreta, sensible a los llamados del infinito, abre como la flor silvestre una estela de perfume hacia el más allá de la poesía. Tal proximidad, esa armonía secreta, suscitan la metamorfosis simbólica, mantienen la confusión; mucho antes de que la silueta de Aurelia se transformara en jardín florido, Senancour escribe a propósito de la violeta sencilla: "encanto y rapidez de los deseos, con un poco de inquietud y un cierto presentimiento de vacío en las cosas. Necesidad vaga de amar; ansia secreta de ser amado. Delicadeza de afectos".[76] En lugar de cortarla y de aspirar sus perfumes, como lo hacen los hombres sensuales, Michelet pide al esposo-jardinero preservar "la pobre flor, dejándola en su tallo y cultivándola según su naturaleza" "Alguna necesita de un injerto y que se le introduzca otra savia; es todavía joven y salvaje. Alguna otra, blanda, suave y del todo permeable, no requiere sino empaparse; nada qué hacer con ella sino infiltrarle vida [. . .] su polvo de amor vuela con el viento: hay que abrigarla, concentrarla, y sobre todo fecundarla."[77] Sobre la inocente corola, abierta y consentidora, el placer del macho se duplica cuando sueña la fructificación.

El permiso de la flor es reciente. Lo cauciona el descubrimiento del proceso de la fotosíntesis, hecho por Ingenhousz. "La emanación mefítica de flores y hojas

[73] A. Debay, *Parfums*. . . *op. cit.*, p. 43.

[74] Sobre esto se sabe que se inspira en los departamentos de Laure d'Abrantès. Según Antoine Caillot (*op. cit.*, p. 134), el Directorio ha devuelto al *boudoir* toda su importancia y en particular su papel político. Fue cuando los peluqueros se pusieron de moda. "Todas las mujeres están aquí. . . y en su alcoba", declarará en 1857 el barón Mortemart de Boisse, a propósito del *boudoir* (*La vie élégante à Paris*, p. 89).

[75] *Op cit.*, p. 221. "Ellas las saludan con entusiasmo, tal como hermanas que vuelven a encontrarse" (Jules Janin, *Un été à Paris*, 1844, p. 238).

[76] Citado por Marcel Raymond, *op. cit.*, p. 157.

[77] Jules Michelet, *La femme, op. cit.*, pp. 242-243.

es del todo diferente de la que es vehículo del perfume; la primera es tanto más temible cuanto la otra es inocua por naturaleza." "El perfume de los vegetales no tiene nada en común con su exhalación mefítica."[78] Separación capital: las plantas más olorosas dejan de considerarse las más peligrosas; las flores no contienen mayor amenaza que las hojas. Bastará con evitar dormir cerca de los vegetales, airear durante el día los lugares donde han sido colocados y evitar demasiados follajes en el interior de la casa para ponerse al abrigo del riesgo. En la respiración de la flor iluminada la mujer puede encontrar un remedio a su fragilidad nerviosa. "La planta, que no tiene nervios, le es un suave complemento, un calmante, un refrescante, una inocuidad relativa."[79] Preocupado por la moralidad, Michelet solicitará no obstante que se evite a la "joven señorita" la "confusión" comprometedora de los ramos.

Las nuevas teorías promueven un retorno a favor de la flor. En los jardines del siglo XVIII, su papel declinaba; entre los pobres sólo ocupaba, si acaso, las orillas en el huerto; en el seno del paisaje artificial de los parques ingleses, el olfato no llenaba, ya lo hemos visto, sino un papel de ayudante. Su misión era solamente acentuar las impresiones que producían las sensaciones nobles de la vista y del oído. La lectura de los primeros tratados del siglo XIX acerca de los jardines paisajistas o pintorescos, revelan en ese terreno una realidad casi sin cambios;[80] la innovación no iba a surgir de los parques con horizontes despejados, sino del invernadero y de las cercas de los jardines burgueses.

La extensión del invernadero en el siglo XIX merecería la atención de los historiadores de la vida privada. El modelo es múltiple: jardín de invierno, invernadero caliente, abrigando durante todo el año plantas exóticas; invernadero templado, heredero del huerto de naranjos, en el cual los vegetales pasan la estación dura al abrigo de los grandes fríos. Por mucho tiempo reservados a la aristocracia y a los grandes ricos, los invernaderos se multiplican en Inglaterra, sobre todo[81] en Europa central y después en Francia.

Los especialistas exigen que queden contiguos a la habitación. Deben permitir su acceso sin exponerse al frío y menos aún a la lluvia. Simple etapa del itinerario perfumado previsto por los arquitectos, el invernadero desemboca sobre el *pleasure ground* [lugar de recreo], llamado en Francia huerto-florero o jardín-florista.[82] Prolonga la casa habitación, atestigua la extensión de la esfera de lo

[78] J. Ingenhousz, *op. cit.*, p. lxxxviii.

[79] Jules Michelet, *La femme*, *op. cit.*, pp. 127 y 128.

[80] Se distingue, cuando mucho, el esquema de una evolución; cesando de confiar en la naturaleza, los teóricos aconsejan salpicar los prados de flores olorosas: lirios, estrellamar, violeta, geranio de los prados. La atención prestada a los aromas se precisa a causa del acento por todo lo que se refiere a la respiración. "En las orillas del río crecen las plantas aromáticas, las hierbas saludables cuyo olor balsámico, junto con el de la resina de los pinos olorosos, perfuma el aire y dilata los pulmones" (J. Lalos, *De la composition des parcs et jardins pittoresques*, 1817, p. 88).

[81] Sobre el avance inglés, *cf.* Edmond Texier, *Tableau de Paris*, 1852, p. 154.

[82] Conde Alexandre de Laborde, *Description des nouveaux jardins de la France et de ses anciens châteaux*, 1808, p. 210.

privado. En todo tiempo lugar de paseo, lo que implica que se instalen en él glorietas floridas y bancas, el invernadero se convierte en el sitio de los encuentros furtivos, las citas, las aventuras. Burla la vigilancia que auspicia el espacio doméstico. Es una escapatoria. En el verano también se podrá utilizar el invernadero templado como gabinete de descanso, salón de lectura, sala-comedor, y hasta como salón de baile.[83]

En total, un lugar que no deja de tener su peligro y del cual conviene controlar "la morbidez". La fermentación de los vegetales, la putridez de los mantillos de humus corren el riesgo, si no se tiene precaución, de hacer de ello un peligroso pantano, una reserva de miasmas en el umbral mismo de la casa habitación.[84] Aquí la ventilación se torna imperativa.

Al correr de los años, los invernaderos se extienden entre la burguesía; son "por ahora un anexo indispensable a todo jardín algo importante", anota el barón Ernouf en 1868.[85] En ese momento,[86] se extiende en Francia la moda de ese invernadero-salón descrito en *La Curée* [El encarne].

Muy pronto, cuando menos en Europa central, un sabio acuerdo se establece en el interior del invernadero entre la mujer y la flor perfumada. En los casos extremos, el invernadero se vuelve invasor; se lanza a la conquista del apartamento y plantas y flores trepan por muros y escaleras, penetran en los *boudoirs*; el espacio doméstico se identifica con el decorado floral, en la atmósfera de la habitación repercute el aroma vegetal. Escuchemos a Bory de Saint-Vincent comunicarnos su asombro fascinado cuando entra, victorioso, en Viena (1805):

> Fue una cosa nueva y encantadora para mí encontrar los apartamentos de la mayoría de las mujeres elegantes adornados como invernaderos, perfumados en invierno por las flores más amables. Recuerdo entre otros, con una especie de embriaguez, el *boudoir* de la condesa de C***, cuyo sofá estaba rodeado de jazmines reptando por encima de estramonios, en plena tierra, y todo en el primer piso. Se llegaba a la alcoba por entre verdaderos setos de bresos africanos, hortensias y camelias, entonces muy poco conocidos, y otros arbustos preciosos, plantados en arriates adornados además con violetas y crocos de todos los colores, jacintos y otras flores sembradas en el pasto. Al lado opuesto se encontraba la sala de baños, igualmente instalada en un invernadero donde el papiro y los lirios crecían en derredor de la bañera de mármol y de los conductos del agua. Las ventanas también se hallaban no menos llenas de hermosas plantas floridas. .[87]

[83] En 1857, Mortemart de Boisse culmina en esta forma su descripción del apartamento de la mujer elegante: "Todas las ventanas del entresuelo dan sobre un jardín-invernadero que, cuatro o cinco veces durante el invierno, los tapiceros transforman en pequeña sala de espectáculo donde hombres y mujeres de mundo interpretan proverbios" (*op. cit.*, p. 90).

[84] C. Bailly, *Manuel complet théorique et pratique du jardinier*, París, Roret, 1829, t. 1, p. 225.

[85] Barón Ernouf, *L'art des jardins*, 3ª ed., p. 238.

[86] *Cf.* Édouard André, *Traité général de la composition des parcs et jardins*, 1879, p. 192.

[87] Arthur Mangin, *Histoire des jardins, anciens et modernes*, 1887, p. 372: cita el *Musée des familles*, t. I, 1834.

La descripción de Bory de Saint Vincent, cuya precocidad conviene tener presente, se aleja mucho del modelo de mujer-liana venenosa, bosquejada por Zola, y, más aún, de los decorados simbolistas de fin de siglo. El invernadero que Sombreval instala en Quesnay para su "sensitiva" Callixte, respeta la discreción de regla de principios de siglo (Barbey d'Aurevilly, *Un prêtre marié*).

En el curso de principios del siglo XIX se elaboró una estética del jardín destinada a la alta, mediana y pequeña burguesía. Acontecimiento mayor para nuestro propósito, algo ocultado por la atención que se presta a los parques extranjeros. El jardín burgués es el fruto de la reflexión de los arquitectos jardinistas cuando se enfrentan a pequeños espacios. Rivalizar con la naturaleza, tratando de crear un paisaje, sería ridículo. "Cerca de una casa burguesa, en un espacio no mayor que un arapende" (51 áreas), el jardín de flores y el "bosquecillo (aquí escena única) son las únicas composiciones convenientes".[88] Incapaces, dentro de los estrechos límites, de subordinar el arreglo del proyecto a los placeres de la vista y de inspirarse en las leyes de la óptica, los creadores se repliegan en las "escenas alegres", únicas que en los jardines paisajistas daban al olfato un lugar nada despreciable.

Ese trabajo se cumplió en los momentos precisos, cuando Gabriel Thouin se ocupaba en restaurar la abundante presencia de flores en los parques, gracias a la multiplicación de prados. Algunos de sus alumnos, principalmente Bailly, aplicarán entonces los principios del maestro tras la cerca del jardín burgués, cuyo orden se esfuerzan por codificar.

El propietario deseoso de elegancia debe ante todo establecer la diferencia entre el jardín-florista y el jardín-huerto.[89] Tiene que abandonar la práctica, por mucho tiempo persistente en la pequeña burguesía, de no sembrar flores sino en los arriates y bordes de los prados.[90] El jardín de recreo estará cercado con setos y el huerto con muros; aquí también importa destruir las confusiones. El espacio contiguo a la casa se estructura y se diferencia; al mismo tiempo ofrece más amplitud al espacio doméstico al que se integra. "Es como un departamento más en el edificio principal", anota Alexandre de Laborde desde 1808, a propósito del jardín de flores.[91]

La estancia se organiza como el interior de la casa habitación. Encontramos allí las mismas exigencias. La limpieza extremada debe reinar allí, así como un "ambiente de elegancia y orden". Ese jardín "se acerca a un departamento y es más bien una galería de objetos naturales bien colocados que una imitación de la naturaleza".[92] El rastrillo completa el trabajo de la escoba.

Proyecto paradójico: conviene ahora hacer todo lo posible por alargar el paseo dentro del espacio exiguo de dicho departamento vegetal. El jardín debe burlar las amenazas de la sedentariedad, permitir la caminata, favorecer la respiración. Se convierte en un laberinto de calzadas curvas; éstas fueron puestas de moda por Thouin, deseoso de romper el antiguo sistema de compartimientos y la marquetería vegetal de los jardines a la francesa, mediante la multiplicación de canastillos y arriates encorvados.

88 M. Boitard, *L'art de composer et décorer les jardins*, t. II, p. 22.

89 J.-C. Loudon, *Traité de la composition et de l'exécution des jardins d'ornement*, 1830, p. 194.

90 Así era, según lo recuerda Mme. Roland, el jardín de su infancia. (*Mémoires particuliers*, ed. Mercure de France, 1966, p. 205.)

91 *Op. cit.*, p. 210.

92 Bailly, *op. cit.*, t. II, p. 47.

Para alegrar el paseo y facilitar la detención, una compleja arquitectura vegetal va desplegándose. Los albergues de follaje umbroso, frescos y perfumados; los pasillos de verdura se dibujan en un encajonamiento de espacios cerrados, que garantizan la intimidad al grado de convertirse en amenaza para el pudor. Como el invernadero en las casas más ricas, se vuelven los únicos sitios posibles a la sorpresa teatral de la seducción. Entonces se bosqueja, y después se precisa, el papel inmenso de la avenida del jardín en la vida privada de la burguesía.[93] "Es allí donde la boca, que se enciende al rojo más intenso, pronuncia la primera palabra, primicias de la felicidad."[94]

Esas efímeras construcciones verdes de la Monarquía Censataria, tanto menos conocidas que las trazas, estarán más borradas por la multiplicación tardía de invernaderos y glorietas o cenadores metálicos destinados a las plantas decorativas y después, por la moda del jardín construido, sugieren el proyecto de una arqueología vegetal.

Un vocabulario preciso se elabora, que tiende a definir esas diversas construcciones del follaje.[95] Conviene, ordena Boitard, reservar el término glorieta a la "callecita corta cubierta" "en forma de bóveda, impermeable a los rayos del sol" —y por tanto a las miradas. Este paseo en miniatura estará cubierto con madreselva, jazmín o clematita olorosa, sostenidos por alguna estructura ligera de madera. El cenador, más comúnmente de forma circular, cubierto asimismo de un pequeño domo metálico, impone una cubierta más solida, de latas; lo cubren las mismas enredaderas. Con frecuencia el lugar de descanso se reduce a un simple banco de piedra, instalado en la proximidad de alguna estatua o busto, modestos avatares de la escena pintoresca del jardín inglés. Un bosquecillo de lilas o de cítisos le proporcionan sombra. Los jardines más ambiciosos proponen además cantinitas, gabinetes vegetales, algún saloncito de baile o un comedorcito, y hasta un teatro de verdor.

Teniendo en cuenta lo exiguo del espacio, el paseo ofrece así tantos disfrutes olfativos como placeres visuales. A falta de horizonte en el paisaje, toca a la flor colmar la vista y el olfato. Antes de que la moda del jardín construido provocase la multiplicación de surtidores de agua y fuentes rígidas, hay pocas sensaciones auditivas en el jardín burgués, como no sea el canto de los pájaros.[96] El modelo sensorial definido a propósito de la glorieta-descanso se vuelve invasor, al grado de cubrir todo el espacio. Cuando pasea en un jardín sin respirar la promiscuidad olfativa de los ramilletes, la joven aprenderá a distinguir "los olores discretos", el "misterio" y el lenguaje de "las flores sencillas".[97]

[93] Da testimonio, por ejemplo, el papel que juega el jardín en la vida del hombre, en la novela de Duranty, *Le malheur d'Henriette Gérard*. Es reveladora en esta obra la evocación del despertar de la joven: "Se levantó, escuchó el canto de los pájaros, olió las flores, miró las transformaciones del cielo. . ." (Ed. "L'Imaginaire", Gallimard, 1981, p. 112.)

[94] Bailly, *op. cit.*, p. 57.

[95] Las definiciones que siguen las hemos tomado de la obra citada de Boitard.

[96] *Cf.* el canto de los pájaros en el jardín de Modeste Mignon.

[97] J. Michelet, *La femme*, *op. cit.*, p. 129.

La delicadeza de los perfumes que emanan de flores y arbustos, aconsejados por los especialistas, asombra al lector de hoy. La presencia de las especies más suaves responde, con toda lógica, al casi monopolio de que disfruta la perfumería floral. Muchas de ellas de primera línea, *vedettes*, cayeron desde entonces: la aromática reseda, cuyo recuerdo asedia a la señora Lafarge, encerrada en la prisión de Montpellier[98] y cuya carencia de belleza atestigua la importancia que se le otorga a su perfume; el chícharo de olor, llamado a ser una de las flores del pobre; el basilisco, la bella-de-noche, la centaurea. Sin embargo, las dos reinas del jardín burgués siguen siendo, sin disputa, la juliana y la violeta.[99]

Las flores proliferan asimismo en el interior del departamento; ya no se conforman con el arreglo personal de las damas: adornan macetones, macetas y jardineras.[100] Florecen las rosas, los jazmines, la estrellamar, la reseda y las violetas por consejo de los árbitros de la elegancia.[101] Se juzga muy provocativa la planta exótica; en Francia todavía no denota buen gusto transformar la casa en museo vegetal.[102]

Bajo el Segundo Imperio, la moda de la indumentaria impone a la mujer un adorno floral. "Se emplean [. . .] flores naturales para adorno de la blusa o corpiño; se les coloca en las mangas y a veces en la falda, no solamente en los bullones o los olanes, sino en dos o tres hileras por delante."[103] Rosas, alhelíes, estrellamar, jazmín, no-me-olvides, dispuestos con arte en la cabellera, enmarcan el rostro de las elegantes todavía jóvenes.[104] Y al contrario, el código de los buenos modales prohíbe la flor natural a la mujer madura. La armonía que se establece entre la joven y la flora se rompe con la edad; a la que ha perdido sus aromas juveniles le queda la flor artificial, que además, debe usar con discreción.

La nueva afición estimula el comercio floral. En París, el tradicional Quai-aux-Fleurs ya no se basta; se organizan mercados bisemanales en las plazas, y después en los bulevares. A lo largo de los pasajes recién construidos, "no hay más

[98] Mme. Lafarge, *Heures de prison*, 1853, p. 92. El suave olor de la flor de la reseda, que huele y mastica mientras juega, permite a Mme. de Stasseville sentir el recuerdo del cadáver de niño enterrado en pleno invernadero, en el macetón donde crece la planta. Penetra tanto ese olor en su salón, que las mujeres delicadas rehúsan frecuentarlo. (Barbey d'Aurevilly, "Le dessous de cartes d'une partie de whist", *Les diaboliques*, ed. "Folio", 1973, p. 219.)

[99] "¿Quién no tiene violetas a profusión en su jardín?", interroga Bailly (*op. cit.*, p. 174); en cuanto a la juliana, es también una de las plantas de ornato más empleadas en arriates y canastas. La que llamamos "alhelí de las damas", o también "pebetero", debe asimismo su gran éxito al prestigio de su perfume. Por el contrario, se desconfía en este caso de la tuberosa.

[100] *Cf.* M. Boitard, *Le jardinier des fenêtres, des appartements et des petits jardins*, 1823.

[101] Condesa de Bradi, *op. cit.*, p. 221.

[102] Marcel Détienne describe los cultivos simulados a que se entregaban las mujeres griegas en sus jardines de Adonis, construidos en sus terrazas, a modo de una agricultura de pasatiempo, antítesis de los cultivos de cereales. En el siglo XIX, los cultivos en arriate y en maceta, a los que las mujeres de la *élite* social gustan dedicar sus cuidados, podría simbolizar la futilidad del tiempo femenino, compensado felizmente por la actividad productiva de los esposos.

[103] Mme. Amet (de soltera, D'Abrantès), *Le messager des modes et de l'industrie*, 1 de marzo de 1855.

[104] "Un peinado encantador, llevado por la emperatriz muy recientemente —escribe Mme. Amet—, era una trenza colocada a lo alto de la frente y enlazada con flores naturales. Eran botones de rosa y mancerinas blancas."

que cerrar los ojos para creerse en un delicioso prado", asegura en 1835 la señora Trollope, bastante poco dispuesta a notar lo que en París halaga con delicadeza los sentidos.[105] Una multitud cada vez más compacta frecuenta esos mercados. Desde principios de la Monarquía de Julio las ramilleteras instaladas en los puentes, a lo largo de los andenes y muelles o en las banquetas, se han vuelto legión;[106] plantean un nuevo problema a los moralistas.

La flor de maceta y el ramo, se democratizan; "hasta la obrerita ama adornar su buhardilla",[107] hace notar Debay. "No buscan las más raras —asegura Paul de Koch a propósito de las *grisettes* (costureritas)—, con tal de tener alhelíes o resedas están satisfechas; llenan con ellas sus floreros, pues es necesario que duren toda la semana y que huelan bien todavía."[108] La imagen de la costurerita enflorada tranquiliza. Perfumada con aromas naturales, el cuartito se bosqueja simbólicamente como la antítesis del tugurio hediondo o de la factoría licenciosa. La presencia de flores manifiesta que exise un sitio de trabajo que concuerda con la joven alegre, limpia y laboriosa.[109] Aun bajo los techos, la sabiduría de las flores atestigua la virtud; alumbrado dentro del marco de las cortinas, el ramillete puede, es cierto, trocarse en señal reclutadora; las prostitutas clandestinas también conocen el lenguaje de las flores.

En el campo, la flora parece menos ambigua. Los modelos de marquetas, en los que se inspiran las jóvenes, contribuyen a difundir el gusto por las flores candorosas;[110] las corolas bordadas con amor preparan la invasión furtiva de los bordes del huerto. La nueva pastoral que inspira el clero rural, y de la cual el Cura de Ars constituye ya el venerado modelo, cuenta mucho para las jóvenes.[111] Los niños, y las sirvientas o las "hijas de María", velan porque los altares no carezcan de flores; y si el jardín del presbiterio ya no basta, nada más sencillo que sembrarlas. La fiesta de Corpus da oportunidad de llenar muy fácilmente los canastitos antes de cubrir con pétalos los caminos recorridos por el palio.

[105] *Op. cit.*, t. II, p. 170. En su *Tableau de Paris*, publicado en 1852, Texier destaca con amplitud y precisión el desarrollo del comercio floral, así como el esplendor de los jardines de invierno. Los atardeceres del jardín Mabile le parecen más perfumados que antaño. "La armonía de la orquesta de Pilodo se confunde allí voluptuosamente con el perfume de jazmines y rosas", anota por su parte Mme. Amet (*Le messager.* 15 de julio de 1855). Dondequiera que va, la fiesta imperial se desarrolla en una orgía de perfumes suaves.

[106] *Cf.* Davin, "Le printemps à Paris", *Le nouveau tableau de Paris*, 1834, t. I, p. 209.

[107] *Les parfums.* ., *op. cit.*, p. 216.

[108] Paul de Kock, "Les grisettes", *Le nouveau tableau de Paris*, t. I, p. 174.

Por su parte, Davin asegura que el chícharo de olor, y sobre todo la reseda, son las flores "muy amadas" de la costurerita y del ama de casa que con ellas "se perfuma voluptuosamente el estómago". Desde que se despierta, la joven corre a su jardincito (*op. cit.*, p. 211). En 1852, Texier (*op. cit.*, p. 153) se burla de la afición de la costurerita por la reseda, de la preferencia del estudiante por la violeta; del "soldado de infantería sentimental", que prefiere ofrecer a su paisana una maceta de alhelíes.

[109] A este respecto, *cf.* Marie-Hélène Zylberberg Hocquard, artículo citado, p. 614. El autor muestra qué lugar conceden los autores de novelas populares a la flor y al pájaro.

[110] *Cf.* Yvonne Verdier, *op. cit.*, p. 185.

[111] *Cf.* también la pastoral de Serge, al principio de *La faute de l'abbé Mouret.*

En los jardines burgueses, asombrosos diálogos revelan las delicadas afinidades entre la flor y la joven. Como el piano sabe hacerlo, el lirio, la rosa y la violeta, confidentes secretos, recogen los impacientes suspiros de las primeras emociones. Aunque la blancura del lirio disimule aromas perturbadores, ¿quién podría ofuscarse por ese inocuo exutorio de contenida sensualidad? Mientras Gilliat afronta la tempestad y se rasga el cuerpo entre las asperezas de los escollos, mientras los miserables se hacinan en la *Jacressade* hedionda, el jardincito perfumado oye respirar el alma de Déruchette e incuba sus castos amores. La joven misma regaba sus arriates, asegura Victor Hugo; su tío "la había educado más bien para ser flor, y no mujer";[112] cuando llegaba a su jardín a la hora del crepúsculo, "parecía el alma en flor de toda esa sombra".[113] En la primavera el amor aguzó la clarividencia de Gilliat, traductor privilegiado del diálogo mudo.

> Según las flores que veía a Déruchette cortar y aspirar, había adivinado sus gustos en cuestión de perfumes. La campánula era el olor que prefería; después del clavel, la madreselva; seguía el jazmín. La rosa era solamente la quinta en ese orden. Ella miraba el lirio, pero nunca lo olía. Según su selección de aromas, Gilliat la componía en pensamiento y a cada aroma aunaba una perfección.[114]

Los historiadores se detuvieron demasiado en describir el hacinamiento de la *Jacressade* y el trabajo de Prometeo en su arrecife; negándose a escuchar el soplo de Déruchette, arriesgan malinterpretar los sueños y deseos de esa burguesía fascinante y loca que dirige el juego social. La historia de la reseda, el lirio y la rosa informa tanto como la del carbón. "Un perfume delicado es para ella (*La Fosseuse*), un placer casi inagotable; la vi gozando durante todo un día del olor exhalado por las resedas, después de una de esas mañanas lluviosas que desarrollan el alma de las flores. . ."; así fantasea Balzac acerca de la misteriosa armonía que se establece entre la joven y los soplos de la naturaleza.[115]

En dicha historia de las flores perfumadas, todo oscila a fines del Segundo Imperio; la nueva estética de los parques, tal como lo quiso Napoleón III, revoluciona la horticultura. "El gusto por las plantas de follaje hermoso vino a agregarse desde hace poco al de las flores",[116] señala Édouard André en 1879. En lo sucesivo, la selección de especies no obedece a los criterios olfativos; la primacía de lo visual se impone brutalmente. Se seleccionan los vegetales por su majestuosidad y por el efecto decorativo que producen cuando están reagrupados en macizos. Las plantas de colores son las más apreciadas.[117] Las especies exóticas se multiplican; la industrialización de la producción hortícola, la creación de una verdadera "manufactura de plantas",[118] aseguran su triunfo. Los burgueses más ricos se apasionan por los museos vegetales; los aromas que reinan en esos gigantescos

[112] *Les Travailleurs de la mer*, "Folio", p. 151.
[113] *Ibid.*, p. 482.
[114] *Ibid.*, p. 171.
[115] *Le Médecin de Campagne*, t. IX, p. 477.
[116] *Op. cit.*, p. iii
[117] *Ibid.*, pp. 687-717.
[118] A. Alphand y barón Ernouf, *op. cit.*, p. 326.

invernaderos han perdido su candor de antaño. Se inaugura un nuevo matrimonio entre lo elegante y lo vegetal. El arte simbolista lo atestigua en abundancia, mucho antes del reino de Mucha. Floreciente y venenosa, la mujer se rodea de lianas, le gusta confrontarse a las prodigiosas corolas; ya no teme aspirar el lirio, pero la flor ha dejado de ser su confidente.[119]

LAS BREVES OSCILACIONES EN LA HISTORIA DE LA PERFUMERÍA

No sería oportuno hacer aquí la historia de la perfumería; el tema basta para llenar varios volúmenes. Quisiéramos solamente destacar ciertos hechos mayores en relación directa con la historia sensorial. Desde el advenimiento de Luis XVI hasta las composiciones de Coty, el *trend* [la afición] otorga su privilegio a los suaves aromas florales. Sin embargo, y sin que por ello pueda justificar que se hable de ciclos, breves oscilaciones del gusto y la moda rompen la monotonía de los aromas serios; así pues, cada medio siglo el almizcle y el ámbar desencadenan breves contraofensivas.

Bajo el Terror, la selección de los olores revela las opciones políticas; el perfume, adornado con una nueva denominación, se convierte en signo de contraseña. Untarse pomada de Samson es afirmar la convicción de patriota. "Se desafiaba la proscripción y la guillotina —anota Claye—, impregnando la pechera o el pañuelo con esencia de lirio o agua de la Reina."[120] Después de Termidor [junio/agosto], el perfume penetrante del currutaco[121] atestigua que pertenece a la reacción. La Revolución de 1830 provocará el mismo tipo de compromiso olfativo, asegurando el éxito del "jabón constitucional" y el de "las tres jornadas".[122]

El Directorio, y más aún el Consulado y el Imperio, marcan el retorno de los perfumes fuertes, de origen animal. La presencia de los aristócratas y la creación de la nobleza imperial contribuyen además a lanzar de nuevo la perfumería. La afición por lo griego y lo romano suscita la reaparición de los ungüentos y los baños perfumados. "El 'aceite antiguo', que se pagaba más caro que el oro, ungía entonces todas las cabelleras. La señora Tallien, al salir del baño de fresas o frambuesas, se hacía friccionar suavemente con esponjas empapadas de leche y

[119] En el campo (*cf.* el ciclo de *Claudine*) la inocencia de la alianza entre la jovencita y la flor persiste, y contrasta con la evolución de las modas parisienses; además, conviene recordar que el arte simbolista continuará refinando el paralelismo entre la jovencita y la flor suave; es elocuente al respecto la obra romántica de Theodor Fontane, principalmente el sutil simbolismo floral del jardín de Effi Briest.

[120] *Op. cit.*, p. 24.

[121] Claude Rifaterre ("L'origine du mot 'muscadin' " [currutaco, petimetre. T.], *La Révolution française*, 1909, enero-junio, pp. 385-390), deja pensar que el término designó inicialmente (agosto de 1792) a los granaderos de la guardia nacional de Lyon, hijos de familia, y empleados de almacén y de banco, mal vistos por los *sans-culottes* que integraban las compañías del centro. De paso, el término se ha readoptado con orgullo por los interesados.

[122] Mme. Celnart, *Manuel du parfumeur*, 1834 p. 225.

perfumes."[123] Según la opinión de todos los testigos, la corte de las Tullerías estaba más intensamente perfumada que la de Luis XVI. Cada mañana se vertía sobre cabeza y espaldas del emperador un frasco de la más fina agua de Colonia. Napoleón era aficionado a las fricciones vigorosas. Ya se conoce el gusto de Josefina por el almizcle, el ámbar y la algalia. La emperatriz hacía que le remitieran perfumes de La Martinica. En la Malmaison, su *boudoir*, saturado de almizcle, conservó ese olor durante sesenta años más tarde.[124] La lectura de la correspondencia íntima de ambos esposos revela la importancia del papel de los olores corporales en sus relaciones sexuales. Esta sensualidad olfativa contraviene las prescripciones de los higienistas; se aparta resueltamente del erotismo del agua de rosas de un Restif de la Bretonne.

La Restauración, ya lo hemos visto, se traduce también en el registro de los "olores". Inaugura el "reinado de las mujeres viejas",[125] hostiles a los perfumes embriagadores. En Valognes, el almizcle estaría fuera de lugar en casa de las señoritas Touffedelys. Sensibles a los suaves aromas vegetales, los árbitros caducos de la elegancia tratan de transmitir su gusto arcaico a sus nietas. "Los perfumes están pasados de moda —observará la señora de Bradi en 1838, a guisa de oración fúnebre—; eran malsanos y poco adecuados para las mujeres, pues llamaban la atención."[126] El vago olor del polvo facial "a la mariscala", que impregna los apartamentos de su abuela difunta, despierta en Louise de Chaulieu una conmovedora reminiscencia de su niñez.[127]

Fue entonces cuando el olor del tabaco, recordémoslo, se torna invasor, así como el del alcanfor, cuya puesta en boga es inmensa.[128] Aconsejado por los médicos de los pobres, principalmente por Raspail que elogia sus virtudes preservativas, se lo mastica, se lo fuma, se lo espolvorea en la cama de los enfermos, se lo emplea en untarlo, en fricciones y en cataplasmas.

Hacia 1840,[129] el abanico de aromas se complica; se acabó el frente a frente entre flor y tabaco. Mientras la moda masculina madura, vemos emerger tímidamente una estética nueva del olfato. Quizá deba verse en esto la influencia del neolamarckismo, que subraya el peligro de las funciones adormecidas.[130] Sea lo que fuere, trece años más tarde los perfumes triunfan en la corte de Napoleón III, como antaño en el entorno de su tío, pero ya no son exactamente los mismos.[131] Las

[123] Louis Claye, *op. cit.*, p. 35.
[124] Charles-Léonard Pfeiffer, *op. cit.*, p. 27.
[125] Alejandro Dumas, artículo citado.
[126] *Op. cit.*, p. 211.
[127] *Mémoires de deux jeunes mariées*, La Pléiade, t. I, p. 200.
[128] A. Debay, *Nouveau manuel du parfumeur-chimisté*, 1856, p. 40.
[129] Con toda precisión Mme. de Girardin (*op. cit.*, p. 329) señala en 1839 el abandono de la rigidez, la duda sobre la sencillez elegante y el retorno a la fantasía. Observemos que, a pesar de la explosión de la horticultura, el autor permanece fiel a los olores suaves del jazmín y la madreselva.
[130] *Cf* Georges Vigarello, *op. cit.*, p. 167.
[131] El rechazo del ámbar y del almizcle sigue siendo imperativo en la corte imperial y demuestra el buen gusto y la moralidad. A este respecto resulta reveladora la composición del "Bouquet de l'Impératrice", que Guerlain prepara destinado a la soberana. Aunque de muy alta calidad, el perfume uti-

series de datos relativos a la mano de obra, la producción y la comercialización de los productos, destacan desde entonces la rapidez del crecimiento de la industria del perfume.[132] La introducción de la química, el descubrimiento del vaporizador y más tarde el del hidrófero, que permite esparcir las preparaciones en el agua del baño, favorecen este surgimiento.

Dejando aparte el agua de Colonia, la industria se concentra en París y en Londres. La Exposición de 1868 es un triunfo para la perfumería de ambas capitales.[133] La fábricas de España, Alemania, Rusia y Estados Unidos ya no confeccionan sino productos comunes. La firma de tratados de comercio ha hecho que cesen las falsificaciones de allende el Rin. Ciertos establecimientos conocen una esplendorosa prosperidad. En 1858, la casa Gellé poseía ya una factoría en Neuilly y sucursales en San Petersburgo, Hamburgo y Bruselas. La perfumería parisiense hace un llamado a las materias primas del mundo entero; exporta a los cuatro puntos del globo. Sin embargo, sus principales fuentes de aprovisionamiento permanecen en la región de Grasse y en Niza, así como en Inglaterra, que cultiva la más aromática de las lavandas.

Desde mediados del siglo, el comercio con el Oriente se ha invertido; los intercambios se han vuelto deficitarios para el Imperio otomano. Ahora la esencia de rosas más apreciada es la de París.[134]

Desde 1840, el refinamiento de las preparaciones no deja de progresar. La alta perfumería incuba amorosamente sus triunfos futuros. Es larga la lista de hechos históricos capaces de explicar esa tardía retractación de las convicciones kantianas. Podríase alternadamente invocar la promoción nueva de los oficios de moda, el retorno de los Bonaparte a las Tullerías, el exotismo y el cosmopolitismo triunfantes, o más bien los esfuerzos incansables de Alejandro Dumas, para restaurar el gusto por los perfumes del siglo XVIII, empresa paralela de la que llevan a cabo los Goncourt y los coleccionistas animados de una pasión nueva al estilo Luis XV.[135] El burgués puede en lo sucesivo, sin complejos, imitar a la aristocracia y proseguir acumulando valores simbólicos. Tal es el sentido profundo de la "fiesta imperial" El perfume aprovecha el decaimiento temporal de los anatemas que atañen al lujo y la molicie, y más aún tal vez, de esa búsqueda del sincretismo estético que define también los nuevos tiempos. Las correspondencias baudelairianas son reflejo de un hecho de la civilización. Bocanadas de perfume embalsaman la escena de las ferias inglesas. En París se piensa en imitar dicha práctica con motivo del estreno de *La Africana*.[136]

lizado por la reina Victoria durante su visita oficial en 1855, no deja de contener, por lo menos, una descalificante sospecha de almizcle; las elegantes de las Tullerías se apresuran a subrayarlo (Mme. Amet, de soltera D'Abrantès, *Le messager des modes.* 1 de junio de 1855, p. 4).

[132] Estas reflexiones resultan de un estudio cuantitativo cuyos detalles no figuran aquí.

[133] *Cf.* M.-L. L'Hôte, *Rapport* acerca de la perfumería. Exposición internacional de 1889, clase 28.

[134] Louis Claye, *op. cit.*, p. 56.

[135] *Cf.* Albert Boime, "Les hommes d'affaires et les arts en France au XIX[e] siècle", *Actes de la Recherche en Sciences sociales*, núm. 28, junio de 1979.

[136] Eugène Rimmel, *op. cit.*, p. 24.

En 1858, crea Worth la alta costura parisiense.[137] Sus salones, transformados en invernaderos delicadamente perfumados, reflejan y a la vez vuelven a lanzar la puesta en escena de los *boudoirs*. Pero, en aquellas fechas, tanto en París como en Londres existen ya los grandes de la perfumería: Askinson, Lubin, Chardin, Violet, Legrand, Piesse, y sobre todo Guerlain. Los aromas pierden su simplicidad. Claye, preparador de la casa Violet, afirma desde 1860 que se necesitan de tres a cuatro años de investigaciones. Ello no obstante, la nueva estética solamente balbuce; le cuesta mucho trabajo desprenderse del código demasiado rígido establecido por los perfumistas del Antiguo Régimen.

El personaje del preparador de perfumes comienza su gestación. Desde 1855, Piesse propone una gama olfativa[138] que de momento desata la hilaridad de los químicos. He aquí que los perfumistas se atreven a hablar de armonía, de acuerdo perfecto (heliotropo/vainilla/flor de azahar); de disonancias (benjuí/clavel/orégano);[139] acaparan el vocabulario de los maestros del Conservatorio, excepto que no proponen tratados teóricos sino solamente la práctica. El manejo de los olores conserva, en efecto, una gran parte de su secreto, y por ende de su misterio. La sofisticación de los frascos manifiesta también las ambiciones recientes. La eternidad del cristal impone su alianza a la fugacidad del perfume y los golpes de genio de Birotteau serían motivo de sonrisas en lo sucesivo.[140]

Finalmente, Huysmans, en 1884, bosqueja el modelo del preparador moderno. Des Esseintes tiene ya toda la técnica.[141] Su gran preparado se dibuja como una sucesión en orden; comporta una cabeza y un fondo; Des Esseintes no aplica recetas, se deja guiar por su proyecto poético; restituye un decorado (el "prado florido"), recrea una atmósfera ("ligera lluvia de esencias humanas"), evoca sentimientos (perfume de "risas en sudores, alegrías que se agitan a pleno sol"), inscribe estridencias de la modernidad ("el soplo de las fábricas"). Una veintena de años después, Coty creaba el "Origan".

El refinamiento del vocabulario acompaña las nuevas pretensiones estéticas. La ampliación de la gama de productos y la búsqueda de correspondencias solicitan la imaginación verbal.[142] El denso cúmulo de apelativos bosqueja un paisaje poético relativamente sencillo, en el que destacan algunas grandes masas. La lingüística de los *bouquets* [aromas] confirma el atractivo de los olores campestres y fugaces (*L'heure fugitive*). La violeta, la rosa y la lavanda imperan sobre el vocabulario perfumado. El Oriente también conserva sus espejismos. Se-

137 Philippe Perrot, *op. cit.*, pp. 325-328.

138 S. Piesse, *Des odeurs, des parfums et des cosmétiques*, 2ª ed., 1877, pp. 4-18 (1ª ed., Londres, 1855: *The art of perfumery*).

139 *Cf.* A. Debay, su manual citado, p. 107.

140 Únicamente para sus bandolinas y lustrinas, la casa Gellé frères propone en 1858 frascos planos, cuadrados y redondos: "tumba", "violín", "papalote", "en estuche", "calabaza" Sondeo efectuado en la serie *Parfumeries*, B. N., V 403. Colección de prospectos de diferentes casas de los siglos XIX y XX.

141 Sobre las nociones de forma olfativa y frase olfativa y sobre el preparador de perfumes, *véase* el muy hermoso estudio de O. Moréno, R. Bourdon y E. Roudnitska, *L'intimité des parfums*, 1974.

142 *Cf.* n. 132.

gún Rimmel, eso se debe al éxito de la *Description de l'Arabie* [Descripción de Arabia], de Nieburh y a los numerosos relatos de viajes por Egipto.[143] Flaubert, instalado a orillas del Nilo, levanta un inventario apasionado de los perfumes del desierto.[144] La descripción del bazar de Estambul fortalece la fascinación por los harenes. A la inversa, el vocabulario de la perfumería impone una sosa imagen de las realidades orientales. El solo nombre de Constantinopla, escriben Edmond y Jules de Goncourt a propósito de Anatole Basoche, "despertaba en él sueños de poesía y de perfumes en que se juntaban [. . .] todas sus ideas de *Eau des Sultanes* [Agua de los sultanes], de pastillas del serrallo y de sol en las espaldas de los turcos".[145]

La mayoría de las ocurrencias se refieren, sin embargo, al prestigio de la aristocracia y de las familias dirigentes. La alta perfumería confiesa por ello sus estrechos lazos con las cortes europeas. Su difusión descansa en parte sobre la inmensa popularidad que conservan las parejas reales en pleno corazón de la Tercera República. La nostalgia política aviva los deseos de lujo, mientras que la referencia a las princesas garantiza la riqueza del producto. Adoptar el *Jockey Club*, o el *Bouquet de l'Impératrice* [Aroma de la emperatriz], cuando no la *Pommade de Triple Alliance* impulsa la imaginación hacia el círculo de los linajes prestigiosos.

Al correr de los decenios, la estética olfatoria se vulgariza; los precios modestos de los jabones perfumados, la fabricación industrial de las aguas de Colonia, la extensión de la red de casas que distribuyen productos de perfumería, amplían el campo de la clientela. Los frascos comienzan por adornar el anaquel del médico[146] y de las pequeñas notabilidades de provincia. Antes aún de que el jabón de aseo se democratizara, la decadencia social del agua de Colonia atestiguará que el pobre ha entrado también en guerra contra el olor pútrido de sus propias secreciones.

[143] De los cuales la obra de Lane, *Modern Egyptians*, la de Sonnini, *Voyage en Égypte* y la de Duckett, *La Turquie pittoresque*. La reconstitución del Palacio del Bardo en la Exposición de 1867 habría contribuido también a la moda del Oriente vuelta a lanzar por la Guerra de Crimea. A este último episodio Mme. Amet atribuye el retorno, todavía discreto, del uso del colorete.

[144] *Correspondance*, t. I, pp. 558 (5 de enero de 1850) y 568 (15 del mismo mes y año).

[145] Edmond y Jules de Goncourt, *Manette Salomon*, p. 131.

[146] Jacques Léonard, tesis citada, t. III, p. 1468. Los frascos de perfumes que se ostentan en el despacho del alcalde de Plassans, trastornan a Antoine Macquart; le hacen tomar conciencia de la distancia social que lo separa de Rougon, y finalmente aplacan la violencia de su rebelión. (*La Fortune des Rougon*, La Pléiade, t. I, pp. 271-272.)

XII. LA EMBRIAGUEZ Y EL FRASCO

LA RESPIRACIÓN DEL TIEMPO

EL SENSUALISMO que impera casi por completo en los medios esclarecidos a principios del siglo XIX,[1] incita a exaltar la felicidad sensitiva; de ello da testimonio la frecuencia de las referencias al goce olfativo, sobre todo en el medio campestre. Balzac es un buen ejemplo de tal sensibilidad alerta, que atribuye pulsiones y sentimientos a la aspiración de los perfumes naturales. Las flores, el heno cortado (*Les Marana*, *El verdugo*), los confusos aromas del campo (*Les paysans* [Los campesinos], *Mémoires de deux jeunes mariées* [Memorias de dos recién casados]) y del bosque, estimulan en sus personajes la sensualidad del deseo. "Todas esas vigorosas fecundaciones —declara Blondet—, van a la nariz y le entregan un pensamiento, su alma tal vez. Pensaba entonces en un vestido color de rosa, ondulante a través de aquella calzada que hacía un recodo."[2] Al aspirar los perfumes de la primavera, de pronto la joven mujer toma conciencia de su destino.[3]

Los olores de playas y campos, menos seleccionados, trastornan al joven Flaubert; los efluvios salinos del mar y del fuco, el perfume de la hierba y el olor fuerte del estiércol, acentúan su nostalgia del Croisset de antaño. A las pesadumbres también se añade la fascinación romántica por los olores de la putridez excrementosa o cadavérica.[4] Veinte años más tarde, el héroe de Goncourt, Anatole Basoche, empleado en el Jardin des Plantes, nada en "la gran felicidad animal". Su actitud interpreta el retorno de la fascinación que ejercen sobre él los olores fuertes.[5]

Más que el "choque fugaz" que revela la coexistencia del yo y el mundo, en lo sucesivo el olfato espía las variaciones paralelas del ser íntimo y del paisaje oloroso. La atención a los olores fugitivos del tiempo se hace más viva. La gama olfativa de las horas, los días y las estaciones acompaña la meteorología interna, que después de Rousseau se esfuerza por establecer Maine de Biran. Su voluntad de apartarse de la filosofía de Condillac, su empeño permanente de introspección, lo llevan a trasponer, en el terreno de la psicología experimental que trata de crear, una gestión de la medicina neohipocrática. "Tengo sentidos extremada-

[1] *Cf.* El testimonio de Charles de Rémusat, *Mémoires de ma vie*, París, Plon, 1958, t. I, pp. 110 *ss.*

[2] *Les paysans*, La Pléiade, t. IX, p. 53.

[3] *Le Curé de village*, t. IX, p. 654.

[4] *Cf.* Su relato de cuando veló a su hermana, en su *Correspondance*. Al mismo tiempo, las elegantes correzianas vienen en tropel a respirar la hediondez que desprenden, en el Tribunal de Tulle, las vísceras del pobre Lafarge.

[5] "La naturaleza abrazándolo por todos lados a la vez [. . .] se olvida, se pierde por ver, por escuchar, por aspirar." "Hay aroma de virginias en flor en el aire que Anatolio respira [. . .] Hay aromas brumosos, emanaciones almizcladas y olores hoscos que se mezclan a los perfumes suaves de las rosas 'muslos de ninfa', que embalsaman desde sus setos la entrada del jardín", *Manette Salomon*, p. 425.

mente variables en su actividad o en su susceptibilidad a las impresiones —escribe en 1815—. Hay días, por ejemplo, en que los olores más tenues me afectan; otros (y son los más numerosos), en que nada siento."[6] Los días benditos lo colman a tal punto de alegría, que requiere anotarlo; 13 de mayo de 1815: "Estoy feliz con el aire embalsamado que respiro"; 13 de julio de 1816: "El aire está embalsamado."[7]

Sin embargo, es Senancour envejecido quien, una vez más, observará con gran penetración la armonía que se establece entre las variaciones estacionarias de los olores y los movimientos del alma. "La violeta florece también en otoño. Es el mismo olor, pero es otro el goce, o por lo menos la violeta despierta entonces otros sentimientos; despierta otras ideas; con menos arrebato quizás, una satisfacción más íntima, más soñadora y menos fugitiva."[8]

A partir de entonces la reminiscencia olfativa se vuelve *leitmotiv*. Maine de Biran tritura esa extraña sensación, que según él arranca el velo establecido entre corazón y pensamiento; borra la distancia que separa el pasado del presente y conduce a la melancolía del *never more* [nunca más] por la toma de conciencia de la unidad del yo.

> La especie de los recuerdos que se ligan a las sensaciones del olfato, debe ser de la misma naturaleza de las sensaciones mismas, es decir, puramente afectiva; hay entre los olores y las impresiones internas, de que se compone el sentimiento de coexistencia, una afinidad que pertenece muy particularmente a ese sentido. Los olores que se ligan a tales sentimientos espontáneos e inefables, como los que se resienten durante la juventud, despiertan siempre más o menos el mismo sentimiento; volvemos a sentirnos todavía jóvenes, enamorados, en un bosquecillo perfumado. Es allí donde el corazón desarrolla su juego independientemente del pensamiento; cuando el vuelo se alza, sentimos todas nuestras pérdidas y la melancolía se apodera de nuestra alma.[9]

La experiencia individual revelada por algunos poetas se convierte pronto en verdad científica: el olfato es el sentido de "los tiernos recuerdos", leemos en el *Dictionnaire des Sciences médicales* [Diccionario de las ciencias médicas] en 1819.[10] Tal como la gama de los aromas permitidos, el campo de la memoria se encuentra aquí voluntariamente angostado. En 1821, el doctor Hyppolyte Cloquet se vuelve lírico, lo que no forma parte de sus costumbres: los olores primaverales de los bosques me evocan, confiesa, "la imagen de un amigo querido que ya no existe"; me invitan a "recordar los hechos gloriosos del tiempo ido, o a formar para el porvenir proyectos de felicidad que la ambición no envenena con sus determinaciones fementidas".[11] Más seco, el doctor Bérard en 1840, en el *Dictionnaire de Médecine*[12] [Diccionario de medicina], explica: el olfato "pone en

[6] Maine de Biran, *Journal*, ed. Vrin, t. I, p. 79.
[7] *Ibid.*, p. 77 y 165.
[8] Senancour, "Promenade en octobre", *Le Mercure du XIXe siècle*, 1823, t. III, p. 164.
[9] *Journal*, t. I, p. 152.
[10] Artículo "odeur", p. 229.
[11] *Op. cit.*, p. 112.
[12] (Béchet), artículo "olfaction" p. 19.

juego reminiscencia e imaginación"; no menos doctoral, Balzac, en dos líneas de *Louis Lambert*: "Este sentido, más directamente en relación que los demás con el sistema cerebral, debe causar por sus alteraciones invisibles sacudimientos a los órganos del pensamiento."[13]

Después de Tennyson, Tomás Moro y muchos otros más, George Sand se entrega al placer nostálgico de la reminiscencia. En un texto de asombrosa densidad, ella religa el recuerdo olfativo a la presencia de la madre y al sentimiento ontológico.

> Así pues, mirando las campánulas en flor, ella (la madre) me dijo: "Huélelos, huelen a miel; ¡y no los olvides!" Es entonces la primera revelación del olfato que yo recuerde y mediante un lazo de recuerdos y sensaciones que *todo el mundo conoce*; sin poder explicarlo, nunca huelo las flores de campánula sin ver el lugar de las montañas españolas y la orilla del camino donde las corté por primera vez.[14]

Evocar el

> ¡Encanto profundo, mágico, con que nos embriaga
> en el presente, el pasado restaurado![15]

se convierte entonces en vulgaridad extremada. Otro ejemplo, en otro registro, puesto que la sensación olfativa se encuentra asociada a la audición:

> Era muy niño —escribe Alphonse Karr en 1870— cuando mi querido padre compuso una tonada, muy cantada entonces, sobre un tema lúgubre: la peste de Barcelona en 1821. Pues bien, cuando canturreo esos dos versos [. . .] aquello huele positivamente para mí a reseda —lo mismo que ese olor de reseda me lleva fácilmente a pensar en la peste de Barcelona y me recuerda la fecha.[16]

Última vicisitud de este tema es el de aquel perfume de la dama de negro que ordena la investigación policiaca de Rouletabille en la novela de Leroux.

Profundizar en el análisis caracteriza a la vulgaridad creciente. Sobre este asunto, Charles Léonard Pfeiffer descubre el surgimiento de una "memoria compleja" que contrasta con la sencillez de las evocaciones anteriores. Un breve pasaje de *Madame Bovary* basta para comprender su pensamiento:

> Emma, con los ojos entrecerrados, aspiraba a grandes bocanadas el viento fresco. Ellos no se hablaban, perdidos como estaban en la invasión de su ensoñación. La ternura de los viejos días les volvía al corazón, abundante y silenciosa como el río que fluía con tanta molicie como la que traía el perfume de las celindas y proyectaba en sus recuerdos sombras más desmesuradas y melancólicas que las de los sauces inmóviles que se alargaban sobre la hierba.[17]

[13] T. XI, p. 607.
[14] George Sand, *Histoire de ma vie*, La Pléiade, t. I, p. 557.
[15] Charles Baudelaire, "Le Parfum".
[16] Prefacio a la obra citada de Eugène Rimmel, p. vi.
[17] *Madame Bovary*, La Pléiade, 1951, p. 473. Otro ejemplo de memoria compleja: El capitán Bertin, héroe de *Fort comme la mort*, se siente asaltado por reminiscencias cuando reconoce, en el

Es más sutil aún la voluptuosidad de Dominique, que extrae de la reminiscencia olfativa goces sensuales que no podría procurarle la presencia del ser amado.

> Las menores particularidades de su arreglo personal o de su aspecto —nos dice a propósito de Magdalena perdida—, un olor exótico que ella gozaba y que me la habría hecho reconocer con los ojos cerrados, todo, hasta los colores adoptados hacía poco [. . .] todo eso revivía con una lucidez sorprendente, pero causándome otra emoción distinta a la de su presencia: algo como una pesadumbre acariciada con agrado.[18]

Para el enamorado desairado, preso en su campiña, el invierno es la estación privilegiada de esa reminiscencia hedonista de ruidos, visiones y olores.

La eternidad del perfume, tema caro a Baudelaire, confiere al olfato sofocante potencia evocadora. Para los seres queridos, ¿qué quedará del hombre y sus amores? Un perfume prisionero en un frasco, un olor escondido en el fondo de un armario o de una tumba.[19] Respirando ciertos aromas, una sociedad, una civilización antigua resucitan. Una respetable dama anciana, turbada al volver a encontrar en el Saint-Cloud de Luis XVIII los olores excrementosos que invadían el Versalles de Luis XVI, confió a Viollet-le-Duc que esa señal aristocrática de desvergüenza respecto al hedor de heces revivía la nostalgia de su juventud perdida y del Antiguo Régimen desaparecido.[20] Teófilo Gautier, obsesionado por la visión retrospectiva, cuenta sobre "la solidez de granito" de los olores antiguos para ayudarlo a "trasponer su alma".[21] El incienso imputrescible se ríe del tiempo; a través de sus efluvios sagrados, un pasado sacrificial se levanta ante los ojos del fiel sensible. "El acre olor de los tiempos"[22] trastorna. Los manuales de perfumería toman aspecto de libros de historia; el autor de uno de ellos, Claye, se confiesa muy consciente de la confusión que se establece entre la pasión de los olores y el vértigo de la profundidad histórica. Des Esseintes emprende la tarea de resucitar el pasado mediante la restitución científica de su

agua, el olor de su Córcega natal. "Estos recuerdos desaparecidos, ahogados en el olvido y que de súbito regresan, no se sabe por qué. Surgían rápidos, de todas clases, tan numerosos al mismo tiempo, que sentía la sensación de que una mano removía el fango de su memoria [. . .] Existía siempre una causa para esas evocaciones súbitas, una causa material y sencilla; un olor, con frecuencia un perfume. ¡Cuántas veces un vestido de mujer le había lanzado al pasar, con el soplo evaporado de una esencia, todo un recuerdo de acontecimientos ya borrados! En el fondo de viejos frascos de agua de olor había también encontrado a menudo partes de su existencia; y todos los olores errantes, de calles, campos, casas y muebles; los suaves y los feos, los aromas cálidos de los atardeceres de estío, los olores fríos de las tardes invernales, siempre reanimaban en él reminiscencias lejanas. . ." (Guy de Maupassant, *Fort comme la mort*, *Obras completas*, París, Conard, t. 22, p. 121.)

[18] Eugène Fromentin, *Dominique*, 1862, p. 88, ed. Livre de Poche.

[19] Tanto lo comprendieron los perfumistas que proponen a su clientela los frascos en forma de "tumbas", en los cuales se encierra el perfume de la mujer desaparecida.

[20] Viollet-le-Duc, *Dictionnaire de l'Architecture*, t. VI, p. 164. Frédéric y Rosanette, paseando por Fontainebleau, perciben esa "exhalación de los siglos"; *cf.* Jean-Pierre Richard, *Littérature et sensation*, 1954 p. 190.

[21] "Le pied de momie" y "Arria Marcella", *Récits fantastiques*, ed. Garnier, 1981, pp. 184 y 251.

[22] Charles Baudelaire, "Le Flacon".

ambiente olfativo; la historia desaparece en el olor recreado. La respiración atestigua la unidad de los tiempos, así como revela la unicidad del yo.

El incensario de la alcoba

Puesto que los sabios afirman de manera perentoria que cada individuo posee su olor específico, olerse, escrutar las modificaciones olfativas del propio cuerpo es ya tomar conciencia de la naturaleza del ser. Respirando los efluvios de su pubertad, Paulina Quenu presiente su destino de mujer.[23] El narcisismo de la "muchacha ya crecida" se regocija con la respiración solitaria, así como con lo táctil de la mirada sobre sí.

La frenología exagera esas convicciones; para esta ciencia "el olor es una manifestación de los seres, como la línea, el color y la sonoridad".[24] Se conoce la influencia que ejerce dicha disciplina, principalmente en Balzac. El buen Birotteau ha escogido la profesión de perfumista y el siniestro Roguin se volvió *punais* [hediondo, atacado de ocena, enfermedad de la nariz, de pestilencia insoportable].

La medicina y la frenología, que incitan a la higiene, guían ahora la conducta erótica; si es verdad que el olor es a tal punto revelador de los seres, la respiración del "otro" se adorna con significados vertiginosos. El olfato, sentido de la repulsión social, es también el de las afinidades. La delicadeza de los mensajes perfumados, la blancura de la piel, los vestidos vaporosos invitan a oler a la mujer.[25] La reminiscencia olfativa del cuerpo del ser amado mantiene la pasión y nutre los recuerdos amargos. Dicha atención sutil pertenece tan sólo al burgués. Los efluvios de la amante olorosa están inscritos en el programa de la educación sentimental.[26]

A este respecto, la obra de Balzac refleja todo a la vez: las convicciones médicas y el código de la elegancia de su tiempo. Fascinado por la seducción de los mensajes olfativos, el novelista hace de *Lys dans la vallée* [Lirio en el valle] una sinfonía de "perfumes que atraen".[27] "Ella dio unos cuantos pasos ligeros, como para airear su traje blanco [. . .] ¡Oh! lirio mío, le dije, siempre intacto y recto sobre tu tallo; siempre blanco, altivo, perfumado, solitario."[28] Félix de Vandenesse parece inspirarse en Cadet de Vaux. En el relato balzaciano los olores naturales del cuerpo de la mujer seducen por su delicadeza floral; el análisis cuantitativo revela una predilección del discurso olfativo por la cabellera y, secundariamente, sobre las

[23] Émile Zola, *La Joie de vivre*, p. 857.

[24] T. Thoré, *Dictionnaire de phrénologie et de physiognomonie à l'usage des artistes, des gens du monde, des instituteurs, des pères de famille, etc.*, 1836, p. 314.

[25] El olor de la mujer amada, en lucha contra la enfermedad, trastorna la imaginación de Barbey d'Aurevilly, como si, mejor que todo, esos efluvios fueran testimonio de la angustia. "Hay que haber sentido en derredor de ese pobre rostro con fiebre los soplos cargados de vida del vestido que cubre la mujer que uno ama. . ." (*Un prêtre marié*, Gallimard, "Folio", p. 223).

[26] La novela de Sainte-Beuve, *Volupté*, parece al respecto haber bosquejado el modelo en que se inspiró George Sand (*Lelia*) y Balzac (*El lirio en el valle*).

[27] Expresión de Charles-Léonard Pfeiffer, *op. cit.*, p. 49.

[28] *Le lys dans la Vallée*, t. IX, p. 1114.

partes descubiertas del cuerpo que el nuevo código de higiene impone mantener limpios y de las que el pudor no prohíbe evocar su olor, puesto que éste se impone en las relaciones sociales (el cuello, el escote, el busto, los brazos, la mano, el rostro); sin olvidar algunas muy raras alusiones al olor perfumado de caderas y talle.

Con Baudelaire desaparece ese poético acuerdo entre la mujer y la flor de los prados, que había venido a relevar en el campo erótico la insistente presencia del bosquecillo aromático, accesorio acostumbrado de la escena amorosa de antaño. La silueta olfativa de la mujer se transforma, ahora no se dibuja en la gasa vaporosa; el perfume de la carne desnuda, exacerbado por el calor y la humedad del lecho, remplaza en el estímulo sexual los aromas velados del cuerpo púdico. La metáfora visual se borra. La mujer deja de ser un lirio; se vuelve almohadilla perfumada, conjunto de olores que emanan de "la selva aromática",[29] de la cabellera suelta desplegada, de la piel, del aliento, de la sangre. El perfume de mujer sella la intimidad erótica de la alcoba y el lecho. "Incensario" de la alcoba,[30] exhala un haz de aromas al que corresponden, de modo negativo, el tabaco rancio y más aún el olor a moho de las piezas, que testimonian su ausencia. Los efluvios de la carne viva animan el apartamento, teatro permanente de un torneo olfativo. La atmósfera de la alcoba genera el deseo y desencadena tempestades.

La poesía baudelairiana y la preñez del modelo propuesto por la venalidad sexual reflejan el deslizamiento de la moda hacia los aromas pesados. Los atractivos de la carne húmeda, el gusto del poeta por los perfumes animales, y quizá más aún su repulsión por la carencia de higiene íntima,[31] trasponen dentro del marco doméstico los efluvios y el minucioso aseo de los burdeles.[32] Los jueces no perdonarán esa transferencia de la escena erótica.[33]

Paradójicamente, Zola olía mal.[34] Sometido al olfatómetro de Jacques Passy,[35] el novelista sólo se revelará capaz de obras ruines. Lo que ignoraba Léopold Bernard, el cual, sin embargo, ya tomaba en cuenta la insistencia olfativa de la novela zoliana como un procedimiento de escritura naturalista.[36] El análi-

[29] Charles Baudelaire, "La chevelure".

[30] "Chanson d'après-midi."

[31] *Cf.* "La propreté des demoiselles belges"

[32] Precisamente descritos por Maupassant (*L'Ami Patience*)

[33] En cuanto a las variantes infinitas del poeta acerca de los temas del perfume, el viaje imaginario, las correspondencias y las reminiscencias, escapan a nuestro propósito. Notemos solamente que, confundidos todos los sentidos en la busca baudelairiana de la suprema embriaguez, puede ser considerada como el arribo después de un largo viaje, del cual pueden seguirse las huellas en los viejos trabajos de M. A. Chaix (*La correspondance des arts dans la poésie contemporaine*, 1919) y de Jean Pommier (*La mystique de Baudelaire*, 1932); que el tema de la eternidad del perfume, ya lo hemos visto, asedia a los contemporáneos de Baudelaire y que la invitación olfativa al viaje pertenece también a lo imaginario colectivo, tal como lo muestra el análisis que precede (p. 233).

[34] El papel del olfato en el relato zoliano merecería también varios volúmenes; ha sido ya objeto de trabajos particulares. Me conformaré con resumir la aportación.

[35] Doctor Édouard Toulouse, *Enquête médico-psychologique sur les rapports de la supériorité intellectuelle avec la névropathie. Émile Zola*, París, 1896, pp. 163-165 y 173-175.

[36] Léopold Bernard, *Les odeurs dans les romans de Zola*, s.f.

sis preciso del ciclo de los *Rougon-Macquart* conduce a Alain Denizet a comprobaciones más precisas.[37] Zola traduce, y eso muy tardíamente, las obsesiones olfativas de la medicina prepasteuriana. Su descripción de los olores de los sitios públicos y privados, de las casas de pobres y ricos, refleja las obsesiones del discurso higienista tal como éste se desplegaba hacia 1835, después de la gran epidemia del cólera morbo.

De igual manera, la precisión extremada de la pintura olfativa de los individuos se inspira en las creencias del pasado que nos hemos esforzado en describir. La correspondencia, sistemáticamente establecida entre lugares, sentimientos y amores, aparece como punto de llegada de ese trabajo paciente de higienistas, arquitectos y artistas, que llega a la fragmentación olfativa del marco de la intimidad.

Tal como los tiernos juegos entre Cadine y Marjolin, los movimientos pasionales de Renée Saccard están rimados por los perfumes. La atmósfera de las piezas donde alberga sus amores con Maxime regulariza la paleta de sus sentimientos y sus placeres; es en el invernadero de los olores turbios donde disfruta sus embriagueces más sensuales.

Pero el relato zoliano no es solamente afecto al pasado. Revelando al héroe sus deseos y su naturaleza profunda, los mensajeros olfativos lanzan o frenan la acción. Muy a menudo una impresión del olfato, anotaba ya Léopold Bernard (a propósito de los personajes de los *Rougon-Macquart)*, "es el primer principio y la razón última, consciente o no, de su conducta".[38]

No se había perdonado a Baudelaire que traspusiera la atmósfera permisiva y pesada de los burdeles dentro del marco doméstico; tampoco se perdonará a Zola el papel dramático que otorga a los olores. Colocando en el mismo plano los sentidos intelectuales y estéticos, la vista y el oído, y los de la vida vegetativa y animal, el olfato y el tacto, lanzaba probablemente su más escandaloso reto.

En el universo zoliano, los modos sensoriales de la seducción varían según las clases sociales. El tacto sale ganando en el pueblo; en el campo, como en la ciudad, el contacto del cuerpo, del cual se percibe claramente su forma, abre las compuertas del deseo; el macho empuña su conquista. En la casa del burgués, el olfato regulariza la marcha de las pulsiones y los sentimientos. Los obstáculos opuestos a la mirada obligan a adivinar los atractivos de un cuerpo que escapa a los contactos táctiles, aun los más furtivos.[39] Los efluvios del otro sexo solicitan libremente la imaginación, revelan las afinidades, hacen que la sangre hierva. Con el concurso insidioso de la atmósfera circundante, deciden acerca de las alianzas.

[37] Alain Denizet, *Les messages du corps dans les Rougon-Macquart*, Memoria de dominio, Tours, 1981

[38] *Op. cit.*, p. 8.

[39] Es característica al respecto la conversación, aparte, de los hombres en el sarao de la condesa Muffat (*Naná*, capítulo III).

UNA NUEVA GESTIÓN DE LOS RITMOS DEL DESEO

La primacía del tacto en el pueblo implica la brevedad de los asaltos; la sutileza de los mensajes olfativos concuerda con el ritmo retardado de la seducción burguesa. La fugacidad de los perfumes favorece la delectación; se saborea la embriaguez por anticipado; simboliza la discontinuidad del diálogo amoroso. La paciente aspiración del ser amado presagia la delicadeza futura de las caricias.[40] Así como el *voyerismo* [acción de contemplar lo obsceno, sin ser visto] ciertas conductas olfativas autorizan una nueva gestión de los ritmos del deseo. Husmear los objetos perfumados, de preferencia a mirar una fotografía, asegura la imaginaria presencia de la amante. Este olisquear al "otro" a distancia responde al amor retardado y discontinuo de Flaubert por Luisa Colet. Ella es como el rebuscamiento del misterioso contacto que permite a Frédéric Moreau vivir en la atmósfera de la señora Arnoux y a Léon soportar la reverberación de Emma.[41] La correspondencia: cartas, pantuflas, pañuelos, mitones y cabellos olorosos, viene a constituirla una abundante colección olfativa. Una práctica, que pronto se vuelve ritual, se elabora, asocia la vista al olfato, nos es minuciosamente descrita; bastarán como ejemplo algunos pasajes, fechados en los meses de agosto y septiembre de 1846:[42]

6 de agosto: "Contemplo tus pantuflas, el pañuelo, tus cabellos, el retrato; vuelvo a leer tus cartas, aspiro su olor a almizcle."

8, 9 de agosto: "Voy a volver a ver tus pantuflas [. . .] Creo que las quiero tanto como a ti [. . .] las aspiro, huelen a verbena y es un olor tuyo que me ensancha el alma."

11 de agosto: "Vivo como en sueños entre los pliegues de tu vestido, con las puntas de los bucles ligeros de tus cabellos. Aquí los tengo y ¡qué bien huelen! ¡Si supieras cómo pienso en tu voz; en tus hombros, cuyo olor me gusta olfatear!"

13 de agosto: "El mitón está aquí. Huele bien y me parece que todavía estoy olfateando tu hombro y el suave calor de tu brazo desnudo."

14, 15 de agosto: "Dime si usas la verbena; ¿la usas en tus pañuelos? Pon algo de ella en tu camisa; ¡pero no, no te perfumes!, el mejor perfume eres tú, la exhalación de tu propia naturaleza."

27 y 28 de agosto: "Gracias por la florecita de azahar. Toda tu carta huele."

31 de agosto: "Gracias de nuevo por las florecitas de azahar. Tus cartas están todas perfumadas."

Y en forma de ramillete, el 20 de septiembre: "Mil besos [. . .] sobre esas largas mechitas cuyo olor voy a veces a aspirar en la pantuflita de quiebres azules, pues es allí donde las he metido; el mitón está en la otra, la medalla está a un lado y junto con las cartas.

Al correr de esta correspondencia, las referencias olfativas crecen en cantidad

[40] *Cf.* La seducción de Hélène Grandjean por el doctor Deberle, en *Une Page d'amour*.

[41] *Cf.* Jean-Pierre Richard, *Littérature et sensation*, 1954, p. 189.

[42] *Correspondance*, ed. La Pléiade, t. I.

cuando aumenta la exaltación o cuando la invitación amorosa se hace más urgente. Cerca de medio siglo más tarde ese tipo de conducta erótica será calificado de fetichista y neurótico; por ello, tal comportamiento se vuelve entonces difícilmente confesable, fuera de la esfera psiquiátrica. Zola hace de ello el tema central de su *Joie de vivre* [Alegría de vivir], novela que da primacía a la solicitación olfativa en un individuo neurótico, por causa de su degeneración. En varias ocasiones el perfume de heliotropo que exhala Luisa, vuelve nuevamente a provocar la acción.

Es la sensibilidad olfativa la que explica el discernimiento de la buena Verónica, que informa a Paulina acerca de los amores de la joven pareja; es el olor del guante abandonado por Luisa el que, durante semanas, destroza al desdichado Lázaro.

> El guante, de piel de Sajonia, había conservado un olor fuerte, ese particular olor de la fiera, que el perfume preferido de la joven, el heliotropo, dulcificaba con una brizna olorosa de vainilla, y muy impresionable a los aromas, violentamente turbado por esa *mezcla de flor y de carne*, se había quedado lelo, con el guante sobre la boca, bebiendo la voluptuosidad de sus recuerdos [. . .]. Cuando estaba solo, volvía a coger el guante, lo aspiraba, lo besaba; creía tenerla aún abrazada.[43]

Gustándole "hundirse en el recuerdo quemante de la otra",[44] Lázaro se agota en "esas verdaderas orgías"

Poco tiempo antes de que la virtud afrodisiaca del olor de la piel alimentara un prolijo discurso sexológico,[45] vemos aquí comprometido al olfato en el delicado proceso de la autosexualidad. Pero Edmond de Goncourt ya ha dado una hermana al Lázaro de Zola.[46] Chérie, muy jovencita, tiene locura por los perfumes. Hasta se ha procurado el goce prohibido de un grano de almizcle. Ha tomado la costumbre de aspirarlo a escondidas, en su cama. Ello la embriaga hasta el espasmo. Chérie debe la vida a una madre que se volvió loca; no quiere marido; mal informada, cree concebir sin haber conocido a hombre alguno. La más curiosa de las heroínas de Edmond de Goncourt conocerá el funesto destino que los médicos garantizan a las masturbadoras; morirá virgen, sin haber conocido otras posibilidades que ese curioso placer de la sustitución.

Cuando aparece la novela, ya después de varios decenios, los psiquiatras se esfuerzan por codificar el fetichismo olfativo. En 1857, Tardieu empleaba el latín para describir las sórdidas prácticas de los "husmeadores", que disfrutan oliendo a las mujeres mientras defecan.[47] Diez años más tarde, el policía Macé describe el asombroso comportamiento de dichos "husmeadores", "coleccionistas de rizos" o ladrones de pañuelos, que se precipitan sobre las clientes de los grandes almacenes con el fin de aspirar, durante algunos segundos, el olor de sus nucas

[43] *La Joie de vivre*, p. 1019.
[44] *Ibid.*
[45] Resumido por Havelock Ellis, *op. cit.*, pp. 169 ss. Hagen piensa que el olor de la piel recuerda la de los órganos sexuales.
[46] *Chérie*, 1889.
[47] Ambroise Tardieu, *Les attentats aux moeurs*, ed. de 1867, p. 183.

perfumadas.[48] Féré analiza el papel de los olores en el desencadenamiento del deseo.[49] Binet[50] se consagra al estudio del fetichismo y se ocupa en el comportamiento de Restif. Los sexólogos, Fliess y Hagen, éste sobre todo, y después Havelock Ellis, estudian el gran papel del olfato respecto a la sexualidad; pero entramos ya aquí en otro período.

Huysmans nos introduce en él. Des Esseintes, recordémoslo, anuncia la intrusión del preparador de perfumes al mundo del arte; pero una de sus antiguas amantes presenta todos los signos del fetichismo olfativo más desenfrenado. Es una

> mujer trastornada y nerviosa, amante de hacerse macerar la punta de los senos entre aromas, pero que sólo experimentaba un delicioso y abrumador éxtasis cuando le raspaban la cabeza con un peine o cuando podía olisquear, en medio de tales caricias, el olor del hollín, o del yeso de las casas en construcción durante el tiempo de lluvias, o del polvo rociado por las gruesas gotas de una tormenta de verano.[51]

Sobre todo, el libro de Huysmans vuelve a poner sobre el tapete la jerarquía olfativa que, después de un siglo, cumplía el papel de dogma. Des Esseintes, que colecciona flores de apariencia artificial, reniega del atractivo de los aromas naturales. Fascinado grandemente por la campiña de Pantin que la industria aromatizaba, propone un novedoso concepto de la naturaleza y exalta los olores de la modernidad.[52]

Cuando Huysmans escribe, la historia del olfato está en vías de bascular; se carga con las ansiedades mayores del tiempo. La herencia criminal y la amenaza de regresión van a leerse muy pronto en la obra de Gaston Leroux. Rouletabille debe al pasado de bandido de su padre el olfato animal de que se sirve; el perfume turbador y la gran belleza de su madre no le impedirán tirarse al suelo y olfatear el piso, a gatas, para resolver los enigmas policiacos que se le planteen.[53]

La antropología postdarviniana da lugar a que el acento se ponga sobre el olor específico de las razas y de las etnias. A Jean Lorrain le ofusca el olor de los negros hacinados para la exposición en el poblado del Campo de Marte.[54] Bé-

[48] G. Macé, *La Police parisienne. Un joli monde*, 1887, pp. 263, 266 y 272.

[49] Charles Féré, *La pathologie des émotions*, 1892, pp. 438-441, y *L'Instinct sexuel, évolution et dissolution*, 1890, pp. 126 *ss.* y 210 *ss.*

[50] Alfred Binet, *Études de psychologie expérimentale*, 1888; "Le fétichisme dans l'amour", p. 4. Recuerda que para Morel, así como para Magnan, esas taras no son sino manifestaciones de locura hereditaria en los degenerados. Lo que parece esencial a Binet es el hecho de que en el fetichismo "olfatorio" el olor desata una impulsión irresistible, que hace necesario seguir a la mujer cuyos efluvios fascinan. Según Féré (*op. cit.*, p. 439) a Lamartine le atraían las muchachas de mesón, probablemente por esta causa.

[51] *A rebours*, 1884, ed. 10/18, p. 203.

[52] *Cf.* Pierre Cogny, "La destruction du couple Nature-Société dans *l'A rebours*, de J.-K. Huysmans" Françoise Gaillard, "De l'antiphysis à la pseudophysis: l'exemple *d'A rebours*", *Romantisme*, 1980, núm. 30.

[53] *Le mystère de la Chambre jaune*, Le Livre de Poche, 1960, por ejemplo, p. 84.

[54] Jean Lorrain, *La ville empoisonnée* (Crónicas del *Journal*, 1896, 1902), 8 de julio de 1896, pp. 106-107. Acerca de la "hediondez de las aldeas negras": "En el olor negro se exhala un mal olor a mantequilla salada y pimienta, que da más asco por las noches de tormenta." Como vemos, el tono ha cambiado.

rillon considera[55] que es tal olor el que mantiene los odios raciales en los Estados Unidos, y que en él se funda el *apartheid.* En espera del desencadenamiento de los patriotas contra el olor del *boche* [apodo aplicado a los alemanes], el doctor Cabanès describe el olor soso de los ingleses, que según él impregna a tal punto las alcobas, que persiste durante varios años; algunos, nos dice, lo atribuyen a la vecindad de las algas y del varec; otros pretenden que se debe al cuero del que están hechas sus valijas. El sabio japonés Buntaro Adachi denuncia el hedor de los occidentales, y el doctor Bérillon concluye, a propósito de los antagonismos raciales: "Nada podría prevalecer contra las aversiones olfativas",[56] lo que concluye en una asombrosa valoración del olfato, en el que se ve un instrumento privilegiado para conservar la raza, "la constitución de una familia definitiva y la solidaridad del medio familiar, que se encuentran bajo la dependencia innegable de la afinidad y de la simpatía olfativas".

Resta por tocar un tema menos escabroso: la evocación de la mujer perfumada por Houbigant en *Quelques Fleurs* [Algunas flores] (1912), o por Guerlain en *L'Heure bleue* [La hora azul] (1913). Gracias a la alta perfumería, un código nuevo de la elegancia olfativa se va estructurando, mientras se introducen a la nueva escena la blancura de la mujer y los símbolos de su decorado vegetal.

[55] Doctor Bérillon, "Psychologie de l'olfaction; la fascination olfactive chez les animaux et chez l'homme", *Revue de l'hypnotisme*, octubre de 1908, pp. 98 *ss*.

En este artículo volvemos a encontrar la idea que entonces alimenta la ansiedad; que la civilización conduce a la degeneración; el retroceso del acto de oler se analiza dentro de tal perspectiva. Pero Bérillon está también muy consciente de que el retroceso de las conductas olfativas podría significar una regresión: una vez más se bosqueja el margen estrecho que media entre esos dos fantasmas.

[56] *Op. cit.*, p. 306. El doctor Bérillon se hará célebre en 1915 por la publicación de su trabajo sobre *La Bromidrose fétide de la race allemande, foetor germanicus,* después de haber desarrollado el tema del *foetor judaicus.* Posteriormente se conoce la importancia que concede William Faulkner al olor racial en su novela *El intruso*.

XIII. "RISAS SUDOROSAS"[1]

ANTES de que triunfaran las teorías pasteurianas, la estrategia de la desodorización apunta en lo esencial hacia el espacio público, a las partes comunes del inmueble insalubre y a la habitación del rico. La gran mayoría de la población prefiere ignorar la empresa en curso. En el medio popular, el aprendizaje de las nuevas disciplinas no se efectúa sino mediante el sesgo del hospital, de la cárcel o del cuartel. Difundir los códigos de higiene entra apenas en el proyecto escolar antes del decenio de 1860;[2] por el momento, se trata de aprender a leer, escribir y contar. Después, la ley de la conscripción, la normalización de las condiciones de vida en la escuela, la fuerza de convicción del credo pasteuriano, permitirán una difusión lenta de los valores-signos y de las conductas definidas anteriormente. No podríamos asombrarnos de la permanencia del comportamiento tradicional y de la resistencia que por tanto tiempo se opone a las empresas puntuales de la desodorización. Los fiascos que deben soportar los ediles y los higienistas en su lucha contra el estercolero, la mugre y el aire viciado, atestiguan la fidelidad al antiguo régimen sensorial.

LA DIFÍCIL BATALLA CONTRA LOS EXCREMENTOS

La fuerte resistencia manifestada en Francia respecto a la política que tiende a alejar al hombre de la vecindad de las heces, del estercolero y de la inmundicia, de lo cual da testimonio el imposible "todo a la atarjea", se explica de múltiples maneras. Se funda, desde luego, en la antigua y persistente creencia de los sabios de Occidente en el valor terapéutico del excremento; en Madrid, antes del ministerio de Aranda, se arrojaban las materias fecales a la calle; los médicos, asegura Chauvet,[3] pretendían que tal hediondez, desparramada por más de cuatro leguas, preservaba la salud pública. "Sin los olores de la letrina, agrega, pronto tendríamos peste":[4] esa es por lo menos la opinión de ciertos sabios; algunos de ellos llegaron a proponer que se esparcieran excrementos por las calles de las ciudades devastadas por la epidemia. Fourcroy se pregunta, por su parte, acerca de esas pretendidas virtudes de la inmundicia, pero no se atreve aún a negarlas abiertamente.[5]

Tales convicciones guían en esa ocasión la práctica terapéutica. Bajo el reinado de Carlos II, las autoridades mandaron abrir todas las fosas sépticas de la

[1] J.-K. Huysmans, *cf.* p. 232.

[2] *Cf.* a este respecto, nuestro estudio sobre las condiciones materiales de la enseñanza en Limousin, *Archaïsme et modernité*, *op. cit.*, t. I, pp. 337-362.

[3] *Op. cit.*, p. 7. El gobierno de España interrogó al respecto a las universidades de Europa.

[4] *Ibid.*, p. 8.

[5] *Op. cit.*, p. 561.

ciudad de Londres para vencer la peste mediante el mal olor. Esta manifestación de hipocratismo al revés se encuentra consignada, sin irrisión alguna, en la Enciclopedia metódica en 1787.[6] Medio siglo más tarde, Parent-Duchâtelet continúa celebrando las virtudes terapéuticas de la inmundicia; éstas explican, según él, la buena salud de los triperos y los limpiadores de atarjeas.[7] Tres mujeres tísicas se aliviaron por haber trabajado en el tratamiento de tales materias. Parent las entrevistó: "Eran notables la frescura de su tez y su lozanía." "Supe —agrega— que varios enfermos que habían sido lo bastante valerosos para sumergir, sea un miembro o todo el cuerpo en las últimas cuencas, habían encontrado el alivio, sea de males de pierna, sea de reumatismo u otras enfermedades que habían resistido todos los demás medios."[8] Las aguas que corren de las cuencas de Montfaucon han sido prescritas como remedio a los caballos del vecindario.[9]

El cólera, recuerda todavía Liger, en 1875,[10] no se manifestó en los alderredores de los depósitos de Bondy. Además, ciertos médicos consideran que los hedores excrementosos son ciertamente incómodos, pero no insalubres.

Tales teorías, las menos, es verdad, entre los médicos convencidos en su mayoría de los peligros de la infección pútrida, fortalecen la creencia popular en la virtud benéfica de la inmundicia. Los carniceros, anota Bailly en 1789,[11] por lo general atribuyen la buena salud de que disfrutan a la aspiración del olor de la sangre, la grasa y las entrañas de los animales que sacrifican. En 1832, los obreros del terrible muladar están persuadidos de que las emanaciones excrementosas son favorables a la salud.[12] Veinte años más tarde, en el curso de una encuesta que les dedica, Brichetau comprueba que los limpiadores de letrinas y atarjeas no consideran malsanos los olores excrementosos a los que se exponen.[13] Además el autor destaca la facilidad con que dichos obreros encuentran esposa y concubina.

Pero el excremento tiene otros aliados. Desodorizarlo, claman los mercaderes de abonos, los agricultores y los químicos, equivale a empobrecerlo. Dicha baja de su calidad aleja a los compradores, acarrea un desplome en el valor del producto.[14] Por esa razón las medidas para desinfectar las fosas, ordenadas por la municipalidad de Lila, tropiezan en 1858 con la oposición de los profesionales.[15]

[6] R.-P Cotte, artículo "Air et atmosphère", pp. 587, 1787.

[7] Parent-Duchâtelet, por ejemplo: "Essai sur les cloaques et égouts de la ville de Paris", *Hygiène publique*, t. I, p. 252.

[8] *Recherches pour découvrir la cause et la nature d'accidents très graves. . .*, *Hygiène publique*, t. II, p. 274.

[9] Thouret, *Supplément au rapport sur la voirie. . .*, *op. cit.*, p. 26.

[10] *Op. cit.*, p. 12.

[11] *Op. cit.*, p. 586.

[12] Parent-Duchâtelet, *Les chantiers d'équarrissage. . .* p. 40.

[13] Bricheteau, Chevallier, Furnari, "Note sur les vidangeurs", *Annales d'Hygiène publique et de Médecine Légale*, t. XXVIII, 1842, p. 50.

[14] *Cf. supra*, p. 135, por lo que concierne a Chevreul; y V Moléon, *op. cit.*, año de 1839, p. 495.

[15] Bertherand, *op. cit.*, p. 7, y Pierre Pierrard, tesis citada, p. 54.

La desodorización burguesa supone riqueza, o a lo menos bienestar; atestigua la inutilidad de recurrir al trabajo manual. El pobre, el hombre estercolero, todo impregnado de olores, invoca su deseo de sobrevivir para justificar sus rechazos. Los campesinos se empeñan en conservar a su puerta el indispensable abono.[16] En la ciudad, los andrajeros o recogedores de inmundicias se oponen a las medidas edilicias.[17] Al principio de la Monarquía de Julio se desencadenan verdaderas asonadas en contra de las decisiones de la prefectura de policía, que trata de acelerar la limpieza de los lodos; deciden obtener por la fuerza el mantenimiento de su montón de basura. Del 10 al 15 de abril de 1832,[18] los andrajeros obstruyen la circulación de los vehículos del contratista de los lodazales y prenden fuego a los nuevos carretones. Los amotinados reciben la ayuda de la turba; ésta se inquieta a causa de las medidas de desinfección. El despilfarro de agua clorurada apoya el rumor; para algunos, esto da testimonio de la empresa homicida de las *élites*.

Para comprender mejor esta fidelidad a la inmundicia, se necesitaría tal vez referirse al papel que juega el excremento en la psicología infantil, evocar el influjo de la analidad en el desarrollo de la psique. Por el olor, aun antes de verla, el crío siente la presencia de su madre; por la diferencia entre el oído y el olfato se da cuenta de la medida del espacio; en fin, gracias a los efluvios que emiten, la criatura distingue entre hombres y mujeres. El olor de las defecaciones del crío es un llamado a la madre; en sus intercambios con ésta, el niño "produce algo que huele por abajo y siente algo que huele por arriba":[19] el seno o el biberón. La difusión, a principios del siglo XX, de los pañales a la inglesa, que impiden al pequeño pasear desnudo, o defecar y orinar cuando siente ganas de hacerlo, y obliga a que lo aseen rápidamente quienes lo rodean, acaba con esa disciplina de la defecación de la que hemos venido siguiendo su progresivo aumento.

Sin duda se necesitaría aún recordar el papel de los olores en el despertar de la sensualidad. A este respecto, Yvonne Verdier sigue una pista interesante cuando subraya, a propósito de los forestales del Châtillonais, el "papel de los olores excrementosos en la formación de la sensibilidad erótica masculina".[20] Todo lo que sabemos de sexualidad popular del siglo pasado lo obtenemos de burgueses refinados, mal colocados para comprender las pulsiones de los que no comparten su asco. La afición manifestada por la gran masa del pueblo hacia los olores fuertes y nauseabundos, a pesar de las prescripciones de las clases privilegiadas, podría constituir una vía de acceso a la historia de la psicología social.

[16] "Más vale morir del cólera que de hambre" dicen los campesinos al alcalde de la pequeña comuna de Saint-Priest-Ligoure, en la Alta Viena; según este magistrado, levantar los estercoleros es una medida irrealizable. A. Corbin, *Archaïsme et modernité*, *op. cit.*, t. I, p. 77.

[17] Alain Faure, *Paris Carême-prenant*, p. 107.

[18] Gisquet, *Mémoires*, *op. cit.*, t. I, pp. 458-465.

[19] *Cf.* Françoise Dolto, "Fragrance" *Sorcières*, núm. 5, p. 12: así como para todo este párrafo, pp. 10-17.

[20] *Op. cit.*, p. 329.

El discurso dominante de ese tiempo asocia el comportamiento escatológico al instinto, es decir, a la infancia y al pueblo, y le opone el de la burguesía educada, madura, que supo asimilar las disciplinas somáticas que requiere eliminar los excrementos del campo visual y olfativo. Mientras los aristócratas continúan, durante cierto tiempo, dando pruebas de mayor desenvoltura respecto a las prescripciones de ese capítulo del código de los buenos modales, el pueblo se empeña en manifestar a la luz del día su alianza con la inmundicia; clama su absoluta preferencia por la degradación frente a la sublimación, mira de la burguesía.[21] Ciertas prácticas escatológicas: el arrojar excrementos y desechos, que rima las batallas del Carnaval, o mantener la práctica del ventoseo ostentoso, acompañado a veces de alguna exhibición alusiva, manifiestan la voluntad popular de liquidar los excedentes, antítesis del proceso acumulativo que se opera en la fosa; esta prodigalidad atestigua, se dice, el rechazo de la disciplina fecal, y de manera más general el rechazo a "borrar la función dionisiaca del cuerpo";[22] a no ser que esos desbordamientos sean un exutorio temporal, que la empresa de contención hizo necesario.

Es más evidente aún el hecho de negar la desodorización del lenguaje, acometida desde principios del siglo XVII. La injuria lleva el ritmo de dicha literatura arrabalera, mal estudiada, cuyo apogeo se sitúa precisamente cuando se despliegan las estrategias desodorizantes. La podredumbre, cuyos terribles peligros denuncian los sabios, se vuelve obsesiva. "En una infinita variedad de imágenes, se evocan alternadamente la suciedad, la descomposición, el olor a podrido, la carroña, lo pegajoso, lo acedo, el desecho, las sobras, el cajón de la basura, la cloaca, la atarjea. El excremento humano no era allí sino una de las formas de la inmundicia, una especie particular de los desechos."[23]

La fascinación que ejerce la podredumbre, no es quizá sino la forma popular de esa obsesión por lo putrefacto, que agobia entonces a las clases dirigentes. Pero hay otra manera de interpretar. "El lenguaje puro del rey", anota Dominique Laporte, implica un "bajo lenguaje" que es "el sitio de la porquería verbal".[24] La escatología del Carnaval, las bromas acerca de la limpieza inodora de cloacas y letrinas, y la cascada de injurias, podrían interpretarse como la aceptación de un papel. El pueblo, consciente de la diferencia de los umbrales de la tolerancia olfativa, asume esa estratificación y se empeña en situarse a sí mismo más allá de las prácticas desodorizantes, y no teme mostrarlo. Más que rechazo de las dis-

[21] *Cf.* Pierre Bourdieu, *La distinction*, 1978, p. 574.

[22] Alain Faure, *op. cit.*, p. 167 En Lila (Pierre Pierrard, *op. cit.*, p. 148) los ediles lucharon durante decenios contra lo que llaman "los meadores de las palizadas"; los primeros mingitorios instalados en la ciudad durante el Segundo Imperio suscitan ironía: de quienes los usan se dice que mean a la moda de París (p. 53).

Se leerá también en 1881, en los informes del Consejo de Higiene del Sena (p. 284): "Se cuida el piso de las habitaciones pero no las cubetas de los excusados"; "Lo que falta [. . .] es el sentimiento, diríamos, el instinto de la limpieza" ¿Pero existe éste?

[23] Alain Faure, *op. cit.*, p. 74.

[24] *Histoire de la merde*, p. 27.

ciplinas, el echar fuera las basuras, o su simulacro verbal, se tornan reconocimiento de una posición. Al tirar sus inmundicias, el miserable no hace sino lanzar un reto al que evita su contacto, tanto como éste lo hace cuando se aparta de su inmundicia; reconforta mediante el gesto o por medio del habla su estatuto sobre lo excrementoso.

Dos conceptos del aire

El hecho de negarse a airear participa de la resistencia a la empresa desodorante. En el campo, en un medio donde la noción de persona no reviste de momento casi ninguna pertinencia, la respiración de la atmósfera del grupo familiar, de bestias y gente revueltas, tranquiliza, tal como lo hace el calor de la cama colectiva, cuando llega el invierno. Sabemos bien que cuando llegan las veladas la proximidad del animal sigue siendo aceptada y aun buscada. Las virtudes benéficas, por largo tiempo atribuidas por los médicos al aire de los establos, llenos de bestias jóvenes, fortalece esta actitud. A principios del siglo XIX esa pretendida virtud terapéutica mantiene una polémica bastante fuerte. La mayoría de los higienistas la repudian; y las actas redactadas por los expertos parisienses lo demuestran claramente. Pero la teoría conserva sus partidarios, y no los menos importantes; Hyppolite Cloquet, el gran patrono de la osfresiología, se incorpora a ella, aunque demostrando que acepta los preceptos de la higiene; el aire de los establos es saludable, dice en su escrito, a condición de que los animales estén limpios.[25] Los archivos sanitarios prueban con creces que dicha aeroterapia vitalista continúa prescribiéndose en pleno siglo XIX. Numerosos son los tuberculosos a quienes se envía a que respiren las exhalaciones animales.

Se comprende pues la renuencia a airear que se manifiesta abiertamente en el medio popular, sobre todo de parte de los viejos friolentos, amantes de los rincones. "Al pueblo le gustan mucho las cortinas y las ventanas cerradas", deplora Fodéré.[26] Instructores seniles, deseosos de respirar el olor de sus alumnos, se niegan a abrir las ventanas de la sala de clases.[27] "Nuestros pobres obreros están acostumbrados a las habitaciones cerradas; no les agrada, pues, que cuando salen de allí al hospital o a sus lugares de trabajo se renueve el aire", hace notar Howard.[28] Los ancianos del barrio de Halles [plazas del mercado] se niegan a airear sus cuartos, comprueba el doctor Legras en 1818.[29] El doctor Gregory, higienista escocés, corta la cuestión con autoridad, diciendo: *"In visiting the poor (he) used often to begin his prescription by breaking a pane or two of the windows with his walking-stick."* ["Visitando al pobre, a menudo da principio la prescripción rompiendo con su bastón uno o dos vidrios de las ventanas."][30]

[25] *Op. cit.*, p. 115.
[26] *Op. cit.*, t. VI, p. 539.
[27] Ingenhousz, *op. cit.*, *cf. supra*, p. 47.
[28] *Histoire des principaux lazarets*... *op. cit.* t. II, p. 262.
[29] Citado por el doctor Henri Bayard, *op. cit.*, p. 88.
[30] Citado por François Béguin, "Savoirs de la ville et de la maison au début du XIX[e] siècle" *Politiques de l'habitat*, p. 259; Guy Thuillier (*Pour une histoire*..., *op. cit.*, p. 39) señala con cuánta saña,

Tal actitud se encuentra también en el medio hospitalario. Los médicos del Hospital General de Lyon "conservan un prejuicio invencible contra la libre circulación del aire".[31] En ciertos hospitales de Londres, así como en Pamplona, se niegan a lavar las salas y a abrir las ventanas.[32]

Esta resistencia a ventilar se apoya en la voluntad global de repulsa. La empresa disciplinaria que lleva a cabo la administración hospitalaria se saldará durante mucho tiempo con un fiasco. Respecto a la cárcel o el hospital, trabajos recientes de los historiadores conducen a subrayar la distorsión que se instaura entre la severidad del discurso reglamentario y la anarquía de los comportamientos. Con más y más claridad aparecen el vigor de los contra-poderes que se ejercen en el seno de los establecimientos donde se espera la victoria de las disciplinas. Bajo la Restauración, en los hospicios civiles de la ciudad de Lyon,[33] los ancianos fuman y juegan, los niños vagabundean, las enfermerías más parecen merenderos. La fuerte demanda obliga a hacinar de nuevo a varios pensionistas por cama y a reducir los intervalos. Aguijoneada por los médicos, a quienes escandaliza la insalubridad del lugar, la voluntad de desinfectar el hospital se hace más firme bajo la Monarquía de Julio. La administración lucha entonces con vigor para tratar de imponer el orden y la higiene; hace instalar relojes, prohíbe las visitas anárquicas y manda instalar unas casetas-mingitorios. Con medio siglo de retardo se esfuerza, pero una vez más sin gran éxito, por adquirir ese dominio de los flujos del aire y del agua que reclaman los reformadores del Antiguo Régimen.

Al otro extremo del abanico social, en el seno de la casa habitación burguesa, la ventilación suscita asimismo muchas reticencias, pero por otras razones. El repliegue en el hogar conyugal, el narcisismo creciente, la fobia de los contactos importunos y los olores indiscretos, que engendraron una nueva manera de habitar, contradicen los imperativos de la respiración. Hemos visto, a propósito de la alcoba, cuán sutil equilibrio se esfuerzan por mantener los higienistas en sus exigencias por la salubridad, que invitan a abrir de par en par las ventanas, y a proscribir en las alcobas las alegrías de la intimidad, que impelen a multiplicar cortinas, cortinajes y colgaduras. La definición de las normas de la ventilación temporal, a las que el ama de casa debe sujetarse, permite preservar la salubridad de la atmósfera acojinada de las residencias "fin de siglo", evitando al mismo tiempo que se infiltren los miasmas callejeros. Gracias a invisibles e inaudibles domésticos, Des Esseintes puede incubar su neurosis y disfrutar de sus colecciones sin arriesgarse a la asfixia.

a principios del siglo XX, los obreros niverneses exigían trabajar en lugares cerrados. El autor apela a la historia de esta resistencia que sella la unión de patrones y obreros y que contribuye a explicar el jaque a las políticas de salubridad.

[31] Howard, *Histoire des principaux lazarets. . .*, *op. cit.*, t. I, p. 153.

[32] *Ibid.*, t. II, p. 52, y *État des prisons. . .*, *op. cit.*, t. II, p. 26.

[33] Olivier Faure, "Hôpital, santé, société: les hospices civils de Lyon dans la première moitié du XIXe siècle", *Bulletin du Centre d'histoire économique et sociale de la région lyonnaise*, 1981, núm. 4, pp. 45-51.

LAS VIRTUDES DE LA MUGRE

Sería capital un estudio preciso del ritmo de la difusión del código de buenos modales según el medio social. Tal trabajo ofrecería sin duda bastantes sorpresas. El puntilloso doctor Freud, enloquecido con la idea de subir sin su cuello almidonado el piso que separa su despacho de su alcoba, escupe sin escrúpulos sobre los tapetes de las escaleras de su clientela burguesa.[34]

Nos acordamos de los consejos de Téophile de Bordeu, ansioso por ver que la higiene atenúe el *aura seminalis* de su clientela citadina. Fue también él quien sugirió atribuir al efecto afrodisiaco de los olores fuertes corporales la gran fecundidad de los pobres.[35] Los médicos del hospital de Amsterdam, anota Howard, estiman insalubre la ropa interior blanca;[36] sabe, además, de las reticencias que manifiestan los higienistas respecto al baño; que la mayoría de la población permanece por mucho tiempo persuadida de las virtudes de la mugre que, aunque maloliente, ya no podría asombrarnos.

Françoise Loux y Pierre Richard demostraron con creces, gracias al análisis de un *corpus* de varios miles de proverbios,[37] que la resistencia a las normas burguesas desplegada en el medio campesino escondía otras normas de tolerancia, no menos precisas pero mucho más difíciles de descubrir. En materia de higiene corporal, la preocupación sanitaria, fundada sobre creencias médicas arcaicas y la voluntad de preservar un bienestar primitivesco,[38] gana terreno sobre el respeto a las normas del decoro. La necesaria fisiología de la excreción regula el comportamiento; los proverbios aconsejan no retener ni el eructo ni el ventoseo; evocan el contagio del deseo de orinar, tejen una red de entredichos en torno al baño, concebido como técnica refrescante y no como práctica higiénica; registran la función erógena de los olores corporales, que muy raras veces estigmatizan. El discurso proverbial acerca de la limpieza se bosqueja como ético, que celebra que se expulsen los humores malsanos o el olor de la camisa, y que no teme reconocer que tanto el mear como el beber cultivan la sociabilidad masculina. Más asombroso todavía: varios proverbios ponen en evidencia, de manera literal o metafórica, el lazo que el psicoanálisis descubrirá entre el dinero y el excremento. La coherencia de ese sistema normativo, ya subrayada por Luc Boltanski,[39]

[34] Sigmund Freud, *L'interpretation des rêves*, París, PUF, 1967, pp. 209-210.

[35] *Op. cit.*, p. 426.

[36] *Histoire des principaux lazarets...*, *op. cit.*, t. II, p. 354; pero se trata de una convicción ampliamente extendida entre el pueblo en el siglo siguiente; por ejemplo, A. Corbin, *Archaïsme et modernité...*, *op. cit.*, t. I, p. 80.

[37] Françoise Loux y Pierre Richard, *Sagesses du corps*, 1978.

[38] Lo que François Béguin (artículo citado, *Politiques de l'habitat*, p. 257) definió así, implica un conjunto complejo de prácticas. La afición al alcohol, la tolerancia de la promiscuidad, la inclinación a no trabajar, las facilidades sexuales, el vagabundeo por las calles, la busca del anonimato, entran en la definición de esta noción. El "confort corporal salvaje" implica tolerar mejor la suciedad que el esfuerzo; mantiene la confusión y la intensidad olfativas, se opone a la reforma de la economía del bienestar, que tratamos de imponer. "No se camina a gusto sino cuando los muslos se tocan", declara la Ragotte de Jules Renard, y es por eso que se opone a usar pantalón.

[39] *Prime éducation et morale de classe*, 1969, pp. 83 *ss*.

contribuye a explicar el retraso de la metamorfosis, blanco de la escuela y del regimiento.

La mugre puede responder a los blancos cánones de la belleza. Ella tan sólo puede preservar a la campesina de tostarse al sol. "Bajo la mugre se forma una tez bella."[40] "Cuanto más sucios, los niños gozan de mejor salud."[41] No hay necesidad de repetir aquí lo que tantas veces ha sido ya escrito sobre los entredichos que se oponen a la higiene de la menstruación, y de una manera más general, al aseo íntimo de la mujer. Es menos pregonado, pero no menos eficaz, el papel retardador que ejercen ciertas formas de la espiritualidad. Benoit Labre, al igual que los Padres del Desierto fascinados por la inmundicia,[42] se nutría con la gusanera de su propio cuerpo; creía "en las virtudes de la mugre", escribe Philippe Ariès.[43] Cincuenta años más tarde, su discípulo Jean-Marie Vianney comparte tal desenvoltura. El comportamiento excesivo del Cura de Ars nos permite comprender mejor ese tipo de actitud. ¿Para qué cuidar ese cuerpo que el santo sacerdote flagela y tortura, y que llama su cadáver? Obsesionado por el modelo de los grandes ascetas del pasado, inspirado por la *leyenda dorada*, el Cura de Ars niega que quienquiera que sea se preocupe de su casa. Regala sus vestidos a los pobres, se niega a cambiar de sotana. Únicamente le preocupa "el hogar del buen Dios". Por humildad, busca el olor nauseabundo, anunciador de la suerte reservada a ese despojo que tiene prisa de dejar. Jean-Marie Vianney participa en la limpieza de la fosa séptica de su escuela. Sigue el carretón-barril que vacía las materias fecales en la cloaca.[44] Lo que su entorno nos reporta, informa acerca de su ausencia de higiene dental y del mal olor de su aliento. La actitud del Cura de Ars nos recuerda cuán fétido es el olor que nos viene del Gólgota. [Monte de las Calaveras];*[45] ayuda a comprender la reticencia con que en numerosas escuelas congregacionistas se observa la higiene corporal.

El libertinaje de la nariz

Los discursos de la irrisión y del motín, sostenidos por los que pretenden negar la norma burguesa, toman como blanco de su predilección las nuevas repulsiones. Su insistencia provocativa y la manera como se enfoca sobre el excremento y los olores pútridos, atestiguan la importancia de la actitud.

El reto que lanza el joven Flaubert a los buenos modales, gana en virulencia sobre la denuncia futura de las ideas recibidas. Invita precisamente a una verda-

* Según se tiene entendido, los cadáveres de los ajusticiados en el Gólgota eran retirados antes de que expandieran mal olor. [T.]

[40] Proverbio limusino, A. Corbin, *Archaïsme et modernité*..., t. 1, p. 81.

[41] Françoise Loux ha mostrado la utilidad de algunos de esos entredichos; la negativa a limpiar de mugre la cabeza de los niños responde a la preocupación de proteger la fontanela.

[42] Gilles Lapouge, artículo citado, p. 104.

[43] *L'homme devant la mort*, p. 472.

[44] A. Corbin, "La vie exemplaire du curé d'Ars", *L'Histoire*, mayo de 1980.

[45] Gilles Lapouge, artículo citado, p. 108.

dera infracción del código en su registro de la olfacción; "caga en las botas, mea por la ventana, grita mierda, caga claro, pedorrea duro, fuma duro [. . .] eructa en la nariz de la gente", aconseja el 15 de marzo de 1842 a su amigo Ernest Chevalier.[46] En su rebeldía verbal de estudiante rabelaisiano, las heces quedan en primera línea; no deja de referirse a ellas en las fórmulas de educación y goza de antemano con su efecto escandaloso, que atenúa, es cierto, la complicidad de los jóvenes machos. Flaubert, tan sensible a la repulsión que provoca el olor de los proletarios, pero muy consciente del papel de la analidad en el surgimiento del narcisismo, promueve las heces al papel de símbolo del yo.[47]

Llegado a la madurez, el autor de *La educación sentimental* apreciará en las rameras el tono arrabalero, insolente; el descaro de que hacen gala respecto a las "palabrotas", y su negativa a callar sus necesidades fisiológicas.[48] Así, su actitud nos obliga a interrogarnos acerca de las raíces del atractivo que sufren numerosos burgueses, ordinariamente habituados a esas salaces frecuentaciones.

El tiempo orgánico asedia a Michelet; la historia que urde es la de la carne que florece y se destruye. El historiador no retrocede espantado ante la putrefacción y los productos de la excreción; acecha el momento de cuando éstos, apenas separados del cuerpo, no repugnan casi nada; busca allí las trazas del correr de la vida. No debemos asombrarnos de ver al más grande de los historiadores celebrar los menstruos de su joven Athenaïs, o aspirar a plenos pulmones el olor almizclado de las letrinas, a fin de ganar impulso a su inspiración.[49]

En Vallès estalla la revuelta. Su "libertinaje de la nariz"[50] ya no es solamente una provocación; tampoco es fascinación de la muerte. La lectura del *Enfant* (El niño) basta para demostrarlo. El autor se complace en hacer gala de su sensualidad olfativa. El comportamiento de Jacques Vingtras lo sitúa entre los antípodas de la reserva del buen tono: "Abro enormes ojos, ensancho la nariz y levanto las orejas",[51] o bien aún: "Abría amplísimas mis fosas nasales. . ."[52] En función de su criterio personal el muchacho establece, sin referirse a los buenos modales, su propia jerarquía olfativa, tan alejada de la que la moda define. Su voluntad de exaltar el instinto y la naturaleza, su amor a la vida y al vigor, su predilección por la atmósfera ruidosa de los sitios de sociabilidad popular, hacen que los olores del estercolero, el establo, la marea, la mantequilla y el queso, el huerto y los frutos, sean para él los más atractivos perfumes. ¿Habrá que atribuir las delicias que le reservan los olores de la especiería, y sobre todo los de la curtiduría, uno de los más insoportables olores a los olfatos delicados, a su masoquismo,[53] o bien a su enraizamiento en la sensualidad popular? Es muy difícil decidirlo.

[46] *Correspondance*, t. I, p. 97.
[47] Carta a Ernest Chevalier, 23 de octubre de 1841, t. I, p. 86.
[48] *Cf.* Jean-Paul Sartre. *L'Idiot de la famille*, t. III, 523.
[49] Al respecto, Gilles Lapouge, artículo citado, p. 111.
[50] Jules Vallès, *L'enfant*, p. 102.
[51] *Ibid.*, p. 257.
[52] *Ibid.*, p. 321.
[53] Señalado por Béatrice Didier en la presentación de la ed. "Folio".

> Al fondo del Breuil está la curtiduría con [. . .] su agrio olor. Adoro ese olor que sube, amostazado, verde —si así se le puede decir— como los cueros manidos por la humedad o los que se ponen al sol para secarles el sudor. Desde lejos de la ciudad de Puy, cuando volvería a ella más tarde, adivinaba y olía la tenería de Breuil; cada vez que una de esas fábricas se ha encontrado en mi camino, la he olfateado a dos leguas a la redonda, y vuelto hacia ese lado mi nariz agradecida.[54]

La conducta olfativa de Vingtras se encuentra inserta en su rebeldía. Ésta se nutre en un doloroso pasado del cual, mejor que ningún otro de los sentidos, el olfato reaviva el recuerdo. En el recuerdo del joven, el olfato conserva su poder separador, llena los hiatos. El autor practica la reminiscencia en forma de olor, sin que este virtuosismo parezca, como en Zola, procedimiento de escritura.

Existe en el Puy, barrio de Pannesac, una especiería "que agregaba a los olores tranquilos del mercado, otro sofocado, cálido, violento, que exhalaban los arenques salados, los quesos azules, el sebo, la grasa y la pimienta. El de arenque era el que dominaba, recordándome más que nunca a los isleños y sus chozas, la pegadura de cola y las focas ahumadas".[55]

A la salida de la ciudad, solamente subsiste el recuerdo olfativo; no hay nada balsámico, como lo querrían los psicólogos del Diccionario de las ciencias médicas: "Recuerdo solamente que me encontraba a la orilla de un foso que olía mal y que caminaba a través de un montón de hierbas y plantas malolientes."[56]

El comportamiento olfativo del niño presagia los compromisos futuros.[57] Su repulsión por el olor a cebolla de los cultivos hortenses a la salida de la ciudad, revela su negativa al "trabajo honesto del jardinero".[58] Vingtras, adulto, asocia el olor de la tinta con que imprime los diarios de su rebelión a los aromas balsámicos del establo. Adopta todo lo que sofoca al burgués. La Revolución es el campo y el instinto recuperados. Vallès ama tanto a la República como el estercolero.[59]

La tradición no se perderá; la evocación por el olfato no se acabará por volverse un auxiliar de la sublevación, por hablar en favor del instinto y por los libertinajes de la infancia. La tolerancia del héroe de *Mort a Crédit* [Muerte a crédito] por el vecindario excrementoso, y su terror obsesivo por todo lo que pertenece a la disciplina fecal; la gama ascendente de los olores de Brooklyn y sus mujeres, en la experiencia de Henry Miller;[60] la atmósfera apaciguadora de las faldas de la abuela del enano Matzerath, evocada por Gunter Grass,[61] atestiguan, mejor que todo, lo profundo del reto.

[54] *Ibid.*, p. 87.
[55] *Ibid.*, p. 73.
[56] *Ibid.*, pp. 87-88.
[57] A menos que el autor se haya empeñado en enraizar la violencia de su madurez.
[58] *Ibid.*, p. 89.
[59] *Ibid.*, p. 373. A propósito de la imprenta republicana, rue Coq-Héron: "¡Es tan bueno como el olor del estercolero! Huele tan cálido como en un establo."
[60] *Tropique du Capricorne*, ed. Le Livre de Poche, 1952, pp. 159-162.
[61] *Le tambour, passim.* Por el contrario, las asociaciones de ideas que James Joyce presta a Bloom concernientes al papel de los olores femeninos (*Ulysse*, ed. Gallimard, 1948, pp. 368-369) desarrollan un largo catálogo de estereotipos; el pequeño burgués de Dublín ignora el "libertinaje de la nariz"

DESENLACE: "LOS OLORES DE PARÍS"

AL CORRER el estío de 1880, el mal olor llega en París a tal intensidad que la opinión se conmueve. "Ya no se saludaba sino con un: ¿Huele usted? ¡Qué hediondez! Era como una calamidad pública. El parisiense estaba enloquecido, el prefecto atormentado, el ministro fastidiado."[1]

Los escritos que se dedicaron a esta calamidad presentan la jerarquía de las repulsiones.[2] Éstas muestran el arcaísmo de la percepción y la persistencia de las antiguas ansiedades. Espontáneamente, a la presencia de la inmundicia y el excremento en el espacio público la opinión pública atribuye de manera errónea el azote; ni siquiera se piensa en culpar a los olores industriales.

Durante el mes de octubre, la prensa se desencadena; el Comité de Higiene y Salubridad del Sena, y después el consejo municipal, habían ya discutido el problema. El prefecto habla de formar una comisión integrada en su mayoría por médicos. La literatura que provoca este asunto, y principalmente el informe de los expertos,[3] atestiguan el fiasco relativo de las estrategias para desinfectar el espacio público. A pesar de las prescripciones administrativas, la inmundicia prosigue acumulándose en la vía pública; en ciertos barrios todavía se vacían los excrementos al arroyo; los niños orinan en las banquetas; la limpieza de atarjeas y letrinas propaga la malolencia, tanto de día como de noche. El crecimiento rápido de la cantidad de caballos que se utilizan en la capital complica la tarea de los ediles; las cloacas se desarrollan alderredor de las estaciones de los ómnibus; el Campo de Marte difunde sus efluvios nauseabundos hacia Grenelle y Gros Caillou. La reiteración sale ganando también en las descripciones de los edificios colectivos; las letrinas de la Pitié, como las que utiliza el personal de servicio de los barrios elegantes, alcanzan un grado de pestilencia insospechado del público. ¿Y qué decir de los inmuebles populares, sino que la inagotable queja podría hacer pensar en que nada ha cambiado desde la Monarquía de Julio? Pero parece evidente que la revolución pasteuriana obliga de nuevo a poner en evidencia la sensibilidad y las tolerancias antiguas. Las tibias censuras que acompañan el triunfo de la República, la vivas polémicas que se entablan entonces en el consejo municipal, favorecen el debate público y la denuncia vigorosa de los abusos.

EL DECAIMIENTO DE LAS MITOLOGÍAS PREPASTEURIANAS

En asunto de "los olores de París" prueba con abundancia la rápida difusión de los descubrimientos pasteurianos. En 1880, ninguno de los expertos vuelve a ocu-

[1] Émile Trélat, en *De l'evacuation des vidanges. . .*, p. 25.

[2] Por ejemplo, J. Chrétien, *Les odeurs de Paris*, p. 8.

[3] *Ibid.*, pp. 10 *ss.*, y Alfred Durand-Claye, *Observations des ingénieurs du service municipal de Paris au sujet des projets de rapport présentés par MM. A. Girard et Brouardel*, 1881, *passim*.

parse de las teorías nuevas. El miasma ha abandonado la escena científica.[4] La generación espontánea ya no encuentra defensores. El mal olor y la amenaza morbífica se encuentran separados en la mente de los sabios, desde que éstos adquirieron la convicción de que los gérmenes infecciosos aseguran la transmisión del mal. "Podemos repetir que no mata todo lo que apesta y que nada de lo que mata hiede",[5] declara Brouardel en el curso de un debate. A partir del año siguiente, el Diccionario Dechambre aplaza la descalificación patógena del olor.[6]

Al mismo tiempo, se deja de creer en las amenazas morbíficas del lodo y de la tierra, impregnados de materias pútridas. Y es más: por un retorno copernicano se ensalza en lo sucesivo su poder filtrante, puesto en evidencia por Schloesing y reconocido por el propio Pasteur. Puesto que la tierra retiene los gérmenes infecciosos, los efluvios y exhalaciones telúricas se hacen responsables y garantizan la pureza del aire; las emanaciones de las mismas atarjeas, demostró P. Miquel, "pueden contener vapores de sustancias infectas, pero no contienen microbios".[7] Los nuevos descubrimientos relajan el temor antiguo al cementerio. En 1879 una comisión concluye que el sitio es inocuo. "Los gases que provienen de las materias enterradas en vías de descomposición están siempre exentas de bacterias",[8] escribe Chardouillet en 1881, mientras que el profesor Colin demuestra la inocuidad de los cadáveres de animales enterrados.

Asimismo, es falso, estiman en lo sucesivo los especialistas, pensar que las exhalaciones que se alzan de las aguas estancadas sean vehículo de miasmas. Miquel demuestra en 1880

> que el agua cargada de materias orgánicas, en el último grado de putrefacción, puede ser evaporada casi a ciegas, sin que uno solo de los microgérmenes que allí pululan sea arrastrado por el vapor. El agua que proviene de la condensación de dicho vapor ha podido ser recogida en una dosis de cien gramos, era de olor infecto, tal como el líquido de donde fue extraída, pero estaba absolutamente pura de todo miasma figurado.[9]

La desaparición del papel patógeno de la hediondez reconforta el retroceso de la olfacción dentro de la semiología clínica; el médico ha cesado de ser el analista privilegiado de los olores. Tanto más que comparte en ese terreno las repulsiones crecientes que caracterizan a las clases medias, a las cuales pertenece. Es el ingeniero químico quien en lo sucesivo cumple el papel de experto en olfacción.

El circuito hermético o el torrente

Sin embargo (y no es una paradoja mínima), los remedios que los sabios pregonan para desembarazarse de las hediondeces incómodas, prolongan las estrate-

[4] Ciertamente durante algún tiempo al microbio se le llamó "miasma microbiano".
[5] *De l'evacuation des vidanges. . .*, p. 36.
[6] Doctor François-Franck. artículo "olfaction", p. 99.
[7] Marié-Davy, *De l'evacuation des vidanges. . .*, p. 65.
[8] Citado por Philippe Ariès, *op. cit.*, p. 533.
[9] Marié-Davy, declaración citada, p. 64.

gias que habían sido definidas bajo el reinado de esas mitologías prepasteurianas que acaban de recibir un golpe mortal. Todos los expertos están de acuerdo sobre la necesidad de buscar la "ablación radical de los excrementos",[10] de los que en lo sucesivo se sabe ya que son los responsables de la fiebre tifoidea. Además, el guano del Perú y los nitratos de Chile, y más aún los abonos químicos, juegan contra la utilización del abono humano. Sin embargo, dos estrategias para desinfectar se oponen. La primera, perfectamente resumida en los informes de los médicos de la comisión de los "olores de París", se funda en la supremacía de la técnica del vaso cerrado. Pone la mira en prohibir todo contacto entre las materias susceptibles de producir gérmenes en abundancia y el medio humano que importa proteger. Esta estrategia se apoya, no sobre el dominio de los flujos sino sobre la impermeabilidad, el vacío y el uso de la bomba. El agua juega en ello el papel de limpiadora, no de diluidora.

El proyecto de la comisión prevé pues el mantenimiento de la fosa séptica, que se quiere hermética por completo, y para ello metálica. En ese terreno también triunfan el cobre y el acero. Las

> deyecciones serían recibidas, a la salida de los excusados, en tuberías absolutamente impermeables, de paredes metálicas, sin ninguna comunicación con el aire o la tierra. Estos conductos reunidos llevarían lejos de la ciudad las materias de cloaca o de letrina, hasta un lugar donde se encontrarían las factorías instaladas para proceder a su transformación [. . .] circulación asegurada mediante bombas aspirantes e impelentes, mediante vacío o por medio de cualquier otro procedimiento.[11]

La fosa séptica ya no figura aquí, sino el elemento inicial de un circuito hermético del cual la factoría de tratamiento constituye la terminal. A menos que el sistema, como lo preveía Pasteur, condujera directamente la inmundicia al mar. Hacer los desechos invisibles e inodoros, y preservar totalmente a la población de su contacto, tal es el proyecto —la utopía— que asedia a los médicos de la comisión.

Varias realizaciones se inspiran en un solo punto de vista: el sistema Liernur, en Bélgica, o bien la red neumática de evacuación instalada en Lyon por Berliet, en 1880. Belgrad había pensado, en 1861, en ese tipo de solución para la capital

A dicha estrategia se opone la de los ingenieros del servicio, mejor que las realizaciones extranjeras y apoyada en las opiniones del Congreso Internacional de Higiene de 1878. Sobre este segundo proyecto no escasean las críticas hacia la comisión: las soluciones pregonadas por los médicos presentan riesgos de engrasamiento; implican manejar en forma permanente un complicado sistema de bombas y llaves; las reparaciones no tardarán en presentarse al revelarse necesarias y serán motivo de intolerable hediondez.

Más vale impedir la proliferación de gérmenes mediante una rápida circulación de la inmundicia. El proyecto de los ingenieros descansa sobre la cinética; cuenta, no sobre la impermeabilidad sino con la aceleración de los ritmos.

[10] Émile Trélat, *ibid.*, p. 19.
[11] A. Durand-Claye, *op. cit.* pp. 21-22.

Arrastrado en el torrente de las atarjeas, el excremento pierde nocividad. Ya no más fosas ni tubos de ventilación ni de limpieza ni de fábricas de Sulfato de amoniaco; supresión absoluta de los depósitos, pero una "evacuación tan rápida como sea posible, sin ningún paro o detención de las materias"[12] hacia los campos de depuración, cuyas tierras ejercerán su acción purificadora.

El proyecto de los ingenieros se apoya en los descubrimientos ingleses efectuados durante la era prepasteuriana. Los sabios de allende la Mancha han probado que el excremento no presenta peligro alguno y que no desprende muy malos olores antes del segundo día; el lapso puede alargarse mediante el movimiento. Los trabajos ingleses consagrados a la polución de los ríos demostraron la inocuidad de las aguas negras. En el continente, Freycinet pone todo el peso de su autoridad al servicio de esas audaces teorías.[13]

La gran red londinense de atarjeas, emprendida a principios del decenio de 1860, se inspira en tales convicciones. El sistema ha sido adoptado en Bruselas, en Francfort del Meno y en Dantzig. La realización se encuentra en curso en Berlín. Una comisión presidida por Virchow acaba de llegar a la conclusión de su superioridad. En Inglaterra, como en los Estados Unidos, el problema ya no es discutir sobre los méritos o inconvenientes del "todo à la atarjea", sino saber si es indispensable el "sistema separado", es decir, instalar una doble red: para las aguas pluviales y para las negras.

La evacuación inmediata de la inmundicia anegada en una corriente de agua constituye, con evidencia, la más eficaz de las técnicas desodorizantes de los espacios público y privado. La larga repulsa que le opusieron las administraciones francesas explica, mejor que todo, el mantenimiento de las hediondeces urbanas.

EL ESTANCAMIENTO O LA DILUCIÓN

El retardo constituye en sí mismo un hecho histórico extremadamente significativo. Es grande la coherencia entre los proyectos antagónicos de los higienistas y las representaciones sociales. En este terreno se vuelve a encontrar el conflicto que opone la estrategia del estancamiento y el vaso cerrado, la del movimiento y la de la dilución. El profesor Brouardel, el partidario más decidido del sistema hermético, es también el más hosco de los defensores de reglamentar la prostitución y las casas de tolerancia. Tanto en uno como en otro caso, este apóstol retardado del cercado y del control administrativo arguye los intereses de la propiedad; se convierte en abogado de los contratistas y las compañías de limpieza de atarjeas y letrinas, de los traficantes de la carne echada a perder y del excremento acumulado. Agobiado por los reformistas, perderá sus dos juicios.

Quienes sostienen el movimiento y la dilución, no dejan de insistir en las virtudes igualitarias de su proyecto. Éste implica, en efecto, "el agua para todos". Sus

[12] *Ibid.*, p. 23.
[13] *Ibid.*, p. 50.

autores emprenden una larga diatriba contra el egoísmo de los propietarios de inmuebles de productos, que se niegan a abonarse al servicio del líquido. Mientras se difunden las aguas de Colonia y los jabones perfumados, los ingenieros —republicanos— de los servicios del muladar parisiense reclaman tratamiento para los excrementos del rico y del pobre; invocan las diferencias de contenido y de gestión de las materias, según las categorías sociales y según los barrios, para hacer triunfar sus conceptos.

Aquí conviene evocar la influencia que ejerce la revolución pasteuriana acerca de las representaciones y las estrategias sociales. La irrupción del germen microbiano imponía volver a tratar la cuestión de la epidemiología, inaugurada por Villermé. Más difícil, y menos fácilmente perceptible, el peligro morbífico se volvía más inquietante. Todas las aguas deben declararse "sospechosas",[14] dice Marié-Davy; y estaríamos tentados de agregar: todos los individuos también. La solidaridad biológica que se anuda entre los diversos componentes de la población se acrecienta; los sabios lo saben bien.

> La vida en común en una gran ciudad nos hace solidarios los unos de los otros [. . .] Esos organismos (microbios) se difunden en el aire exterior y penetran por doquier: en nuestros apartamientos, en nuestros pulmones, en nuestras bebidas y en nuestros alimentos [. . .] La higiene de una ciudad jamás puede estar asegurada mientras sigue ofendida en sus barrios pobres.[15]

Convicciones que imponen nuevas formas de alarma y reorientan las estrategias de la higiene social.[16]

Sin embargo, hay que tener cuidado de no exagerar la modernidad de las actitudes. Ateniéndose a los discursos innovadores, arriesgamos hacer poco caso de las pesadeces. La alianza entre el germen y la suciedad —en lo sucesivo identificada con la mugre y el polvo— siempre hace figura de dogma. Hay cincuenta o sesenta veces más microbios en la casa del pobre, declara Marié-Davy en 1882, que en el aire de la atarjea más infecta.[17] La hediondez ya no es morbífica, pero presagia la presencia patógena. El pueblo nauseabundo ha perdido su monopolio de la infección, pero sigue siendo amenazador en el más alto punto.

El temor por la propensión a degenerar asedia en lo sucesivo a las familias burguesas. Al respecto, una repartición mórbida tiende a operarse;[18] el microbio se complace y prolifera en la sangre del pueblo; florece en el vicio y en la suciedad; sus dominios son la calle, el tugurio y el sexto piso. Al contacto del proletario, el burgués no arriesga el contagio; puede convertirse en víctima de una mutación biológica: el germen virulento, que subió de la sentina social, tiene todas las probabilidades de transmutarse, en su sangre delicada, en tara hereditaria. Es la

[14] Declaración citada, p. 69.
[15] *Ibid.*, p. 69.
[16] Al respecto, Lion Murard y Patrick Zylberman, informe manuscrito citado, CORDA, 1980.
[17] P. 68.
[18] *Cf.* A. Corbin. "L'hérédosyphilis ou l'impossible rédemption", *Romantisme*, 1981, núm. 1

descendencia entera la que se encuentra comprometida, el patrimonio genético el que amenaza quedar alterado.

Aunque el peligro se haya vuelto más difuso y el microbio más secreto que el miasma de antaño, el acantonamiento social continúa imponiéndose pero de una manera más sutil. El nuevo cálculo de las transparencias, que revela el neo-reglamentarismo en materia de prostitución, no constituye sino el ejemplo más aparente de una readaptación estratégica de más grande alcance, que se funda principalmente sobre el examen sanitario sistemático de la población.

EPÍLOGO

La persistencia de "los olores de París" prueba, no obstante, la lentitud de evolución en las prácticas edilicias. Hasta la víspera de la primera Guerra Mundial, y aunque el "todo a la atarjea" haya sido votado en 1889 y el acueducto de Achères terminado en 1895, la capital sigue apestando durante el verano. Cada año, Adam, inspector principal de los establecimientos clasificados, señala tal calamidad; hasta enlista los días más malolientes. Nada se logra; ni siquiera la reorganización del servicio operada en 1897.

A semejanza de las que suscita la policía de las costumbres, campañas esporádicas tratan de sublevar la opinión en contra de la incapacidad de los ediles. Durante el estío de 1911, estalla la crisis. El hedor sofoca al paseante, sobre todo por la tarde; al decir de los expertos, se trata de una hediondez "de betún, de materia orgánica calentada".[19] Esta vez, gracias a Verneuil, se descubre al culpable: se trata de las fábricas de superfosfatos instaladas en el suburbio norte.[20] El cinturón laboral, tan culpable como antaño lo fue el abominable Montfaucon, impone su hediondez. La industria sustituyó al excremento dentro de la jerarquía nauseosa. Se perfila la nueva sensibilidad ecológica.

[19] O. Boudouard, *Recherches sur les odeurs de Paris*, 1912, p. 6. El autor cita un informe del servicio de inspección de establecimientos clasificados, que data de 1899.

[20] Existen once en Aubervilliers, dos en Saint-Denis, tres en Ivry, dos en Vitry y una en París. *Cf.* Brouardel y Mosny, *Traité d'hygiène*, t. XII, "Hygiène générale des villes et des agglomérations communales", 1910, p. 161.

CONCLUSIÓN

LOS HOMBRES del siglo XIX ensordecen la historia del clamor de sus deseos. Los demócratas sueñan con "la bella República", Michelet inventa al pueblo, los socialistas bosquejan la felicidad humana, los positivistas predican la educación de las masas; pero hay otra clase de discursos bajo el señuelo de la esperanza, y tales son los que ofrecen el miasma, el almizcle y el junquillo. Los pesados aromas animales, el perfume fugaz, relatan la repulsión y el asco, la simpatía y la seducción.

A pesar de las prescripciones de Lucien Febvre, los historiadores dejaron a un lado ese tipo de documentos sensoriales. La descalificación del olfato, sentido de la animalidad según Buffon, excluido por Kant del campo de la estética, considerado más tarde por los fisiólogos como simple residuo de la evolución, adscrito por Freud a la analidad, lanzó un entredicho sobre el discurso que sostienen los olores. Sin embargo, ya no es posible acallar la revolución perceptiva, prehistoria del silencio olfativo de nuestro entorno.

El acto decisivo tiene lugar entre 1750 y 1880, cuando triunfaron las mitologías prepasteurianas. La historia de las ciencias, teleológica y atenta únicamente a la verdad, desdeñosa de las consecuencias históricas del error, lo dejó abandonado hasta ahora. Hacia 1750, los trabajos de Pringle y de Mac Bride acerca de las sustancias pútridas, el despegue de la química llamada neumática, el fantasma de la patología urbana, sugieren nuevas inquietudes. El excremento, el lodo, el fango, el cadáver, suscitan enloquecimiento. La ansiedad que fluye desde la cima de la pirámide social reaviva la intolerancia a la hediondez. Pertenece al olfato destruir la confusión de lo pútrido, descubrir el miasma para exorcizar la amenaza nauseabunda.

Los sabios de aquel tiempo, observadores incomparables de los olores, proponen una imagen discontinua de la ciudad, ordenada por el olfato, regenteada por la obsesión de los focos pestilenciales donde germina la epidemia. Obsesionadas por ese pantano de las sanies, las *élites* huyen de las emanaciones sociales y se refugian en las praderas balsámicas. Encuentran al junquillo, que les habla de su yo y hace surgir la poesía del *never more* [nunca más], que revela la armonía de su ser y del mundo.

El almizcle animal, "recrementicio", salido de la bolsa genital y pútrida del almizclero, comienza a repugnar. Éste también esconde amenazas. Sus referencia al olor a mujer se vuelven intolerables. La nueva moda de los aromas delicados lo saca de la corte, mientras la estrategia higienista que se elabora trata de purificar y desodorizar el espacio público.

Después de la Revolución, fascinada por el cadáver y desdeñosa de los aromas vegetales, el retorno del almizcle adquiere valor de símbolo. Rociado con agua de Colonia, anegado en vapores de perfumes animales, la pareja imperial acabó

con el agua de rosas. La Restauración se traduce también en el orden del olfato. El suburbio de Saint-Germain manifiesta sobre este particular la sensibilidad morbífica de una muchacha clorótica. Una vez más los perfumes vegetales imponen su delicadeza; tienen la misión de dominar las pulsiones femeninas y de significar el nuevo dominio.

Al mismo tiempo, la presencia punzante de un peligroso pantano humano sustituye a la obsesión de la carroña y del fango, donde hierven los miasmas deletéreos. Dentro de la jerarquía de las ansiedades, se opera una transferencia de lo vital a lo social; al pueblo, el instinto, la animalidad, el hedor orgánico. Más que el pesado vapor de la turba pútrida e indiferenciada, son la madriguera y las letrinas del pobre, el estercolero del campesino y el sudor grasiento y fétido que impregna la piel del trabajador los que concentran en lo sucesivo la repugnancia olfativa. Flaubert pierde el sueño por haber aspirado el olor del ómnibus de los proletarios. Adolfo Blanqui retrocede con espanto ante el soplo mefítico que se exhala de aquellas "fosas de hombres" donde se hacinan los tejedores lilenses.

A partir de entonces, el olfato debe confortar mediante una perspicacia nueva la complicación de las jerarquías que se perciben. Asqueado por las secreciones de la miseria, el burgués se pone atento a esos sutiles mensajes del cuerpo, agentes de seducción mediata, cuya importancia creciente compensa los entredichos del contacto.

Lejos de los olores del pueblo —conviene ventilar después de una estancia prolongada de la criada, de la visita de la campesina o del paso de la delegación obrera—, la burguesía emprende con torpeza la purificación del aliento de la casa. Letrinas, cocina, gabinetes de aseo, dejarán poco a poco de proporcionar sus olores insistentes. La química lavoisieriana permite definir normas precisas de aireación. El salón y el *boudoir* se disponen para nuevas y sabias puestas en escena olfativas. Los olores importunos no vendrán ya a distraer la alcoba, templo de la vida privada, espacio de intimidad construido como ínsula en el corazón de la esfera doméstica.

Después de los sueños de Novalis, un diálogo mudo, tejido con símbolos, se instaura entre la flor, la joven y la mujer. El perfume vegetal, delicada invitación, afina su discurso. Aunque mantiene la distancia entre los cuerpos, autoriza expresar los deseos y la solicitación femenina. Las calzadas balsámicas del jardín burgués renuevan las expansiones amorosas. Mientras en el pueblo el macho, sumergido según se nos dice en el instinto genésico, enarbola su conquista, el enamorado viene a disfrutar por anticipado de la embriaguez. La aspiración paciente del ser amado, sabio y previo retardador, garantiza la permanencia del deseo y la delicadeza futura de las caricias. La reminiscencia olfativa del cuerpo del "otro" mantiene la pasión y nutre los recuerdos tristes; incita a la colección neurótica.

Afuera, la desodorización de la calle, activada mediante el empleo de los cloruros, espoleada por la utilización de los desechos y por la nueva intolerancia a la

nocividad industrial, no basta ya a la ambición de los ediles. Éstos han emprendido la tarea de desenlodar, de "quitar el hedor" a los miserables. Tal será una de las tareas al inspeccionar los alojamientos insalubres, las escuelas y los cuarteles, y de la ducha en los clubes deportivos. Pero se necesitará esperar mucho tiempo antes de que la higiene corporal obtenga en esto éxitos decisivos. La limpieza de las apariencias, y sobre todo la disciplina de la defecación, enfocan de momento sus esfuerzos. En ese medio, la desodorización tropieza con resistencias sordas. Aún perduran los antiguos esquemas de percibir y apreciar; el hábito mantiene la nostalgia de las libres manifestaciones orgánicas.

La olfacción informa plenamente acerca del gran sueño de desinfectar y, respecto a las intolerancias de nuevo cuño, nos habla mejor que los demás sentidos del implacable retorno del excremento, de la epopeya de las cloacas, de la consagración de la mujer, del simbolismo del vegetal; autoriza una nueva lectura de esos grandes acontecimientos de la historia contemporánea que son el aumento del narcisismo, el refugio en el espacio privado, la destrucción de la comodidad salvaje, la intolerancia de la promiscuidad.

Los antagonismos y estratificaciones se enraízan en dos conceptos del aire, de la mugre, de las heces; se manifiestan mediante gestiones antitéticas de los ritmos y las fragancias del deseo; tienden a resolverse en el silencio olfativo de un entorno desodorizado, el nuestro.

Este episodio centenario de la historia del asco, de las afinidades sociales y de la purificación, trastornó en la sociedad las representaciones y las referencias simbólicas. Sin conocerlo bien, no sabríamos medir hasta qué profundidad visceral se sitúan los conflictos sociales del siglo XIX, y tampoco podríamos explicarnos el contenido actual del sueño ecológico.

La historia social, respetuosa de los humildes, pero durante muy largo tiempo sorda a la expresión de sus afectos, no debe ya callar las reacciones primarias, así éstas fuesen sórdidas, con el pretexto de que la antropología delirante de la era darviniana había pervertido el análisis.

ÍNDICE

Alain Corbin

El perfume o el miasma

El olfato y lo imaginario social

Siglos XVIII y XIX



El pensamiento crítico francés de las últimas décadas se distingue por su disección de lo cotidiano. En esa misma tónica Alain Corbin compone El perfume o el miasma *considerando que nuestra historia de la percepción ignoraba hasta ahora al olfato como sentido capaz de modificar profundas conductas humanas. Para hacerlo, Corbin se sitúa en las revelaciones técnicas y antropocéntricas de la Revolución francesa, siguiendo la figura de Jean-Nöel Halle, virtual fundador de la higiene pública moderna. Leyendo las* Memorias *de Halle, Alain Corbin sigue a este "infatigable oteador de miasmas nauseabundas" en su aventura fundadora, hasta reconocer que "el discurso teórico que se consagra al olfato teje una red de fascinantes entredichos y misteriosos atractivos. La necesaria vigilancia impuesta por el miasma pútrido, el goce delicado de los aromas florales, los perfumes de Narciso, vienen a compensar el rechazo de las voluptuosidades instintivas de los animales. Y habría sido precipitarse demasiado el relegar el olfato fuera del campo de la historia sensorial, infatuada por el prestigio de la vista y del oído".*

El perfume o el miasma *es un libro que rebasará el interés suscitado por la novela* El perfume *seguramente inspirada en los trabajos de Corbin*

Diseño: Nicolás Moreno / Fotografía: Carlos Franco





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA